Índice

PRÓLOGO

Tejiendo recuerdos sobre André-Marcel d'Ans, Alberto Chirif 11

INTRODUCCIÓN

Agradecimiento 23
Posición geográfica y territorial de los Cashinahua 23
Cosmogonía 25
Mito, religión y... supervivencia de los Cashinahua 29
El ciclo de la vida y de la muerte 30
Enfermedad, medicina y shamanismo 32
Breve descripción etnográfica 34
Agricultura y *habitat* 37
Estructura social 39
La caza, eje de la vida masculina 41
Carácter machista, histórico y sagrado del mito 43
Redacción y clasificación de los textos 46

MITOS E INVENCIONES MÍTICAS

1. El romance del *tigre* 55
2. Yawashikonawa, el mezquino 77
3. Del origen del día y de la noche, del buen y del mal tiempo 89
4. El cuento del relámpago, del trueno y de las lluvias torrenciales 95
6. De por qué el Cielo no se nos cae encima 99
6. Nëtëbuëkon, el diluvio y la reinvención de la vida 101
7. Las *huanganas* y los hombres 113
8. Yobuënawaboshka, el nacimiento de la Luna y la invención del Nacimiento y de la Muerte 118
9. La invención de la *Ayahuasca* 129
10. El origen de la vergüenza, de la violencia y de todos los males 137

11. La invención de la noche 139
12. De cómo se originó el uso del sexo y el de los remedios 140
13. El origen de los olores íntimos 143
14. La invención del parto 144
15. La invención de la chacra 147
16. La invención de la canoa 149
17. La invención del hilado y del tejido 151
18. El día en que las cargas dejaron de transportarse a sí mismas 153

HISTORIAS MARAVILLOSAS

19. El enamorado que se perdió el vuelo de los Cashinahua 157
20. El Hombre y la Mujer de Greda 161
21. Ishyan, el Hombre-Pez 164
22. El cazador sediento transfomado en hormiguero 169
23. La suegra que, de pesar, se transformó en *Carachupa* 171
24. El cazador obstinado que se transformó casi completamente en Huangana 175
25. Los cuatro desertores que quisieron volverse monos 179
26. Historia de monos la *maquisapa* y el *coto* 181
27. De cómo las avispas son las mensajeras de los buitres 185
28. La generosidad del sapo que fue ofendido 187
29. La luciérnaga encantada 189
30. De la generosidad de la ardilla y de cómo fue mal recompensada 192
31. La cuchara mágica de los sapos 207
32. El cuento de la mujer raptada por el *tigre* 211
33. La historia del niño-*guacamayo* criado por los Cashinahua 217
34. El sufrido 223
35. De cómo el joven Tin'ikanawa adoptado por los Cashinahua los ayudó a rescatar a una joven robada, por los monos 231
36. La increíble odisea de Naimbo 237

HAZAÑAS DE BRUJOS, ENCANTAMIENTOS Y SERES FABULOSOS

37. Manarómueya, el anciano brujo 257
38. La vieja bruja asesinada cuyas hijas se casaron con los Incas 261
39. Sinamania, el brujo sarnoso 267
40. Las fantásticas hazañas de Romuëkoin Tënëni 273
41. Los dos tocayos: el hombre inhábil y el pícaro Shomani 283
42. Cómo los Shomani lograron vengarse del hombre que los atormentaba 287

CUENTOS MORALES E INMORALES

43. Komachana, el joven desposado 299
44. El yerno repudiado 305
45. El cazador entristecido 311
46. El galán furtivo 313
47. Yawaboshka Tontoron, el hombre colmado 315
48. El eremita 319
49. El visitante clandestino 321
50. Iba Roa, el hombre de la boca quemada 325
51. Inkanchasho y la virilidad 329
52. Escenas de la vida de Ako Roa y de su hermano Saninwanka Banë 335
53. La melancolía de los dos sonsos 345

MITOS HISTÓRICOS

54. De los hechos memorables de Basabo, el Cashinahua que venció al Inca 350
55. Kanáibari, el antepasado que se fue a hacerse extranjero 361

NOTA FINAL 369

LÉXICO DE REGIONALISMOS 371

EPÍLOGO

Los Cashinahua hoy. *Frederica Barclay* 379

Prólogo

Tejiendo recuerdos sobre André-Marcel d'Ans

Alberto Chirif

Cuando pienso en mi primer encuentro con Marcel d'Ans debo remontarme al año 1970, en el Hospital Amazónico Albert Schweitzer, donde trabajaba después de haber finalizado mis estudios de Antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Pero de esa ocasión, por la manera como recuerdo que nos saludamos, me asoma también a la memoria el atisbo de que ya nos habíamos visto antes. ¿Dónde, por qué? Tal vez Stefano Varese, amigo y maestro al que le debo el haber estudiado Antropología, me lo había presentado en el Congreso de Americanistas de Lima realizado algunos meses antes ese mismo año. En aquella, oportunidad, Marcel presentó una ponencia sobre el caso de dos comunidades machiguenga, Tayacome y Yomibato, cuya población estaba asentada dentro de lo que poco después sería declarado como Parque Nacional del Manu. ¿Qué hacer en este caso con población de una comunidad indígena, es decir, de una entidad nueva que aspiraba a tener escuela y relaciones con el mercado, asentada en un área natural de protección estricta y uso indirecto (turismo e investigación científica, y solo en algunas zonas delimitadas de manera muy precisa), donde estaba prohibida la agricultura y cualquier actividad extractiva de carácter comercial? Se jugaba por entonces, quizás por primera vez, la contradicción entre la "modernidad" (aunque en aquel momento un concepto tan ridículo como este no tenía el peso de paradigma civilizador que adquiriría algunas décadas más tarde), exigida como requisito de la "integración" de la población indígena, y la negación de disponer de los recursos del medioambiente con la lógica del mercado. Una de las respuestas que se daba al conflicto, que era que la gente podría cultivar y cazar pero solo para alimentarse y utilizando únicamente arcos y flechas, no respondía a la complejidad de la situación.

No sé cuál haya sido la solución que se le dio al conflicto, si es que alguna se le ha dado. Lo más probable es que el tema haya quedado en ese limbo de indefinición burocrática, en el que nunca se llega a tomar el toro por las astas, en espera que la carga se vaya acomodando en el camino, cerrando a veces los funcionarios los ojos

y otras imponiendo sanciones por uso ilegal de recursos. Años más tarde, esta situación se volvería más compleja, cuando los actores en conflicto dentro del Parque Nacional del Manu fueron otros y más complicios que implicaban mayores riesgos y dificultades para el dialogo: extractores ilegales de madera, colonos y, más recientemente, planes para construir carreteras que ponen en situación vulnerable a toda la región. Una de ellas, la PE 58 (Marginal de la Selva), a decir de Mare Dourıujanni, "comunicaría nada con nada". Su diseño parte de un punto ubicado en la carretera que une Cusco con Madre de Dios antes de llegar a Puerto Maldonado, sigue en dirección noroeste, atraviesa el límite oriental del Parque, al que luego parte en dos, para orientarse, con rumbo oeste, hacia el curso medio del Urubamba. Otro diseño de carretera parte de Iñapari, punto final en el Perú de la Interoceanica Sur antes de cruzar la frontera con Brasil, remonta el curso del rio Acre y enfilar después al norte hacia el río Purús, en uno de cuyos tributarios habitan los Cashinahua que dan origen al trabajo de Andre-Marcel d'Ans.

El "nada con nada" al que se refiere Dourojanni debe ser entendido en términos de lo que significa, para una persona honesta como él, una obra vial que debió haber sido pensada para llevar bienestar a la población. Pero sin duda no es esto lo que tienen en la mente los promotores de estas vías sino el saqueo de recursos naturales, principalmente madera de bosques de gran riqueza porque aún están intocados, valiéndose de inversiones del Estado que ellos presentan, con discursos grandilocuentes, como obras de bien para los pobres compatriota que viven aislados y al margen de la sociedad nacional. Para ellos, entonces, es claro que la carretera comunicará "todo con todo".

Los años en que Marcel estuvo en el Perú fueron años de cambio: reforma agraria, nacionalización de las industrias básicas, comunidad industrial, nueva ley de educación y otras propuestas que trastocaron viejas estructuras de poder, aunque muchas volverían después y con mayor fuerza. En la Amazonia, una ley que apoyó a las nacientes comunidades nativas fue fundamental para el reconocimiento de derechos de un sector social secularmente olvidado.

Justamente el trabajo de Marcel *L'Amazonie peruvienne indigene: Anthorpologie ecologique, ethno-histoire, perspectives contemporaines* (Payol, Paris 1982) da cuenta de este proceso que él vivió en compañía y lugar inmejorables: Iquitos. Allí también lo encontré en los años en que visitaba la región en calidad de funcionario público, mi segundo trabajo como profesional después de dejar el Hospital Amazónico.

En ese tiempo él me obsequió las cuatro separatas a mimeógrafo de ese trabajo, en castellano, que luego, traducido al francés, publicó en Francia. Eran los años del Organismo Regional de Desarrollo de Loreto (Ordeloreto) que si bien estaba al mando de un miembro de las Fuerzas Armadas (era la época del gobierno militar de Juan Velasco Alvarado), tenía como director técnico al Ing. Agrónomo José López Parodi, una persona de fina inteligencia que desde su profesión descubrió la sabiduría de los pueblos indígenas para adaptarse y obtener lo mejor de un medio tan difícil como es el amazónico. Era un lujo tener como funcionario a una persona dispuesta al diálogo y al aprendizaje de nuevas realidades, y en esto, Marcel d'Ans jugó sin duda un papel destacado, junto con otros personajes que pusieron su inteligencia y su corazón buscando lo mejor para Loreto, como Carlos Collantes, Rafael Tarnaviecki y Alberto Otero, entre otros. López Parodi acogió la propuesta del antropólogo estadounidense de origen ruso, Steve Romanoff, de declarar una gran zona reservada para el pueblo Matsés, que vive en los ríos Gálvez, Chobayacu y Yaquerana, en la cuenca del Yavarí. Era un pueblo que había dejado su condición de "aislamiento voluntario" hacía poco tiempo, forzado por acciones violentas del alcalde de Requena, maderero que incursionó en su territorio y, al ser rechazado, apeló, como es costumbre, al argumento civilizador y promovió uno de los actos más bárbaros que se recuerden contra la población indígena en la década de 1960: su bombardeo por la Fuerza Área del Perú. Muy poco después, como la historia nos lo ha venido enseñando desde hace siglos, llegaron los evangelios, esta vez a cargo del Instituto Lingüístico de Verano.

Años más tarde, con la ley de comunidades nativas, la ONG Centro de Desarrollo del Indígena Amazónico (CEDIA), tuvo el acierto de no fraccionar la unidad de esa reserva territorial sino de mantenerla, y apoyó para que se le diese el carácter jurídico de comunidad nativa. Ciertamente es el único caso en el que todos los asentamientos locales de un pueblo (en este caso más de 20) han sido inscritos como una comunidad y con un único territorio que bordea las 400,000 ha. Allí se da también un caso de gobernanza poco estudiado en torno a una instancia que reúne representantes de todos los asentamientos para decidir sobre problemas que afectan al conjunto de la población.

Aunque durante algunos años lo asocié con lo que en un momento fue su tema recurrente, la situación de Tayacome y Yomibato, lo cierto es que Marcel fue un autor prolífico y variado. Dada su formación como lingüista, es en este campo en el que encontramos su obra más extensa.

Señalo a continuación algunas de sus publicaciones: *Materiales para el estudio del grupo lingüístico Pano*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Lima, 1970. "Repertorio etnobotánico y etnozoológico Amahuaca". *En Revista del Museo Nacional*. XXXVIII: 352-384. Lima 1970. "La alfabetización y la educación de los pueblos de la selva peruana en la perspectiva de su porvenir socioeconómico", en *El reto del multilingüismo en el Perú*, Serie Perú Problema 9. Instituto de Estudios Peruanos (IEP), pp. 171-184. Lima 1972. Léxico Yaminahua (Pano). UNMSM. Departamento Académico de Lingüística. Documento de Trabajo No. 1. Lima, 1972 (mimeo.) "Características de los Programas actuales de integración en población de lengua vernácula: la alfabetización y la educación de los pueblos de la selva peruana en la perspectiva de su porvenir económico". En actas del Primer Seminario Nacional de Educación Bilingüe. Lima 1972. "Reclasificación de las lenguas Pano y datos glotocronológicos para la etnohistoria de la Amazonía Peruana". *En Revista del Museo Nacional* (XXXIX): 349-369. Lima 1973. "Estructura semántica del parentesco Machiguenga (Arahuak)". En Revista del Museo Nacional (XL): 341-361. Lima 1974. "Influencia de la escuela sobre las migraciones", en *Educación*, 13 (VI): 15-25. Lima 1975. *La verdadera biblia de los Cashinahua* (Mitos, leyendas y tradicionales de la selva peruana). Mosca Azul Editores. Lima 1975.

Con Els van de Eynde, en 1972, elaboró "Léxico Amahuaca (Pano)". UNMSM. Departamento Académico de Lingüística. Documento de Trabajo No. 6. 48 pp. (mimeo).

En francés, su lengua natal, ha publicado artículos y libros. Entre los primeros, cito "Les indians Amazoniens et la forêt tragique. Un cas de littérature ethnocidaire" y "L'alphabétisation et l'éducation des peuples de la selva péruvienne, dans la perspective de leur avenir socio-économique", ambos en Jaulin, Robert, *De l'ethnocide à travers les Amériques. Fayard*. Paris 1972: 193-211 y 395-417, respectivamente. El segundo de estos textos había sido publicado, como se demuestra de la lectura de líneas anteriores, en Lima en 1970.

Entre sus libros en francés están, además de *L'Amazonie péruvienne indigène*, ya antes mencionado, *Le Dit des Vrais Hommes: Mythes, contes, légendes et traditions des Indiens Cashinahua*. Esta obra tiene dos ediciones francesas, la primera de la Union Generale d'Editions, en 1977, y la segunda, en 1991, de Gallimard. Hoy Lluvia Editores la reedita con el título original en castellano (*La verdadera biblia de los*

Cashinahua), tal como fue publicada por primera vez, en 1975, por Mosca Azul Editores.

Marcel se desempeñó como docente de la Universidad de San Marcos, lo cual explica el alto número de artículos y textos hechos para este centro de estudios.

A Marcel le perdió la pista sus últimos años en Perú. No recuerdo cuando fue que regresó a Europa. Por la nota publicada por Abelardo Oquendo (fundador de Mosca Azul Editores, junto con Carlos Velaochaga, Mirko Lauer y Eduardo Mazzini) con motivo de su muerte (*La República*, septiembre 8, 2008), me entero que fue en 1974. No obstante, su estadía europea no le duró mucho, porque al año siguiente regresó a Perú, como consultor de la Organización de las Naciones Unidas, para trabajar en el programa "Desarrollo del Oriente". Su vuelta definitiva a Europa debe haberse producido hacia fines de la década de 1970. Se instaló en París, su país adoptivo, donde se doctoró como antropólogo con base a los estudios que había realizado en la Amazonía peruana. En la Universidad de Leiden (Holanda), se tituló en lingüística con una tesis sobre la lengua criolla de Haití.

Posteriormente, se desempeñó como profesor invitado en diversas universidades de los Estados Unidos, Haití, Costa Rica, Nigeria, Venezuela y Honduras. Producto de sus trabajos en Centro América y el Caribe fueron dos nuevos libros en francés: *Haïti: Paysage et société* y *Le Honduras: Difficile emergence d'une nation, d'un Etat*, ambas editadas por Karthala, París, en 1987 y 1997, respectivamente.

La verdadera biblia y los verdaderos hombres

La presencia de un traductor del francés en la primera edición en castellano de esta obra indica que ella fue escrita originalmente en francés, aunque vio la luz por primera vez en castellano, en 1975. Las ediciones en francés corresponden a 1977 (UGE) y 1991 (Gallimard). No me queda claro, sin embargo, cuál fue el proceso seguido por Marcel en la elaboración del texto. De su escueta explicación al inicio de la introducción que él hace a esa primera edición, conjeturo que recogió los relatos en castellano. Es probable que haya hecho luego una versión final de los relatos en francés, pensando que era más factible publicarlos antes en esta lengua. Sin embargo, ante la posibilidad que se le presentó de hacer primero una edición en castellano, encargó a un traductor poner el texto nuevamente en castellano pero a partir de la versión hecha por él en francés. En mi impresión, este paso de lenguas le habría hecho perder algo de valor expresivo al

texto que resulta al final demasiado formal y dentro de los cánones del castellano estándar. Tal vez una versión en castellano regional le hubiese añadido mayor vitalidad, dándole la chispa expresiva amazónica. No tengo manera de probar mis especulaciones que de ninguna manera deben ser tomadas como una manera de desmerecer el valor de las narraciones que contiene el libro.

Otra cuestión que quiero señalar es la diferencia entre los títulos en castellano y en francés. *Le Dit des Vrais Hommes* (*El decir —la palabra— de los verdaderos hombres*) no es la traducción de *La verdadera Biblia de los Cashinahua*. Es interesante que, en el primer caso, el atributo de verdadero (*vrais*) recaiga sobre los hombres y, en el segundo, sobre la Biblia pero no para afirmarla sino para negarla: no es la Biblia que conocemos la verdadera para los Cashinahua, sino la de ellos mismos fundada en su tradición cultural. Creo que la explicación de este cambio tiene que ver con una discusión muy activa en la época sobre el papel desarrollado históricamente por los misioneros en general y, en particular, sobre la evangelización realizada en esos años por el Instituto Lingüístico de Verano, organización de los Estados Unidos integrada por traductores de la Biblia que trabajaron con diferentes lenguas indígenas del mundo entero. La década de 1970 fue una época de intensos debates internacionales y encuentros de diverso tipo sobre el etnocidio y el genocidio, en algunos de los cuales Marcel participó activamente.

André-Marcel d'Ans hace una buena síntesis sobre la cultura de los Cashinahua en su introducción que hace innecesario abundar en información sobre las características de este pueblo indígena. Tan solo considero que debo añadir que hoy en día la cuenca del Purús donde se asienta hace parte de diversas áreas naturales de protección: el Parque Nacional Purús, la Reserva Nacional Purús y la Reserva Territorial Mashco Piro. Sobre la cuenca se cierne el peligro de una carretera proveniente de Madre de Dios, que corre paralela a la frontera con Brasil, cuya justificación es "librar del aislamiento a compatriotas moradores del área", pero que esconde intereses de madereros.

Los relatos han sido ordenados por Marcel en cinco categorías: Mitos e invenciones míticas, Historias maravillosas, Hazañas de brujos, encantamientos y seres fabulosos, Cuentos morales e inmorales y Mitos históricos. Es una agrupación arbitraria, como el mismo autor reconoce. Y en efecto lo es, porque la aparición de seres, instituciones y costumbres no solo hacen parte de los relatos de la

primera categoría, sino que están presentes en todas. De la misma manera, hechos maravillosos, de trasformaciones que permiten a los personajes salvarse de situaciones de peligro, o responder en las mejores condiciones a las circunstancias que enfrentan, o convertirse en aves para escapar volando, están en todos los relatos, muchos de los cuales además tienen una fresca carga sexual, libre de los prejuicios que suele rodear este aspecto de la vida en nuestra sociedad.

En las narraciones se expone de manera elegante las características deseables e indeseables de la persona cashinahua. El tema de la mezquindad, del avaro que teniendo bienes o conocimientos se guarda para sí y no los comparte, es recurrente, como no podía ser de otra manera en una sociedad tejida sobre redes de reciprocidad, donde las cosas no se dan por generosidad sino porque así tiene que ser en un medio difícil para garantizar la sobrevivencia. Por eso, ni los bienes ni los servicios, ni los conocimientos que se dan se agradecen. Simplemente no existe la palabra gracias en cashinahua (a esto alude Marcel en la primera página de su introducción), ni tampoco en las otras lenguas indígenas amazónicas, porque lo que se recibe genera obligaciones con el dador y teje redes de obligaciones recíprocas. El mezquino, como aquel del cuento Yawashikonawa, termina al final fracasando en sus esfuerzos para que los demás no tengan lo que él posee, y no se trata de dádivas de vida efímera, al estilo de los regalos que los políticos actuales hacen con dinero del Estado, sino de insumos para producir: semillas y esquejes de *yuca*, o del fuego para calentarse, cocinar o quemar las *rozas* y hacer chacra. Su castigo es el más drástico imaginable: la muerte.

En los relatos el mundo se ordena para parecerse cada vez más a como es actualmente. El Inca, personaje recurrente en la tradición no solo de los Cashinahua sino también de otros pueblos de la familia Pano, como los Shipibo (ver al respecto el trabajo de Pierrette Bertrand-Ricoveri, *Mitología Shipibo*. L'Harmattan. París 1970), era quien poseía fenómenos como el Sol, la Noche y el Frío. Poco a poco a Tarántula, le dio una botella donde guardaba el Frío y otra donde llevaba la Noche. En cambio, a *Gallinazo* que vivía en una zona de frío no le quiso dar el Sol, pero este se las ingenió para robarse la botella que lo contenía. A quien sí se la dio fue a Águila. Esta y *Gallinazo* destaparon por su lado las botellas y por eso se hizo el día y vino el calor.

Dos temas frecuentes en las tradiciones indígenas amazónicas son el diluvio (aunque en el caso del pueblo Arakmbut es de fuego y no de agua) y la falta como mecanismo de sanción de un hecho

o una costumbre. A diferencia de la tradición Cristiana, en el caso de los Cashinahua el diluvio no es consecuencia de la maldad de la gente sino de lluvias incontenibles. Parte importante de la Humanidad consigue salvarse de la inundación porque se embarca en una gran balsa cargada con algunas provisiones. Un individuo, en cambio, lo logra por otros medios. Encaramado en un alto árbol, con apenas los brazos, boca, nariz y ojos emergiendo fuera del agua, espera la muerte, pero escapa de esta cuando la creciente cesa de manera inexplicable. No obstante la espuma de las aguas le ha dejado marcas en torno a las partes que permanecieron fuera del agua, y él se convierte en el mono *huapo* negro que hasta hoy exhibe estas características.

El descenso de las aguas refunda una Humanidad cada vez más parecida a cómo es esta en la actualidad. Aparecen los cultivos: *yuca*, plátano, maíz, *sachapapa*, *uncucha*, caña de azúcar y otros, y la gente, aprende a hacer *chacras* cortando el monte y quemando los troncos caídos. En este punto este relato ("Nëtëbuëkon, el diluvio y la reivindicación de la vida") nos da un dato extraordinario. Dice: "Extraño asunto: como ellos se llevaron las plantas cultivadas, en el monte quedaron únicamente sus dobles silvestres".

Estos dobles son los que hoy día la moderna Botánica llama "parientes silvestres" de las plantas cultivadas. Los Cashinahua se refieren, mediante un relato mítico, al milenario proceso de domesticación de cultivos a través del cual las plantas, por la sabia selección, cruzamiento y crianza realizada por sus antepasados, han evolucionado hacia los cultivos que conocemos en la actualidad. Esos "parientes" son hoy motivo de investigación por la Botánica porque guardan importantes genes que las domesticadas pueden haber perdido y que sirven para enfrentar adversidades, como la resistencia a enfermedades e insectos, la tolerancia a extremos climáticos o a condiciones específicas del suelo.

En el monte, cuentan los Cashinahua, quedó el *bijao*, una hoja parecida a la del plátano (sirve para envolver pescado para asarlo) pero que no da frutos; la *yuca-del-añuje*, similar a la verdadera pero que no produce tubérculos; la caña brava solo en apariencia semejante a la de azúcar; la *sachapapa-del-escarabajo-azul*; la "oreja de elefante" que se parece a la *uncucha*; el *pajarobobo* que crece en las playas y aparenta ser maní y así de todas las plantas quedaron solo sus parientes silvestres desde los cuales los pueblos indígenas comenzaron el largo proceso de domesticación de cultivos.

A una realidad semejante se refirió, hace ya cuatro décadas, el etnobotánico estadounidense Brent Berlin, de la Universidad de California, Berkeley, en una ponencia presentada en la reunión anual de la American Anthropological Association, posteriormente publicada en castellano (ver "Bases empíricas de la cosmología botánica Aguaruna", en Chirif, Alberto, *Etnicidad y ecología*. Cipa. Lima, 1979). La diferencia con el relato cashinahua es que en el caso de los Aguaruna la aparición de los parientes silvestres es posterior a la de los domesticados y consecuencia de una falta cometida por los seres humanos que si bien no los hace desaparecer, a partir de entonces ya no serán un don amable de la naturaleza sino consecuencia del trabajo humano.

Y con esto entro al último tema que quiero abordar en esta introducción: la falta como un elemento creador de la Humanidad tal como actualmente la conocemos. Son varios los relatos cashinahuas que se refieren a ella. En uno de ellos, Naimbo, un ancestro, recibe del Tigre el poder de obtener animales (*mitayo*, en términos del castellano regional amazónico). Solo debe dibujarlos en el suelo y tocarlos con una vara mágica para que estos aparezcan. La misma vara le sirve para volverlos ingrávidos y así poder transportarlos sin ningún esfuerzo. Pero el Tigre le pide no revelar nunca el origen de su poder, condición que él, por fanfarrón, no cumple. Desde entonces, Naimbo se ve obligado a cazar animales mediante su esfuerzo, tal como hoy lo hacen todos los seres humanos.

En otro relato, un hombre cashinahua que era un *yopa*, es decir, un torpe para cazar, se asocia con un tocayo ancestral, un *Shomani*, un duende del bosque que tiene una extraordinaria habilidad como cazador. Este se compromete a cazar para él, pero le exige en cambio no hablar nunca de cómo obtiene el *mitayo*. El hombre incumple lo acordado y le refiere el secreto de su éxito a su mujer. Este hecho desencadena una serie de sucesos que enturbian la relación entre los tocayos. Cuando finalmente el hombre mata al duende, él se ve obligado a cazar en las condiciones que hoy lo hace cualquier ser humano y su éxito seguro, a partir de entonces, se vuelve aleatorio.

Me es difícil leer relatos de este tipo sin que me venga a la memoria la historia bíblica de Adán y Eva, arrojados del Paraíso, donde la naturaleza les proveía de todo sin que tuvieran que esforzarse, a consecuencia de una falta. Las diferencias, sin embargo, son, creo, dos. La primera es que mientras para los indígenas la falta es condición para el establecimiento de la Humanidad tal como hoy la conocemos,

Coronel Portillo

Brasil

Atalaya

Purús

Río Curanja

Río Purús

44

45

46

Madre de Dios

Cusco

44. Culina

45. Sharanahua-Marinahua

46. Cashinahua

En: *South American Indian Languages. Restrospect and Prospect*, editado por: Harriet E. Manelis Klein, Luisa R. Stark. University of Texas Press, 2014. pp. 222 y 223.

Introducción

André-Marcel d'Ans

Agradecimiento

Publicando una obra de este tipo es cuando mejor se puede experimentar toda la vanidad de incluir un nombre en la portada de un libro. En este volumen, el mío no figura sino para denunciarme como responsable de sus lagunas, errores y otras deficiencias. Mi amigo e informante principal, Bishko Hinakënë (conocido por los blancos, en Brasil, bajo el nombre de Macario Bautista, y en el Perú como Raúl Díaz Méndez), infatigable y maravilloso narrador, tendría mucho más derecho de proclamarse autor, si le viniese la absurda idea de firmar con su nombre el producto de la tradición milenaria de los Cashinahua. De ella, Bishko Hinakënë se sabe ni más ni menos fiel depositario que todos aquellos en quienes, como ayer, está hoy día viviente.

De su tradición ancestral, Raúl Díaz se hizo el intérprete entusiasta y dispuesto para el extranjero que progresivamente —quizás— yo dejaba de ser frente a él.

Por esta confianza, así como también, por la calidad de su información, deseo evidentemente, antes que, nada, darle las gracias.

No ignoro, sin embargo, que en la lengua de los Cashinahua, esta palabrita "gracias" no tiene traducción. En un mundo donde la ayuda mutua es algo natural y espontáneo y donde el peor defecto sería yaoshi "No querer compartir", el beneficiario de un favor no se siente obligado al agradecimiento; no está constreñido a decir: "Gracias". Simplemente aprueba a su benefactor diciéndole: Puëki, "Está bien".

A Bishko Hinakënë, entonces, ¡puëki! ... de todo corazón.

Posición geográfica y territorial de los Cashinahua

Los Cashinahua son una población amazónica que, en su mayoría, reside actualmente en Brasil, donde las estadísticas oficiales la consideran como "integrada". En efecto, los Cashinahua —cuyo número total no debe ser superior a 2000 o 3000— viven en permanente contacto con los blancos y mestizos repartidos en diversos lugares sobre los cursos medios de los ríos del Estado de Acre: Yuruá, Tarahuacá, Muru y Embira.

Desde hace una veintena de años, un movimiento de reflujo trajo a los Cashinahua al Perú, donde actualmente existe una población de unas 600 almas sobre el río Curanja, afluente de la margen izquierda del Purús. Parece que este movimiento migratorio del Brasil hacia el Perú está por acentuarse próximamente. Los Cashinahua consideran visiblemente que las condiciones de existencia que les son ofrecidas en el Perú son menos desfavorables que en el Brasil.

Esta localización moderna de los Cashinahua no corresponde a la de su territorio tradicional. Resulta de movimientos migratorios poscoloniales originados a fines del siglo pasado. Desde entonces se han efectuado en diversos sentidos, al compás de los cambios de patrones, misioneros y otros civilizadores. En Capistrano de Abreu —ese gran erudito que alrededor de 1910 fue el primero en reunir una notable colección de testimonios orales de los Cashinahua— leemos un importante texto donde uno de los informantes explica las razones que los Cashinahua de entonces creyeron tener para preferir a los brasileños sobre los peruanos, de quienes decían pestes.

El territorio tradicional, propiamente dicho, de los Cashinahua se encontraba en una zona hoy repartida entre Perú y Brasil: las cabeceras y cursos superiores de los ríos ya citados, Yuruá y Curanja en Perú; Embira, sobre la frontera; Tarahuacá en Brasil. Es decir, toda la región comprendida entre S 9° 15'-10° 15' y W 71° 30'-72° 45'.

Allá fue donde, antes de la llegada de los blancos, los Cashinahua se dedicaban a sus actividades de agricultores, cazadores, pescadores, y recolectores. No estaban, sin embargo, implantados en esos lugares sino desde hacía unos siglos. En efecto, la Arqueología, la Lingüística y Etnología Comparadas, presentan numerosos y convergentes índices, adecuados para hacernos admitir que una migración reciente (diez a trece siglos) los hubiese llevado allá con otros pueblos pano, tales como los Amahuaca y los Yaminahua. Esta migración se había originado en los alrededores del Ucayali Central, región anteriormente invadida —hace alrededor de veinte siglos— por el conjunto de pueblos pano, venidos probablemente del sudoeste.

Cuando llegaron los blancos, prosiguiendo su búsqueda de riquezas —el caucho en ese fin del siglo XIX— hasta esas regiones desconocidas donde aún las fronteras políticas no estaban bien señaladas, los Cashinahua los vieron aproximarse desde todas partes, viniendo de río abajo, desde esa región donde ellos pensaban que terminaba el mundo.

Descontando el terror que les inspiraban, esos extranjeros los sedujeron: poseían, especialmente, todo un surtido de objetos fabulosos que los Cashinahua pronto consideraron como altamente deseables. Esta seducción ejercida, las falsas promesas formuladas, el propio deseo de alianza de los indios con los blancos, todo esto hizo que los indígenas se convencieran y abandonaran sus territorios ancestrales para ir a unir su suerte con los invasores allá, más abajo, en los ríos, donde comparten hasta hoy día la vida mediocre —o miserable— de los mestizos, fascinados pero siempre frustrados por el espejismo de la opulencia amazónica.

En cuanto a la zona de las cabeceras, permanece desocupada desde la deserción de las tribus. Ni un blanco ha penetrado en ellas. El silencio pues, se ha cernido sobre esos lugares de valles y bosques, a menos que uno que otro grupo indígena, refractario o más sabio, siga bebiendo hasta hoy el agua de sus manantiales.

Cosmogonía

Es en esta región de lomas cubiertas de una selva densa, regada por lluvias torrenciales, donde nacen un gran número de ríos amazónicos de origen no andino: el Yuruá, el Embira, el Purús, el Acre y muchos otros ríos de importancia diversa, tales como los numerosos afluentes izquierdos del Madre de Dios o los derechos del Ucayali.

A esta región, los Cashinahua la consideran como el Centro del Mundo, puesto que es el lugar donde nacen todos los ríos conocidos por ellos. Desde allí, los cursos de agua se reparten en estrella y fluyen hacia los confines del mundo donde, alcanzando la Raíz del Cielo —reino de la Tarántula mítica, señora del Frío y de la Muerte— se congelan y se reabsorben.

Es en el límite del mundo igualmente donde, todas las mañanas, el Sol emerge de un hueco y comienza a iluminar la Tierra, recorriendo lentamente el cielo durante todo el día. Al anochecer, el Sol se hunde en otra cavidad que es como la vagina de la Tierra. En efecto, al ocultarse el Sol, cuando aparece como un disco escarlata, los Cashinahua dicen que ha descubierto su glande y que va a penetrar a la Tierra.

Durante la noche, el Sol pasa por el interior de la Tierra, hasta llegar de nuevo a su punto de partida. No olvidemos, en efecto, que la noche presenta aquí a lo largo del año una duración igual.

Algunos Cashinahua piensan que, en el curso de su viaje por el interior de la Tierra, el Sol iluminaría allá un mundo simétrico al nuestro y poblado de habitantes de toda suerte. No se trata,

sin embargo, de una conjetura, pues el mito guarda silencio en lo concerniente a este eventual mundo de abajo.

Del análisis de estos hechos se podría deducir que la tierra de los Cashinahua, en una figuración geométrica, sería representada como una especie de disco. Del centro, nacerían todos los ríos que se deslizan hacia la periferia. Allí se anulan, al entrar en contacto con la Raíz del Cielo. En cuanto al Cielo mismo, tendría la forma de una cúpula donde todos los puntos son equidistantes del Centro del Mundo. Sobre esta cúpula estaría fijado el itinerario cotidiano del Sol.

Cómodamente podríamos satisfacernos con esta esquematización. Pero si la trasponemos sobre el papel para someter el dibujo a un informante Cashinahua, no podremos dejar de quedar sorprendidos por su reacción. Efectivamente, admirándose de la ingeniosidad del dibujo y reconociendo que, en efecto, "las cosas deben de ser así", el informante sin embargo permanecerá cortado y avergonzado ante el carácter absoluto y rígido de tal representación.

Es que, vean ustedes, para los Cashinahua el Cosmos no es ni una estructura ni una mecánica. No viendo ningún reloj, tampoco se sienten, por ello, constreñidos a imaginar un relojero.

Para ellos, el mundo consiste en una entidad mágica donde la vida es difusa y que, por esencia, no es absolutamente reductible a una figuración geométrica o mecánica funcional y única, que no podría sino provenir de una inteligencia soberana. Sin duda, la tierra-disco que yo les dibujaba, cubierta por la cúpula del cielo, representaba, hasta cierto punto, una visión aceptable. Sin embargo, esta representación es intuitivamente percibida por los Cashinahua como peligrosamente limitativa del sentido del cosmos tal como emana de los mitos y otros textos sagrados de la tradición.

Del mismo modo, mi dibujo no da cuenta del hecho de que la Tierra y el Cielo son explicados esotéricamente como entidades con forma anatómica. Así, las colinas de las cabeceras (por otra parte, el Centro del Mundo) son propiamente la Cabeza de la Tierra donde, en virtud del principio que quiere que las aguas corran hacia abajo, estas 'ganan los fundamentos' de la Tierra que coinciden con la Raíz del Cielo. Pues bien, en cuanto al Cielo mismo, es un mundo paralelo al nuestro, con sus propios ríos, plantas, animales y habitantes que en nada se distinguen —según el mito— de los que vemos sobre la Tierra. La forma anatómica del Cielo es la de un árbol (Cuento 5) cuya raíz se confunde con la extremidad de la Tierra, de tal manera que un héroe celeste pudo regresar a su hogar por esta vía (Cuento 4).

Observemos, por fin que esta representación esotérica no contradice categóricamente la figuración geométrica tal como la hemos propuesto al comienzo: llama la atención la concordancia formal que hay entre la copa del árbol esotérico y la cúpula celeste de la representación mecanicista.

Sin embargo, ver el mundo solo como una forma, aunque sea esotéricamente sublimada y diversificada, significaría quedarnos ciegos ante la presencia del espíritu en Él. Jamás, en un pensamiento mágico, un fenómeno será encarado, exclusivamente, como efecto engendrado por una causa. Los hechos sensibles serán siempre —más allá de los encadenamientos mecánicos de las consecuencias— atribuidos a la manifestación de una fuerza espiritual. Esta abstracción, sin embargo, no está nunca desencadenada. Toda fuerza cósmica reviste, según las asociaciones construidas por la anécdota, la forma familiar de un ser de la experiencia cotidiana.

De este modo, si es evidente —en el nivel de la observación— que la Noche es el efecto de la ausencia del Sol como astro, es también evidente —sobre un plano mágico—, que si imaginamos que la Noche nos ha sido dada por un animal, debe ser la de aquel (o aquellos) que duermen tanto tiempo como el hombre (Cuento 11). En este plano mágico no puede haber contradicción con el hecho de que la Noche sea, bajo otro aspecto, el atributo de la Tarántula o del *Paucar* (Cuento 3).

Es así como, a título de ejemplos no-limitativos, los diferentes fenómenos naturales son relatados como manifestaciones de la actividad de seres míticos. Así, el relámpago, el trueno y otros ruidos telúricos son los ecos que nos llegan de las actividades de los habitantes del Cielo (Cuentos 4, 5). En cuanto a la lluvia, resulta del escurrirse de una laguna celeste cuyo orificio taponea normalmente una garza fabulosa. Cada vez que esta se levanta para ir a pescar, el agua se escapa por el orificio libre y cae sobre la tierra.

Este último ejemplo muestra, una vez más, el hecho que un mismo fenómeno puede recibir, sin que se excluyan mutuamente, diferentes explicaciones que ilustran diversos aspectos de la concepción Cashinahua del Cosmos. Así, mediante una anécdota metafórica, la explicación de la lluvia por el escurrimiento de una laguna celeste apoya la visión geométrica de un cielo-cúpula extendido por sobre nuestras cabezas. Sin embargo, no hay antagonismos entre esta explicación y las que la atribuyen míticamente a los lloros

desesperados del hijo del Relámpago (Cuento 4), o la que la hace atributo del *Paucar* (Cuento 3).

Lo mismo puede decirse del Sol. Puede verse como un cuerpo celeste, vagamente antropomórfico y dotado de autonomía, en la interpretación de tipo mecanicista. Esto, sin embargo, no impide en nada que sea a la vez el atributo del Águila y del Inca si se trata del Sol de levante; o del *Gallinazo*, si se trata del Sol que aparece después de aguacero (Cuento 4).

Contrariamente al Sol, la Luna no aparece ni se oculta en ningún punto fijo del horizonte. Es vista como la epifanía de un ser terrestre. Sus formas y sus apariciones recuerdan, por una parte, las aventuras de *Yobuënawaboshka*, y al estar ligadas a la medición del tiempo, la Luna preside, por intermedio de la fecundidad de las mujeres, el nacimiento y la muerte de los hombres (Cuento 8).

Todo esto es revelador de la hábil duplicidad de una visión del mundo atenta a entremezclar constantemente el acercamiento racional —que permite la acción eficaz y la elaboración de las técnicas— con la especulación metafórica y esotérica. Al nivel de la experiencia, esta especulación no está desligada del mundo de la percepción sensorial, pues el recurso constante a los alucinógenos mantiene perpetuamente accesible todo un mundo de realidades paralelas que en todo momento están presentes como contrapunto a la realidad actual.

En un pensamiento tal, la contingencia del mundo concreto no constituye ningún límite. Aquí se encuentra, a mi modo de ver, el principio mismo de la actitud no-conquistadora del hombre Cashinahua frente al Cosmos, ya que este, por definición, no lo traba; más bien, se abre infinitamente ante él, en una multiplicidad de planos lógicos. Además, esta vida sobre gamas paralelas que presentan solo relaciones muy fluidas entre ellas, favorece en los selvícolas el despliegue de un humor muy fino y ligeramente escéptico: a fin de cuentas, todo pesa menos que su peso real. Nada es negado, todo es posible, y el contrario de todo está constantemente presente.

Toda representación puntual con que nuestra ciencia trate de operar, a fin de reducir la experiencia de este mundo a los esquemas de una cosmogonía, si procede de un deseo legítimo para ver claro, demuestra no poco la desmesura de afrontar lo imposible.

La sabiduría Cashinahua evita cuidadosamente aquella desmesura. No se siente tentada de abordar la descripción verídica de lo real. Se contenta con costear en sus aguas, y bordear en sus orillas. En tal

dialéctica, nunca nada puede ser falso, puesto que todo procede de una frecuentación prudente pero amorosa, sonriente y desinhibida de la realidad.

Mito, religión y... supervivencia de los Cashinahua

El corolario de este acercamiento sutilmente fluido de lo real es que nada en el mito es perentorio. Solo el celo y la obnubilación etnocentrista de los misioneros podían descubrir indicios de lo divino en el seno de los mitos amazónicos.

No obstante, la ausencia en los mitos —y específicamente en la tradición Cashinahua—, de seres o de principios explícitos que rijan el curso de las cosas, y así mismo, la falta de inquietudes concernientes a los orígenes y al fin del mundo, están precisamente corroborados por la inexistencia de dios, de creación primigenia, de fines últimos, de paraíso y de infierno. Nadie, percibe en efecto, como inconveniente que las cosas estén perpetuamente, a la vez, en estado y en devenir desde siempre y para siempre. Teniendo todo elementalmente fuerza de vida, no aparece como necesario que esas fuerzas procedan de un foco común al que deben regresar.

Esta disposición de espíritu de los Cashinahua y otros pueblos amazónicos vuelve fácilmente comprensibles tanto la apertura como la indiferencia de estos pueblos a los mensajes evangélicos. Presentándose estos a sus ojos bajo el aspecto de una tradición exótica, los acogen como un discurso esotérico paralelo, ni más ni menos valioso; pero que en todo caso no es contradictorio en relación a los suyos.

Visto desde este ángulo, no pienso que el intenso esfuerzo de cristianización a que están sometidos les sea particularmente nocivo. En efecto, un día —ojalá sea pronto— no podrá dejar de hacerse manifiesta para todos la amplitud del fracaso de las acciones cristianizadoras y "civilizadoras". En consecuencia, es de prever que puestas frente a la evidencia de su absurdidad tales acciones se relajarán, dando a los amazónicos un tiempo de respiro después de la brusquedad del cambio histórico y de la brutalidad del choque cultural. Entonces tanto los mitos cristianos como los milagros de la civilización serán reevaluados por ellos con equidad, para ser asumidos inocentemente en el pensamiento indígena. De esto ya se vislumbran indicios en los Cuentos 10 y 15.

En cambio, la agresión económica, ecológica, social y educacional que acompaña o precede a la penetración misionera me parece

comprometer más gravemente la sobrevivencia de la etnia. Si la familia estalla; si la unidad habitacional se desintegra; si son rotos los sistemas de intercambio —comprendidos los tipos milenarios de relación con la naturaleza que suponen la agricultura, la caza, la pesca y la recolección— si la lengua deja de ser practicada; si las enfermedades, el hambre y el desánimo diezman a la población; si la presión de las circunstancias sigue obligando a los Cashinahua a migrar anárquicamente, entonces sí. Existe el peligro que se marchite un pensamiento que me parece perfectamente capaz, en tanto no se vea falto de una sociedad que lo cultive, incluso, de oponer la fuerza de su serenidad y la sabiduría de su tolerancia a los asaltos de una "civilización" cuya potencia desmesurada no tiene igual sino en el desconcierto que la socava.

En otras palabras, me declaro convencido del valor histórico y de la modernidad de nuestros contemporáneos amazónicos. No son, como lo quería una leyenda malévola, los vestigios caducos de un pasado obsoleto. Son los testimonios patéticos, en una época dominada por el pensamiento occidental, de una manera diferente de aprehender a los otros y al mundo: una manera no-dominante y no-totalitaria. Es sin duda por ello que pagan el más gravoso tributo a una Historia de la cual, no habiendo sido cómplices, no pueden esperar ningún beneficio.

El ciclo de la vida y de la muerte

Desde el momento de su nacimiento hasta el destete, que es bastante tarde, al niño cashinahua lo cría exclusivamente su madre, asistida por su propia madre y eventualmente por sus hermanas que viven con ellas.

A medida que se vuelven aptos para participar en la vida del grupo de los hombres, los varones son tomados a cargo por su padre y se entrenan temprano en lo que será su vida de agricultores y de cazadores. Las niñas permanecen en el hogar de su madre y se inician en las tareas de los quehaceres de la casa y en la crianza de los pequeños. La situación de la joven no se modificará en nada cuando su marido venga a reunírsele en el hogar materno. No accederá al estatus de mujer adulta sino progresivamente, cuando le nazcan niños. Entonces, su propio hogar se volverá autónomo y sobre todo, cuando vengan yernos a unirse a sus propias hijas.

Las relaciones sexuales premaritales no son objeto de ninguna restricción, y la virginidad no está rodeada de ningún prejuicio. Me

aventuraría incluso a decir, que ningún tabú limita la elección de pareja. Por el contrario, en relación al matrimonio es diferente: hay reglas explícitas, como lo veremos en los párrafos que dedicaremos a las mitades exogámicas.

Para los Cashinahua, sexualidad y matrimonio, sentimiento y contrato social están lejos de ser percibidos como teniendo que confundirse y reducirse el uno al otro. En desquite, actividad sexual y procreación son claramente percibidas como intrínsecamente ligadas, no por intermedio de una causalidad biológica a la occidental, sino al nivel de las relaciones mágicas y espirituales.

El matrimonio se efectúa prácticamente en el instante de la pubertad. Se sobreentiende, pues, que las relaciones premaritales son, lo más a menudo, relaciones pre-pubertarias. Nadie sueña en formalizarse. El hecho es tan insignificante que no se juzga ni siquiera necesario mencionarlo. Así mismo, no hay alusión alguna a la homosexualidad.

La muerte es concebida como la fuga del espíritu fuera del cuerpo. Mientras que el alma va a la Raíz del Cielo, reino de la Tarántula mítica, el cadáver es enterrado. En esta forma, sin embargo, cuerpo y alma se encuentran reintegrados. En efecto, por intermedio de la imagen de su madriguera, la Tarántula extiende igualmente su dominio sobre el subsuelo y la Raíz del Cielo. El frío que allí existe es, a la vez, el símbolo de la muerte y de los límites de este mundo.

El enterramiento del cuerpo tiene lugar al término de un velorio fúnebre, en el curso del cual el difunto es llorado por el conjunto de sus paisanos. Nos parece del más alto interés, resaltar que la cremación de la Madre del Tigre (Cuento 1) constituye casi una descripción fiel de la cremación funeraria tal como la practican los Amahuaca, vecinos de los Cashinahua e igualmente de lengua pano.

Sin embargo, entre los Amahuaca, esta práctica preludia a la del endocanibalismo. Mientras que la mayor parte de las cenizas de la pira funeraria son arrojadas al río (que las lleva, de todas maneras, hacia la Raíz del Cielo), una pequeña parte de las cenizas del difunto es recogida para una especie de comunión ritual: mezcladas con una bebida, esas cenizas son consumidas en familia, después de ciertos ritos.

Según mis informantes, tales prácticas no han tenido lugar jamás entre los Cashinahua, o se les han ido de la memoria. Sin embargo, serían coherentes en relación al resto del pensamiento de este pueblo.

hermanos y hermanas. Por el contrario, los primos cruzados (hijos de los hermanos del padre o de los hermanos de la madre) son los candidatos preferenciales para el matrimonio. Se desprende de esto que, a despecı ha sido, casi siempre, previamente *koka* (tío materno o materno) de la patrima).

Otro aspecto de la estructura social concurre al mismo resultado, las mitades exogámicas. A los *hino*baké y Roabaké, mitades masculinas, corresponden las Inambaké y Runobaké, mitades femeninas. Un hombre ino debe normalmente casarse con una mujer Bano, y un Roa con una Inani (Cuentos 6 y 7).

Consideradas desde este ángulo, las uniones exogámicas tienen como finalidad explícita, la transmisión de los nombres (acompañados de apodoo). Cada mitad, tanto masculina como femenina, posee un *stock* limitado e inamovible. Así, todo niño varón recibirá el nombre del abuelo o de un tío abuelo paterno, y toda niña será llamada como su abuela o una tía abuela materna. Esto equivale a decir que los hijos corresponden a la mitad del padre mientras que las hijas corresponden a la mitad diferente: la de su madre. Concretamente, un hombre Ino, normalmente casado con una mujer Bano, tendrá hijos Ino e hijas Inani. Un hombre Roa, casado con una Inani, tendrá hijos Roa y Bano.

En la sociedad tradicional parece que esta regla exogámica era escrupulosamente respetada, aunque no haya debido serlo jamás en forma absoluta. Es posible contradecirla. Cuanto más que —el mito es testimonio— el infortunio conyugal debió de ser siempre muy extendido y, lo más frecuente, no ser tomado exageradamente a lo trágico. Existe en lengua Cashinahua un término cuasi de parentesco que los informantes traducen sabrosamente por "socio". Así, por ejemplo, el concubino de la esposa es llamado "socio" del marido en la fabricación de sus hijos.

Por otra parte, si la incompatibilidad de las mitades exogámicas es en principio un obstáculo al matrimonio, no constituye en absoluto un tabú sexual. Así, un marido Roa, por ejemplo, podrá muy bien tener un socio Ino. Y como una situación tal no pudo dejar de haberse producido en algún momento de la historia de los linajes ascendentes, es posible sostener que un candidato a cónyuge podría muy bien ser, por la mano izquierda, ¡de la mitad diferente de la suya!

Esto demuestra, a fin de cuentas, que las reglas exogámicas, lejos de constituir un cuadro limitativo o represivo, ofrecen apenas un marco de referencia que da pie a toda negociación.

que le comunican los espíritus visitados durante su viaje. Y cuando las plantas son utilizadas en la cura, lo que sana al enfermo no son las virtudes antisépticas, analgésicas, lenitivas, emolientes, diuréticas, béquicas, coagulantes, hemostáticas, analépticas, eupépticas, tónicas o febrífugas de tal sustancia contenida en tal planta y actuando con tales, sino más bien, la acción espiritual del curandero cuyo espíritu ha sabido concertarse con la energía propia de esas plantas a nivel de lo cósmico.

Se deduce que los Cashinahua están convencidos que la misma planta, administrada de manera profana, quedaría necesariamente sin efecto. La cura no es una técnica; empalma con el dominio de lo sagrado; está indisolublemente unida a la magia y a la adivinación. Esta mezcla ambigua, a la cual se añade lo que llamaríamos psiquiatría de grupo, los etnólogos la designan con el nombre de chamanismo.

La función de Chamán es poco especializada entre los Cashinahua: todo el mundo ensaya, poco o mucho, la curación (y el envenenamiento, pues un solo término, *rao,* designa remedio y veneno). Algunos, sin embargo, demuestran en esta esfera aptitudes particulares, en la misma forma como otros se vuelven grandes cazadores, hábiles agricultores, etc.

A estas cualidades, los chamanes reconocidos, agregan frecuentemente, un agudo sentido del show; pero no de show-business, pues la función es completamente desinteresada. Comediante cumplido, el chamán será también muy a menudo, un admirable prestidigitador, hábil en extraer de las partes dolientes espinas, agujas, piedritas, anzuelos y... ¡pedacitos de navaja!, que son los dolores del paciente.

¿Superchería? ¿Charlatanería de baja estofa? Nada de esto: habilidad para soslayar los misterios de la vida no abordándolos sino a través de la simulación y el símbolo.

Nadie se engaña porque nadie cree en la materialidad de los hechos. Sin más fe de la que se da a los hechos relatados en el mito, nadie sueña en erigir como dogma los prodigios del chamán. En esto, como en curar, está claro que hay simbolización, es decir: ejercicio de ese poder maravilloso del espíritu capaz de rodear lo real con el ardid ingenioso o sublime de una metáfora. Si este saber mágico viene a compenetrar la ciencia de las técnicas, estas —guardando intacta su eficacia— escapan a la desmesura, y quien las utiliza no está acechado por la desesperación que engendran sus limitaciones.

Breve descripción etnográfica

Para leer bien un mito es necesario que el lector pueda visualizar convenientemente los relatos narrados por la tradición Cashinahua. De lo contrario, numerosas ilusiones de óptica nos harían tomar por absurdos, fantásticos o burlescos, hechos, situaciones o escenas que pertenecen, sin embargo, a la vida cotidiana.

No quiero decir, evidentemente, que la vida diaria de los Cashinahua sea absurda, fantástica y burlesca. Pero intento advertir que algunos de sus aspectos podrían aparecer así ante quien no haga un esfuerzo elemental por comprender que las costumbres cambian de una civilización a otra: lo considerado aquí como normal o decente puede parecer fuertemente escandaloso o bufonesco allá. Por esto importa abordar las cosas en su contexto.

Por ejemplo, se debe saber que tradicionalmente los hombres Cashinahua estaban desnudos; llevaban simplemente un cinturón donde ataban el pene por el prepucio (Cuento 25). El pudor para ellos consistía en cuidar de no mostrarse nunca en público con el pene desamarrado. En cambio el resto —los testículos por ejemplo— no hacían ningún esfuerzo por disimularlo. Esto explica la posibilidad de situaciones comparables a las descritas en los Cuentos 6 y 55.

Las únicas vestimentas usadas eran ceremoniales: faldas de fibra, túnicas de algodón, y adornos de plumas que recubrían todo el cuerpo. También, en ocasión de las fiestas, los Cashinahua se aderezaban con impresionantes coronas de plumas. Otras plumas, clavadas en perforaciones, guarnecían sus labios y alas de la nariz.

Las pinturas corporales eran objeto de especiales cuidados en esos días de festividad: soberbios dibujos con *huito* (azul oscuro) complementados con el rojo del *achiote*, recubrían el rostro y a veces todo el cuerpo.

Las mujeres también se pintaban el cuerpo. Contrariamente a los hombres, ellas no iban desnudas. Invariablemente llevaban una pampanilla tubular en tejido de algodón que anudaban a la cintura. Esta falda les caía regularmente más abajo de la rodilla. El pudor les imponía no quitarse ni levantar jamás en público ese paño; debía llevarse de suerte que no fuese posible percibir toda la parte del cuerpo que la pampanilla estaba obligada a esconder (Cuentos 6 y 36).

Estas faldas las tejían ellas mismas con hilo de algodón que habían hilado previamente. Las mismas faldas, usadas en bandolera, podían servir para transportar a los niños o cualquier otra carga (Cuentos 1 y 23).

Los Cashinahua llevaban los cabellos cortados; largos detrás, pero despejados en la frente, entre las mujeres; cortos entre los hombres. Cejas, en los dos sexos, barba, bigote y vello púbico entre los hombres eran afeitados o depilados.

El algodón empleado para las pampanillas es también la materia prima para el tejido de hamacas —cama y mueble único en la casa cashinahua. Estas hamacas están a menudo ornadas de ricos dibujos representando los mismos motivos que las pinturas corporales, y tejidas con hilos de diferentes colores (Cuentos 17 y 43).

Además del cuidado del fuego, de la cocina, de la crianza de los hijos, del hilado y del tejido, el rol de la mujer cashinahua comprende también la manufactura de ollas, jarras y vajilla en cerámica (Cuentos 28 y 30). La alfarería, sin ser del todo equivalente a la de los Shipibo-Conibo del Ucayali, participa de la misma tradición y puede ser considerada de muy buena calidad. Está decorada con los mismos dibujos que se hacen en las hamacas y en el cuerpo.

Las armas de caza de los Cashinahua eran esencialmente el arco y la flecha. El arco puede alcanzar dos metros de largo y está hecho de madera de palmera. La cuerda es fabricada de corteza de cetico (Cecropia). Los astiles de las flechas son fabricados con los largos pedúnculos de las flores de cañabrava. Un emplumamiento asegura el equilibrio de su trayectoria. Las plumas son fijadas por medio de hilos de algodón untados con cera de abejas. Las puntas de la flecha, igualmente fijas en el tallo mediante hilos y cera, pueden ser de distintas clases: una larga lámina de bambú para la caza mayor y para la guerra; una punta acerada en madera dura de palmera para los monos y la pesca; un embudo en forma de tridente para abatir pájaros...

Aparte del arco y de la flecha, las armas de guerra comprenden *macanas* de madera en forma de remo o de bate de béisbol, y formidables lanzas, también de madera de palma.

Conviene, en este capítulo de las técnicas, mencionar la cestería. Los Cashinahua fabrican canastos, cajas y recipientes de toda suerte que penden de las vigas de la casa y donde sus efectos están puestos fuera del alcance de animales y de visitas indeseables.

Los instrumentos de música comprenden unas especies de quena, trompetas de bambú y tambores. Son poco importantes, pues la música es casi exclusivamente vocal. A semejanza de los pueblos vecinos, los Cashinahua cultivan el arte de imitar una

infinidad de gritos de animales salvajes. Saben así atraerlos al alcance de sus flechas.

Algunos elementos culturales que se creería —falsamente— extendidos por toda la amazonía no se encuentran en la tradición Cashinahua. Así, ningún veneno de caza ni de guerra parece haber sido utilizado jamás. *A fortiori*, la cerbatana y el curare son inexistentes. El cultivo de la *yuca* amarga (y, por tanto, el procedimiento para volverla consumible) son desconocidos.

Antiguamente, en la región de las cabeceras donde los cursos de agua no son navegables, no había remos ni canoas. Los términos que actualmente designan a esos objetos en la lengua son respectivamente el de mezclador (especie de larga cuchara en forma de remo) y el de recipiente de *chicha* (hecho de un tronco ahuecado que tiene un poco la forma de una canoa).

Mis informantes me aseguran que otros elementos de su vida diaria actual han sido introducidos por el blanco: las trampas para animales (ellos solo conocían trampas de guerra, destinadas a los enemigos), el fumar tabaco (que ellos *sheraban*, es decir, inhalaban por la nariz)... ¡y las bebidas alcohólicas! Antes, la *chicha* de maíz consumida fresca no era sino un alimento y nadie se embriagaba jamás, si no era con fines rituales mediante la inhalación del tabaco y por último, con *ayahuasca*.

La *ayahuasca* es un poderoso alucinógeno que merece un comentario aparte. En efecto, así como el desnudo y el ejercicio del sexo son tabú para nosotros, es en el dominio de las "drogas" donde pueden producirse las más grandes equivocaciones debidas al etnocentrismo.

En la alucinación con *ayahuasca*, el Cashinahua no busca ni la huida ni el refugio. Tomarla solitariamente constituiría, por tanto, el *summum* de la aberración. Consumir *ayahuasca* es un ejercicio social; el canto y la presencia del grupo cultivan colectivamente las visiones y dirigen su interpretación. La alucinación, en tanto que percepción directa del mundo simbólico, está intrínsecamente ligada al pensamiento Cashinahua y no es un elemento periférico o anecdótico.

El vestido, el *hábitat*, las diferentes técnicas, todo esto puede haber cambiado. Pero, mientras viva la lengua y se tome *ayahuasca* vivirán siempre los Cashinahua.

Agricultura y *hábitat*

El poblado Cashinahua tradicional consistía, a menudo, en una sola gran casa rectangular donde diez a veinte familias en promedio, colgaban sus hamacas. El suelo era de tierra batida; los diferentes fuegos familiares estaban repartidos hacia la periferia. La casa ocupaba el centro de una *roza* donde se encontraban también las chacras cultivadas por los miembros del grupo local.

Quizá para un occidental, el término "chacra" connote, casi necesariamente, una agricultura intensiva y sugiera imágenes de extensiones despejadas y ordenadas donde se alinean plantaciones. Una chacra amazónica se presenta de una manera muy diferente.

Primero, salvo desde un avión, es imposible abarcarla con la mirada, como a un campo entre nosotros. Una chacra se ve desde adentro, por no decir desde abajo: platanales, *yuca* y papayos pueden alcanzar varios metros de altura; bajo su sombra crecen las demás plantas, algunas de las cuales, como el maíz, son de talla respetable.

Sin embargo, más que estas dimensiones inusitadas de las especies, lo que impresiona más —y desfavorablemente— a un observador no iniciado, es el hecho de que esas especies están muy mal agrupadas y sin alinear en surcos, sobre un terreno, por lo demás, colmado de cepas y troncos abatidos, semicalcinados y pudriéndose lentamente bajo los hongos. La primera reacción, irreflexiva, será juzgar los cultivos como incoherentes, desordenados y sucios. En realidad, ¿de qué se trata?

Primero, desde un punto de vista técnico, una manera de cultivar testimonia no solamente un aguzado sentido de lo que es la ecología en una selva tropical, procede de una visión particularmente compacta y racional de la economía.

En efecto, la agricultura amazónica de *roza* y quema no supone la inversión de ningún agente exterior al medio ambiente, como lo son abonos y pesticidas.

Los vegetales abatidos y semiquemados quedan en el sitio y constituyen el único fertilizante. La escasa superficie de la chacra, completamente rodeada por el monte, así como el crecimiento rápido de la maleza que acompaña al de las plantas útiles, permiten mantener el equilibrio térmico: evitan el recalentamiento que afecta a las grandes superficies. En cuanto a la fauna y, en particular los insectos y microorganismos, permanecen intactos. No solo esa

fauna no perjudica en nada el desarrollo de las plantas domésticas, sino, por el contrario, contribuye a su prosperidad al renovar en su base el humus necesario a su subsistencia. Por último, la lluvia, tanto como la luz, son filtradas por la vegetación que nos parece "invadir" la chacra. Además, las cepas y troncos dejados en el suelo contribuyen eficazmente a preservarlo de la erosión. En cambio, en las vastas extensiones rozadas, la débil capa arable de esos terrenos forestales tropicales no tarda en ser llevada, "lavada" por la abundancia de las precipitaciones.

Resumiendo: los especialistas en ecología tropical han llegado a la conclusión que esta agricultura de *roza* —tal como se practica en la Amazonía— constituye perfectamente, desde un plano técnico, la manera más eficaz de aprovechar duraderamente los mejores recursos agrícolas de un suelo forestal. No es dudoso que por intermedio de una agricultura intensiva se abran perspectivas de mejor rendimiento a corto plazo, pero, ¿por cuánto tiempo? Los bosques destruidos no crecerán nuevamente, sino serán reemplazados por sabanas áridas, improductivas, con otras modificaciones irreversibles tales como los cambios en el clima y en el régimen de las lluvias.

Hacer justicia en un plano tecnológico a la agricultura amazónica, no contribuye, sin embargo, a hacernos penetrar en sus razones genuinas: ¡las culturas indígenas, justamente, no están orientadas a la eficacia ni motivadas por ella!

Un día fui testigo de la respuesta que un jefe indígena dio a las observaciones de un ingeniero agrónomo sobre sí sería más racional agrupar las especies en la chacra; por mi parte, percibí lo absurdo de esa opinión. En efecto, la chacra es a la vez centro de producción y granero: se va para cosechar lo que se necesita para el mismo día o los siguientes. Agrupar las plantas no representaría ningún beneficio sino en vistas a cosechas masivas con fines comerciales, inimaginables en el contexto social amazónico.

Pero no fue eso lo que respondió el indígena: "En el bosque —dijo— tampoco los árboles están agrupados por especies sino diseminados, aislados o por pequeños grupos aquí y allá".

Esta respuesta —que quizá fue tomada como índice de un incurable infantilismo—, testimonia una vez más, el rigor del pensamiento indígena. La agricultura no significa una escisión con la naturaleza salvaje de la que elimina una parte para dejar espacio a la cultura. Muy al contrario, es sobre la imagen de la selva circundante que el

indígena modela la parcela cultivada: un bosque a escala humana, fácilmente recolectable, con una arquitectura semejante a la del bosque, de donde proviene y a donde volverá infaliblemente. A mi modo de ver —y, me imagino, al de los Cashinahua— se trata de una operación tan mágica como técnica (Cuentos 6, 15, etc.).

La diferencia esencial, en uno como en otro plano, es que el indígena, viendo en todo una fuerza de vida, busca constantemente pactar con ella por intermedio de la metáfora. Mientras, nosotros buscamos imponernos sobre un mundo inerte con la fuerza de nuestra industria.

Y puesto que el cosmos —en el que cada pueblo proyecta fantasmas conforme a su carácter— no aparece ante un indígena bajo el rigor de una "Naturaleza madrastra" parsimoniosa y mezquina, no siente ninguna necesidad de aplicarle técnicas coercitivas contra las cuales, inevitablemente, la Naturaleza se rebelará, asumiendo así —pero en respuesta a nuestra propia avidez— la avaricia que le habíamos atribuido primero.

Estructura social

La vida social está ampliamente centrada en la agricultura: cada chacra particular está a cargo de un jefe de familia que decide su creación y asegura su mantenimiento. Es asistido en estas tareas por sus hijos solteros y, sobre todo, por sus yernos. Son estos hombres, jóvenes y activos, quienes cumplen lo más pesado del cultivo, tumbar y quemar los troncos, sembrar, cuidar y cosechar. La madre de familia, rodeada por sus hijas casadas y no casadas, se encargará en el poblado de transformar esos productos agrícolas en alimentos consumibles. En efecto; los hombres Cashinahua viven en el hogar natal de su esposa, trabajando para su suegro, hasta que les sea permitido fundar, a su vez, un hogar autónomo.

Sobre el medio familiar, podemos decir que la ideología Cashinahua se sitúa en las antípodas del individualismo. Consideran que todos los hermanos de un mismo sexo representan las hipóstasis de un cuerpo único, concomitante de su variante heterosexual, las hermanas del otro sexo.

Esta identidad de cuerpo se extiende, en un grado menor, a los primos paralelos (hijos de los hermanos del padre e hijas de las hermanas de la madre), puesto que estos han nacido del mismo "cuerpo colectivo", sea del padre, sea de la madre. No hay, pues, posibilidad de matrimonio entre primos paralelos, no más que entre

hermanos y hermanas. Por el contrario, los primos cruzados (hijos de los hermanos del padre o de los hermanos de la madre) son los candidatos preferenciales para el matrimonio. Se desprende de esto que, a despeo ha sido, casi siempre, previamente *koka* (tío materno o materno) de la patrima).

Otro aspecto de la estructura social concurre al mismo resultado; las mitades exogámicas. A los Inobaké y Roabaké, mitades masculinas, corresponden las Inambaké y Banobaké, mitades femeninas. Un hombre Ino debe normalmente casarse con una mujer Bano, y un Roa con una Inani (Cuentos 6 y 7).

Consideradas desde este ángulo, las uniones exogámicas tienen como finalidad explícita, la transmisión de los nombres (acompañados de apodos). Cada mitad, tanto masculina como femenina, posee un *stock* limitado e inamovible. Así, todo niño varón recibirá el nombre del abuelo o de un tío abuelo paterno, y toda niña será llamada como su abuela o una tía abuela materna. Esto equivale a decir que los hijos corresponden a la mitad del padre mientras que las hijas corresponden a la mitad diferente: la de su madre. Concretamente, un hombre Ino, normalmente casado con una mujer Bano, tendrá hijos Ino e hijas Inani. Un hombre Roa, casado con una Inani, tendrá hijos Roa y Bano.

En la sociedad tradicional parece que esta regla exogámica era escrupulosamente respetada, aunque no haya debido serlo jamás en forma absoluta. Es posible contradecirla. Cuanto más que —el mito es testimonio— el infortunio conyugal debió de ser siempre muy extendido y, lo más frecuente, no ser tomado exageradamente a lo trágico. Existe en lengua Cashinahua un término cuasi de parentesco que los informantes traducen sabrosamente por "socio". Así, por ejemplo, el concubino de la esposa es llamado "socio" del marido en la fabricación de sus hijos.

Por otra parte, si la incompatibilidad de las mitades exogámicas es en principio un obstáculo al matrimonio, no constituye en absoluto un tabú sexual. Así, un marido Roa, por ejemplo, podrá muy bien tener un socio Ino. Y como una situación tal no pudo dejar de haberse producido en algún momento de la historia de los linajes ascendentes, es posible sostener que un candidato a cónyuge podría muy bien ser, por la mano izquierda, ¡de la mitad diferente de la suya!

Esto demuestra, a fin de cuentas, que las reglas exogámicas, lejos de constituir un cuadro limitativo o represivo, ofrecen apenas un marco de referencia que da pie a toda negociación.

Una organización así, sería infernal en una sociedad de pleiteadores, ávidos de aprovechar las fallas del sistema. En verdad, es flexible y tolerante en un mundo social orientado hacia la conciliación.

La caza, eje de la vida masculina

Las fuentes alimenticias estables, provistas por la agricultura, son complementadas y sobre todo, aumentadas, por el producto de la pesca, de la colecta y, especialmente, por la caza.

La carne es alimento de prestigio por excelencia. Es objeto de una gran glotonería; pero reviste una mayor significación que la de un simple alimento, por más cotizado que sea. Puede que su variedad, el carácter azaroso y sutil de la adquisición de las piezas, la permanencia del deseo sexual y el riesgo constante de su frustración sean los componentes inconscientes del hecho que hace aparecer a la habilidad en la caza como el símbolo mismo de la virilidad. Proveer a una mujer de carne y hacer el amor con ella son, en todos los casos presentados —a lo largo de los cuentos de la literatura oral Cashinahua—, dos aspectos absolutamente ligados de un mismo proceder masculino.

No me parece exagerado postular que haya una relación esotérica entre el hecho de hacer tragar su pene por "la boca barbuda" de las mujeres (Cuento 51) y el hecho de hacerles tragar carne por la otra boca (Cuentos 39 y 47). Por lo demás, la obsesión de ver al pene masculino realmente engullido —en expiación de la *fellatio* o del adulterio— se resume con mucha claridad en los Cuentos 1 y 30. Por último, el hecho que un insignificante cazador sea el esposo de una mujer atrayente es sistemáticamente presentado como una paradoja, creando en los cuentos situaciones donde es previsible que el torpe pierda a su mujer (Cuento 41).

Todo esto se conjuga de tal manera que el hombre Cashinahua se siente perpetuamente obligado a hacer demostración de su habilidad en la caza, al menos tanto como de trabajar sin descanso en la chacra. Este prestigio que constantemente debe salvaguardar está basado —esencialmente a los ojos femeninos— en su deber de suministrar, como resultado de su actividad, la materia prima que las mujeres transformarán, por su actividad, en alimentos consumibles.

En la vida de un Cashinahua, las mujeres a quienes debe abastecer, son sucesivamente su madre, su suegra y su mujer, dueñas una después de la otra del hogar donde él vive.

A la madre lo une una relación sentimental profunda, venida desde la tierna infancia. Relación que sin embargo, necesita romperse:

la presencia del hombre en el hogar de su madre es índice de la impotencia de ser adulto. El Cuento 1 es particularmente revelador a este respecto. Relata la muerte de la "Madre Original"; solo después de esta muerte las cosas, se vuelven, al fin, lo que debían ser y tal matricidio era muy necesario: esa madre no podía impedirse devorar a sus nietos. Uno de los momentos más patéticos de la literatura Cashinahua es sin duda aquel donde la Madre organiza y dirige ella misma su muerte a manos de su propio hijo.

Sin embargo, la liberación de la posesión amorosa de la madre supone el irse a colocar bajo la autoridad de una suegra. De ella el mito nos traza un retrato sin ternura. Áspera, exigente, voraz, la suegra hostiga constantemente a su yerno, forzándolo a una actividad agotadora que tiene por todo salario, la esperanza de evitar las novatadas y —peor aún— el repudio (Cuentos 23 y 30).

La situación psicológica del yerno frente a su suegra es tanto más sufrida por cuanto sus relaciones exteriores están marcadas por la más grande reserva: prácticamente no se hablan. Es por un intermediario (principalmente su hija) que la suegra espolea a su yerno. Ningún diálogo pues, viene a dar fluidez al bloqueo de la agresividad latente.

Pasando a la segunda vertiente de su vida, solo entonces el hombre Cashinahua tendrá por fin mujeres relativamente sumisas a su autoridad: su esposa y sus hijas. Gozará entonces de cierto descanso y de alguna comodidad, en la medida en que las responsabilidades económicas pasarán progresivamente de sus espaldas a las de sus hijos, y luego a las de sus yernos.

En cuanto a las relaciones inter-masculinas, están impregnadas de mucha tolerancia, de cordialidad y orientadas hacia la ayuda mutua. Hijos y yernos respetan a padres y suegros, cuya autoridad no está marcada de coerción. Se necesita una injuria grave para que se abra la posibilidad de un conflicto (Cuento 55) y aún en este caso, un suegro ofendido por su yerno, esperará haber consultado con su mujer antes de hacerle notar su repudio (Cuento 44). Es pues, la suegra quien dispone de ese poder (Cuento 30).

La ayuda mutua masculina es particularmente visible cuando se organizan las grandes expediciones de caza colectiva. Estas se prosiguen hasta que cada uno, hábil o torpe, suertudo o no, pueda llevar al poblado una cantidad igual de carne ahumada (Cuento 32). La habilidad individual no es, pues, significante sino solo en el caso de expediciones solitarias que raramente se extienden más de un

día y donde el cazador permanece en los alrededores inmediatos del poblado (Cuentos 41, 42, 45, 51, 55).

La pesca y la recolección son actividades que no tienen la resonancia social y sicológica que tienen la agricultura y la caza. Sin embargo, la pesca es de gran importancia nutritiva. Los Cashinahua comen mucho pescado, dando así un equilibrio decisivo a su alimentación. Pero ningún prestigio particular rodea a la pesca. Algunas veces, el pescado es matado negligentemente con flechas en aguas poco profundas (Cuentos 40 y 54). Lo más frecuente es ir a hacer grandes expediciones colectivas donde toman parte las mujeres y se pesca con veneno (Cuento 52). Otras veces, las mujeres van solas al río y recolectan peces en el cuenco de sus manos (Cuentos 9 y 40).

La cosecha de plantas, raíces y frutos silvestres no es tampoco una actividad especializada y ningún prestigio particular se le une. Peces y frutos silvestres pasan en las raciones alimenticias sin socialización ni ritualización particulares. Son alimentos profanos, a la zaga de los productos agrícolas y de la carne de caza.

Carácter machista, histórico y sagrado del mito

No puede dejar uno de sentirse decepcionado al constatar que la literatura oral Cashinahua nos presenta una visión exclusivamente masculina de las cosas. En efecto, los cuentos reunidos en esta obra son cuentos de hombres contados por hombres y para hombres. Antes de la pubertad las niñas Cashinahua se unen al grupo de los niños que suelen escuchar a los narradores, y a guisa de juego procuran, como ellos, a recontarlos. Pero apenas llegan a la pubertad, las niñas dejan para siempre de contar esas historias: "Tendrían vergüenza", nos dicen. Nunca más se unirán a un círculo de hombres ni formarán parte del auditorio del cuentista.

Resulta que las niñas reciben desde la infancia el mensaje didáctico del mito; pero dejan de solidarizarse el día en que se vuelven sexualmente significantes.

Frente a estos relatos masculinos, se esperaría encontrar como contrapartida una tradición femenina donde las compañeras de los Cashinahua expresaran su punto de vista, su sensibilidad, sus fantasmas... Sin embargo, parece no ser este el caso ya que esta literatura masculina que presentamos aquí constituye, de manera exclusiva, el bagaje literario tradicional de la etnia.

Puede ser que después de todo el machismo ostensivo de los relatos deba tomarse como la respuesta inconsciente y colectiva de

BIBLIOTECA NACIONAL 2018-09576 LIMA - PERU

los varones a la presión constante —a la vez económica y psicológica— que hacen pesar sobre ellos (en tanto que hijos, luego esposos y sobre todo yernos) las mujeres que gobiernan sus hogares. Es sintomático en verdad que, mientras decisiones políticas que afectan a la totalidad del grupo local incumben a los hombres, estos aparezcan como prácticamente despojados de todo poder en el plano familiar. La familia Cashinahua no es, pues, la célula social elemental si sobreentendemos por eso que debería conformar su estructura con la configuración del grupo social e integrarse en él como sub-conjunto jerarquizado.

* * *

Sin embargo, la función del mito no consiste exclusivamente en informar sobre el funcionamiento de la sociedad. No hay pueblo que escape a la fascinación de la búsqueda de sus orígenes —que pueden extenderse hasta incluir los acontecimientos más recientes— a los que calificamos de Historia.

Pocos pueblos sostienen, al modo del nuestro, la leyenda de la exactitud de su Historia; y los acontecimientos de ayer —en la medida en que comprometen aún la vida de todos los días— concurren simplemente en los hechos míticos de la Creación, del Diluvio, del origen de todas las cosas...

Una buena ilustración de lo que decimos se encuentra en el mito Cashinahua. Podemos observar la integración en el hecho mítico de los acontecimientos históricos más recientes que han afectado la etnia Cashinahua: el enfrentamiento con el Inca, luego, el contacto con el blanco (Cuentos 3, 14, 38, 54 y 55).

La figura histórica del Inca no es tratada como tal sino en el Cuento 54. Su integración en el mito es claramente más acentuada en los Cuentos 14 y 38. Por último, la presencia del Inca en el Cuento 3, fundamental para la comprensión del Cosmos, es espectacular. Aquí somos testigos de la disolución de la Historia en el mito que demuestra en ello el ejercicio de una de sus funciones esenciales: todo en él concurre a la explicación del Cosmos puesto que ilustra un mundo donde nada fortuito puede sobrevenir. La irrupción de los acontecimientos, pues, no viene nunca sino a verificar la existencia de fuerzas previas que se fundan ellas mismas en la perennidad.

En cuanto al Cuento 55, me parece cerrar idealmente la colección de textos aquí presentada. Este relato interioriza el advenimiento

más actual: el contacto con el blanco. Sin embargo mientras el Inca interviene sea como arquetipo mítico (Cuento 3), sea como grupo humano parecido a los Cashinahua mismos (Cuentos 14, 38, y 54), el blanco, en cuanto persona, no es ni siquiera mencionado. Si somos sensibles a ella, es una dura lección para nosotros el no figurar en el mito Cashinahua sino a través de los objetos que fabrica nuestra industria. Por el contrario, el hecho de inventarlos míticamente sin la ayuda de ningún pueblo extranjero, representa sin duda para los Cashinahua el ejercicio de un mecanismo de defensa encaminado a desalienar estas técnicas nuevas que invaden su mundo. El pensamiento Cashinahua demuestra en esto su capacidad de afrontar las condiciones históricas más diversas y adversas. Si debe morir un día, no habrá sido debido a una debilidad interna, sino como resultado de una agresión externa, salvaje, obstinada, implacable.

* * *

Conviene preguntarse finalmente, sobre el carácter sagrado de los textos que publicamos.

No es improbable que los Cashinahua consideren sus relatos tradicionales con la más grande seriedad pero únicamente en la medida en que serio está comprendido como antinómico de fútil y no como contrario de cómico.

Esta seriedad de los Cashinahua se marca primero por la gran estabilidad de sus textos tradicionales: hemos encontrado párrafos enteros casi textuales en la obra de Capistrano de Abreu, cuya información fue recogida en Brasil ¡hace casi setenta años! Este conservadurismo formal de la literatura oral no es sino un aspecto de la consideración en que se envuelve a la tradición ancestral. Esta perennidad textual explica y justifica, a la vez, el hecho que esta tradición aparezca para aquellos que la atesoran como envuelta en una atmósfera mística y sobrenatural.

No obstante, aunque desprendiéndose de la tradición ancestral y por lo tanto sagrada en cuanto tal, una broma —a veces de tono y color subidos— no deja menos por ello de ser una broma de cuerpo entero. A este respecto, a un lector de formación judeo-cristiana se le deberá solicitar un esfuerzo particular: el carácter sagrado de un texto no es garantía automática de la austeridad (o más bien del carácter siniestro) de la totalidad de su contenido.

En el transcurso de la investigación, yo mismo he debido adaptarme progresivamente a esta actitud desenfadada de los Cashinahua.

Al comienzo, me acercaba a sus mitos con toda la gravedad propia del investigador científico. Y los estallidos de risa, continuos y estruendosos, de la asistencia me disgustaban un poco: sentía como si los interesados hubiesen considerado el objeto de mi estudio con menos seriedad con que yo mismo lo abordaba. Esto me ponía enojosamente fuera de juego.

Pronto, sin embargo, fui ganado por la hilaridad general y ya no intenté resistirme. Había comprendido que todo lo cómico no es fútil, que todo lo sagrado no es necesariamente fúnebre y si la filosofía que se resume en la literatura de los Cashinahua es una filosofía sonriente, pues bien, tanto mejor. Será, para todos aquellos —soy del número— que un día han hecho estudios de filosofía, un desquite tardío pero deleitable.

* * *

Para cerrar este capítulo sobre el carácter sagrado del mito importa subrayar con vigor que el sentido de lo sagrado de los Cashinahua no está expresado exclusivamente en el mito. Sobre el plano literario mismo, la tradición mítica colinda con una tradición esotérica e iniciática en lengua secreta que consiste en cantos rituales interpretados y luego glosados en el curso de ciertas fiestas. Este punto figura prioritariamente en el programa de mis investigaciones actuales.

De todas maneras, la literatura, a la vez profana e iniciática, no hace sino ilustrar lo sagrado, sin recubrirlo. Lo que es sagrado es el prodigio de la existencia del mundo y el milagro constante de la vida en el seno del Universo de los Cashinahua, esta gente que se designa a sí misma como *Honikoin*, "hombres en toda la acepción de la palabra".

Redacción y clasificación de los textos

Expondré ahora en qué ha consistido mi trabajo en cuanto redactor de los textos aquí presentados, y en qué mi intervención arriesga haber empañado, empobrecido, traicionado la expresión del pensamiento milenario de los Cashinahua.

Primero, esta colección de textos es notoriamente incompleta. No nos hacemos la menor ilusión al respecto. No es dudoso que un segundo y un tercer tomos de documentos tradicionales Cashinahua, deban tarde o temprano agregarse a este, y que contendrán, sin duda, textos tan fundamentales como los que aparecen en la presente recopilación.

Por otra parte, tengo igualmente la convicción de que mi comprensión del sentido profundo de los relatos está lejos todavía de ser

perfecta. También yo seguiré —al modo de los mismos Cashinahua— reescuchando estos mismos cuentos y solicitando al narrador los comentarios que hacen los más ancianos y más sabios. Toda una vida de atención no ha permitido aún a nadie, incluso a un Cashinahua mismo, agotar la riqueza de explicación, de luz y de vida que comporta el mito. No tendré, pues, la presunción de pretender ser el primero en hacerlo.

Sin embargo, por incompleta y fragmentaria que sienta mi penetración del mito, este me ha parecido lo suficientemente rico como para poder ser comunicado a los de mi raza. No obstante, para llegar a esta comunicación, el obstáculo a franquear es mucho más severo que el que presenta una simple traducción.

Así, la versión del Cashinahua a una lengua occidental no es simple. Y esto lo sé mejor que nadie puesto que he acumulado horas de grabaciones e innumerables páginas de transcripciones fonéticas. He consagrado meses enteros al estudio de la fonología, al esclarecimiento de la morfología y de la sintaxis, a la paciente recolección de palabras en un diccionario y al análisis de los textos hasta sus elementos gramaticales más íntimos.

Todos estos trabajos técnicos se encuentran actualmente en curso de elaboración y publicación. Pero su carácter arduo los hace accesibles sólo a otros especialistas. En cuanto a los textos mismos —colocados bajo la lupa del lingüista, agobiados por el fárrago de la erudición del etnógrafo, triturados por la amplitud del aparato crítico con que los guarnece el filólogo— pierden todo encanto y todo vigor. Agonizan en una palidez que los desfigura.

Esta obra pretende rescatarlos de esa desgracia. Los he reinterpretado literalmente en una lengua escrita donde los recursos y artificios son muy distintos, por lo general, a los de la lengua oral. Nada en aquélla podrá restituir la animación, el atragantamiento, las repeticiones, las respiraciones, los remedos, las payasadas, las onomatopeyas, los efectos de voz y gestos del narrador, y sobre todo, el diálogo, la espontaneidad, la improvisación, constantemente obligada por un auditorio que participa; cómplice y ávido a la vez; atento a intercalar en el relato todo lo que le ajusta de los acontecimientos del día; pero abarcando mucho más.

A este encanto, espontáneamente vivo, el lenguaje escrito opone la síntesis, la coherencia, el orden, la concisión, en pocas palabras, la ecuanimidad reposada que explica y mide el alcance del relato. ¿Benefician estas cualidades a la obra? Al respecto me queda una duda que invito a compartir.

Aparte de los inconvenientes que presenta la redacción de cada texto en particular, la preparación de una recopilación implica la necesidad de ordenar los cuentos. Por tanto, nada más contradictorio en relación a su función en la tradición oral, donde cada relato es autónomo y donde sería vano tratar de descubrir entre ellos algún hilo conductor cronológico o *lógico*.

En la tradición, en efecto, pueden coexistir dos o más cuentos sobre un mismo tema sin ser considerados como contradictorios. Simplemente son diferentes, y la oportunidad de contarlos aparecerá en circunstancias también muy diversas.

De esta suerte, cualquier intento de establecer otras precedencias cronológicas que no sean las que implica la coherencia, de cada cuento en particular, es visiblemente considerado por los informantes como inconveniente.

Conviene, pues, voltearle la espalda a un método de trabajo que consistiría en querer integrar todos los relatos en un super relato que los englobaría a todos como episodios. Sobre este punto, la comparación que establecemos en el título con la Biblia, arriesga entonces de inducir a nuestro lector en un error: la *Biblia* es —y desde hace mucho tiempo— esencialmente un libro. Como tal, puede leerse prácticamente de comienzo a fin.

Sería un grave error leer *La verdadera Biblia de los Cashinahua* de cabo a rabo, creyendo que el cuento 1 precede lógica o cronológicamente al cuento 2, y así sucesivamente. Cada relato, por el contrario, supone el conocimiento latente de todos los otros, y es una lectura simultánea la que convendría hacer.

Desde el punto de vista temporal, la desorientación mítica consiste en que los cuentos nadan en una anterioridad vaga donde las contingencias de la continuidad de los acontecimientos no son los de la vida corriente. Todos estos relatos coexisten, pues, en el tiempo mítico en una forma absolutamente paralela.

El mito consiste en un mundo proyectado. Su estructura y sus acontecimientos son considerados explicativos y vagamente normativos del mundo donde vivimos. Y cumple su función aun si los principios que lo dirigen difieren de los que gobiernan el mundo donde estamos. Conviene, sin embargo, que permanezcan comparables, bajo pena de hacer perder al mito todo interés en el plano didáctico.

Esto debe ayudar a hacer comprender las libertades que constantemente se toman frente a las relaciones de causa y efecto. Fuera del mito —¿hay que decirlo?— los Cashinahua perciben como ustedes y yo, las relaciones de consecuencia entre los acontecimientos. Viviendo el mito, sostendría que las comprenden mejor que nosotros. Son conscientes de manera permanente de los límites de la aproximación racional a sus relaciones. Esta aproximación racional, lejos de ignorarla o despreciarla, la completan constantemente con el símbolo.

Sabiendo todo esto, ¿cómo debía agrupar los relatos, en ausencia de una armadura temporal, de dominios espaciales específicos y, aun, de criterios sociales o ceremoniales, puesto que, como lo hemos dicho, todos esos cuentos son narrados ante una simple solicitud y mezclando sin vergüenza lo que nos parecería lo más grandioso con lo que veríamos como lo más prosaico?...

Un método habría sido tirar a la suerte el orden de los cuentos en el libro. Sin embargo, evitar un problema no solamente es no resolverlo, sino, y lo más frecuente, es darle una solución falsa. Quiérase o no, el orden, en efecto, es siempre significante. Así, el orden en el cual los informantes suministran los relatos al investigador, se adapta siempre a la evolución de la relación que mantienen con él, y está influenciado por los acontecimientos que viven juntos. Sin embargo, la finalidad de este libro no es relatar esta experiencia.

En todo caso, recurrir al azar para la presentación de los textos en el libro habría significado desconocer gravemente la función del orden y rendirse cobardemente ante sus exigencias.

Finalmente, opté por un agrupamiento temático que implica cierta categorización de los relatos. Bien entendido, esta categorización es completamente extranjera a la situación en la que el mito, por su oralidad, se desenvuelve y se adapta. Pero en un libro, los criterios de agrupamiento no pueden ser únicamente librescos. Hemos hecho figurar en el orden:

1. Los mitos propiamente dichos

Por ello entendemos los cuentos de contenido simbólico que explican de manera aparente las razones de ser del mundo tal como lo vemos, tanto en la naturaleza como en la sociedad, y que exponen —al menos implícitamente— la necesidad de comportarnos de tal modo que no rompamos el equilibrio fundamental que reina. Como mitos propiamente dichos, consideramos sin ninguna duda los cuentos del

1 al 10. También los cuentos del 11 al 18 que relatan la invención de los diversos elementos del mundo y de las técnicas.

2. Historias maravillosas

Incluyen en primer lugar, además de las invenciones míticas en los relatos 11-18, las metamorfosis. Hay relatos en los que los seres humanos se transforman en animales (19-25); luego, especie de fábulas donde los animales se comportan de manera humana (26-27) y, por último, cuentos donde los animales intervienen en la vida de los hombres (28-36).

3. Hazañas de brujos, encantamientos y otros seres fabulosos

Son los cuentos 37 a 42. Los héroes son descritos como seres fuera de lo común. Sin embargo, estos cuentos son percibidos como "verdaderos" en el sentido en que son vistos como pudiesen muy bien suceder hoy día, y no necesariamente distanciados en el tiempo mítico. En esto se oponen claramente a los relatos 1 al 36 donde el carácter ficticio es consciente y afirmado. Chamanes y brujos son, por el contrario, realidades cotidianas. En cuanto a la convicción de los Cashinahua en relación a la existencia de los chamanes, debe ser del mismo orden que la encontrada entre nosotros los europeos, no hace mucho tiempo, sobre la realidad de gnomos, elfos y otros duendes.

4. Cuentos morales e inmorales

En los cuentos 43 a 53 el carácter de veracidad se acentúa más todavía. Las cosas suceden en lo cotidiano, como en los cuentos. Esto no significa decir que estas anécdotas hayan realmente tenido lugar. Los héroes son visiblemente los prototipos que ilustran, sea situaciones corrientes, sea hechos excepcionales. En estos cuentos, las reglas de comportamiento (por la exposición de su aplicación o de su transgresión) son las más claramente formuladas. Todo elemento fantástico ha desaparecido. En estos relatos, los hombres actúan entre ellos sin la ayuda de la brujería ni de la magia, sin metamorfosis ni intervención de seres no-humanos.

5. Mitos históricos

Los dos últimos cuentos (54-55) son de un interés excepcional, pues muestran la interiorización mítica de los hechos de la Historia donde la realidad respecto a los sucesos es todavía percibida por los Cashinahua. Evidentemente, la integración del enfrentamiento con el Inca (con una antigüedad por lo menos de medio milenio) es considerablemente más avanzada que la del contacto con el blanco

que data a lo más de un siglo. Esto es demostrado por la intromisión del personaje del Inca en el desenvolvimiento de otros mitos fundamentales (3, 14 y 38).

* * *

Antes de pasar a la lectura de los textos quisiera dirigir una última advertencia a los lectores que podrían ofuscarse por la licencia de ciertos detalles. Quisiera hacerles recordar que una parte de la felicidad de ser Cashinahua reside en el hecho de estar desprovistos de las inhibiciones que afean ciertos aspectos de nuestra vida, especialmente en lo tocante al ejercicio del cuerpo, y más singularmente todavía, al de ciertas partes llamadas "vergonzosas".

Habría fracasado en mi finalidad, si la lectura de este libro viniese a confirmar algunos juicios *a priori* sobre la "salvajada", la pretendida "primitividad" o, peor aún, la "inmoralidad" de nuestros semejantes amazónicos. Si algunos hechos de su comportamiento, o algunos dichos de sus cuentos les chocan, yo quisiera que un rápido examen de la realidad (o, si ustedes lo quieren, un examen de conciencia) les hagan considerar, en contrapartida, todas las razones que tendrían los Cashinahua de quedar escandalizados de nosotros los blancos que, bajo el pretexto de "civilizarlos", hemos reducido a la pobreza y a la marginalidad a estos "hombres verdaderos".

Lo que ofende es cuán alejada ha quedado nuestra conducta real con respecto a ellos, de las buenas intenciones tantas veces repetidas por civilizadores, moralizadores y convertidores de toda ralea.

El escándalo, en las relaciones inter-étnicas no reside tanto en las diferencias que puedan existir entre las morales expresadas por los diferentes pueblos, como la separación que hay entre la moral explícita de nuestra civilización conquistadora y las acciones concretas —tanto individuales como colectivas— de los que reclaman por aquella y se tienen por defensores.

Huachipa, junio de 1974

Mitos e invenciones míticas

Había una vez una muchacha realmente hermosa que no quería casarse. Cuando sus padres, esperanzados, le presentaban un buen partido, ella lo rechazaba diciendo que el tipo no le gustaba. Un buen día, sin embargo, decidieron casarla. Pero —¡qué lío!— la chica lloraba sin tregua, acabando con la paciencia del candidato a marido.

—"Estoy afligido", dijo a sus suegros. "Ustedes mismos ven que ella no quiere saber nada de mí. Sufre y llora mañana y noche. Voy a dejarla en paz. ¿Por qué voy a seguir haciéndola sufrir?, y yo también, ¿por qué voy a arruinar mi vida por su culpa? Ella me detesta, eso es evidente. Que viva ella por su lado, yo viviré por el mío".

Los suegros insistieron, prometiéndole en mil formas hacer lo mejor para convencer a la muchacha de comportarse como una mujer enamorada. Pero no lo lograron y acabaron rindiéndose ante las buenas razones del joven y este se marchó donde su madre y sus hermanas.

No había pasado un mes del triste episodio del matrimonio abortado, cuando un buen día la joven se dio con Noín, la enorme lombriz o *cuica*. Viéndolo, lo encontró increíblemente seductor. Agujereó su estera en el centro y la colocó sobre la boca de la madriguera de su amigo. Acostumbrose entonces al *cuica*: acomodándose convenientemente, se sentaba allí, la falda arremangada, de modo que el gusano con solo erguirse fuera de su hueco, se deslizaba en ella para placer mutuo de él y de ella.

Así hicieron durante semanas y meses, y tanto que la joven terminó embarazada; pronto su vientre comenzaría a hincharse por obra de la lombriz.

Toda vez que la joven debía ausentarse, aun por breves instantes, rogaba a su madre:

—"Madre, cuida muy bien mis cosas", le decía señalando su estera a la que había cubierto con otra estera y con diversos objetos. "Cuídame bien a mi pintuberga".

Su madre, admirada, se preguntaba el porqué de ese súbito celo en cuidar sus efectos. Sobre todo, le intrigaba ese nombre: ¿pintuberga?

Naturalmente, no podía adivinar que así llamaba su hija al Noín. Un día, después de haberle hecho las recomendaciones de siempre, su hija se había ido a pescar. La madre no pudo contenerse más.

—"La curiosidad me va a matar", se dijo. "Veamos qué es su famosa pintuberga".

Comenzó a revisar todas las cosas de su hija; pero al momento de levantar la estera, ¡pfff!... vio erguirse y luego precipitarse rápidamente dentro de su hueco a la enorme lombriz, viscosa y gruesa como un puño.

—"¡Ah!", exclamó al comprender. "Conque con este animal disfruta mi hija en vez de tener un hombre como todas. Es por eso que no quiere casarse".

Y sintiéndose traicionada se lamentaba amargamente:

— "¡En lugar de tomar un hombre que al menos nos trajera *mitayo*, prefiere fornicar con este bicho repugnante!"

Pronto la rabia dominó su tristeza. Hizo hervir agua y la vació en el orificio de la madriguera. El Noín, todo quemado salió y se retorció en el suelo hasta quedar desintegrado en mil pedazos.

Cuando la hija llegó del río, aún la madre estaba llena de ira:

— "Así que cuando se te quiere casar con un hombre estupendo que podría darnos de comer hasta la saciedad buenas cosas, como carne del monte y el producto de su *chacra*, ¡tú, desgraciada, prefieres gozar con un bicho asqueroso!", —le gritó— bramando de indignación.

La muchacha, al ver por tierra los despojos de su amigo, quedó pasmada, clavada todo el día sobre el sitio. Fulminada por la pena y la humillación, no lanzaba ni un grito ni un suspiro ni una queja.

En su postración pensó:

— "Iré al bosque, me haré devorar por el Tigre". Y se fue sin decir nada a nadie.

Caminó y caminó, pero nada sucedía. Entonces, llorando, llamaba al Tigre para que viniese a comerla. El Tigre estaba allí, muy cerca, observándola. Era un Tigre Colorado o Puma y se llamaba Isatawaka.

— "¡Qué tal!", se dijo. "Miren, quién me llama!"

— "¡Tigre, Tigre!", gritaba ella: "Ven a comerme porque en mi pueblo nadie más me quiere".

Habiéndose aproximado, el Tigre vio cuán bella era. Entonces, se transformó en un joven soberbio, hermosamente varonil. Salió del bosque empuñando sus flechas, todas magníficamente pintadas y con las puntas ensangrentadas.

Debo decir que las puntas de flecha en realidad eran las propias garras del *tigre* y que tal como se apareció ante la joven era la encarnación perfecta y espléndida de lo que en cashinahua llamamos un *muënki*: el afortunado en la caza, infalible en el tiro, endurecido por el trabajo del campo, el resumen, pues, de todas las virtudes viriles. En cambio, llamamos *yopa* al inhábil, a quien siempre regresa sin presas de cacería, al incapaz de cultivar una sola planta en su *chacra*.

— "¿Qué pasa?", preguntó el hombre-Tigre a la muchacha. "¿Por qué llamas con tan ansiosa insistencia al Tigre? ¿A dónde vas de esta manera?".

— "Llamo al Tigre para que venga a comerme".

Él la miró detenidamente.

— "Yo soy el Tigre", dijo.

— "¡Qué va!", contestó ella.

— "En verdad, sí soy el Tigre", reafirmó él.

— "Déjame tranquila. Me voy bosque adentro para que me devore el Tigre".

— "Pero, ¿por qué?"

Entonces ella le explicó todo lo que sabemos: cómo habían querido casarla, cómo se había encaprichado ella por el *cuica*, y en qué vino a parar todo eso.

— "¿De manera que ya no te quieren más en tu casa?"

— "No", dijo ella.

— "Entonces", repuso él, "te llevaré conmigo".

— "¡No, no! He venido al bosque a que me coma el Tigre y así será".

— "Pero si yo soy el Tigre", insistió el joven.

Y enseguida, bajo la mirada atónita de la muchacha, recuperó su forma, la del Tigre Rojo, el Puma. Ella no pudo sino creerle cuando retornó la apariencia humana.

— "Bueno, ahora te llevo a mi casa", le dijo. "Vivo solo con mi madre y mi hermano mayor el Tigre Pintado, el Jaguar".

Solo entonces la mujer aceptó. Juntos descendieron por el curso del río. Llegados a cierto paraje, el hombre-Tigre le propuso hacer el amor.

— "No, no", se negó tristemente la muchacha. "Estoy intocable, soy una verdadera basura". Y le recordó de nuevo las circunstancias de su vida.

— "No te aflijas, no te haré el amor hasta no haberte curado", le aseguró el Tigre. "Puedo resolver tu problema".

— "No", se descorazonó ella. "No puedes hacer nada por mí".

— "Puedo sanarte", la convenció Isatawaka. "Vamos a la quebrada".

Allá había un lugar donde se había formado una pequeña *cachuela* en el riachuelo. El Tigre recolectó un buen manojo de la liana que nosotros llamamos *inawan'asha*, el *barbasco*-del-Tigre, en memoria de estos hechos.

Ordenó luego a la joven sacarse la falda y tenderse abierta de piernas en medio del riachuelo a fin de recibir la corriente en la entrepierna. Él se fue un poco más arribita y comenzó a chancar sus lianas en la corriente. Entonces el veneno, tal como se hace cuando usamos el *barbasco* para pescar, se diluyó y fluyó hacia abajo, entrando por la entrepierna de la muchacha tendida. Mirar hacia allí asqueaba: estaba completamente tapizada de lombrices pegadas en la piel y mezcladas con los vellos del pubis. Pero, bajo el efecto del veneno, comenzaron a despegarse. Al penetrar más profundamente el veneno, las lombrices que estaban gestándose en el vientre de la muchacha también empezaron a salir. Tan pronto se desprendían, se convertían en boas; es así como hoy existen las boas; las lombrices que se quedaban en el agua se transformaban en *anacondas*; las que ganaban las orillas se volvían *mantonas*. Otras lombrices se convirtieron en anguilas. Fue así como desde entonces hay boas de agua, boas de tierra y anguilas.

Las lombrices no terminaban de salir del vientre de la muchacha. Faltándole expulsar dos o tres, no resistió más el horrible cosquilleo del extraño parto, y cerró las piernas.

—"¡No! ¡No hagas eso!", gritó el Tigre. "¡Espera a que haya terminado!"

Demasiado tarde. Por culpa de ella, hoy todos llevamos lombrices en el vientre.

Acercándose, el Tigre la hizo levantar, la llevó consigo y se amaron. Después, empezaron a andar el camino hacia la casa de los Tigres. Mientras caminaban, Isatawaka el Puma le mostraba una serie de cosas haciéndole ver, al mismo tiempo, todo su dominio:

—"Aquí es donde vengo para matar sachavacas", le contaba. "Aquí, cazo venados; acá capturo *motelos*".

Ya estaban por llegar a la casa, cuando Isatawaka creyó prudente advertir a la muchacha:

—"Mira, debemos tener mucho cuidado con mi madre. Tiene un apetito feroz, y es capaz de comer todo lo que se ponga ante su vista. Sin embargo, nada temas: yo te protegeré y gracias a mí nada te sucederá. No te extrañes de su acogida, yo estoy contigo".

La joven estaba asustada; pero no huyó, ¿qué quieren ustedes? El Puma era un hombre irresistiblemente hermoso, ¡y se veía tan elegante con los adornos y pinturas sobre su cuerpo!

En el curso del viaje, el Tigre, guiado por su instinto de cazador, había reunido varias piezas. Apenas divisaron la casa de los Tigres, dijo a su mujer:

—"Espérame aquí. Voy a dejar este *mitayo* y a prevenir a mamá de tu llegada para que te acoja bien. No temas si todo lo que dice y hace te parece extraño. Estaré allí para protegerte".

Isatawaka se dirigió solo a la casa donde lo esperaba la Madre de los Tigres. No bien lo vio, empezó a lanzar formidables rugidos de alegría y de hambre. El Puma le presentó su *mitayo* que ella devoró enseguida. Cuando acabó, y calmada su hambre, el Tigre le dijo:

— "Madre, te suplico concederme un favor: he traído conmigo a alguien. No deseo que le suceda el menor daño. Domínate, no la devores. Es una mujer, mamá; la encontré y la quiero por esposa. No la devores". La Madre de los Tigres no cabía en sí de alegría.

—"¿Dónde está? La quiero ver enseguida".

—"No, mamá. Cálmate y recuerda bien lo que te he dicho: no quiero que le suceda algo desagradable. La recogí porque necesito una compañera para compartir con ella mi vida".

— "Bien, bien", respondió la Madre de los Tigres. "¿Dónde está ella? ¡Tráela, pues! ¡quiero conocerla!", decía impaciente.

— "No quiero que le hagas daño", repitió el Puma.

—"No. No te preocupes. No le haré nada: ya sabes que desde hace tiempo sueño con tener una nuera".

El Puma regresó por la joven; ella esperaba en el mismo lugar. La tranquilizó a medias cuando le aseguró haber conversado con su madre. Su vida no corría peligro. Entonces la muchacha acompañó al Tigre. Él la conducía del brazo. Apenas los vio la Madre de los Tigres, dando un terrible rugido, se abalanzó de un salto enorme contra la muchacha. El Puma se interpuso rápidamente.

—"¡Ah, no!", le gritó él. "¡Me habías prometido refrenarte! Escúchame bien: si le haces el menor daño a esta mujer me iré, te abandonaré, te dejaré sola aquí; no tendrás quien te traiga presas para alimentarte".

Entretanto, la Madre de los Tigres se agitaba alrededor de su nuera, olfateándola de arriba abajo, lamiendo su cuerpo joven y lanzando miradas ávidas sobre toda esa carne tierna.

La muchacha estaba aterrorizada. Pero cuando poco a poco su suegra se calmó hasta quedar tranquila, pudo instalarse, sin peligro, en la casa del Puma, el Tigre Colorado llamado Isatawaka.

El Puma tenía —como habíamos dicho— un hermano mayor; era el Jaguar u *Otorongo* y se llamaba Manën'inobuëna. El Jaguar no se encontraba en casa al llegar la joven. Se presentó al caer la noche, aguzado el apetito. Viendo a la mujer, también quiso saltarle encima para devorarla. Pero su hermano nuevamente se interpuso. Riñéndolo, Isatawaka explicó a su hermano que él había traído a la mujer para hacerla su esposa.

El *Otorongo*, entonces, se controló. Se calmaron los ánimos y mientras transcurría tranquila la noche, Manën'inobuëna empezaba a considerar a la muchacha como algo distinto de una presa. Fijándose en ella, vio lo hermosa que era y le gustó. Dijo a Isatawaka:

—"Hermano menor: has traído a esta mujer para unirte a ella. Está bien; pero yo la quiero para mí. Dámela".

El Puma, puesto que su hermano mayor se lo pedía, contestó:

—"*Puëki*. Bueno, tómala". Y se la entregó.

Fue así como la joven resultó esposa del Jaguar en vez de ser la del Puma.

La muchacha vivió, pues, con el Jaguar. Este consagraba gran parte de su tiempo a cultivar la *chacra*. En cuanto al Puma, iba a *mitayar* y regresaba con carne para todos.

Debo advertirles que el Jaguar entonces era pésimo cazador. Cuando iba al bosque, solo conseguía piezas miserables: *sachacuy*, un *quirquincho*, que no bastaban ni para saciar su propio apetito. ¡Si debía alimentar tres estómagos como el suyo! El Puma, por el contrario, abastecía a todos sin problemas.

No obstante, había más de una razón para la torpeza del Jaguar en la caza. De vez en vez decía a su hermano:

—"Has traído muchas piezas todo este tiempo. Hoy cazaré yo".

—"Bueno", respondía Isatawaka, el Puma. "Hoy trabajaré yo la *chacra*".

Pero el Jaguar actuaba así a fin de poder volver de improviso. Se había vuelto increíblemente celoso. No se alejaba mucho, pendiente de lo que sucedía en la casa. Por eso al final de la tarde, para justificar su ausencia, internándose apenas, mataba cualquier bestezuela. Y la verdad sea dicha, motivos no le faltaban para sus celos. Efectivamente, apenas el Jaguar se volteaba para ir a cazar, el Puma y la mujer, precipitándose en brazos uno del otro, ya estaban haciéndose el amor. Por eso cuando el Jaguar, tras una breve vuelta, regresaba a su escondite, ya no tenía nada que ver. Solo contemplaba las idas y venidas de su mujer ocupada en recoger agua o en sacar *yucas*, y su hermano no la acompañaba. Este, por el contrario, trabajaba todo el día en la *chacra*. Solo aparecía en la casa para comer rápidamente y, con las mismas, volvía a los campos. Y en la casa, mañana y tarde, las mujeres se dedicaban calmadamente a los quehaceres domésticos.

Un buen día, dedicado a lo que hemos explicado, al atardecer fue a cazar, con su suerte acostumbrada: una minúscula presa. Llegó cerrada la noche. Cerca ya de la casa, recrudecieron sus celos infernales, y en lugar de entrar, se escondió espiando todo.

Así vio cómo su hermano y su mujer comían y se preocupaban por él.

—"Hoy mi hermano mayor debe de haberse aventurado bien lejos", decía el Puma.

Hacia las diez de la noche dijo:

—No, esperemos más... mi hermano mayor se habrá alejado demasiado y correremos a una presa. Tendrá que dormir en el bosque, dormía en la soledad construida su tambito y a esta hora, a lo mejor, ya es demasiado. Es lo que nosotros debemos hacer".

Dicho esto, él encaminó a su hamaca donde tranquilamente se instaló para dormir.

Desde su camastro, el Jaguar, corroído por los celos vio cómo su esposa, también ella, se dirigía a su hamaca y se acomodaba allí.

El silencio de la noche envolvía amablemente la casa, sin embargo, la joven mujer no lograba dormir. Se volvía y revolvía en la hamaca. Al cabo de un rato murmuró:

—"Cuñado, cuñado... mi marido no regresará esta noche: ven a mi hamaca".

—"No", dijo el Puma. "Mi hermano podrá venir y sorprendernos. Tú ya sabes cómo es él, ¡qué laberinto armaría!"

—"No; no regresará de noche. ¡Ven a reunirte conmigo!"

—"No. No quiero líos con mi hermano", dijo el Puma.

Y aunque la joven seguía insistiendo, él permanecía inflexible. En la oscuridad, ante lo que veía y escuchaba, el Jaguar se retorcía, torturado por los celos.

Al fin, cansada por las negativas, súbitamente la muchacha saltó de su hamaca y se acercó a la del Tigre. Estando ella a punto de instalarse en la hamaca de Isatawaka, el Jaguar sin poder contenerse, vociferando de rabia, irrumpió de un solo salto en la estancia.

—"¡Ajá! Los descubrí. ¡A esto se dedican apenas me doy media vuelta!", les gritó.

—"Cálmate", le respondió su hermano. "No tienes por qué hacer todo este escándalo. Muy bien comprendes que ella venía a reunirse conmigo para acompañarme, sin dañar por ello tu honor".

Pero, evidentemente, el Jaguar no lo entendía así y desató una gran disputa. Exasperado, el Puma a su vez se enojó y dijo:

—"Si es así, mañana me voy. Llevaré mis cosas y viviré lejos, en otra casa, con nuestros paisanos".

La reyerta duró toda la noche. Al clarear el día, el Jaguar, sin dejar de reñirlos, se alejó hacia la chacra para apaciguar su rabia trabajando.

El Puma y la joven quedaron solos.

— "Esto no puede continuar así", dijo el Puma. "Debo irme. Me iré a vivir a otro pueblo".

Mientras hablaba, iba descolgando su hamaca y juntando su arco y sus flechas. La muchacha rompió a llorar.

— "¡No, no te vayas!, ¡quédate conmigo!"

—"Imposible", retrucó él. "Bien ves que mi hermano vive enloquecido por los celos, y uno no puede disputar así con su hermano".

Cargó sus cosas, empuñó sus flechas, y llorando, con el corazón destrozado, se fue lentamente por el camino que lo alejaba de su pueblo.

En la casa, muerta de dolor, su cuñada igualmente lloraba a lágrima viva. Para colmo, la Madre de los Tigres que hasta entonces había observado todo sin intervenir en el pleito de sus hijos, al ver alejarse al menor, se entristeció: Ahora, ¿quién le traería buenas piezas de caza para comer?

Cuando al atardecer, ya algo calmado por el trabajo el Jaguar regresó a la casa, quedó asombrado. Comprobó no solo la partida de su hermano, la desesperación y postración de su esposa, sino también la actitud displicente de su madre.

—"Lo has hecho partir", le reprochó. "¿Quién nos traerá carne?, ¿tú quizás?, ¡tú, que nunca has sido capaz de capturar sino ridículas bestezuelas!..."

El Jaguar se sentía fastidiado por la cólera de su madre y el abatimiento no fingido de su esposa. Además, en el fondo, él también quería a su hermano. ¿Y la caza?, ¡ese si era un problema serio! Tomó una resolución sin tardar más.

—"Bueno", dijo, "todavía no estará lejos si se ha ido por el camino. Cortando por el bosque lo alcanzaré fácilmente. Mañana mismo se los traeré", aseguró a las dos mujeres.

Serenada, con la promesa, su mujer retornó a sus actividades. Le cocinó y preparó las provisiones que debía llevar al día siguiente.

Al alba, así equipado, el Jaguar corrió a través del bosque para buscar a su hermano. Pronto desembocó en la trocha que seguía el Puma, justo cuando este también llegaba, arrastrando los pies y sin dejar de llorar y lamentarse.

—"Ya no llores, hermano menor", le dijo el Jaguar. "Regresa conmigo a casa y no hablemos más del asunto".

—"No. Me voy. Es mejor que viva lejos, en otra aldea, con nuestros paisanos".

—"¿Y por qué? ¿Crees que vas a estar tranquilo allá?, ¡qué idea!, ¡siempre están peleándose por cualquier cosa, peor que nosotros! Vamos, no hagas tonterías y vente a casa".

Como el Puma no quería saber nada, el Jaguar suplicaba a más y mejor.

—"Mamá está muy triste y tu cuñada también. A mí también me haces falta cuando no estás... Regresa, pues, a casa".

El Puma, obstinado en su proyecto de exiliarse, continuaba negándose.

—"¿Así que poco te importa matarnos de pena?" se descorazonó el Jaguar. "¿Quién, entonces, va a cazar para nosotros? ¿Qué vamos a comer si ya no tenemos carne?"

Con estas y otras razones y muchos ruegos, el Jaguar al fin logró convencer a su hermano.

—"Bueno", asintió el Puma. "Toma mi carga y regresa al pueblo. Yo voy a *mitayar*. Llegaré por la tarde".

El Jaguar regresó llevando las cosas de su hermano, y anunció su vuelta a las dos mujeres quienes se alegraron muchísimo, pero por razones diferentes.

El Puma llegó tarde en la noche cargado, como acostumbraba, de toda clase de las mejores piezas de caza.

La vida transcurrió de esta suerte: el Jaguar siempre celoso, y con motivo, promovía las disputas. El Puma las cortaba con su procedimiento de empaquetar e irse. Entonces, cada vez, su hermano, al calmarse, y movido por las razones que conocemos, lo iba a buscar. Así, de disputa en reconciliación, y de reconciliación en disputa, pasaron los meses. Hasta que un día, la muchacha se encontró encinta, sin poder saber de cuál de los dos Tigres había concebido. La situación se volvió insoportable. Esta vez el Puma se marchó definitivamente, sin que nunca más oyeran hablar de él. Desde aquel día, el Jaguar, bien que mal, tuvo que aprender a cazar.

Como habíamos visto, la Madre de los Tigres había necesitado cierto tiempo para refrenar el impulso de comerse a su nuera. El mismo problema se presentó al nacer su nieto, un varoncito. Por ello, sus padres lo vigilaban día y noche; pero un día, habiendo

el muchachito cumplido dos meses de edad, el Jaguar tuvo que ausentarse para ir a cazar. No se fue sin hacer antes a su mujer las recomendaciones habituales:

—"No te muevas de aquí, no pierdas de vista a nuestro hijo. Temo que mi madre lo coma".

—"Bien", dijo la mujer.

También hizo recomendaciones a su madre:

—"Hoy día voy a cazar. Cuida bien de mi mujer y de tu nieto".

—"Bueno", dijo la Madre de los Tigres.

El Jaguar se fue. Algunas horas después, mientras que las mujeres realizaban sus quehaceres, cada una cerca de su fuego, el agua se le acabó a la más joven.

—"Suegra", dijo. "Necesito agua".

En ese instante, la Madre de los Tigres puso a hervir el agua que le quedaba.

—"Suegra", volvió a decir la nuera. "Necesito agua, ¿quiere ir usted a traerme un poco?"

—"No", dijo la Suegra. "Estoy ocupada".

En realidad, había puesto a hervir el agua para cocinar al bebito y comerlo apenas se alejara la madre. Esta, después de mucho dudar, dijo:

—"Voy corriendo a buscar agua de la quebrada. Regreso enseguida. Suegra: ¡cuídeme bien a mi niño!"

—"Bueno, anda tranquila. Tómate tu tiempo".

La joven corrió a buscar el agua y regresó de inmediato. Pero, ¡infeliz! la criatura ya no estaba en su hamaquita.

Enloquecida, preguntó a su suegra dónde estaba su hijo.

—"¿Cómo?", respondió ella. "¿No estaba contigo? Yo lo vi irse detrás de ti por el camino del *pozo*. Le recomendé no alejarse, pero no me hizo caso".

—"¿Cómo me ha podido seguir?", exclamó la joven bañada en lágrimas. "¡Si todavía no sabía caminar! ¡Usted lo ha comido!"

Y huyó prestamente con dirección al lugar donde su marido había ido a cazar. Cuando lo encontró, le contó lo sucedido. El Jaguar le reprochó haber dejado solo a su hijo con su madre. En casa, dirigió su cólera contra la Tigre; pero ella no quería admitir

haber devorado al niño: continuaba afirmando que se había perdido al ir en pos de su madre.

Con el tiempo, el episodio se olvidó. Les nació un nuevo niño. Esta vez, enseñados por la experiencia, los padres no lo perdían de vista en ningún momento, y todo marchaba bien. Llegó a ser un hermoso varoncito de dos años, que ya sabía caminar y hablar. No se alejaba de su madre que lo vigilaba siempre.

Un buen día, la mujer necesitó agua y llamó al hijo para ir al *pozo*; pero él, encaprichándose de repente, se negó rotundamente acompañarla. Las insistencias de la madre de nada valieron. El niño pataleaba, vociferaba:

—"¡No quiero ir!, ¡quiero quedarme con mi abuela!"

¿Qué hacer? Llena de aprensión, la madre corrió a todo dar hacia la quebrada. A su regreso, ¡qué desgracia!, ni rastros del niño.

Nuevamente la suegra, que lo había comido; explicó a su nuera que, no obstante sus advertencias, el niño se había internado llorando por la trocha del bosque, siguiéndola. La joven mujer lo buscó por todas partes infructuosamente. Tuvo que resignarse y admitir que, de nuevo, su suegra había comido a su hijo. Aterrada, permaneció en la casa hasta el regreso de su marido.

Al llegar el *Otorongo*, la cosa se puso fea. La selva resonó con los reproches que lanzaba a su esposa y a su madre, incapaz esta de impedirse devorar a sus nietos. Ella terminó diciendo:

—"Hijo, mátame. Mientras esté aquí ustedes no podrán vivir ni reproducirse en paz. Mátame".

Y así hubiese sido. Ganas no le faltaban al Jaguar de tomarle la palabra; pero conteniéndose le dijo:

—"Te doy otra oportunidad; pero si devoras a nuestro próximo hijo... entonces ¡sí te mataré!"

Mal que bien, reiniciaron la vida de a tres. Al cabo de cierto tiempo un nuevo niño nació. Decidieron no quitarle los ojos de encima ni un instante. La madre lo llevaba a todas partes, al *pozo*, a la *chacra*. Así fue como una mañana partió con su hijo a sacar *yucas*. Cerca del lugar de la colecta, extendió una pampanilla donde pensaba cargar las *yucas* y allí acomodó al niño. Le alcanzó ramitas, semillas de palmera, plumas y toda suerte de pequeños objetos para que se entretuviese. Enseguida, dándole la espalda, comenzó a excavar y a jalar con todas sus fuerzas las *yucas*.

Desgraciadamente, la Madre de los Tigres los había seguido. Aprovechando un instante de distracción, saltó, cogió al niño y lo llevó para devorarlo. Cuando la madre se volteó a verlo, lo que hacía constantemente, solo vio su pampanilla, sin el niño. Llena de pánico, corrió al pueblo y encaró a su suegra:

—"¡Usted ha comido a mi hijo!"

—"Sí", declaró esta vez la suegra. "Lo he hecho porque estoy decidida a morir. Cuando mi hijo regrese deberá matarme. Pero adviértele: no le será nada fácil; que se cuide mucho. Si falla el golpe, ¡seré yo quien lo mate a él!"

Entretanto, el Jaguar presintiendo lo ocurrido entró a la casa. Al constatar que había sucedido lo que tanto temía, dijo a su madre:

—"Madre, te he perdonado dos veces, pero ahora, te voy a matar".

—"Bueno, hijo mío", asintió. "Es necesario que me mates; pero cuídate mucho. Si quieres matarme con tu arco, seré más veloz que tú, evitaré tus flechas y te devoraré. Si vas a emplear tu *macana*, seré más ágil, esquivaré tus golpes y te devoraré. Si pretendieses ahogarme echándome al río, me salvaría a nado y regresando te devoraría. Escucha entonces, el modo como deberás hacer si quieres acabar conmigo sin peligrar tú: junta toda la leña que puedas encontrar y levanta una enorme hoguera. Cuando hayas terminado, la prenderás y me arrojarás en pleno centro. Solo así podrás librarte de mí".

A partir de ese momento, el *Otorongo* no cesó de recoger todo palo seco que encontraba. Construyó una enorme pira. Cuando ya no halló más leña le prendió fuego, primero al centro y después por afuera. Su madre lo miraba hacer.

—"Bien, hijo mío", dijo ella. "Cuídate al lanzarme a la hoguera: puedo aferrarme a ti y arrastrarte conmigo al fuego. Apenas me hayas arrojado a la brasa aléjate, si no saltaré fuera para devorarte. ¡Y huye! No te quedes aquí, vete lejos con tu mujer, sin voltearte a mirar la hoguera. Aléjate, porque mis paisanos, los tigres y los otros animales, todos vendrán a mis funerales, dispuestos a vengarme, matándote por haberme matado".

Mientras tanto, la pira estaba ardiendo y ya se elevaban las primeras llamas. El hijo le preguntó a su madre:

—"¿Es suficiente?, ¿puedo ya tirarte adentro?"

—"No", le respondió ella. "Espera todavía que las llamas sean más altas, si no me podría escapar".

Mas tarde, inmensas llamaradas salían de la hoguera.

—"¿Ahora, ¿ya está bien?"

—"¡Sí!", dijo ella.

Entonces, sin vacilar, su hijo la asió por los brazos, torciéndose los hacia atrás para que no se aferrara a él. Impulsándola, la lanzó en pleno centro de la hoguera. Inmediatamente se alejó a toda velocidad. Sin embargo, a cierta distancia se detuvo indeciso y miró la hoguera. Al medio estaba su madre quemándose. ¿Qué hacer?, ¿dónde ir? No se atrevía a huir hacia el bosque con su mujer, temiendo ser atrapados por todos sus paisanos que no tardarían en llegar para cobrar venganza. Por otra parte, era imposible quedarse allí. ¿Qué hacer?, ¿dónde esconderse? El hombre y la mujer permanecieron allí, inmovilizados por la indecisión y el terror.

Fue entonces cuando hizo su aparición Otsawán, el Conejo. Siendo el más ágil, había llegado el primero de los animales. Llorando a la difunta se dirigió a los jóvenes.

— "Hijos", les dijo. "¿Por qué han cometido este crimen?, ¿por qué han hecho todo este daño?, ¿por qué han matado a la Abuela? ¡No han debido hacerlo!"

Los dos quedaron mudos, conmovidos ante el sincero dolor del Conejo. Este, al fin, levantó la cabeza.

—"Ustedes ahora peligran. Todas las especies de animales van a venir acá a llorar y vengar a nuestra Madre. Pero no teman. Yo velaré por ustedes y no les pasará nada. Vengan".

Y los condujo hacia un inmenso *cosho*, ese recipiente hecho de un tronco vaciado de palmera donde se prepara *chicha* de maíz para las fiestas y que semeja en todo a una pequeña canoa. Lo voltearon y Otsawán les dijo:

— "Escóndanse aquí debajo, en silencio. No se muevan y por ningún pretexto levanten el recipiente para mirar afuera, porque les pasará".

Apenas se habían instalado debajo, llegó el *Huamburusho*, el Gato Montés.

— "¿Dónde están los rufianes que han matado a la Abuela?", maulló.

El Conejo se había sentado sobre el *cosho* volteado que ocultaba a los esposos.

—"Yo no sé nada", dijo. "Llegué hace tiempo. He buscado por todas partes y nada. ¡Parece que la tierra se los hubiese tragado!", afirmó seguro.

Otros animales llegaron de muy distintos y lejanos lugares; más carnívoros: gatos monteses, ocelotes, *intutos*. Todos, después de preguntar lo mismo, se consagraban a buscar y rebuscar, hurgando en los más extraños lugares, con la esperanza de encontrar al asesino para matarlo. Otsawán permanecía sentado sobre el *cosho* volteado.

Por fin llegó el Tigre, más que ninguno sediento de sangre. Interrogó al Conejo y a todos los demás. Todos coincidían en que, de ellos, ¡ni el menor rastro! Entonces, el mismo Tigre se puso a buscar en todo sitio, hasta que solo le faltaba mirar bajo el recipiente.

—"¿Y allí debajo?", preguntó al Conejo, que permanecía sentado encima del recipiente.

— "No, no están aquí. Yo mismo volteé esta cosa para sentarme. No hay nada ni nadie debajo".

—"¡Muévete! Quiero comprobarlo yo mismo", rugió el Tigre.

—"Bueno, te ayudaré a voltearlo", contestó el Conejo bajando de su asiento. Pero, cuando el Tigre levantó apenas el enorme recipiente:

—"¡Ay, auch!", gritó el Conejo saltando sobre un pie. "¡Me has pisado en mis deditos, grandísimo torpe!" y se volvió a sentar sobre el recipiente para frotarse los dedos magullados.

—"Ahora déjame en paz. Ya te había dicho que no había nadie debajo", le gritó airadamente al Tigre.

Entretanto, ya todos los animales habían llegado al claro. La pira funeraria comenzaba a apagarse un poco. Entonces, durante toda la noche, los animales velaron y lloraron a la difunta. Cuando la hoguera comenzó a extinguirse, los animales, uno a uno, regresaron a sus hogares. Se iban diciendo:

—"Bueno, ahora que nuestra Abuela ha muerto, cada uno de nosotros deberá encontrar su manera de vivir la vida".

Y cada uno de ellos partía hacia su nuevo destino. Todos se habían ido. No se oía ni un ruido. Bajo el recipiente, los jóvenes ya no resistían más. Desesperados, levantaron ligeramente su escondite para ver si la hoguera se había extinguido. Pero, en ese momento, una chispa de tizón candente vino a dar contra su frente y, penetrando, les causó terribles dolores. Desde entonces, por su culpa, sufrimos dolores de cabeza.

—"¡No!", les gritó el Conejo demasiado tarde. "¡Les había advertido de no mirar afuera! En consecuencia, desde ahora sufrirán por siempre esos dolores de cabeza".

El Conejo, que había sido el primero en llegar, también fue el último en marcharse. Quería velar a su Abuela hasta que la más pequeña brasa se hubiese apagado. Su pena era demasiado grande. Por eso se quedó, velando piadosamente, mientras los demás se marcharon.

Cuando en la hoguera solo quedaban cenizas que comenzaban a enfriarse, el Conejo salió de su meditación:

—"Hijos", dijo, librando a los jóvenes. "Ahora pueden salir. Yo los salvé. Vivan en adelante felices. Sin embargo, por no haberme escuchado, llevarán en la frente, atormentándolos para siempre, esa astilla de tizón".

Diciéndoles así, los dejó en la *roza* donde ya no quedaba el menor vestigio de la Madre de los Tigres. Ellos escogieron ese mismo lugar para vivir y allí se multiplicaron.

El Conejo a su vez, se alejó en el bosque. Caminó bastante tiempo; después se detuvo a descansar cerca de una mata de *bijao*, especie de plátano silvestre. Fue entonces cuando de improviso se le presentó el Tigre.

—"Buenos días amigo, ¿qué haces aquí?", preguntó.

—"Estoy descansando", respondió el Conejo.

Sucedía que el Tigre estaba recorriendo el bosque, informándose sobre la clase de vida que había escogido cada animal después de la muerte de su Madre. A todos los desafiaba proponiéndoles toda suerte de apuestas, y si perdían,se los comía.

Preguntó entonces al Conejo qué forma de vida había escogido. Otsawán se puso a roer tallos de *bijao*. Desde aquella vez, los conejos roen toda clase de plantas, pero ninguna les gusta tanto como el *bijao*.

— "¡Ah, muy bien!", dijo el Tigre. Después agregó: "Amigo, te invito a una carrera por el mundo. Tú remontarás por ese río y yo por aquel otro; en el centro del mundo nos reuniremos. El primero que llegue podrá devorar al segundo. Veremos si eres valiente y esforzado".

—"Bueno", dijo simplemente el Conejo.

Y los dos partieron dando un gran salto. Pero el Conejo no dio un segundo; se quedó allí tranquilo, comiendo sus plantas preferidas. Mientras tanto, el Tigre corría desaforadamente hacia el centro del

mundo. Una vez llegado al lugar de la cita, se alegró: esperaría al perdedor para comerlo. Sin embargo, pasó mucho tiempo. Esperó tanto que un poco más y se moría de hambre.

—"¿Dónde se habrá quedado ese maldito Conejo?", se preguntó irritado.

Al fin, disgustado y débil por el ayuno forzado, volvió al punto de partida. Allí no tuvo que rastrear mucho al Conejo: enseguida lo encontró.

—"¿Dónde pues, te habías metido?", le preguntó malhumorado.

—"¡Vaya!", respondió el Conejo. "Fui donde tú me indicaste; pero me regresé después de haberte esperado bastante tiempo".

Naturalmente, el Tigre no se tragó la historia.

—"Bueno, no importa", dijo. "Te reto a que me demuestres tu habilidad y valentía. ¿Ves ese barranco? Lo saltaremos y el que salte más lejos podrá comerse al otro, ¿entendido? ¡Salta, si te atreves!"

—"De acuerdo, pero salta tú primero", dijo el Conejo.

El Tigre saltó inmediatamente y quedó satisfecho de su salto.

—"¡Ahora te toca a ti!", rugió cuando estuvo al otro lado. Para su gran sorpresa, el Conejo, con una facilidad increíble, voló por el aire como un copo de algodón llevado por el viento y aterrizó... ¡más lejos que el Tigre! Sin embargo, no devoró al Tigre, ¿cómo podría un conejo devorar a un *tigre*?

Entonces viajaron sin separarse, como buenos amigos, el Tigre delante y el Conejo detrás. Llegaron a orillas de un gran río y allí, nuevamente, el Tigre retó al Conejo:

—"Saltemos al otro lado del río", le propuso... "El que se moje será devorado por el otro".

El Conejo saltó y aterrizó fácilmente. El Tigre, al tocar la orilla opuesta, resbaló, y deslizándose por el barranco cayó, de poto al agua. Se mortificó mucho; pero como los conejos no comen tigres, siguieron andando juntos. El Tigre se rompía los sesos buscando la manera de ganar al Conejo para devorarlo. De repente se detuvo.

—"Amigo", le dijo, "si eres en verdad valiente y esforzado, aceptarás mi desafío. Vamos a soltar el cuerpo. Si mi mojón tiene cerdas de animales, yo soy verdaderamente el Padre de los Tigres. Si tu mojón está lleno de pelos de animales, tú eres verdaderamente el Padre de los Conejos y no te devoraré; pero si no los tiene, te comeré".

—"Bueno", dijo el Conejo tranquilamente.

—"Entonces, ¡hazlo enseguida!", le ordenó el Tigre.

—"¡Ah, no!", respondió el Conejo. "Tú que propones el reto debes cagar primero".

Y se volteó mientras el Tigre se agachaba para hacerlo. Un instante después aparecieron varios y soberbios mojones, llenos de cerdas de pecarí y de venado. El Conejo fue a comprobar aquello y felicitó al Tigre:

—"¡Bravo!", aplaudió. "Verdaderamente eres el Padre de los Tigres. Ahora te haré ver el mío... ¡Ah, no! ¡Voltéate! Yo no te miré, te dejé hacerlo en paz, ¡haz tú lo mismo!"

El Tigre se dio la vuelta. Entonces el Conejo se apoderó rápidamente de dos pequeñas cagarrutas de entre los mojones del Tigre y se las puso él.

—"¿Ya?", preguntaba impaciente el Tigre.

—"¡Puf!... ¡espera, hombre!", replicaba el Conejo. Unos instantes más tarde exclamó:

—"¡Ya!"

El Tigre se aproximó de un salto y no creyó lo que veía: bajo el ano del Conejo habían dos bolitas frescas, del todo parecidas a las suyas, llenas de duras cerdas de animales.

—"Vaya", dijo decepcionado. "Verdaderamente eres el Padre de los Conejos".

—"Bueno, prosigamos", concluyó el Conejo.

Y continuaron su camino. Sin embargo, el Tigre no había renunciado a saborear al Conejo. Llegaron así cerca de un río lleno de meandros.

—"Amigo, te propongo un desafío que no podrás rechazar si eres verdaderamente valiente y esforzado. Tú corre por los recodos del río, yo cortaré a través del bosque. Si te sobrepaso; te devoraré".

—"Bueno, como quieras", aceptó el Conejo. Y salió veloz por el valle mientras el Tigre daba tumbos por el bosque. Cuando desembocó en el río en la curva siguiente, acababa de pasar el Conejo. Furioso, el Tigre se lanzó a carrera tendida por el bosque esperando llegar antes que el Conejo al recodo siguiente; pero llegó demasiado tarde. Así continuaron y el retardo del Tigre aumentaba cada vez más. Hasta

que, vencido, el Tigre abandonó la persecución y nunca en la vida volvió a saber del Conejo.

Es por ello que el *tigre* no come conejos: son mucho más ágiles que él. Nosotros los Cashinahua tampoco comemos conejo.

El Tigre de nuestro cuento, decepcionado por la huida del Conejo, se dedicó a buscar otros animales. Fue así como encontró primeramente a Chasho, el Venado.

—"Amigo", le dijo. "Hazme conocer algo de cómo es la vida que has escogido".

El Venado se agachó y comenzó a frotarse los cuernos contra el tronco de un árbol. El Tigre se arrojó sobre él y lo devoró.

Un poco más lejos, encontró a Jonoyawa, el *Sajino*.

— "Amigo", lo interpeló. "Hazme conocer algo de tu manera de ser en la nueva vida que has escogido".

El Pecarí bajó la cabeza y se puso a escarbar la tierra con las uñas. Entonces el Tigre, cayendo sobre él, se lo comió.

Y a todo animal que encontraba, a todos les preguntaba lo mismo y luego, sorprendiéndolos, los devoraba. Hasta que se dio con Shae, el Oso Hormiguero que venía bamboleándose como un beodo.

—"Amigo", lo detuvo el Tigre. "Muéstrame algo de lo que sabes hacer para poderme dar cuenta de cómo es la vida que has escogido". Cerca de allí había inmensas matas de palmera *yarina*. El Oso Hormiguero se abrazó a una de las palmeras y hundiendo en ella sus potentes garras, —hechas para demoler los más resistentes hormigueros y comejeneras—, de un solo desgarrón la partió en dos. El Tigre saltó a un lado, evitando ser aplastado por los trozos de palmera cuando cayeron desplomados estrepitosamente. Impresionado por esa demostración de fuerza, se retiró a una prudente distancia. Desde allí vio al Hormiguero acercarse a un inmenso *zapote*. Parándose sobre sus patas traseras, rodeó al tronco con sus brazos y hundió en él sus garras como dos cuchillos hasta que... ¡Crack! lo partió en dos. Las mitades del *zapote* cayeron ruidosamente.

—"Ah, bueno. Es así como vives", dijo el Tigre. "Vive feliz. Yo ya me voy".

Desde entonces el Tigre desconfía de la fuerza y de las terribles uñas del Oso Hormiguero. Teme su abrazo mortal. En efecto, el Hormiguero es el más manso de los animales; pero frente a sus enemigos se endereza y los abraza. Solo los suelta muertos o dislocados.

He aquí por qué el Tigre tampoco come al Oso Hormiguero. A pesar de que devora todo animal del bosque, no come ni conejo ni hormiguero.

Algo más lejos, el Tigre se encontró con Awa, la Sachavaca o Tapir. Lo retó con el desafío que el Conejo no había querido aceptar: la carrera hacia el centro del mundo. El Tapir aceptó. Cada uno escogió un río y se pusieron en marcha, lo más veloz posible por la orilla, cada cual decidido a ganar la carrera. Pero la Sachavaca, aunque por otra razón, tampoco iba a llegar a la cita.

En el recorrido encontró una cuadrilla de tortugas de tierra. Estaban gozosas, en plena diversión: se mecían sobre unas lianas unidas a modo de columpio, igual que nosotros los Cashinahua hacemos de vez en cuando.

Pero había algo mejor aún. El columpio colgaba entre dos palmeras *pijuayo* de tronco cubierto por terribles espinas. Las tortugas se balanceaban y se balanceaban. El impulso les hacía tocar el tronco, entonces, al último momento, se volteaban y... ¡Crick!, aplastaban las espinas con su espalda. ¡Qué divertido! Grandes o pequeñas, todas las tortugas participaban por turno en el juego.

Atraído por las risas, el Tapir se detuvo y quedó boquiabierto mirando el juego de los motelitos. Se acercó alegre y suplicó:

—"Préstenme su columpio. Quiero jugar también".

—"No", le respondieron las tortugas, que en aquella época hablaban. "Tú no puedes jugar este juego".

Pero él insistió tanto y tanto que acabaron por dejarlo hacer. La Sachavaca se acercó a las lianas, se meció más y más fuerte, y tomando impulso, dirigió el columpio hacia el tronco de *pijuayo*. Al último momento se volteó de espaldas y se estrelló contra las espinas. Una de ellas le atravesó el corazón y cayó muerto al pie de la palmera.

— "¡Huy!" exclamaron las tortugas, consternadas. "Sus paisanos vendrán y creerán que nosotros lo hemos matado. Si lo arrojamos por allí, encontrarán fácilmente su gran cuerpo; si lo enterramos, también. De todas maneras nos acusarán".

—"Comámoslo", sugirió una. ¡Buena idea! Desde entonces, los *motelos* también comen cadáveres de animales, tal como lo hacen los buitres.

Algunos hoy día cuentan de ese modo. Pero otros dicen que no fue así como murió el Tapir. La responsable de su muerte no fue una

tropa de tortugas sino únicamente la esposa de Shahuë, el Motelo. Ella se encontraba atiborrada de huevos.

—"Cuñada, ¿cómo estás?", le preguntó el Tapir al encontrarla.

—"Tu hermano me abandonó apenas salí encinta", respondió. Acogiéndolo, le dio de comer tubérculos de *uncucha* y de camote. Cuando el Tapir acabó, su cuñada le dijo:

— "Cuñado, deseo hacer el amor contigo".

—"No", respondió el Tapir. "No hay modo".

En efecto, la tortuga posee una colita bien dura que cierra la entrada de su caparacho por detrás y el Tapir no podía superar el obstáculo.

—"Poco importa", aseguró la tortuga. "Tómame por la boca". Entonces el Tapir se dio a la tarea por la boca de la tortuga. Cada vez que se retiraba, la tortuga le decía:

—"Todavía más al fondo".

La Sachavaca terminó por introducir su miembro hasta la raíz, en la garganta de la tortuga. En este instante, ella cerró su pico acerado. El Tapir, gritando de dolor, comenzó a debatirse, a golpearla contra piedras y troncos para zafársela y librarse. Pero ella no se desprendía ni soltaba presa. La sangre le manaba a borbotones hasta que el Tapir acabó muriendo.

Es así, se cuenta, como en verdad murió el Tapir. Luego llegaron las demás tortugas que lo comieron para disimular el cuerpo. Estuvieron ocupadas todo un día. Pero quiso la mala suerte que una tortuga bebita conservara un pedacito de cuero del Tapir en recuerdo para comérselo más adelante.

Entretanto, el Tigre había llegado al lugar de la cita y esperaba al Tapir para comerlo pero este no tenía cuándo llegar. Después de esperar en vano, el Tigre emprendió el regreso siguiendo el valle por donde el Tapir debería haber llegado. El Puma llegó así al pueblo de los Motelos.

—"Amigos", saludó él. "¿No han visto pasar al Tapir por aquí?"

—"No", mintieron los *motelos*. "Nunca nadie cruza por aquí".

Sin embargo, el Tigre regresó al punto de la cita y siguiendo por segunda vez las huellas de su fallida presa, llegó nuevamente donde las tortugas. Allí se perdía el rastro del Tapir. Entonces se escondió entre unos matorrales para observar a su gusto. Desde allí, fue testigo de un pleito entre dos niños Motelo:

—"No. ¡No te llevarás mi pedacito de Tapir!", lloraba uno de ellos.

—"¡Ah!", se dijo el Tigre. "Así que las tortugas se han comido a mi Tapir".

Salió del bosque y preguntó a Shahuë:

— "¿Qué es lo que dice el pequeño que llora allá?"

—"¡Ah!", dijo la tortuga. "Se pelea con su hermano y llora porque le quiere quitar su hongo".

—"No", terció el Tigre. "He entendido otra cosa".

Inmediatamente, se lanzó sobre el niño Tortuga, le abrió la mano y encontró el pedazo de Tapir. Furioso, le arrancó la cabeza. Lo mismo hizo con las demás tortugas. Después se adentró en el bosque.

Todas las tortugas sin cabeza quedaron diseminadas por tierra. Ofrecían un triste espectáculo. De pronto apareció Nishmin, la Avispa Mensajera de Ishmin, el Cóndor*. Permaneció quieta allí un instante considerando el desastre. Después libó un poco de sangre de tortuga y la llevó como prueba ante Ishmin, el Cóndor.

—"Amigo, tengo un mensaje para tí", dijo ella vomitándole la sangre de las tortugas. "Todas están muertas, esparcidas por tierra, las cabezas arrancadas".

—"Excelente", exclamó el Cóndor. "Vamos".

Siendo su único alimento la carne muerta y podrida, pensaba alegre en el festín que le esperaba. Pero se equivocaba. Los *motelos* no estaban muertos y cuando llegó todas las cabezas le dirigieron la palabra.

— "Amigos, ¿qué les sucedió?", preguntó él.

—"Fue el Tigre", le respondieron. Habíamos comido al Tapir y, vengándose, nos dejó en este estado".

—"Arreglaré esto", dijo el Cóndor, "pero acaban de decir sus últimas palabras: en adelante jamás hablarán".

Recogió tantos tallos de hierba como cabezas. Ensartó las briznas en los cuellos de las cabezas y las replantó en los cuerpos, pero a la inversa: en lugar de acomodarlas sobre el esófago, replantó los cuellos en el agujero del ano de las Tortugas.

Es por eso que desde entonces las Tortugas son mudas. ¿Ven ustedes?

---

* Ver cuento 28

2. Yawashikonawa, el Mezquino

Les contaré la historia de Yawashikonawa, el Mezquino.

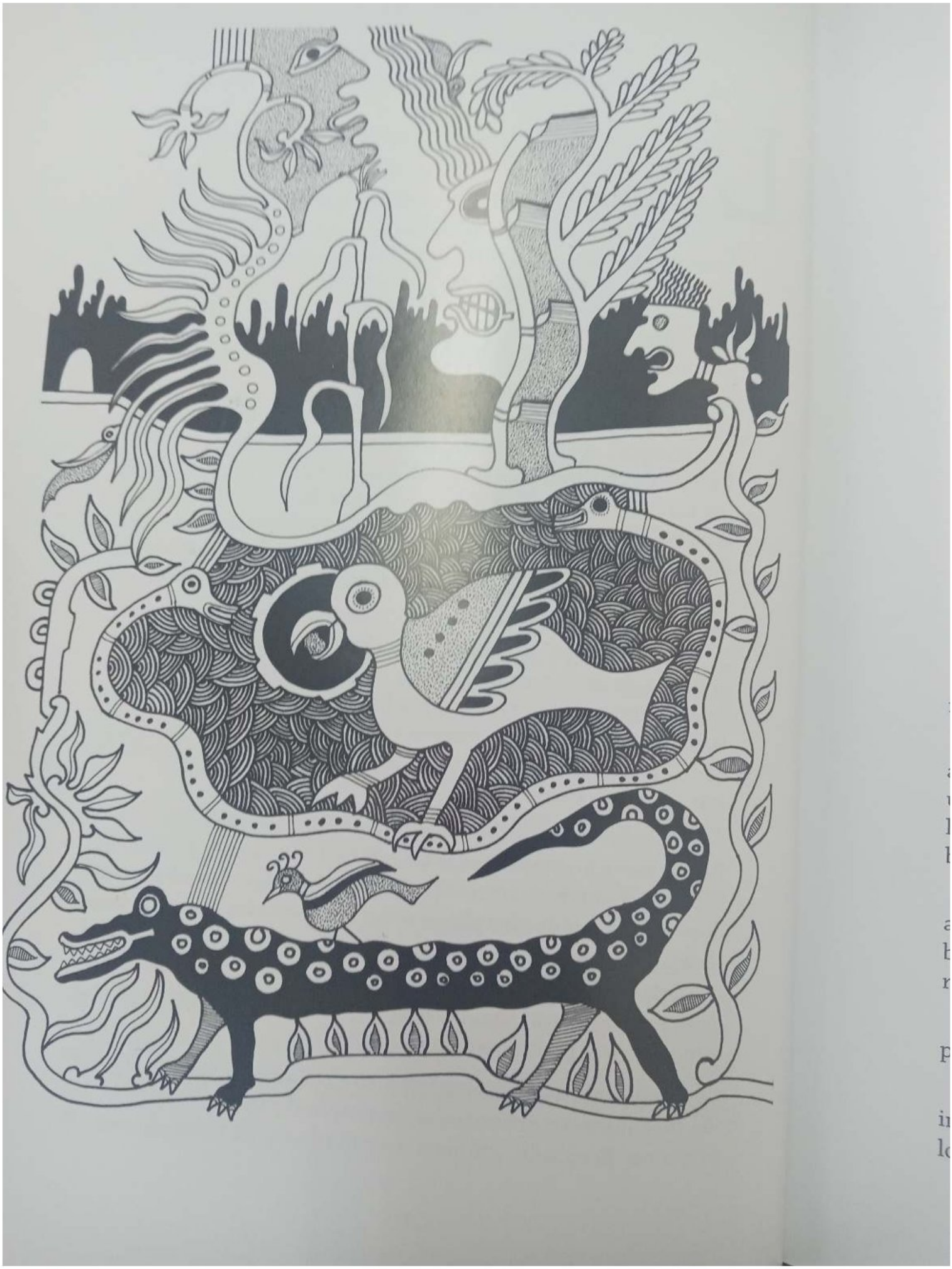
En su *chacra* cultivaba todos los vegetales que nos sirven de alimento: plátanos, *yuca*, maíz y otras plantas fundamentales. Sin embargo, era el único en tenerlas. Los demás habitantes del mundo carecían de ellas. Por eso, aprovechaban cualquier ocasión para allegarse a él de visita y pedirle semillas, plantas y esquejes. Así, ellos mismos podrían sembrar todas esas maravillas en sus *chacras*.

Pero el tal Yawashikonawa accedía a las demandas de sus visitantes de manera muy peculiar. Si le pedían granos de maíz, los entregaba, ¡pero asados! ¿Cómo iban a brotar? En vano, pues, los crédulos favorecidos esperaban la germinación. Cuando venían por los palos de *yuca*, los daba; pero antes, les cortaba las yemas; sembrados, nunca echaban hojas. De este modo procedía siempre: después de hacerse mucho de rogar, entregaba lo que nunca iba a crecer. Es que no toleraba ver sembrada ninguna otra *chacra*. ¡Era un verdadero mezquino!

Un día Shabon, la Lagartija, decidió que ya había sobrepasado el límite de lo soportable. Iría a robar semilla de maíz donde Yawashikonawa: era el único medio efectivo para procurársela. Naturalmente, no fue el primero en pensar obtener con el robo lo que no podía recibir con el ruego, pero sí fue el primero en hallar la manera de efectuarlo.

Yawashikonawa protegía endiabladamente bien sus *chacras*. Bajo su servicio estaban todas las especies de animales ponzoñosos. Repartidos estratégicamente por todos lados tenía escondidos nidos de avispas. Al pie de cada planta se agrupaban, amenazadoras, varias clases de serpientes, *rayas* y otros animales venenosos. Había, pues, que descartar la idea de sustraer cualquier planta sembrada. El robo debía ser en la casa, bajo las mismas narices de Yawashikonawa. Y esto fue lo que pensó hacer la Lagartija.

Realizando su plan, llegó de visita justamente cuando la mujer del mezquino se encontraba desgranando maíz. Le ofreció sus servicios. Aceptado, empezó a ayudarla en su tarea. Al rato, la



mujer se levantó: una necesidad natural la obligaba a alejarse por unos instantes. Contó todos los granos ya desgranados; arranchó la mazorca que Shabon estaba desgranando y contó igualmente los granos pegados a la tusa. Entonces le dijo:

—"Sigue desgranando. Enseguida regreso, ¡que no me falte ni un solo grano! Los he contado todos".

¿Qué hizo Shabon? Rápidamente, asió un granito de maíz, se lo metió en la boca, lo ajustó al fondo, detrás del último molar y prosiguió tranquilamente su trabajo.

Apenas regresó la mujer de Yawashikonawa contó los granos del montón desgranado; vio con satisfacción que no faltaba ninguno. Revisó enseguida el montoncito desgranado por Shabon. Contó y recontó una y otra vez. No cabía duda: ¡faltaba un grano!

—"¿Dónde está el granó de maíz que falta?", le espetó ella gritando.

—"¿Qué?, ¿cuál grano de maíz?", preguntó Shabon haciéndose el inocente.

—"¡Tú lo has cogido!"

La mujer al verse engañada, se acercó hecha una furia a Shabon. Empezó a ordenarle cualquier cosa:

—"¡Abre las manos!" Las abrió.

—"¡Abre los pies!", pero, ¿cómo habría podido abrirlos, si un pie nunca se cierra?

—"¡Abre la boca!" y sin esperar más, se lanzó sobre Shabon y le abrió furiosamente las mandíbulas. Shabon tenía en aquella época una boca como la tuya o la mía; pero la mujer, al abrírsela con rabia, le desgarró las mejillas. Desde entonces, la Lagartija luce una enorme boca, hendida hasta las orejas.

A pesar de esa violencia, el grano de maíz no cayó —tan bien acuñado y escondido estaba— ni la mujer tampoco lo vio. Empezó a buscar afanosamente por los alrededores. Agachada, rebuscando y removiendo todo, la encontró su marido.

—"¿Qué diablos pasa?, ¿Qué significa todo este revuelo?", preguntó él.

—"Shabon me ayudaba a desgranar maíz. Tuve que alejarme un instante y cuando regresé, faltaba un grano. ¡Estoy segura de que él lo ha robado!"

La cólera de Yawashikonawa no fue menor que la de su mujer. Se acercó a Shabon y le hizo abrir las manos. Las examinó, buscando incluso en los intersticios de los dedos; pero los apartó con tal brutalidad que le desgarró la palma. Desde entonces, la Lagartija tiene los dedos de manos y pies larguísimos y muy finos. ¡Ah, sí!, porque Yawashikonawa hizo con los dedos de los pies lo mismo que había hecho con los de la mano.

Bajo este tratamiento, el pobre Shabon desfalleció de dolor y cayó sin sentido al suelo. Cuando se recuperó, vio a Yawashikonawa y a su mujer, un poco más lejos, absorbidos completamente en la búsqueda desesperada del grano perdido. Aprovechando la distracción, se escurrió silenciosamente con su botín, acuñado siempre en el fondo de su boca.

Llegando a su casa, lo sembró cuidadosamente. A los días, nació una hermosa plantita de maíz que, a su tiempo, dio tres grandes mazorcas. Shabon cosechó y repartió los granos entre todos sus paisanos. Gracias a él, hoy tenemos maíz.

Otra cosa que nuestros antepasados reclamaban con insistencia a Yawashikonawa era el fuego. El Mezquino también lo poseía como dueño absoluto debido a la estupidez del *paujil*, dicen unos. Otros, por el contrario, cuentan que el verdadero culpable del burdo error cometido fue el *towayo*, ese pajarito nocturno que todo el día permanece adherido a un tronco que sobresale en el río y da la impresión de ser una rama rota. Uno de los dos, en efecto, había pretendido asar al enorme caracol *congompe*, quien, con su baba, apagó el fuego de los animales. Estos, al quedar sin fuego, trataban de calentar su maíz guardándolo bajo la axila; pero no les resultaba: el calor era insuficiente y además, ¡no podían moverse mientras trataban de cocinar los alimentos en esa forma!

Yawashikonawa procedía con el fuego igual que con las plantas: después de hacerse mucho de rogar, entregaba un tizón a los mendicantes; pero, antes, ¡lo sumergía en agua! y claro, el tizón, una vez que nuestros antepasados lo llevaban a sus casas, no comunicaba fuego a nada.

Un día Chërë, el Lorito, cansado de no tener fuego y de comer su maíz sin sancochar o asar, decidió robarlo en casa de Yawashikonawa. Un buen día, pues, se acercó volando allí. Se posó sobre una rama y comenzó a llorar y a lamentarse: "chee-ree, chee-ree..." Sin dejar de plañir, revoloteó de rama en rama, acercándose cada vez más

a la casa donde se encontraban la mujer de Yawashikonawa y sus paisanos. Pronto, el lorito ese y sus gritos lastimeros comenzaron a exasperarlos. Al sentirlo más cerca, empezaron a gritarle: "¡Lárgate! ¡Anda a chillar a otra parte!" Palabras al viento. Chërë permanecía firme en su puesto; peor aún, seguía acercándose más todavía, y lloraba con mayor energía.

Exasperados, algunos le lanzaron objetos y basuras; Chërë se iba, pero a sentarse apenitas lejos y reanudaba sus quejidos monótonos y agudos.

En cierto momento, tocada en los nervios, la mujer de Yawashikonawa empuñó un tizón y lo arrojó con todas sus fuerzas hacia la rama donde estaba Chërë. Sin embargo, erró el tiro y el tizón cayó al suelo. Chërë persistía en sus ayes pero más suavemente. Instantes después, cuando ya no le prestaban mayor atención, aferró con su pico el tizón todavía candente y voló con él. Debo aclararles que, en esa época, Chërë tenía un pico enorme, parecido al del tucán.

—"¡Miren! ¡Ese pajarraco huye llevándose nuestro fuego!", gritaron los de abajo.

Inmediatamente, los paisanos de Yawashikonawa frotaron unas contra otras sus piedras mágicas, con las que desencadenaban lluvias y tempestades. Un verdadero diluvio cayó sobre el bosque. Mientras tanto, Chërë, insensible al dolor que le producía el tizón quemándole el pico, seguía volando y alejándose. Otros pájaros, de muy distintas clases, se unieron a él para escoltarlo. Cuando empezó a llover, Chërë comprendió que la gente de Yawashikonawa esperaba apagar así el tizón robado. Entonces, rápidamente lo guareció en el hueco de un árbol de *capirona*.

—"Ahora les toca a ustedes", dijo a sus compañeros. "¡Abríguenlo con sus alas si no quieren que la lluvia lo apague!"

Él, dejando el tizón, fue a remojar al río su pico quemado para apaciguar el ardor. Pero desde entonces, quedó tal como es hoy: un pico corto y curvo, ¡y todavía se puede ver la huella blanca de la quemadura alrededor de sus ojos!

Los demás pájaros construyeron una verdadera pirámide de cuerpos emplumados sobre el fuego robado y lo protegieron así de la lluvia. Muy cerca del tizón estaba Shawan, el *Guacamayo* Rojo, que debe su color al contacto con el fuego vivo. Justo sobre él se puso Kain, el *Guacamayo* Cabezón, un poco menos rojo que

él. Después, los demás pájaros sucesivamente, hasta terminar con Oka, el *Locrero*: su cuerpo es completamente negro porque solo el humo alcanzó su plumaje.

Así fue como lograron proteger su conquista y conservar el fuego. Finalmente, el fuego prendió dentro del árbol y lo hizo arder. Al quemarse, se partió en dos y cayó al suelo desparramando a los alrededores carbones encendidos. Todos los animales vinieron y se sirvieron.

Sin embargo, no crean que todo salía siempre bien. Un día, un tal Nawayoi, lleno de admiración por las hazañas de Shabon, de Chërë y de los otros pájaros, se dijo:

—"Yo también soy ingenioso, valiente y esforzado. Lo que pueden hacer los demás, ¡yo también puedo hacerlo!"

Y, audaz, enrumbó a la *chacra* de Yawashikonawa para robar palos de *yuca*. Las avispas zumbaban alrededor de su cabeza, pero él no hacía caso. Se acercó a una planta y cortó un palo. Las avispas se arremolinaban cada vez más amenazadoras y en mayor número; pero no lo atacaban. Él en vez de huir rápidamente con su botín, siguió arrancando otras ramas: dos... tres... ¡y no huía! Al cortar la cuarta, topó un nido de avispas. Entonces ellas, exasperadas, se arrojaron sobre él. Y se dieron a picarlo violentamente por todas partes. Enloquecido, el ambicioso corrió hacia el río, abandonando por el camino todo el producto de su robo. Se tiró al agua para escapar de sus perseguidoras. Pero enfurecidas, ellas seguían revoloteando cerradamente sobre la superficie del agua, y apenas sacaba la cabeza para respirar lo picaban a más no poder, obligándolo a zambullirse nuevamente. Así estuvieron todo el día, hasta que el frustrado héroe quedó convertido en lagarto. Desde entonces, estos animales viven en el río, saben resistir mucho tiempo bajo el agua sin respirar y, revestidos con esa piel especial, son invulnerables a las picaduras de avispas.

Esa noche, los paisanos de Nawayoi se inquietaron al no verlo llegar y decidieron salir en su búsqueda temprano por la mañana. Llegaron a las inmediaciones de la *chacra* de Yawashikonawa. Encontraron las huellas de Nawayoi y descubrieron los cuatro palos de *yuca* que había abandonado en su loca carrera hacia el río. Vieron cómo sus huellas se perdían en el agua. Aquí, sobre la superficie, aún se veía el remolino de avispas irritadas. Por último, observaron huellas frescas de lagarto, las primeras que hollaban la tierra. Comprendiendo lo sucedido, juraron vengarse de Yawashikonawa y de su avaricia... ¡Lo matarían!

Un gran consejo de guerra reunió a todos los animales que viven en el cielo y bajo tierra. La mayoría se inclinó por atacar y matar a Yawashikonawa abiertamente, de frente, a plena luz. Pero recordaron que los animales venenosos de su *chacra* podrían salir en su defensa. Resolvieron proceder discretamente. ¿Cómo?

—"Cavemos un túnel bajo tierra", decidieron al fin. "Acerquémonos a él hasta una buena distancia, sin que se dé cuenta, entonces... ¡flechémoslo!"

—"Pero, ¿quién se encargará de hacer el túnel?"

—"¡Los tatúes!, ¡los tatúes!", gritaron todos al unísono. Confiaron la tarea a estos animales, largamente experimentados en perforar túneles.

Llamaron en primer lugar a la familia Yaish que agrupa *quirquinchos* y *carachupas* medianas. El primero entre ellos, Tëcho Yaish, construyó un túnel que desembocó cerca del lugar donde estaba sentado Yawashikonawa. Al llegar a la superficie, remató la madriguera no con una boca sino con una aspillera por donde dispararían la flecha que mataría al Mezquino.

Orgulloso de su trabajo, Tëcho Yaish, dio marcha atrás regresó hacia la entrada de su madriguera donde, ansiosos, esperaban los demás animales.

—"Ya está", dijo. "Los guerreros no tienen sino que tener puntería".

Los otros animales entraron a la madriguera pero quedaron completamente desilusionados. Primero, era endemoniadamente complicada: zigzagueaba, ascendiendo y descendiendo en mil curvas; además, ¡era tan estrecha!, ni soñar que se pudiera tensar un arco allí dentro. ¡Qué lástima! porque el túnel desembocaba justo en el lugar deseado pero... Se lo rechazó.

Nosta Yaish puso entonces manos a la obra. Lo vieron desaparecer mientras cavaba con todas sus fuerzas. Después de bastante tiempo reapareció, siempre cavando... ¡su madriguera era circular y había regresado al punto de partida! Nunca iba a desembocar frente a Yawashikonawa. Rechazado.

—"No perdamos más tiempo, ¡que venga otro! ¡El que sigue!"

El siguiente escarbador fue Baka Yaish. ¡Nueva desilusión! Su madriguera, demasiado corta, desembocó inmensamente lejos del lugar conveniente.

Kana Yaish, el más grande y el más fuerte entre los Yaish, retomó la obra de Tëcho Yaish, el primero de sus hermanos, y la ensanchó. ¡Inservible! Era todavía demasiado estrecha para los arqueros.

Había que concluir el asunto de una vez por todas, más aún cuando Yawashikonawa, sentado en el patio de su casa, intrigado por esos sordos gruñidos bajo tierra, amenazaba levantarse de un momento a otro.

Se llamó entonces a Pano, la *Carachupa-mama*. ¡Eso sí fue bueno! A toda mecha y en línea recta, Pano hizo un túnel perfecto: amplio, espacioso, que desembocó exactamente junto al sitio donde Yawashikonawa saboreaba en ese instante una *yuca* asada.

Los arqueros tomaron posiciones. Eran *paucares* de la familia Isko. Son esos pájaros que viven en bandadas, hacen grandes nidos en forma de bolso y que a veces cuelgan treinta de un mismo árbol.

Boi Isko se situó primero diciendo:

—"¡Yo lo voy a matar!"

—"No. Déjame pasar", terció vivamente Koman Isko. "Tú vas a errar el tiro".

Nada qué hacer. Boi Isko se empecinó. Terco, lanzó primero. Erró completamente: traspasó la *yuca* que Yawashikonawa estaba comiendo. En un abrir y cerrar de ojos Koman Isko lo reemplazó... tiró su flecha y ¡mató al Mezquino!

Para rememorar este incidente, Boi Isko lleva el pico blanco, en recuerdo de la *yuca* que traspasó. En cambio, Koman Isko tiene una mancha roja en la punta de su pico: es la sangre de Yawashikonawa.

Apenas cayó Yawashikonawa, todos los animales salieron de sus escondites y se dieron a masacrar a la mujer del Mezquino y a todos sus paisanos. En las *chacras* hubo desbande general entre los animales ponzoñosos: las avispas volaron, víboras y serpientes venenosas de toda clase huyeron al bosque, y la *Raya* ganó las aguas del río.

Cumplida su venganza, los animales iniciaron el saqueo para llevar a sus casas todos los bienes de Yawashikonawa. Algunos animales, curiosos por ver cómo podría ser la vesícula biliar de un mezquino, empezaron a descuartizarlo. Al extraerle la vesícula vieron que era enorme y se pusieron a jugar con ella. El antepasado de Isabana, ese hermoso pájaro que los peruanos llaman *azulejo*, perforó la vesícula. El contenido empapó todo su cuerpo. Desde entonces, ha conservado un maravilloso color azul. Otros pájaros lograron también salpicar

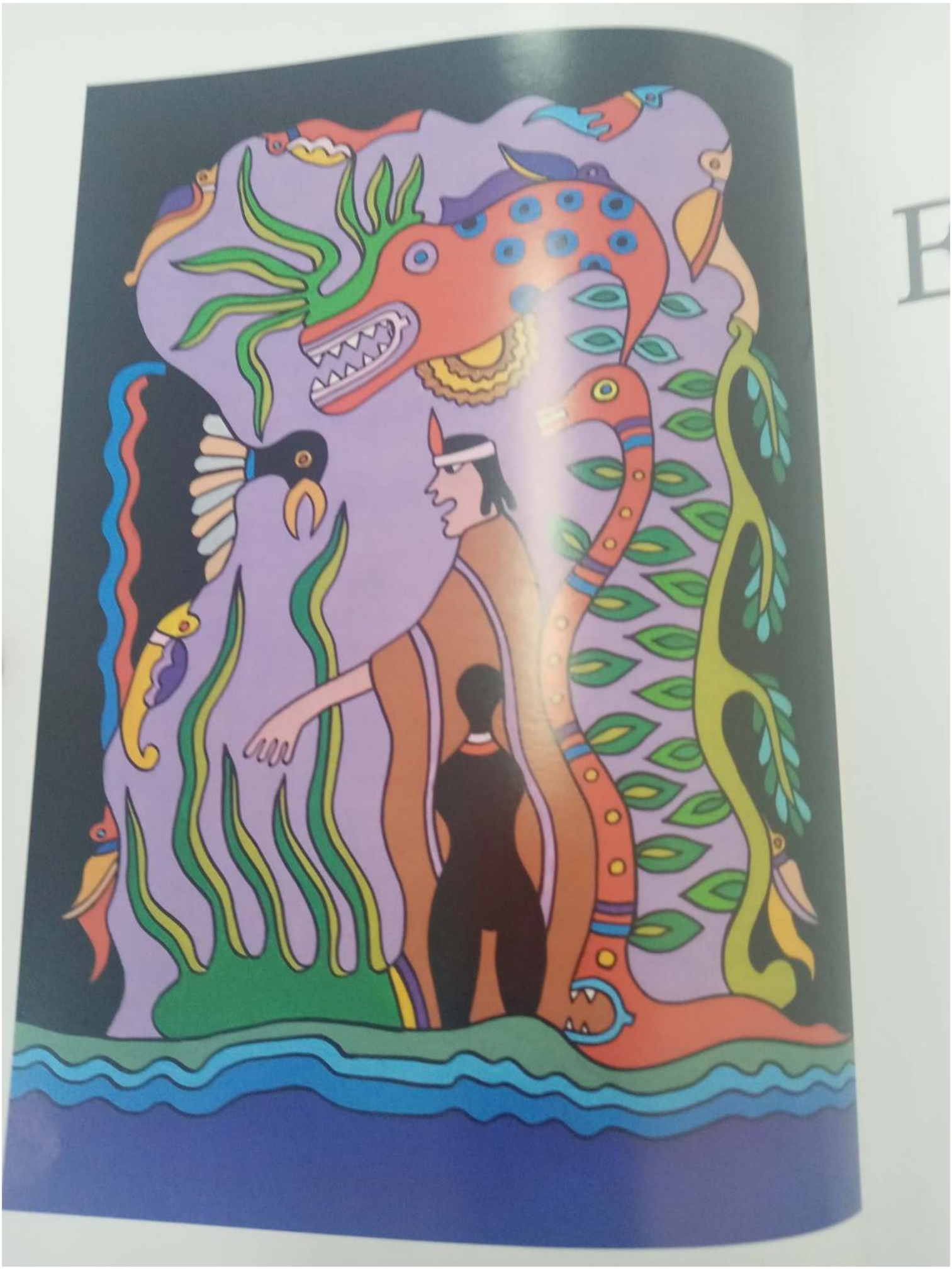
una u otra parte de su cuerpo con la bilis de Yawashikonawa. Todos ellos han conservado en su plumaje matices brillantes, azul o verde.

No sucedió lo mismo con Noa, el Trompetero: le ocurrió un percance. Se acercaba a trancos largos hacia el campamento de Yawashikonawa, cuando, de repente, resbaló y cayó con su trasero sobre la ceniza de la fogata. Desde entonces, lo tiene todo blanco.

Equipados con su botín y engalanados con sus nuevos adornos, todos los animales regresaron a sus casas. Pino, el Picaflor, aún no partía. Cargado con el algodón de Yawashikonawa, se preguntaba cómo iba a poder volar con tamaño peso. Finalmente se decidió y, con gran esfuerzo, logró despegar.

Salió volando penosamente y pronto quedó sin aliento. Avistó la rama madre de un árbol gigante y se posó allí para retomar fuerzas... ¡Crack! La enorme rama no pudo resistir el tremendo peso que recibió de improviso. Para no caer a tierra con su carga, el Picaflor siguió volando hacia otra rama; pero también se rompió apenas se posó. Ninguna de las perchas, por más resistentes que parecían, aguantaban el peso del colibrí con su carga de algodón. Pino ya estaba casi exangüe, cuando, desesperado, jugándose el todo por el todo, se asentó delicadamente sobre la ramita más delgada del terminal de una rama. ¡Sorpresa de las sorpresas! Ese esbozo de rama soportó el peso que las ramas más gruesas y fuertes no habían podido resistir. Desde entonces, ¿ven ustedes?, el Picaflor evita las ramas sólidas, y solo escoge como percha las ramitas frágiles, siendo él tan pesado como una mota de algodón.

Y a raíz de la muerte de Yawashikonawa el Mezquino, todos los pájaros y bestias que viven bajo tierra se esparcieron por sobre la extensión del mundo. Igualmente, todos los animales ponzoñosos quedaron entre nosotros, en recuerdo de esta historia.



3. Del origen del Día y de la Noche, del Buen y del Mal Tiempo

En aquel tiempo nuestros antepasados eran vecinos del Inca y vivían en estrecho contacto con él. De vez en cuando los visitaba y siempre con el fin de proponerles participar en un juego que lo alocaba: balancearse en una especie de columpio hecho de inmensas lianas. A los Cashinahua que se habían vuelto hábiles en el juego, el Inca los respetaba, pero, ¡ay de los torpes: los mataba y se los comía!

Un día el jueguito les llegó a la coronilla y nuestros antepasados decidieron irse, de una vez por todas, lo más lejos posible para salvarse de los peligrosos caprichos del incomprensible Inca.

Sin embargo, el Inca no aceptó nunca esta separación y buscaba retomar contacto. Así, una mañana se encontraba una vez más en camino por el bosque, buscando el lugar donde se habían refugiado los Cashinahua. Fue entonces cuando se encontró con Yotan, la Tarántula, que venía por la trocha con su esposa. El Inca lo saludó y le preguntó qué nuevas tenía. Yotan le confesó estar hastiado de vivir solo solito con su mujer, sin nadie con quien conversar. Por eso se había puesto en camino para encontrar compañeros con quienes gustoso compartiría su vida.

—"¿Por qué no vienes a vivir conmigo?", le preguntó el Inca a quemarropa.

—"¿Por qué no, en efecto?", respondió prestamente Yotan. "Descríbeme el lugar donde vives. Si me gusta, iré a vivir contigo".

—"Vamos más bien allá, para que tú mismo lo veas con tus propios ojos", propuso el Inca.

Entonces se dirigieron al pueblo del Inca; les hizo conocer las *chacras* y Yotan admiró su riqueza y ordenada disposición. Enseguida llegaron a la *roza* donde estaba la casa. El Inca presentó la pareja Yotan a su esposa, recomendándole atenderlos lo mejor posible. La mujer del Inca cocinó *yuca*, plátanos y maní y preparó *chicha*. En una palabra, ofreció un verdadero festín a las Tarántulas que la visitaban y ellas, haciendo honor a su anfitriona, deglutieron absolutamente todo lo que les presentaban sin dejar una miga o una gota. Después de la comida charlaron.

En ese tiempo, ¿saben ustedes?, los bienes de este mundo no pertenecían a todo el mundo como hoy día. Así, por ejemplo, no todos tenían Sol —que es calor y luz— ni Oscuridad ni Frío ni Viento ni Lluvia. Unos pocos poseían algunos de estos fenómenos. Los guardaban en recipientes y, como no los compartían con nadie, eran los únicos en aprovecharlos.

El Inca, por su parte, poseía una botella de Noche, una botella de Sol y una de Frío y se lo dijo a Yotan, carente de todas estas cosas. Naturalmente, Yotan solicitó al Inca que compartiese con él las riquezas de que disponía.

Entonces el Inca aceptó, en parte.

—"Si en lugar de permanecer aquí conmigo aceptas ir a vivir a la Raíz del Cielo, entonces te daré mi botella de Noche y mi botella de Frío", decidió el Inca.

Yotan aceptó. Desde ese momento, se estableció allá, en la Raíz del Cielo. Sobre cuantos se aproximan a sus dominios abre su botella de Noche, y pronto una oscuridad opaca los envuelve. Inmediatamente, Yotan los atrapa y los hace morir introduciéndolos en una gélida madriguera.

A partir de entonces, la Tarántula simboliza para nosotros la Muerte y el Frío, asociado a ella. La palabra *yotan* en efecto, tiene doble sentido en Cashinahua: "tarántula" y "época de *friajes*", esos períodos glaciales que aparecen en la transición de la estación de las lluvias y de la estación seca, en los meses de mayo y junio de los blancos. Es por esta razón que los muertos se enfrían y nosotros los ponemos bajo tierra, a imagen de la madriguera de Yotan.

¿Alguna vez han puesto ustedes la mano en la especie de madriguera que las tarántulas abren en el suelo? Prueben: se darán cuenta del frío, intensamente extraño, que hace allí.

Con Yotan establecido en la Raíz del Cielo y con los Cashinahua a mucha tierra de por medio, tras alejarse definitivamente, el Inca continuó viviendo solo y gozando únicamente él de su Sol.

Un día recibió la visita de Shëtë, el *Gallinazo*, dueño del Frío y del Viento.

—"Aquí estás, Shëtë" dijo el Inca saludándolo.

—"Aquí estoy" contestó el *Gallinazo*.

—"¿Qué nuevas traes?"

—"En mi casa solo hay frío y viento", replicó Shëtë. "Yo, que soy tan friolento, he venido a pedirte si podrías cederme un poco de tu Sol a fin de alegrar mi hogar".

Pero el Inca no estaba con ánimo generoso y se dedicó a embromar al *Gallinazo* para no compartir su Sol con él. Le explicó que tenía muy poco y le era imposible repartirlo. Se negó.

El *Gallinazo* no estaba nadita contento. Calvo, pelado su cuello —tal como lo conocemos—, permaneció allí un buen rato, con evidente malhumor, encorvado, reconcentrado en sí mismo. Por fin, como su insistencia no le daba resultado, terminó diciendo:

—"Me voy".

—"Bueno. Vete", lo despidió el Inca. "Pero acuérdate: nunca y por nada compartiré contigo mi Sol".

Entonces el *Gallinazo* se fue. Rabiaba contra el Inca; simulando alejarse, se emboscó cerca de allí para observarlo. El Inca, apenas vio partir a Shëtë, fue a sacar de su escondite la botella donde guardaba su Sol. Repartió el contenido en tres botellas más pequeñas. Disimuló cuidadosamente dos de ellas entre uno de los canastos colgados del techo de su casa. En cuanto a la tercera, la llevó consigo mientras salía de la *roza*.

El *Gallinazo* había visto todo y adivinó que el Inca iba a visitar al Águila, su paisano. Entonces, salió de su escondrijo, entró a la casa del Inca y bajó el canasto donde estaba escondido el Sol. Sin vacilar tomó una de las botellas y huyó con ella.

Entretanto, el Inca había llegado donde Nawatëtë, el Águila. A su llegada se saludaron y se preguntaron mutuamente sobre sus últimas nuevas. El Inca le contó la visita del *Gallinazo* y de cómo le había solicitado un poco de Sol.

—"¡Huy!, ¡pero no hay que darle el Sol a ese tipo!", se escandalizó el Águila. "¿Has sentido como pedorrea?, y en su casa, ¡puf! ¡qué pestilencia! Dicen que solo come cadáveres, incluso de seres humanos. ¿Te das cuenta?"

— "Justamente", repuso el Inca, "me negué a compartir mi Sol con él y se marchó completamente decepcionado".

—"¡Ah! ¡Muy bien hecho! ¡Bravo!", exultó el Águila.

El Inca continuó:

—"Mira", dijo a Nawatëtë, "he traído conmigo una botella de Sol". Y se la enseñó. El Águila quedó maravillada:

—"¿Tienes la intención de regalármela?", se asombró, incrédula.

—"Sí", apuntó el Inca, tendiéndosela.

El Águila la tomó, la destapó e inmediatamente se hizo de día. Entonces el Inca, despidiéndose del Águila, regresó a su casa. Llegado a ella, constató la desaparición de una de sus botellas de Sol. La buscó por todas partes, infructuosamente. Enseguida comprendió: era obra del *Gallinazo*. Había venido a robársela.

En ese momento acertó en llegar Chana, el *Paucar*, señor de la Lluvia y de la Oscuridad Diurna. A él se quejó el Inca, haciéndole saber cómo ese tipejo, el don nadie del *Gallinazo*, le había robado su botella de Sol.

Chana volvió a su casa y organizó una gran fiesta con los demás *paucares*. Todos se reunieron y empezaron a cantar. Desde entonces, los *paucares* han conservado esa costumbre. Seguramente ustedes habrán notado cómo, cuando está por llover, ellos se reúnen y forman un gran barullo cantando alrededor de sus nidos.

Atraído por el alegre alboroto de los *paucares* en fiesta, Shëtë decidió acercarse para unirse a su alegría. Sin embargo, no bien se hubo posado cerca de ellos, los *paucares* huyeron en desbandada, gritando espantados:

—"¡Puaj!, ¡cómo apesta este!, ¡qué ocurrente!", y el pobre *Gallinazo* se quedó solito en el lugar abandonado por los *paucares*. Para vengarse, abrió la botella de Sol que había sustraído al Inca. Enseguida el tiempo mejoró; un delicioso Sol calentó la tierra y así puso fin a la fiesta de los *paucares*.

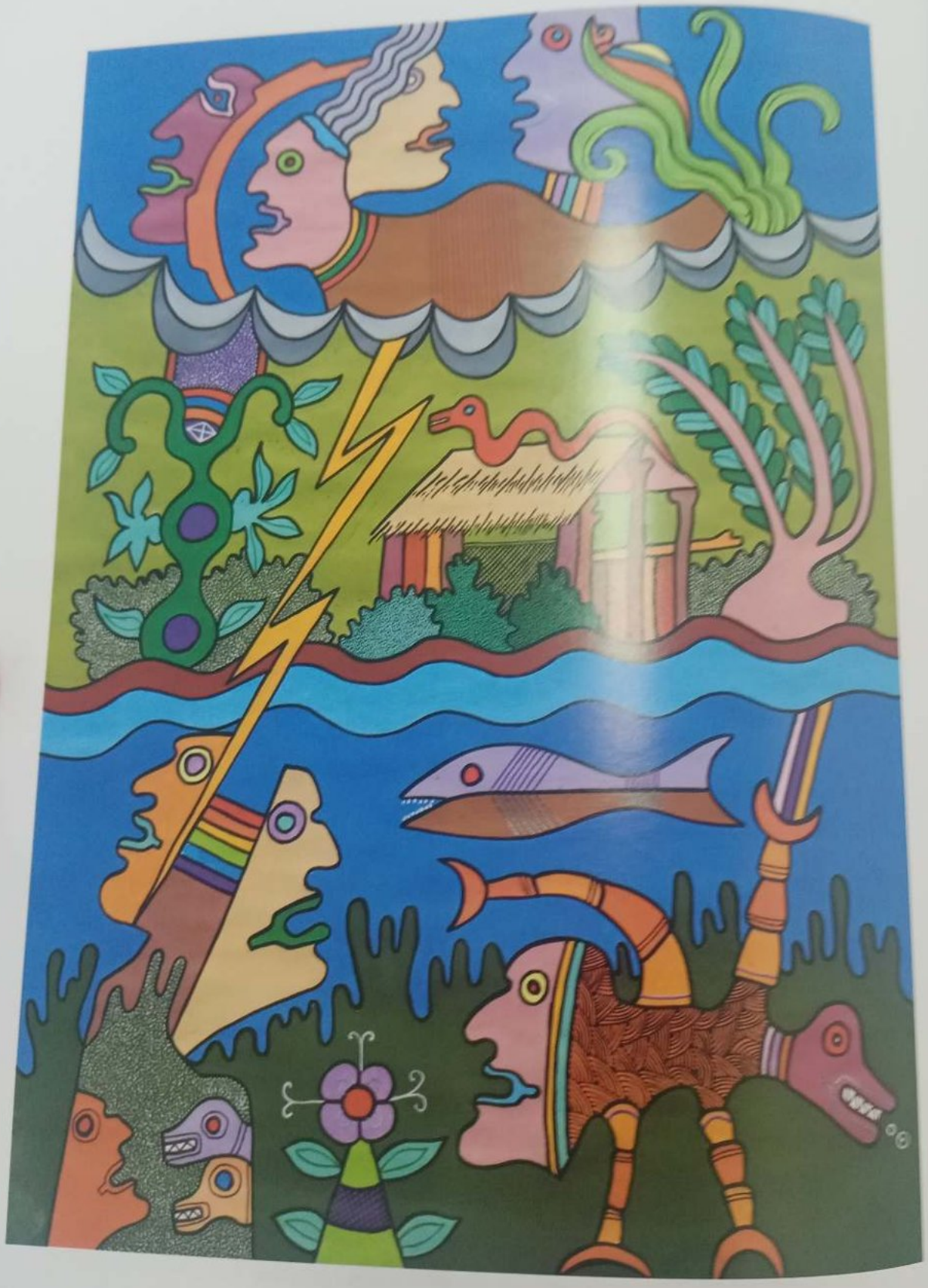
A partir de entonces, podemos notar este hecho: cuando el *Gallinazo* viene a posarse en el árbol de los *paucares*, asustándolos y poniendo fin a sus regocijos, es índice que el tiempo va a mejorar, que el Sol va a reemplazar a la *garúa* y a la neblina.

Por el contrario, cuando el *Gallinazo* abre su botella de Frío y de Viento, el tiempo se descompone y si, además, Chana —el *Paucar*— abre su botella de Oscuridad, entonces el tiempo puede oscurecerse aún en pleno día, lo cual significa gran fiesta para los *paucares*. A menos que Shëtë venga y le dé fin, espantándolos al abrir sobre ellos la botella de Sol que robó al Inca.

Si hoy nosotros tenemos todas esas cosas es gracias a todos ellos y a todo lo que pasó en aquel entonces. La Noche y el Frío de la Muerte es la posesión de Yotan, que vive en la Raíz del Cielo, donde el Inca lo envió. El Sol de Levante es el dominio del Inca y del Águila. Las Bajas Temperaturas y el Viento pertenecen al *Gallinazo*. Por último, la Lluvia y el Tiempo Nublado corresponden a Chana, el *Paucar*.

En verdad, ellos son los que nos ofrecen todas esas cosas. Sin ellos, no tendríamos ni Sol ni Lluvia ni Viento ni Frío ni Oscuridad.

Todos estos fenómenos son bien misteriosos. Y quienes entre mis paisanos conocen mejor que yo la tradición de los antiguos, podrán explicárselo a ustedes con más claridad de lo que ahora les acabo de contar.



4. El cuento del Relámpago, del Trueno y de las Lluvias torrenciales

Un día, una mujer encinta llamada Shanë Nankë Banoa se fue a pescar al río. De improviso, se desencadenó la Lluvia y retumbó el Trueno. Antes de que la mujer pudiese salir del agua para correr a guarecerse, Kana, el Relámpago, cayó sobre ella y la partió en dos. El niño de su vientre resbaló hacia el río, mientras el Relámpago —con la rapidez que lo caracteriza— se llevó a la madre al cielo.

El niño fue recogido por Shaka, el Cangrejo. Este lo criaba únicamente con su alimento favorito: semillas de palmera *pona*.

Varios años después, Shaë Muëton, el hermano de la mujer raptada por el Rayo, salió a *mitayar*. También él fue sorprendido por una Lluvia torrencial. En ese momento se encontraba en lo alto de un barranco que dominaba el río donde antaño su hermana había desaparecido. Logró guarecerse lo mejor que pudo. De repente, creyó oír cantar a alguien, abajo, en el río. Se inclinó sobre el borde del barranco y logró distinguir a un cangrejo, quien, rápido, se lanzó al agua desde una piedra chata de la orilla. A pesar de la brevedad de la visión, el Tío pudo reconocer a Tërën'ika, su sobrino:

Muy emocionado, regresó enseguida al pueblo y contó a sus paisanos lo que había descubierto; todos se ofrecieron ayudarlo en el rescate de su sobrino. Fueron hacia el río y descubrieron el hoyo del cangrejo-sobrino. Pero no estaba. Se encontraba no lejos de allí, disimulado entre dos piedras del ribazo. El Tío debía de ser algo adivino, se dio cuenta de ello; invitó a sus acompañantes a retirarse con él. Se alejaron un poco más río arriba mientras Shaë Muëton les explicaba su plan:

—"Provisto de una red de pescar", les dijo, "voy a entrar al agua, dejando afuera solo mi cabeza que camuflaré con espuma. Protegido con esa máscara de espuma, bajaré la corriente hasta la altura del hueco de mi sobrino, Cangrejo Tërën'ika. Allí, dispondré la red en forma de bolsa, la introduciré dentro del hoyo del cangrejo dejando bien suelta la abertura. A partir de este momento cuento con ustedes: muévanse haciendo bastante ruido por la orilla hacia el lugar donde se esconde mi sobrino. Él, lleno de pánico, se tirará al agua para ganar

su hoyo. No tendrá tiempo de darse cuenta de la trampa. Apenas esté adentro, cerraré la boca del bolso y, ¡ya está!"

Nuestros antepasados se admiraron mucho de la ingeniosidad del Tío. Hicieron tal como él les había dicho. El sobrino fue capturado sin contratiempos y llevado al pueblo. Aquí, el Tío, tomándolo bajo su cuidado, quiso darle de comer. Pero desgraciadamente, el joven no se acostumbraba en absoluto: lloraba mañana y noche, acurrucado en un rincón, rechazando todos los alimentos que le presentaban, incluso los más suculentos. En medio de sus lágrimas y gemidos se le escuchaba murmurar estas extrañas palabras:

"Baran buëroran. Baran buëroran..."

Un día el Tío, ya desesperado, le ofreció semillas de *pona*. Al reencontrar el alimento que le era familiar, el joven se sirvió copiosamente y comió con gran apetito; también dejó de llorar.

Así comenzó todo. Pronto se acostumbró a la vida de los hombres; olvidó su origen como cangrejo y aprendió a hablar como todo el mundo.

—"Tío", dijo un día, "¿cómo es que no tengo madre y eres tú quien me cría?"

Entonces el Tío le reveló las circunstancias de su nacimiento, cuando el Relámpago mató a su madre.

— "No, Tío; mi madre no está muerta", contestó el muchacho. "El Relámpago la robó y vive con él en el cielo; quiero ir a visitarla. Dame dos madejas de hilo a fin de poder subir allá", rogó.

Su Tío le dio las dos madejas de hilo. Luego el sobrino apuntó cuidadosamente: enganchó sólidamente el primer hilo a una roca del cielo; después, el segundo. Enseguida subió por esa escala improvisada.

Una vez en el cielo, sin tardar, encontró a su madre; estaba sola en su casa.

—"Madre, he venido", le dijo.

Ella se alegró mucho al verlo.

—"Dime, madre, ¿dónde se encuentra tu marido?", preguntó.

—"Se ha ido a trabajar", contestó ella.

—"¡Ah!, ¿y cuándo regresará?"

—"Sólo viene para comer y dormir. Todo el día permanece allá, donde está, sentado sobre un asiento de porcelana. De repente, cuando juzga conveniente regresar, se levanta bruscamente, empujando

su asiento hacia atrás y arma una barahúnda tremenda que se oye hasta la Tierra: es el ruido del Trueno. Después, regresa acá, con gran estrépito, demoliendo todo a su paso".

—"¿Ah, sí?", se asombró el hijo. "Me gustaría ver todo eso. Me voy a esconder aquí para observar el regreso de tu marido. Y tú —prosiguió— ¿qué haces cuando sientes el ruido que precede a su regreso?"

—"Le preparo *chicha* de maíz, se la sirvo en un enorme *pate* y la bebe sentado aquí", apuntó ella.

El joven, entonces, salió en busca de una hierba que usamos como navaja —tan afilada es— para cortarnos el cabello y la barba. Cuando la encontró, la desmenuzó.

Súbitamente, el ruido del trueno retumbó muy cerca.

—"Hijo, cuídate que ya se aproxima mi marido", dijo la mujer.

—"¡Que venga, pues!", respondió amenazador. Pero cuando vio aproximarse al Relámpago, rodando sobre sí mismo, golpeando todo a su paso, chocándose incluso contra las vigas de la casa —haciéndoles brotar mil chispas— el muchacho juzgó más prudente transformarse en murciélago. Fue a suspenderse en la cumbrera.

Entretanto, el Relámpago se había acomodado justo debajo de él y se disponía a gustar su *chicha*. En ese momento, el joven transformado en murciélago dejó caer los pedacitos de hierba.

—"¿Qué está cayendo en mi *pate*?", refunfuñó el Relámpago. Se inclinó para ver, pero había tanta penumbra y la hierba estaba tan menudamente picada que no distinguió nada.

Bebió la *chicha*. ¡Pobre! Los trocitos de paja le destrozaron la garganta por dentro. Al instante se desplomó muerto. En su caída aparatosa arrastró tras de sí al tazón y al asiento. Fue su último ruido estrepitoso y el último fragor de trueno.

Enseguida, el muchacho retornó su forma humana. Masacró a tres de los cuatro hijos que el Relámpago tuvo con su madre; compadecido perdonó al más pequeño, un varoncito. Después dijo a su madre:

—"Ven, volvamos a la Tierra. Vine para llevarte".

Pero su madre no quiso.

—"No, ya soy demasiado vieja", respondió. "Aquí vivo ya tantos años... no me reacostumbraré en la Tierra. Anda, regresa tú solo. Yo me quedo aquí".

El hijo insistió repetidamente, pero no logró convencer a su madre. Entonces, decidió regresar con su hermanito. Partieron y, descendiendo el curso del cielo, llegaron a la Tierra.

En cuanto llegaron, los hombres observaron con gran interés y curiosidad a ese niño que les traían del cielo, ¡el mismísimo hijo del Relámpago! No obstante su solicitud, el asunto de un rescate no les iba a funcionar una vez más. El Relámpago, encogidito de pánico y vergüenza, lloraba a mares. Pero lo más irritante de todo era que al llorar él, empezaba a llover; y mientras más lloraba, más llovía.

Durante algunos días, los hombres soportaron la situación: hacían trabajos en casa, esperando cesaran los lloros y la lluvia. Sin embargo, aquello no tenía visos de cuándo acabar. Pacientes, resistieron todavía unos días más, a pesar que necesitaban ir a *mitayar* y a trabajar las *chacras*. Pero cuando vieron que el río amenazaba desbordarse y sumergir todo a causa del llanto diluvial del niño-relámpago, comenzaron a inquietarse. ¡Y este condenado monigote celeste no tenía cuándo parar de llorar!

Un día, la amenaza se agravó; y el muchachito llorón, por muy del cielo que fuese, los sacó completamente de quicio. Lo empuñaron y lo lanzaron al río para ahogarlo y librarse así de él. Pero el Relampaguito no se hundió. Flotó bastante tiempo, hasta que logró aferrarse a un tronco que pasaba. Lo montó y se fue al ras del agua. Navegando en esta forma, llegó al extremo de la Tierra, allí donde los ríos se solidifican y donde también está la Raíz del Cielo. Pasó entonces de la Tierra al Cielo. En el Cielo se reinstaló y se desarrolló.

Ya grande, repitió el mismo comportamiento y asumió las mismas tareas de su padre: se volvió, a su vez, Relámpago.

Y nosotros, desde entonces, no cesamos de lamentarnos:

—"¿Por qué no lo aporreamos con nuestras *macanas*, o lo estrangulamos antes de tirarlo al río? ¡Nos habríamos desembarazado de él para siempre!"

Pero ya no hay nada que hacer. Tendremos que soportar perennemente al Relámpago, al Trueno, a las Lluvias Torrenciales y a las inundaciones. Lástima, ¡si lo hubiésemos sabido...!

5. De por qué el Cielo no se nos cae encima

¿*Saben ustedes* lo que hace la gente del Cielo todo el santo día? Pues bien, se pone a hachar el Tronco del Cielo. Todos juntos rodean el Tronco, que es inmenso, y atacan el contorno a golpe de hacha.

Algunas veces, llega hasta nosotros el sonido del golpeteo: es ese rumor, extrañamente sordo, que resuena —no sabemos dónde— como si un pedazo del Cielo se desplomase sobre la Tierra.

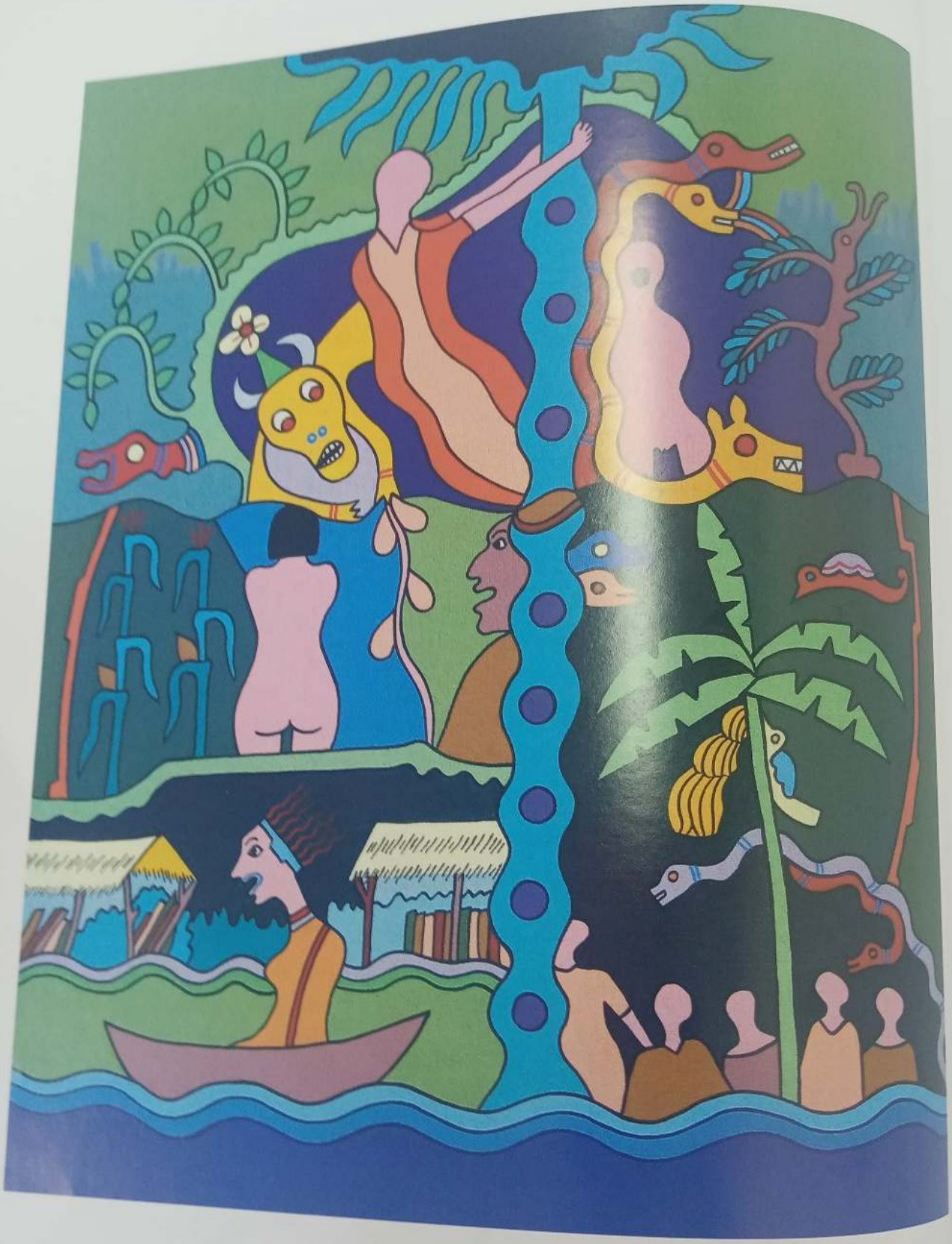
Los habitantes del Cielo, pues, le dan duro al hacha todo el día. Este es su trabajo, tan igual al nuestro cuando debemos tumbar árboles para hacer *chacra*.

Al declinar el día, la gente del Cielo deja allí sus hachas y regresan a su casa para descansar. Volverán al día siguiente a continuar su tarea de tumbar el Cielo cortando la base del Tronco.

Pero algo les malogra su propósito: durante la noche llegan los comejenes. Ellos, infatigablemente, hasta el amanecer reconstruyen los piquetes de hacha, rellenando los vacíos que dejaron en el Tronco la gente del Cielo.

Cuando por la mañana, los trabajadores del Cielo regresan para reiniciar su faena, se dan con un Tronco remozado completamente, entero, nuevo.

Los comejenes pues, nos salvan constantemente. Ellos son los que impiden que el Cielo caiga sobre nuestra cabeza.



6. Nëtëbuëkon, el Diluvio y la reinvención de la Vida

Un día, la lluvia comenzó a caer en el pueblo de nuestros antepasados. Llovió tanto y tanto que al cabo de una luna, como seguía lloviendo día y noche, los ríos se desbordaron y las aguas empezaron a sumergir todo. Y toda nuestra gente, sin excepción, hubiera perecido de no haber existido Nëtë. Esta mujer, observando las enormes *palizadas* arrastradas por las aguas, tuvo el valor de embarcarse en una de esas balsas improvisadas. Se instaló lo mejor que pudo, con algunas provisiones, entre las raíces de una gigantesca *lupuna*, y se dejó llevar por la corriente hacia lo desconocido.

Un tal Rokawan, del pueblo de nuestros antepasados, también buscó salvarse; trepó a un árbol enorme que se erguía en medio de la *chacra*; era tan gigantesco, que nuestros antepasados habían abandonado todo intento para tumbarlo y quemarlo. A medida que el nivel de las aguas subía, Rokawan trepaba siempre más arriba, hacia la copa del árbol. Pero para desgracia suya, la inundación era tan espantosa que amenazaba sumergir también el árbol de la *chacra*. Rokawan, casi resignado ante la idea de perecer ahogado, se había encaramado a la última rama capaz de soportar su peso. Únicamente emergían del agua sus brazos, agarrados a la rama, y su cara: la boca, nariz y los ojos, franjeados por la espuma de la creciente. Entonces, inexplicablemente, las aguas dejaron de subir. Rokawan salvó la vida; pero su aventura lo transformó y lo dejó marcado para siempre. Convertido en *huapo* negro, siguió trepando árboles. ¿Han notado ustedes los antebrazos blancuzcos de ese mono?, ¿y la línea blanquecina alrededor de su cara? Es la huella de la espuma que señala el tope de las aguas cuando se detuvo la creciente.

Entretanto, Nëtë iba a la deriva sobre su balsa. No tenía la menor idea de dónde se encontraba. No era para menos: las aguas, al desbordarse por todas partes, se habían mezclado, y el curso de ríos y quebradas se había trastocado igualmente, ¡las aguas, a veces, remontaban hacia la fuente!

Por fin llegó la merma. La balsa de Nëtë varó en un paraje desconocido, donde gran cantidad de abejas y avispas volaban alrededor

de ella. Entonces Nëtë, calculando la inmensidad de su infortunio, rompió a llorar sin consuelo, día y noche.

Un día la merma dejó al descubierto cuatro calabazas, no lejos del sitio donde se encontraba Nëtë. Llorando siempre, tomó una de ellas, le cortó la punta, por allí la vació de su pulpa y siguió llorando dentro de la calabaza. Pronto la llenó de lágrimas, de mocos que fluían de su nariz y de saliva que se escapaba de su boca. Cuando la vio repleta, Nëtë atrapó una enorme abeja negra y la encerró firmemente dentro de la calabaza. Luego, tomó una segunda calabaza; la vació y, tal como había hecho con la primera, la llenó con lágrimas de sus ojos, saliva de su boca y mocos de su nariz. Antes de taponear la calabaza, encerró a una avispa parda; después colocó esta segunda calabaza al lado de la primera. La tercera y cuarta calabazas fueron preparadas de la misma manera. En la tercera encerró a una abeja más pequeñita que la encerrada en la primera calabaza. La cuarta, por el contrario, sepultó a una avispa, mucho más grande que su congénere de la segunda calabaza.

Apenas Nëtë asentó la última calabaza llena al costado de las otras tres, la primera estalló, dando nacimiento a un varoncito. Nëtë lo recogió, lo llamó Inobakë y decidió criarlo. El niño crecía vertiginosamente todas las noches; solo desarrollaba en las noches, y cada mañana lo encontraba más fuerte y más hermoso.

Cuando estalló la segunda calabaza, apareció una niña a quien puso por nombre Banobakë. De la tercera y cuarta calabazas salieron también, en orden, una niña y un varón, llamados respectivamente, Inanibakë y Roabakë. Nëtë crió a los cuatro niños; por las noches desarrollaban y embellecían de tal modo que pronto se hicieron adolescentes.

Sin embargo, Nëtë había llorado demasiado; sus ojos se desgastaron; quedó ciega. De ahora en adelante, la llamaremos Nëtëbuëkon, es decir, Nëtë-la-ciega.

Un día Nëtëbuëkón habló a sus hijos. Les dijo que deseaba ir en busca de sus paisanos.

—"¿Cómo —se admiraron sus hijos— tenemos otros parientes aparte de ti?"

—"Sí, les contestó ella, tienen un tío, mi hermano. Vamos a buscarlo".

Entonces partieron, los dos jóvenes adelante, abriendo camino; las dos muchachas, acompañando a su madre ciega, la sostenían de

la mano para guiarla. Después de remontar el río y pasar el primer recodo, desembocaron en una gran playa. En la orilla los dos jóvenes descubrieron matas de plátano.

—"Madre, ¿qué es lo que hemos encontrado? Son plantas inmensas, derechas, sin ramas, con enormes racimos colgantes de frutas alargadas".

—"¡Ah!", dijo Nëtëbuëkón, "¿no tienen también grandes hojas también alargadas? Son matas de plátano y las frutas que ven, se comen hervidas en agua, cocidas bajo la ceniza, asadas o también crudas. Si están bien maduras, se les puede machucar para hacer *chapo*. Los plátanos cocidos son deliciosos con carne y maní".

Acabando su madre de enseñarles todo esto, los hijos corrieron hacia el platanal; colectaron frutas, las prepararon y comieron tal como se les había dicho. Una vez saciados, preguntaron nuevamente a su madre:

—"¿Cómo se hace para plantar plátanos?"

—"¡Ah!, primero se debe hacer una *chacra*", dijo ella. Hay que cortar los árboles del bosque, quemar los troncos caídos y botar los restos calcinados, tanto como sea posible. Solo cuando el terreno está rozado, se puede plantar los retoñitos que crecen al pie de la mata adulta..."

Entonces sus hijos recogieron crías de plátano y las llevaron con ellos.

En la playa siguiente, surcando el río, hallaron una planta de *yuca*; arrancaron unas hojas, las pusieron en la mano de su madre y le preguntaron qué era ese arbusto de tallo nudoso.

—"¡Ah!", exclamó Nëtëbuëkon, después de palpar y olfatear las hojas, "es *yuca*, este arbusto tiene enormes raíces en forma de tubérculos harinosas, suculentas si se comen sancochadas o asadas; para plantarlo, basta trasplantar algunos palos".

Y, como lo habían hecho con los plátanos, los hijos de Nëtëbuëkon, después de gustar la raíz, llevaron con qué sembrar *yuca*.

A la orilla del monte, en cada playa, a medida que remontaban el curso del río, los hijos de Nëtëbuëkon hacían lo mismo al toparse con una planta nueva. A la *yuca* siguió el papayo. La madre les explicó que esos frutos —que veían apiñados, gordos y verdes en la base del follaje de esta planta tan rara con sus hojas en forma de mano y su tallo derecho y alto— era deliciosos cuando estaban maduros; y que de las semillas de su interior, se reproducía el papayo. Los hijos los probaron y se llevaron las semillas.

Enseguida le tocó el turno al camote, esa soguilla delgada que cuando florece, si uno se da el trabajo de desenterrar la raíz, encuentra unos gruesos tubérculos de carne naranja; se comen sancochados o asados bajo la ceniza. Para hacerlo nacer se siembran los tubérculos.

A orillas de la playa siguiente, descubrieron el maíz, esa hermosa planta de hojas oblongas, portadoras de una mazorca delicadamente envuelta. Nëtëbuëkon les explicó cómo se podía desgranar, consumir y preparar la *chicha*, bebida tradicional de los Cashinahua. Se puede hacer *chicha* con maíz crudo o cocido; en este último caso, se hace una harina que se cocina con agua; pero también hay un modo de hacer *chicha* con maíz crudo: se hace una pasta espesa alargándola con un poco de agua. Habiendo aprendido y ensayado todo esto, los hijos de Nëtëbuëkon prosiguieron su camino sin olvidarse de llevar granos de maíz. Su madre les había dicho que la única forma de hacer reproducir el maíz era sembrando los granos en agujeros hechos con un bastón.

El descubrimiento siguiente fue la *sachapapa*, una *soga* de hojas como pétalos de flor y con tubérculos con carne blanca o morada. Nëtëbuëkon explicó cuán sabrosa es la *sachapapa* combinada con pescado, carne y maní. Los cuatro hijos probaron la *sachapapa* y se llevaron varios tubérculos para sembrarlos.

En el recodo siguiente, al borde de la playa, en el límite del bosque, descubrieron la *uncucha*, preciosa planta de grandes hojas lanceoladas. Sus raíces forman tubérculos comestibles y de gusto agradable. Las gustaron y llevaron varias a fin de plantarlas.

Enseguida vino la caña de azúcar; de su tallo, al prensarlo, se obtiene un jugo dulce, una verdadera golosina. Cuando le describieron la planta, Nëtëbuëkon enseñó a sus hijos cómo chuparla y cómo trasplantarla. Llevaron retoños.

Más lejos todavía, descubrieron plantas de maní, y vieron cómo cuelgan en la raíz de la planta. Nëtëbuëkon les enseñó que los granos contenidos dentro de la cascarilla podían comerse frescos, pero era preferible comerlos cocidos o tostados. También se puede hacer una especie de *chicha*. Para hacer nacer maní se siembran los granos remojados en un lugar húmedo, casi siempre en una playa del río.

Llegaron a descubrir todas las plantas alimenticias que sembramos en nuestras *chacras*, y llevaron con ellos lo que servía de semilla. Extraño asunto: como ellos se llevaron las plantas cultivadas, en el monte quedaron únicamente sus dobles silvestres, tal como les voy a explicar ahora.

El plátano dio retoños de *bijao*, en todo parecido al plátano, pero que no da fruto. Los retoños de *yuca* dieron *yuca* silvestre que nosotros los Cashinahua llamamos *yuca del añuje*. Es muy parecida a la verdadera *yuca*, pero no produce tubérculo.

Las semillas de papaya reprodujeron ese arbusto silvestre que llamamos *papayillo*. Del camote nació la liana llamada *sachacamote*, en todo semejante al camote pero sin tubérculos. Lo mismo sucedió con la *sachapapa*: de los rebrotes nació una liana silvestre e inútil que llamamos *sachapapa del escarabajo azul*.

Y así con todo el resto de plantas. De la *uncucha* desciende esa planta ornamental que los extranjeros llaman oreja de elefante. De la caña de azúcar brotó la cañabrava y toda clase inimaginable de juncos y bambúes. Por último, del maní nació un arbusto que crece en las playas, el pájarobobo; su aspecto es muy similar al del maní pero no da fruto comestible. Solamente el maíz no tiene correlato silvestre. La razón es simple: como el maíz no macolla ni retoña, los hijos de Nëtëbuëkon al llevarse los granos, únicas semillas de las que podían reproducirse, las plantas que quedaron terminaron por secarse y desaparecieron. Por esto no hay en el monte ninguna planta silvestre cuya apariencia recuerde al maíz.

Cargados de granos, retoños, tubérculos y estacas, los hijos de Nëtëbuëkon seguían remontando más ríos. Por fin llegaron a un paraje donde, esparcidos por el suelo, encontraron toda clase de huesos enormes, principalmente articulaciones y omóplatos. Sin embargo, no eran verdaderamente huesos. Cuando uno trata de levantarlos, pesan horriblemente. Esos huesos en realidad son piedras, como se puede ver todavía hoy en día no lejos de nuestro pueblo actual (son, en efecto, huesos fósiles de animales gigantescos del Terciario y del Cuatemario).

Muy intrigados, los hijos de Nëtëbuëkon describieron a su madre lo que acababan de ubicar. Nëtëbuëkon se echó a llorar. Les explicó que eran los huesos de sus paisanos que vivieron allí antes del diluvio.

—"Prosigamos la marcha. Pronto llegaremos", dijo ella. Efectivamente, luego desembocaron en lo que subsistía de la *roza* donde había estado el pueblo de Nëtëbuëkon y sus gentes. Mientras la madre no cesaba de llorar recordando todo cuanto había sucedido, los cuatro hijos se dedicaron a explorar el claro. Cuando descubrieron los vestigios de una casa, llamaron a su madre; le describieron lo que veían y le rogaron explicarles lo que era eso.

—"¡Ah! Era una casa, hijos míos"

Y como la acosaban de preguntas sobre la manera de construir una, ella les explicó cómo hay que *rozar* el terreno, plantar los horcones, colocar sobre ellos las *ishpaneras* y después cruzar en ellas las vigas. Sobre esta base se edifica el techo mismo, amarrando primero los tijerales que sostienen la cumbrera. Esta se une con las *ishpaneras* mediante los caibros, formando el armazón de madera sobre el cual se coloca la cobertura del techo. Este consiste en hojas secas de palmera partidas en dos en todo su largo. Se colocan en la armazón del techo y se aseguran con *sogas*, la punta hacia abajo, de tal manera que el agua de la lluvia se deslice a lo largo de las hojas sin empozarse ni poder penetrar en el techo. Así queda impermeable.

—"Es así como se construye una casa", concluyó ella.

Durante algún tiempo, los hijos prosiguieron rebuscando en las ruinas del pueblo destruido por el diluvio. Apenas descubrían algún vestigio, preguntaban a su madre sobre su uso. Ella les enseñaba, además, la manera de construir otros objetos.

Hicieron su *chacra*; plantaron todo lo que habían recolectado en el transcurso de la marcha y reconstruyeron una casa donde vivieron con su madre. Hecho todo esto, se establecieron: Inobakë, el mayor, tomó por esposa a Banobakë. Roabakë, el menor, hizo lo mismo con la hermana más joven, Inanibakë.

Desde aquella época, los hombres Cashinahua son todos sea Inobakë, sea Roabakë; en cuanto a nuestras mujeres, son o Inanibakë, o bien Banobakë. La costumbre exige que un hombre Inobakë no pueda casarse sino con una mujer Banobakë; mientras que un Roabakë solo se casa con una Inanibakë. En otras palabras: las Banobakë son como hermanas de los Roabakë; así mismo, las Inanibakë son como hermanas de los Inobakë. Sería, pues, inconveniente que se casen.

Es bueno que les cuente ahora acerca de Nawapakëtawán. En aquella época ya daba qué hablar y motivó una vieja historia ese hermano de Nëtëbuëkon.

Mucho antes del diluvio había estado casado y durante algún tiempo vivió muy feliz con su esposa, a quien quería mucho. Pero esa felicidad se cortó al morir ella; Nawapakëtawán quedó solo y abandonado a su pena.

Un día, sin embargo, fue a visitar a una de sus primas paralelas, hija de un hermano de su padre o de una hermana de su madre, y que nosotros los Cashinahua consideramos como legítimas hermanas.

Esta hermana de Nawapakëtawán vivía no lejos de allí con su marido. Los dos acogieron muy bien al visitante. Le ofrecieron de comer. Después, el marido salió de cacería no sin antes prestar al hermano una hamaca donde pudiera reposar.

Nawapakëtawán estaba pues echado en la hamaca, adormecido. Con los ojos semicerrados observaba a su hermana ocupada en sus quehaceres domésticos. Debemos decir que era muy atrayente, sobre todo ataviada con su pampanilla cortita que no le llegaba ni a la rodilla. Inesperadamente, se puso en cuclillas delante de su fuego, frente a Nawapakëtawán. Con el movimiento, su pampanilla, ya bien corta, se retrajo más aún y Nawapakëtawán percibió el interior de los bien formados muslos de su hermana... ¡hasta la vagina! Deslumbrado, se despabiló y salió de golpe de su amodorramiento.

—"Hermana, ven, acércate", llamó.

Cuando ella estuvo cerca de él, la tomó en sus brazos, la acarició mientras le decía lo hermosa que era, lo maravillosas que eran sus piernas. En una palabra, deseaba que fuese de él.

—"¡Oh! ¡No me digas esas cosas, hermano mayor!", dijo ella. "Sabes muy bien que es imposible. Además, ya tengo marido".

—"No importa", respondió él. "Te amo. Quiero que seas mía".

Tanto y tan bien habló que al fin ella terminó cediendo:

—"Bueno; pero no aquí. Huyamos lejos, donde nadie nos pueda hacer reproches". Empaquetaron aceleradamente algunas provisiones y veneno para pescar. Enseguida huyeron apresuradamente río abajo, antes de que el marido regresase de *mitayar*. Caminaron a buen paso y solo se detuvieron antes de la puesta del sol.

Nawapakëtawán ordenó entonces a su hermana diluir un poco de veneno en el riachuelo. Cuando lo hubo hecho le dijo:

—"Quítate la pampanilla. Ponte desnuda a pescar".

Ella lo hizo. Y así corrió en el agua, se agachó, removió, rebuscó, atrapó en la corriente a los peces aturdidos para lanzarlos luego sobre la orilla. Aquí, Nawapakëtawán, extasiado, no hacía más que observar, recreándose con el maravilloso espectáculo que le ofrecía el esbelto cuerpo joven de la muchacha.

Esa noche durmieron juntos. Al día siguiente reiniciaron la huida caminando río abajo. Hacia el atardecer, desembocaron en un río de aguas blancas. Allí pescaron igual que la víspera; es decir,

Nawapakëtawán se deleitaba mirando el jugueteo de su hermana desnuda. Después durmieron nuevamente juntos.

Estuvieron viajando todavía muchos días. Cada noche llegaban a un río de color diferente: después del río blanco siguió uno colorado, enseguida uno negro, luego uno entre azul y verde; más adelante, un río morado y por último, un río de aguas amarillas. Y cada noche se repetía la misma escena: la joven pescaba desnuda y Nawapakëtawán se recreaba con el espectáculo.

Cuando llegaron al río de aguas amarillas, en vez de seguir bajando por él, empezaron a surcarlo hasta que se aproximaron al pie de un altísimo barranco.

—"Hermana menor vamos a continuar por acá, escalando este barranco. Nadie pensará que lo hemos hecho y a ninguno se le ocurrirá buscarnos en esta dirección", decidió Nawapakëtawán.

Entonces, construyó una inmensa escalera con troncos de árboles y logró alcanzar la cumbre del barranco con su hermana. Por allí siguieron caminando todavía algún tiempo más. Cuando encontraron un lugar de su conveniencia, se establecieron. Hicieron una *chacra*, construyeron una casa y vivieron en paz. Capturaban toda clase de animales pequeños: monos, un machín negro, un mono choro, *mono coto*; aves como *paujil*, perdiz; *pucacunga* —esa pava de cresta roja—, trompetero; *motelo* y toda clase de animales que criaban con el producto de su caza.

En realidad suponemos que, por estar en lo alto del barranco, el diluvio no los alcanzó. Se dice que siempre vivían allí, mientras que Nëtëbuëkón y sus hijos habían iniciado una vida normal en el asiento del antiguo pueblo.

Un buen día, Nëtëbuëkón llamó a sus hijos y les dijo:

—"Hijos, su tío, mi hermano, vive no lejos de aquí. Cada mañana y cada noche lo oigo cortar leña. Vamos. Ha llegado el momento de visitarlo".

Después de quedar ciega, Nëtëbuëkón no veía más las cosas del mundo pero las veía ahora en su interior, las adivinaba.

Siguieron los cinco, la misma ruta que habían tomado Nawapakëtawán y su hermana en el curso de su huida. Comían lo que ellos habían comido, dormían en los mismos lugares que los habían visto dormir. Nëtëbuëkón veía todas estas cosas dentro de sus ojos muertos y explicaba todo a sus hijos.

—"Hijos", les decía, "aquí es donde su tío comió, acá es donde durmió; acullá, su tía pescó con veneno; por ahí se fueron".

Haciendo camino, desembocaron sucesivamente en un río de aguas blancas; luego en un río de aguas coloradas, después en uno de aguas negras; enseguida en otro de aguas entre azul y verde; más tarde, en un río de aguas moradas y cuando llegaron, por fin, al río de aguas amarillas, en vez de bajar el curso del río, lo remontaron hasta llegar frente a un enorme barranco.

—"Por aquí debemos proseguir, hijos míos", indicó Nëtëbuëkón.

—"Pero, ¿cómo franquearemos este obstáculo?", interrogaron ellos.

La madre les explicó entonces cómo había procedido su tío. Hicieron lo mismo. Construyeron una escalera gigantesca con troncos de árboles. Llegaron así a la cima del barranco. Después de una corta marcha, avistaron la casa de Nawapakëtawán.

La compañera de Nawapakëtawán prodigó el mejor recibimiento del mundo a su prima y a sus hijos, y corrió a darle la voz a su marido; pero este no se alegró. Presa de una furia asesina, empuñó su arco y sus flechas para traspasar a los intrusos y se armó con su *macana* para chancarles los huesos. A duras penas su mujer pudo contenerlo y disuadirlo de sus intenciones criminales.

Ese día no mató a nadie; pero su cólera contra su hermana Nëtëbuëkón no disminuía. Le gritó:

—"¿Por qué has venido acá?, ¿quién te lo pidió?, ¿qué necesidad tenías de mezclarte en mis asuntos? Puesto que es así, ¡dentro de tres días morirás!"

Y apostrofándola de esta manera, no cesaba de golpearse la sien con la mano, en un gesto convulsivo, hasta el punto que terminó partiéndosela. Tenía entonces la sien abierta; pero cosa extraña, no le brotaba ni una gota de sangre. Siempre hacía así cuando montaba en cólera. Y su herida no volvía a cerrarse hasta que la persona que había provocado su ira perdía la vida.

Nëtëbuëkón se dirigió a sus hijos:

—"Hijos, su tío está muy enojado porque hemos venido. Vengan, vamos a establecernos más lejos".

Hicieron pues, su campamento al otro extremo de la *roza*, lo más lejos posible de la casa del tío. Este, mudo, se acostó en su hamaca

donde permaneció tres días, sin moverse ni aflojar su boca cerrada. Cuando se levantó, Nètébuékón estaba muerta.

Sus hijos la lloraron primero; después, decidieron vengarse.

—"Henos ahora solos en el mundo. Nuestro tío ha matado a nuestra madre. Nos vamos a vengar haciéndolo morir también a él".

Inobakë, el hijo mayor, hizo veneno; lo untó en la punta de las flechitas que los niños lanzan con pequeños arcos para divertirse, y entregó todo a su hermana más joven diciéndole:

—"Haz como si jugaras con estas flechitas y sin demostrar nada, acércate a nuestro tío. Cuando esté descuidado, pícale en sus testículos con una flechita envenenada y arréglatelas para que no te atrape".

Inanibakë comenzó, entonces, a pasearse en el claro, jugando ostensiblemente con su arquito. Se divertía traspasando hojas, apuntando a los pájaros, o simplemente, disparando al aire cuando ningún blanco le parecía digno de interés.

Tomó así, todo su tiempo para llegar cerquita de su tío, entregado a trabajos de *chacra*.

Nawapakëtawán poseía un par de testículos enormes. Sus bolsas estaban tan distendidas que habían tomado la forma de una larga culebra que remolcaba detrás de él. De modo que si no tenía la precaución de jalarlos hacia él, sus testículos se arrastraban por el suelo, a varios metros de él.

Gracias a esta circunstancia, no le fue muy difícil a Inanibakë clavarle una flechita envenenada allí donde su hermano le había dicho.

—"¡Auch!", hizo Nawapakëtawán, sobresaltándose; y enseguida se puso a recoger su escroto, arrastrando hacia él sus testículos a fin de ver qué les había sucedido. Cuando los tuvo entre sus manos, ya la flechita se había desprendido hacía tiempo. Solo vio una minúscula picadura, como de insecto. Pero como le causaba dolor, y no se sentía nada bien, abandonó su trabajo y regresó a su casa.

—"Mujer", dijo, "algo me ha picado en mi testículo. Por eso he venido".

Se extendió en su hamaca. Amaneció muerto.

Desde entonces, los hijos de los Inobakë, Banobakë, Inanibakë y Roabakë vivieron en paz. Agrupados en un pueblo, aumentaron en número, hasta el día de hoy.

7. Las *Huanganas* y los Hombres

Esto sucedió en un gran poblado Cashinahua.

Un hombre y una mujer tenían una hija en edad de casarse. También lo estaba un apuesto joven, muy valiente y consumadamente hábil en la caza y en trabajos de *chacra*. Es fácil entender que los padres de la chica acariciaban el proyecto de casarla con ese joven. Pero cuando se sinceraron con su hija, ella no quiso absolutamente oír hablar de matrimonio, ¡no quería casarse! La sermonearon de lo lindo; pero se mostraba inflexible. Las jóvenes son a veces así.

Lo más mortificante era que los padres ya habían hecho arreglos con el joven. Le dijeron lo grato que les sería verlo casado con alguien de su familia, en especial con la jovencita, apenas núbil. El muchacho había aceptado y se mostraba dispuesto a transportar, al momento que desearan, su hamaca a la casa de sus suegros. Solamente la chica continuaba siendo obstáculo para ese matrimonio. En fin, pensando que eso acabaría por arreglarse, los suegros invitaron a su yerno a cohabitar con ellos.

¡Qué contrariedad! La hija no mostraba la menor intención de dejarse adular. No bien el hombre se unió a su fogón, ella colgó su hamaca en lo más alto, contra el techo de la casa, alejándose lo más posible de su candidato a marido.

Esta actitud hostil no turbó la serenidad del muchacho.

—"Que haga como desee. Me da lo mismo", decretó él. "Yo, de todos modos, no me intereso sino en mi trabajo. Si ella quiere hacerse la remilgada, que le aproveche. No voy a inquietarme por tan poco".

Los suegros, impresionados por las cualidades del muchacho y por su grandeza de alma, redoblaron sus esfuerzos de persuasión ante su hija. Los demás familiares, así mismo, tampoco escatimaban ocasión para convencerla, y todo el grupo de mujeres no se cansaba de hacerle ver la gran suerte que tenía de casarse con ese joven tan hábil y apuesto. Inútil. ¡Esa obstinada muchacha se empecinaba en hacerse la sorda!

La actitud de la joven ofendió incluso a quienes no pertenecían a la familia. Un día, hubo algo así como un gran concejo. Todos se reunieron para examinar el asunto y presentar un ultimátum a la testaruda: aceptaba comportarse como una esposa normal para ese joven extraordinario, ¿sí o no?

Quienes creyeron amedrentarla así, se quedaron con un palmo de narices: ¡la respuesta de la joven fue un "No" contundente, sin apelaciones ¡Era demasiado!

—"¡Ah, bueno! Si te obstinas en despreciar a tu marido, si él no cuenta para ti, pues bien, ¡tú tampoco cuentas más para nosotros!"

Así, fue puesta al margen de la comunidad; pero ello parecía no afectarla en lo más mínimo. ¿Alguna vez han visto ustedes algo parecido?

En esa época, únicamente faltaban en el pueblo dos hombres y dos mujeres, idos muchos años atrás, hacia el Centro de la Tierra; nadie sabía cuándo llegarían. Los del pueblo, irritados, hastiados hasta la locura con la indignidad de la muchacha, convinieron absorber un brebaje mágico. Fueron al bosque, recogieron frutos de chimicua y dos huevos pintados de pajarillos; hicieron un puré, y todos, hombres, mujeres, grandes y pequeños, comieron una pequeñísima porción.

La esposa rebelde vio que comían algo misterioso.

—"¿Qué es eso?", preguntó.

Entonces, le respondieron lo que rutinariamente le machacaban cuando pedía de comer:

—"Es un alimento traído por quien desprecias, ¡así que también debes despreciar esta comida!"

Y no le daban, obligándola a vivir de sobras que recogía de aquí o de allá; pero, evidentemente, del puré no quedó ni pizca y ella fue la única en no comerlo.

Esa noche, hacia las tres de la madrugada, los ronquidos de los durmientes progresivamente se cambiaron en gruñidos porcinos. Las personas empezaban a despertarse con aire hosco y el espíritu confuso. Algunos ya descolgaban sus hamacas y recubrían sus espaldas con ellas; entonces, parecían adherirse, transformarse en piel espesa; cerdas duras y rojizas principiaban a crecerles. Mientras tanto, los demás durmientes, ahora ya levantados, repitieron esa extraña maniobra.

Desde lo alto de su hamaca, la joven rebelde, despierta también, procuraba seguir, enmudecida y helada de espanto, la asombrosa escena que se desenvolvía en la penumbra. Ahora los que se transformaban ya se movían en cuatro patas.

En la semiclaridad borrosa del alba, la chica pudo ver cómo, haciendo gran estrépito, rompían todos los cántaros de la casa. Enseguida, se fijaban la embocadura en el rostro donde, poco a poco, quedaba injertada hasta transformarse, por fin, en hocico. Era demasiado para la pobre muchacha.

—"¡Mamá, mamá!", gritó de repente, sin dominar el terror. Pero ella, una vieja *huangana* de patas flacas, ya estaba descendiendo por el camino del *pozo* para hociquear en la orilla del río.

Llena de pánico, la joven llamaba a su padre, a sus hermanas. Y ¡hasta a su no esposo!... Demasiado tarde. Las *huanganas*, gruñendo desaforadamente, se dispersaron y lanzándose, entraron en la espesura del bosque.

Con las primeras luces del día, la *roza* semiarrasada por el paso de tanto jabalí ofrecía un aspecto desolado. La muchacha lloraba amargamente en su soledad infinita: únicamente sus lamentos rompían el silencio del pueblo abandonado y destruido. Primero intentó seguir las huellas de las *huanganas*; pero se extraviaban en todas direcciones. En la hostilidad del bosque, sintió más miedo todavía.

Regresó entonces al pueblo abandonado y se tumbó a llorar. Postrada por la desesperación, no reparaba que, en el techo, una caja de su padre giraba sobre sí misma y desde el interior una vocecilla quería hacerse escuchar diciendo: "¡Shororó!, ¡Shororó!" Vino a darse cuenta de este extraño asunto solo al atardecer.

—"¿Qué podrá ser?", se preguntó.

Subió allá arriba y reconoció la caja: en ella su padre guardaba su tabaco. La descolgó y la abrió. Dentro quedaban cuatro trozos de tabaco; pero, cosa más extraña todavía, también había un niño preciosísimo y bien gordito. En verdad, era Romuë Shëna, el Gusano del Tabaco que había tomado forma humana.

La joven se consoló grandemente con su descubrimiento. Tomó al niño y se dio en criarlo. Al comienzo le daba agua pensando que no serviría de nada ofrecerle el seno, porque no tenía leche. El bebé tomó el agua. Después, sin embargo, se arriesgó a presentarle la mamila, que enseguida se hinchó con leche.

Ese niño era realmente soberbio. Crecía todas las noches y pronto se convirtió en un hermoso hombrecito que la llamaba "Mamá". En pocos días alcanzó la talla de un niño de seis años y reclamó juguetes. Entonces su madre, acordándose de cómo hacía su padre antaño, le fabricó un pequeño arco y flechas que ella misma le enseñó a usar.

Mientras el pequeño seguía desarrollando, su madre cultivaba una pequeña parte de las *chacras* abandonadas a fin de asegurar la subsistencia. No bien el chico alcanzó la pubertad, la joven mujer se unió a él y no tardó en quedar encinta. A su debido tiempo les nació una hijita.

—"Bueno", dijo la madre, "ya somos tres". Cuando destetó a su hija, volvió a juntarse con el adolescente y nuevamente les nació otro hijo, un varoncito esta vez.

—"Bueno", dijo ella, "aumentamos en número; ya somos cuatro".

Entretanto, el joven era ya adulto. Había aprendido el arte de *mitayar* y de hacer *chacra*. Así, su madre, que ahora era su mujer, se consagraba enteramente a la crianza de los dos pequeños y a los quehaceres del hogar. Un día el hombre le preguntó si no tenía más parientes que ella. La que fue muchacha rebelde le contó entonces cómo por culpa de ella sus abuelos, padres, tíos, primos y todos los demás, habían huido lejos del pueblo, transformados en *huanganas*.

Un día, mientras cazaba en el bosque, el hombre nacido del Gusano del Tabaco, vio venir hacia él a dos hombres con sus esposas. Eran los que regresaban de su viaje al Centro de la Tierra. Extrañados de toparse con un desconocido le preguntaron quién era. Cuando les explicó todo, quedaron cabizbajos y pensativos. Luego, le sugirieron que podrían sumarse a ellos y reiniciar su vida en la *roza*. Ya se agachaban a recoger sus cosas para encaminarse al pueblo, cuando, de repente, un gran hoja seca se desprendió de la copa de una *pona* y vino a caer sobre ellos dando volteretas en el aire.

—"¡Cuidado!", alcanzaron a decir, e inmediatamente los cuatro se volvieron *sajinos*. ¿Saben, no?, esa otra clase de puercos salvajes que viven por parejas y no en enormes manadas como las *huanganas*. Enseguida enrumbaron bosque adentro, esfumándose ante la vista del joven, que no salía de su asombro. Meditabundo llegó a la *roza* y contó a su madre y esposa lo que acababa de presenciar.

Entretanto, sus dos hijos crecían. Apenas alcanzaron la adolescencia, les construyeron una casa aparte y los unieron en matrimonio; tuvieron un hijo. También la madre, habiendo vuelto a unirse con su hijo-esposo, concibió una nueva hija.

Cada matrimonio crió a su hijo y apenas fueron núbiles los casaron. Desde entonces se puso fin el casarse entre madre e hijo y entre hermano y hermana: nos casamos de familia a familia.

La *roza* se repoblaba. Ya había cinco hombres adultos, conocedores de los trabajos de caza y *chacra*. Un buen día, los *huanganas* decidieron, muertos de curiosidad, regresar a ver cómo se las había arreglado la muchacha rebelde sin ellos; si había sobrevivido y en qué forma.

Juntándose en manada, llegaron primero a las que habían sido sus *chacras* más alejadas del pueblo. Se encontraban en total abandono; malezas y monte ahogaban las escasas plantas útiles que aún subsistían. Penetraron más adelante y desembocaron en los campos cultivados. Entonces, comenzaron a malograrlos y a robar sin vergüenza. La masa devastadora enfiló hacia el pueblo. Irrumpiendo en el patio, entraron a las casas, husmeando, revolviendo y demoliendo todo.

Al ver esto, la que había sido esposa rebelde, organizó la defensa.

—"¡Mátenlos, mátenlos!", ordenó a su marido, a sus hijos y yernos.

Todos cogieron sus arcos y acribillaron a las *huanganas* que, diezmadas, abandonaron el sitio en desbande.

Recogieron los despojos. El marido de la mujer, el hombre proveniente del Gusano del Tabaco, había cobrado muchas vidas entre las *huanganas*. Su mujer los reconoció:

—"Este es mi abuelo; esta es mi abuela. Aquí está mi padre, mi madre, mi tío, mis primos... Este es el que querían darme por marido. He aquí al Fulano que vivía allá, a Zutano que paraba en tal sitio...", decía ella.

Las *huanganas* no llegaron nunca a comprender cómo de una sola mujer hubiese nacido tanta gente, poblando nuevamente el antiguo pueblo.

A partir de entonces, las *huanganas* regresan regularmente (lo siguen haciendo aún hoy) para constatar cuánto se han multiplicado los hombres. Cada vez, provocan grandes pérdidas en las *chacras*. Desde entonces, igualmente, nos hemos acostumbrado a comer carne de *huangana*.

Bueno, este cuento termina aquí; pero cuando lo cuenta un Roabakë hace hincapié en que todos los Roabakë descienden de Romuë Shëna, el Gusano del Tabaco, su más lejano antepasado.

8. Yobuënawaboshka, el nacimiento de la Luna y la invención del Nacimiento y de la Muerte

El héroe del cuento que vamos a contar se llamaba Yobuënawaboshka. Todas las noches se deslizaba en la hamaca de Buëran Tsai, su prima paralela, como decir su hermana, y le hacía el amor. Bueno, la fogosidad de su visitante nocturno, lejos de molestar a la joven, aumentaba su curiosidad. No se atrevía ni sabía cómo hacer para descubrir la identidad del intruso, sin romper el silencio de la noche. Por las mañanas, se fijaba detenidamente en los varones; pero en ninguno advertía señal alguna de complicidad. ¿Quién, pues, podría ser?

Un día, decidió sacarse el clavo.

—"Lo marcaré con *huito*", se dijo, decidida.

Entonces, preparó *huito*, esa tinta transparente que al secarse sobre la piel toma un fuerte color azul. Llegada la noche, puso bajo su hamaca la calabaza conteniendo el líquido, y esperó los acontecimientos.

Pronto el joven se le reunió. Cuando se hubo tendido sobre ella, la muchacha dejó caer sus brazos fuera de la hamaca, los zambulló en el colorante y los pasó por la cara del hombre, murmurándole:

—"Por fin voy a saber quién eres, ¡tú que me visitas todas las noches!"

Pensaba que al día siguiente le bastaría revisar las caras de todos los jóvenes para reconocer a su visitante.

Quedó decepcionada: ninguno presentaba la menor mancha de *huito*. Sucedió que Yobuënawaboshka, al alba, se había ido de cacería, y tan lejos que regresaría ya entrada la noche. Mientras tanto, atando cabos y por eliminación, comprendió que solo un hombre había escapado a su revisión, y ese hombre era... ¡su propio hermano! Golpeada por la verdad se dijo:

—"Mi propio hermano se ha burlado de mí; ahora, seguramente, se ha marchado para no volver..."

Esa misma noche, de regreso al pueblo, Yobuënawaboshka se dirigió a Bótopa suplicándole así:

—"Cuñado, eres el único entre nosotros que ha matado Buënconahua. Sírveme de guía, pues yo también quiero matar algunito".

Los Buënconahua eran una tribu de enanos que vivían vecinos a nuestros antepasados.

Bótopa accedió al requerimiento de su cuñado y apenas amaneció se pusieron en camino. Hacia el final del día, chimbaron un ancho río. Una vez en la otra orilla, Bótopa decidió:

—"Voy a ir a reconocer el terreno para ver si nuestros enemigos han dejado huellas por aquí. Prende *candela* y prepara algo de comer".

—"Está bien", respondió Yobuënawaboshka.

Y mientras su cuñado se alejaba con pasos de lobo, él se puso a buscar leña para hacer fuego. No lejos de allí tuvo la suerte de encontrar unas ramas bien gruesas que le venían a pelo. Pero como eran demasiado grandes, comenzó a golpearlas contra las *aletas* de un tronco para quebrarlas.

¡Boing! ¡Bum! ¡Crack! El eco, resonando en el bosque, gritaba el trabajo de Yobuënawaboshka. Su cuñado regresó hecho una exhalación y le enrostró:

—"¿Pero qué estás haciendo?, ¿quién te manda hacer todo este escándalo?"

— "Pero si tú mismo me ordenaste encender fuego para cocinar", terció estúpidamente Yobuënawaboshka.

—"¡Esa no es razón para delatarnos a la legua! En todo caso, a partir de este momento, si amas tu pellejo, procura estarte quietecito: estamos en territorio de nuestros enemigos".

Prudentemente, a fin de pasar sin peligro la noche, se alejaron del lugar donde Yobuënahuaboshka tan claramente había delatado su presencia. A la mañana siguiente, como había supuesto, Bótopa encontró huellas de los Buënconahua: primero reparó en las ramas dobladas o anudadas con las que habían marcado su trocha. Se dio cuenta que sus enemigos regresaban a su pueblo, cargados en la espalda con hojas de palmera que llevaban arrastrando por tierra: debían estar haciendo o reparando el techo de una casa.

Bótopa mostró todas esas evidencias a su cuñado y le enseñó a reconocer las huellas de esa gente. Fueron tras los Buënconahua y no tardaron en darles alcance. Entonces acordaron juntos:

—"Cuñado, tú ya has matado Buënconahua", dijo Yobuënahuaboshka. "Enséñame y déjame hacerlo yo mismo esta, vez. Tú, conténtate con ver cómo lo haré".

—"Bueno", accedió Bótopa.

—"¿Cómo me haré cargo del asunto?", preguntó Yobuënahuaboshka.

—"Como están todos cargados de hojas de palmera no vale la pena tirarles en la espalda", razonó Bótopa. "Entonces, vas a hacer de la manera siguiente: cortaremos camino y nos emboscaremos. Dejaremos pasar a toda la tropa y cuando acabe de pasar el último, saldrás de tu escondite, pondrás el pie sobre la punta de las hojas que arrastran por el suelo. Entonces, el hombre se volteará y tú lo flecharás apenas dé la cara".

—"Bueno. ¡Formidable!" se entusiasmó Yobuënahuaboshka. "Vamos ya sin demora, ¡y para mí el primero, tal como convenimos!... ¡Vas a ver lo que es bueno!"

Los dos Cashinahua se emboscaron, vieron pasar a toda la tropa de los Buënconahua y cuando pasó el último, Bótopa hizo una señal a su cuñado: "¡Ya, anda!" Yobuënahuaboshka. se lanzó y pisó la punta de las hojas que arrastraba el enanito; este se atascó.

—"¡Tsk!, ¿en qué se habrá atajado otra vez?" Y jalaba con todas sus fuerzas, sin éxito: Yobuënahuaboshka, era demasiado pesado para él. Decidió entonces descargar para voltearse y ver qué lo detenía. Al bajar su fardo y voltearse... ¡un hombre enorme pisaba sus hojas y lo tenía apuntado con una flecha gigantesca! Pero al bobo de Yobuënahuaboshka le faltó decisión nuevamente: en vez de flecharlo sin demora, se quedó allí plantado, inmóvil, boquiabierto. Reponiéndose en un segundo, el Buënconahua escapó veloz, chillando a voz en cuello. Alertados, sus compañeros se reagruparon, rodearon en un segundo a Yobuënahuaboshka. por todas partes y lo acribillaron a flechazos. Lo dejaron tendido, muerto.

Bótopa, al ver el giro que tomaban las cosas, huyó y encontró refugio en el hueco de un árbol muerto. Oculto allí observó toda la escena. Así, vio cómo los enemigos se apiñaron alrededor del cadáver de Yobuënahuaboshka y le cortaron la cabeza, y cómo la llevaron con ellos a manera de trofeo. Al cuerpo lo abandonaron en el lugar donde cayó. Cuando se hubo asegurado que todos ya se habían ido, Bótopa salió de su resguardo y enterró el cuerpo de su cuñado.

Después retomó las huellas de los Buënconahua para ver qué iban a hacer con la cabeza.

Habiéndose aproximado al pueblo enemigo, contempló a los enanos divertirse con la cabeza de Yobuënawaboshka, imagínense: ¡la habían colgado al centro de la plaza del pueblo y todos se entretenían tirándole flechitas con arco de niños, arrojándole brasas a los ojos, y cualquier cosa que les sirviera de proyectil! Pero lo que más divertía a los Buënconahua eran los movimientos que hacía la cabeza de Yobuënahuaboshka. En efecto, había permanecido dotada de vida y balanceándose en la punta del hilo de donde la habían colgado, se volteaba, viraba de un lado a otro, esquivando los proyectiles que le dirigían.

Viendo eso, Bótopa giró sobre sus talones y se marchó perplejo, preguntándose cómo podría hacer para recuperar la cabeza de su cuñado.

Estaba sumido en profundas reflexiones, cuando de pronto, una luciérnaga se posó sobre él. Al verla así posada le nació una idea. Atrapó al insecto y le separó la parte luminosa. Después llamó: "Luciérnagas, luciérnagas, ¡vengan en mi ayuda! ¡tráiganme su luz!" Vinieron en gran número y a todas, Bótopa les tomó prestado su foquito. Los molió e hizo una pomada con la que se untó todo el cuerpo. Lucía terrible: ¡un verdadero espectro luminoso en la oscuridad de la noche!

Entonces, regresó al pueblo de los Buënconahua, donde continuaban la diversión, alimentada por las contorsiones y piruetas de la cabeza de Yobuënahuaboshka. Pero no bien Bótopa irrumpió en medio de la fiesta, hubo desbande general. Y el pánico fue mayúsculo porque Bótopa, irradiando por su cuerpo una luz verdosa, actuaba rivalizando con un verdadero fantasma: corría como un desquiciado, daba saltos, lanzaba gruñidos inarticulados. ¡Había que ver a los enanitos corriendo en todas direcciones, tropezándose, chocando unos contra otros, gritando aterrorizados: "¡Es el fantasma del tipo que hemos matado!" Pero cuando vieron que la luz fantasmal aprovechaba la confusión para descolgar la cabeza y mandarse mudar con ella, los Buënconahua comprendieron que habían sido engañados. Rabiosos, se precipitaron en tropel sobre sus armas y se lanzaron en persecución del fantasma ladrón.

Siempre llevando la cabeza de su cuñado, Bótopa se precipitó a su escondite del árbol, y entrando primero lo que quedaba de Yobuënahuaboshka, se desprendió rápidamente de su pintura de luz. Esperó quieto.

Los Buënconahua batieron el bosque en vano. Acabaron retirandose, despistados. Bótopa entonces, tomó unas horas de reposo.

Al alba, todavía descansaba, cuando entre sueños, creyó escuchar la voz de su cuñado que le decía:

—"Cuñado, tengo sed; tengo mucha sed. Dame de beber". Abrió un ojo Y tuvo que rendirse ante la verdad: sin lugar a dudas la cabeza viva de Yobuënawaboshka era la que así hablaba y suplicaba, repitiendo incesantemente:

—"Cuñado, tengo sed; tengo mucha sed. Dame agua. Tengo sed..."

Bótopa comenzaba, si me atrevo a decirlo, a sentir que la cabeza esa le llegaba hasta la coronilla.

—"Mira, le dijo, ya me estás cansando. Primero me aburres porque quieres venir a matar gente; luego, lindamente te dedicas a hacer una serie de estupideces poniéndome en peligro; después, ¡te dejas matar! Por último, tengo que multiplicarme para recuperarte pedazo por pedazo. Ahora, ya estoy harto. Déjame dormir en paz".

—"Tengo sed; tengo mucha sed, dame un poco de agua... Tengo sed..."

Finalmente, Bótopa se levantó a regañadientes y se fue a buscar agua para su cuñado. Se la vertió en la boca; pero a medida que la vaciaba, ¡el agua se escurría por el agujero de la garganta y se derramaba sobre el suelo! Esto colmó la paciencia de Bótopa. A fin de acabar con la maldita cabeza, cavó un hoyo hasta la profundidad necesaria para enterrarla. Pero apenas la puso adentro... ¡pop!... la cabeza saltó afuera, y empezó a escapar dando tumbos. Estas payasadas exasperaron a Bótopa. Echó a correr detrás de la cabeza que rebotaba como pelota; al fin pudo atajarla en pleno vuelo y la regresó al hueco. La aprisionó convenientemente y cruzó un tronco encima para asegurarse que esta vez la maldita cabeza no saldría de nuevo. Dos precauciones valen más que una, sobre todo tratándose de Yobuënawaboshka. Salió corriendo a todo dar a fin de poner lo más rápido, la mayor distancia posible entre él y la cabeza de su cuñado.

Después de mucho tiempo y de mucho correr, se detuvo un momento a retomar aliento. A lo lejos, ¡maldita sea!, escuchó de nuevo la voz:

—"¡Hey!, ¡espérame, cuñado, no corras tan rápido!", y aunque Bótopa aceleraba la marcha, no podía librarse definitivamente de la cabeza saltarina que lo perseguía. Entonces decidió usar una estratagema. Trepó a un árbol y allí, escondido entre las ramas, instaló

su hamaca. Confortablemente emboscado, tuvo la satisfacción de ver pasar de largo a la cabeza, a toda carrera, debajo de él.

—"Que siga persiguiéndome", se dijo sonriendo maliciosamente. "¡Buen viaje!"

Y suspirando de alivio, comenzó su merecida siesta. Cuando despertó, la cabeza de Yobuënawaboshka estaba allí, justo bajo él, vertical a la hamaca, practicando saltitos sobre el sitio. Al verlo despierto le dijo:

—"Cuñado, ¿por qué me tratas de esta manera?, ¿por qué intentas perderme de vista?"

¡No solo había regresado la condenada sino que además se daba el lujo de hacerle reproches!

Había razón para perder el control de los nervios. Bótopa saltó de su hamaca, del árbol y se alejó a toda carrera, hasta llegar al río que había chimbado a la ida. Se alegró de ver que estaba crecido; por eso el río estaba más ancho y torrentoso. Habiendo encontrado una *soga* adecuada, se sirvió de ella como columpio y saltó al otro lado. Pisando allí se sintió libre.

—"¡Fiu! Esta vez Yobuënawaboshka ya no podrá seguirme: no va a poder *chimbar*".

Se escondió entre la espesura para observar lo que iba a suceder. La cabeza no tardó en desembocar en el río. Con saltitos prudentes se aproximó a la orilla; husmeó la corriente y pareció quedar contrariada. Comenzó a deambular, un poco hacia arriba, un poco hacia abajo, indecisa. De repente, con gran estupor de Bótopa, ¡la cabeza saltó al agua y ganó la orilla opuesta tras algunos limpios saltitos rebotantes al ras del agua que dejaban círculos en la superficie!

Presa de pánico, Bótopa corrió velozmente y no paró hasta su pueblo, a donde llegó sin aliento y tuvo que sufrir para hacer entender la causa de su espanto.

—"¡Hagan barricadas, rápido! Hagan un cerco para que esta maldita cabeza no pueda entrar", dijo a sus paisanos, después de haber explicado someramente la situación.

A tiempo acabaron: la cabeza desembocaba ya en el claro. Toda nuestra gente, escudada detrás de la *palizada*, la observaba con consternación.

En cuanto a la cabeza, se detuvo, atajada ante la barrera de troncos.

—"Madre, hermanas mías, paisanos...", se lamentaba, "¿por qué me rechazan ustedes?, ¿por qué se avergüenzan de mí?" La cabeza lloraba y repetía incansable la misma cantilena. Entonces, su madre le contestó que eso no marchaba, que eso no podía durar; que una cabeza sin cuerpo, como ella, iba a trastocar las costumbres y a molestar a todo el mundo,

—"¡Ah! Si es así, entonces me transformaré en otra cosa para no aburrir a nadie y para que no se burlen de mí", dijo la cabeza,

—"Buena idea", aprobó la madre. "Vuélvete en algo".

—"Sí, pero ¿en qué?", se preguntó Yobuënawaboshka, poniéndose a reflexionar profundamente.

—"¡Ah!, me podría volver algún objeto doméstico".

—"Sí, eso es. Buena idea", dijo su madre.

—"No", replicó la cabeza. "No quiero convertirme en objeto. Me tendrían en la casa a su disposición. Cada uno podría servirse de mí. De ningún modo. Por otra parte, ya hay muchos objetos y de toda clase".

Yobuënawaboshka seguía quebrándose la cabeza. Cada vez que encontraba una nueva buena idea de metamorfosis, su madre la aprobaba inmediatamente; pero él, después de reflexionar, la desechaba. Así, imaginó sucesivamente ser:

—"¿Una vianda? ¡No! cualquiera podría saborearla".

—"¿Candela? ¡No! cualquiera podría aprovecharla para calentar ollas".

—"¿Una casa? ¡No! cualquiera podría dormir bajo su techo".

—"¿Una *chacra*? ¡No! la llenarían de agujeros para sembrar toda clase de cosas.

—"¿Un árbol? ¡No! Podrían treparlo o aun tumbarlo".

—"¿Un sexo de mujer? ¡Ah, no!, porque todos vendrían a tomar placer en él".

— "¿Un río? Ni pensar, pues cualquier Perico de los Palotes vendría a beber o incluso a bañarse... ¡puaj!"

—"¡Tierra! No ciertamente, todos me pisarían".

— "¡La lluvia, el cielo, una estrella, un Sol, la noche!... ¡No, no, no y no! Además, todas esas cosas ya existen".

—"Madre", dijo la cabeza. "Ya di con algo: me voy a transformar en Luna; es la única cosa que no existe todavía".

Efectivamente, en aquella época todavía no existía la Luna.

—"Eso es", dijo la madre, "transfórmate en luna".

—"Dénme hilo", pidió Yobuënawaboshka, "para subir a hacerme Luna en el cielo".

Le lanzaron seis madejas de hilo de todos los colores. Asió primero entre los dientes la madeja de hilo blanco. Cuidadosamente tomó puntería, después lo lanzó hacia el cielo, donde se enroscó. El hilo, al desenvolverse, descendía hasta el suelo. La cabeza hizo lo mismo, seguidamente, con la madeja de hilo rojo, el del hilo negro, el del hilo verde-azul, el del hilo morado, y por último, el hilo amarillo. Los seis extremos de hilo cayeron al lado de la cabeza, y las puntas quedaron prendidas en el cielo, donde Yobuënawaboshka iba luego a subir.

Hizo entonces a sus paisanos las últimas recomendaciones:

—"Dentro de tres días", les dijo, "me verán aparecer en el cielo bajo forma de Luna. Pongan mucha atención en lo que voy a decirles: que nadie me ofenda diciendo: Miren, ¡ahí! está la Luna recién nuevecita que aparece! Si escucho decir una cosa así haré que la cola puntiaguda del *Guacamayo* Colorado pique el sexo de sus hijas, ¡Y ellas se pondrán a sangrar! Lo que deben decir, por el contrario, para que la suerte los acompañe, es lo siguiente: ¡Miren, ¡ahí tenemos a Yobuënawaboshka renovado, que aparece!, ¡No lo olviden!"

Se puso entonces a trenzar los seis hilos que había enganchado en el cielo, para hacer un solo cable por donde subiría.

—"Este camino de todos los colores lo llevo conmigo al cielo", les dijo. "Se transformará en Arcoíris. Pero cuídense cuando aparezca; que nadie diga: 'Miren, el Arcoíris', señalándolo con el dedo, si no morirá".

Después de esta última recomendación, Yobuënawaboshka empezó a subir al cielo cantando esta enigmática canción:

¡Roniman! ¡Roniman! Hawën tonton,

Hawen tonton, hawën kain shëani,

Hawën kain shëani, roniman, roniman...

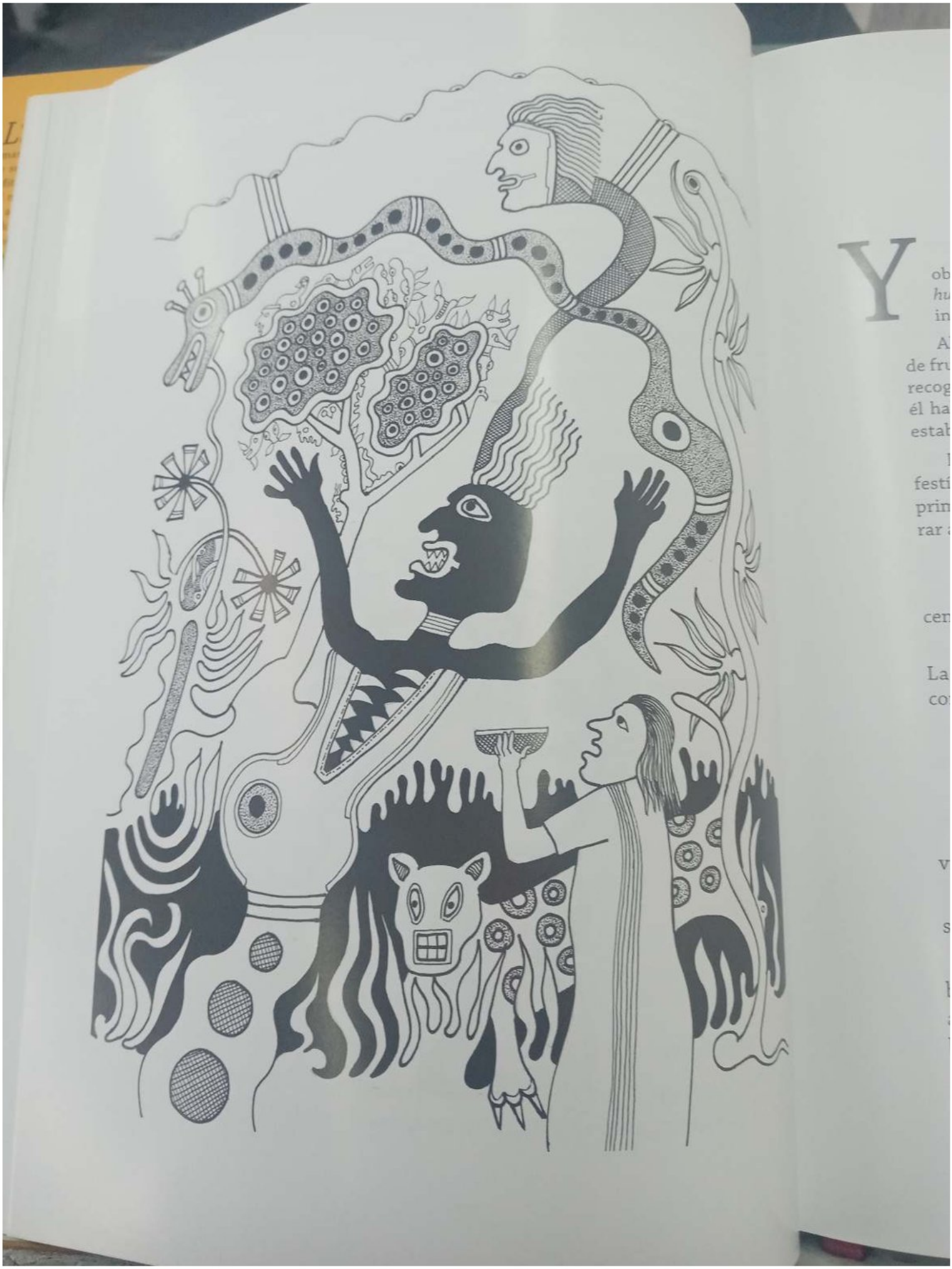
Y se alejó, balanceándose en su hilo irisado que se perdió de vista.

Tres días después, un delgado cuarto de luna apareció por primera vez en el cielo. Una muchachita cuyos senos comenzaban a

formarse, fue la primera en verla y gritó: "Miren, ¡ahí está la Luna recién nuevecita que aparece!" Inmediatamente, su sexo comenzó a sangrar; lo mismo el de todas las demás mujeres, que desde entonces principiaron a concebir hijos.

Al día siguiente, por primera vez en el mundo, apareció el Arcoíris. El primero en verlo no pudo contenerse y exclamó: "Miren, el Arcoíris" mientras lo señalaba con el dedo. Y desde ese día los Cashinahua empezaron a morir, lo que no había sucedido hasta ese momento. En efecto, antes de ocurrir lo que acabamos de relatar, nadie nacía, nuestras mujeres no sangraban, nadie moría y no existía ni el Arcoíris ni la Luna.

A propósito, ¿saben ustedes por qué la Luna presenta sobre su cara todas esas manchas azulinas? Bueno. ¡Es la huella del *huito* que la hermana de Yobuënawaboshka le había aplicado sobre el rostro!



9. La invención de la *Ayahuasca*

Yobuënawa Tarani, uno de nuestros antepasados, necesitando *huito* fresco para pintar el cuerpecito de su hijo recién nacido, se internó en el bosque.

Al borde de una *cocha* encontró un enorme tronco de *huito* cargado de frutos. Lo trepó y comenzó a cortar y tirar los frutos al suelo para recogerlos después. Ocupado así, se sobresaltó de pronto. Debajo de él había escuchado ruido. Una *sachavaca*, saliendo de la espesura, estaba allí, comiendo con fruición los frutos caídos.

Divertido, el hombre se estuvo quieto y se dedicó a observar el festín del tapir. Sin embargo, un cambio en el asunto lo dejó intrigado primero y asombrado después. La sachavaca se había puesto a descascarar algunos frutos que lanzó luego al centro de la *cocha* exclamando:

—"¡Toma, aquí te traigo el producto de mi *chacra*!"

Instantes después, una maravillosa mujer joven emergió del centro del agua, portando en las manos un *pate de chapo*.

La sachavaca, por su parte, se había escondido detrás de un árbol. La muchacha se aproximó, saltó a la orilla, pusó su *pate* en el suelo y comenzó a llamar al tapir:

— "Amigo, ¿dónde estás?, ¿dónde te escondes?"

La sachavaca dejó su escondite y muy alegre respondió:

— "¡Aquí estoy!"

En seguida, el tapir bebió el *pate* de *chapo* que le ofreció la maravillosa mujer. Al momento, ella se entregó a él y se hicieron el amor.

Desde lo alto de su árbol, nuestro antepasado no daba crédito a sus ojos.

Cuando la joven regresó a la *cocha* y la sachavaca al fondo del bosque, Yobuënawa Tarani bajó por fin de su árbol. Abobado, recogió algunos frutos *de huito* que entregó a su mujer sin decir una sola palabra. Distraído, rehusó los alimentos que le presentaban. Acostado en su hamaca, quedó ausente, con los ojos abiertos, perdidos. La escena que había presenciado lo tenía como hipnotizado, enajenado el ánimo.

Su esposa se inquietó; pero él la tranquilizó diciéndole que era apenas un ligero malestar. Ella le creyó y se durmió.

Al alba, el hombre tomó sus armas como para ir de *mitayo* y se alejó por la trocha de la *cocha*.

Al pie del tronco de *huito*, recogió algunos frutos de la víspera, rayó la cáscara y los arrojó al centro del agua gritando:

—"¡Toma, aquí te traigo el producto de mi *chacra*!", y corrió a esconderse detrás de un árbol. ¡Y resultó! La soberbia muchacha con su *pate* de *chapo* vino hacia la orilla. Depositó en tierra su *pate* de *chapo*. Echó miradas de izquierda a derecha y llamó con dulcísima voz:

—"Amigo, ¿dónde estás?, ¿dónde te escondes?"

—"¡Aquí estoy!", exclamó él mientras se precipitaba sobre ella. Al asirla, ella se defendió. Cayeron rodando por tierra; el *pate* de *chapo* se volcó y derramó. Súbitamente, la muchacha se transformó en boa y se enroscó alrededor del cuerpo de su atacante. Él no soltó presa. Ella quiso escaparse convirtiéndose en espina; pero él no la soltó. Ella se convirtió sucesivamente en tarántula, en *shushupe*, en *candela*; de nada le valió: él no la soltaba.

Reapareció la cabeza de la mujer:

—"¿Quién eres?; ¿qué quieres?", habló.

Pero el hombre no respondía. Apretando los dientes se concentraba en mantenerla presa.

Entonces ella se volvió mujer hasta el busto; pero no obtuvo tampoco respuesta. Se decidió a retomar su forma humana completa.

—"Bueno" jadeó ella, "dime ahora qué quieres, ¿por qué no me sueltas para que podamos conversar?"

Él le explicó entonces cómo, la víspera, la había visto haciendo el amor con el tapir; quería que en adelante fuese suya.

—"¿Por qué me tomaste a la fuerza en vez de decírmelo enseguida?" le reprochó. "Mira, ahora me has hecho vaciar casi todo mi *chapo*".

Levantó el recipiente que había rodado por tierra. En el fondo aún quedaba un poquito de líquido; le hizo beber a nuestro antepasado. Enseguida se le entregó amorosamente.

Después, descansaron un poco. Sin dejar de acariciarlo, ella le preguntó:

—"¿Quién eres? ¿Tienes ya mujer e hijos?"

—"No", mintió él. "No tengo nada de eso".

—"Entonces, ¿por qué no te quedas conmigo? Sería tu esposa y te daría hijos. Sé mi marido. Te llevaré donde vivo".

Empezó a recoger toda clase de hierbas. Hizo un jugo que vertió en los ojos, oídos y en todas las articulaciones del cuerpo del hombre. Después le dijo:

—"¡Tenme fuertemente por los cabellos!"

Remolcándolo así, entró al lago. Abajo, había un gran claro, una *chacra* con matas de plátano y una gran casa donde la joven vivía con sus paisanos, las boas y los lagartos gigantes de la *cocha*.

Cuando llegaron a la *chacra*, la muchacha le dijo:

—"Espérame escondido aquí. Voy a prevenir a mis paisanos sobre tu llegada y a explicarles que eres mi marido. Nada temas. Regresaré lo más pronto posible".

Yobuënawa Tarani quedó solo.

De repente, las aguas del lago resonaron con violentos ruidos: eran las boas y los lagartos gigantes que se agitaban alrededor de su hijita.

A poco reapareció ella. Tomó a su marido de la mano y lo introdujo en la casa. Todos, cada uno a su modo, le brindaron el mejor recibimiento. Entonces, él y ella vivieron como marido y mujer.

Algún tiempo después, la gigantesca gente acuática decidió tomar *ayahuasca*. El hombre preguntó a su mujer si también ella iba a beber con ellos.

—"Naturalmente", contestó ella.

—"Y yo, ¿puedo tomar?"

—"No", dijo ella, "es mejor que no tomes. Sentirías pánico. Estarás como loco. No te mezcles en esto, ¡son nuestras costumbres y no las tuyas!"

Yobuënawa Tarani insistió tanto y tanto que las boas aceptaron hacerle lugar entre ellas para tomar *ayahuasca*.

Apenas fue presa de las alucinaciones, empezó a gritar aterrorizado:

—"¡Socorro! ¡Las *anacondas* me tragan! ¡Me ahogo!"

Inmediatamente, su esposa se transformó en boa, se enroscó alrededor de él, acercó la cabeza a su oreja derecha y se puso a cantar

dulcemente. Su suegra-*anaconda* se enroscó por encima y empezó a cantarle suavemente por la oreja izquierda. Su suegro-boa envolvió todo eso con sus anillos, y balanceando su cabeza delante de la cara del hombre, acompañó con su voz la canción. Entonces una gran calma invadió a nuestro antepasado y fue algo maravilloso.

Un día estaban descansando en sus hamacas, cuando... ¡plick!, ¡plick!... frutos semirroídos de *huito* llovieron sobre el lago.

¡La sachavaca había regresado!

Al ver que la joven no respondía a sus llamadas, el tapir terminó entrando al agua de un zambullón. Permaneció mucho rato sumergido, como lo hace hasta ahora, cualquiera puede observarlo.

También llegó al límite de la *chacra*. La suegra le salió al encuentro; lo despidió explicándole que su hija ya no estaba libre y que en lo sucesivo ya no la importunase más. La sachavaca no insistió.

La vida transcurrió feliz en el pueblo bajo las aguas. Los esposos tuvieron cuatro hijos, alternando un varón, una mujer.

En el mismo lago que ellos vivía Ishkin, el pequeño pez Carachama. Un día se había ido a pescar en un riachuelito tributario del lago y se había escondido en el hueco de un palo podrido. Fue entonces cuando se aproximó la mujer terrestre del que ahora era marido de la muchacha-*anaconda*. Se creía viuda y no cesaba de lamentar la desaparición de su esposo: apenas podía mantener a su numerosa prole. Como no tenía quién cazase y trabajase para ella, aunque se mataba trabajando, tenía que vivir de la caridad pública.

Aquel día se había ido al riachuelito; intentaba atrapar algún pececillo para sus hijos. Vio el hueco que servía de aspillera a Ishkin; metió los dedos y lo asió por la cresta de su cabeza.

—"¡Ay!", gritó Ishkin. Debatiéndose, logró zafarse y disimularse en el fondo de su escondite, todo dolorido, pues su cresta quedó entre los dedos de la mujer. Ella, al fin, terminó abandonándolo.

Molestísimo, Ishkin regresó a la *cocha*. Buscó entonces al hombre para descargar sobre él su malhumor.

—"¿Qué hace tú aquí?" le gritó apenas lo vio. "Te guardaste muy bien de hablarnos de tu familia terrestre que has dejado muerta de hambre allá arriba. Lo sé todo: encontré a tu esposa; ella fue quien me arrancó mi corona de plumas. Y mientras ellos están en la miseria, ¡tú estás aquí, haciendo vivir con tu trabajo a gentes que ni siquiera son de la misma naturaleza tuya!"

Yobuënawa Tarani bajó la cabeza y comprendió todo el mal que había causado.

—"Pero, ¿cómo haré para salir de aquí?" suspiró. "No sabría ya vivir al aire libre".

—"Te voy a ayudar", dijo Ishkin, "pero, ¡prométeme que no lo contarás a nadie!"

—"Lo juro", dijo el hombre. Entonces Ishkin arrancó hierbas y destiló el jugo en los ojos, oídos y articulaciones de nuestro antepasado. Luego, lo depositó en un lugar seco de la orilla. Después, por precaución, Ishkin se fue a vivir bien lejos, a otro río.

Cuando nuestro antepasado reapareció en su pueblo causó asombro y alegría, sobre todo a su esposa.

—"Te creía muerto hacía tiempo", lloró ella.

—"No", mintió él. "Las *anacondas* me raptaron y me retuvieron prisionero hasta hoy, en que por fin, he podido escapar. Escóndeme, pues temo hagan cualquier cosa por recapturarme".

Colgó su hamaca arriba, en el techo de la casa, justo cerca de la cumbrera. Pronto las aguas del lago comenzaron a agitarse y a desbordarse en olas continuas, inundando el pueblo de los hombres. Las boas aparecieron en la superficie del lago para llamarlo. Pero él no se mostró y la gente acuática terminó volviéndose. Entonces las aguas de la *cocha* se normalizaron. Esta vez, a su familia *anaconda* le tocó sufrir y pasar necesidad a causa de su huida...

Al cabo de cierto tiempo salió de su escondite por requerimiento de su familia: necesitaban, absolutamente, comer carne fresca. Tomando su arco y sus flechas se dispuso a partir. Su esposa entonces le rogó, intentando desanimarlo:

—"No vayas. Las *anacondas* te van a volver a capturar. Quédate conmigo" lloró ella.

—"No temas nada", replicó él. "No me chaparán". Y partió a *mitayar*.

La primera presa que vio fue una pava *pucacunga*. Le tiró una flecha; pero el ave voló justo a tiempo para salvarse. La flecha, al errar el blanco, atravesó la espesura y, ¡mala suerte!, cayó a la *cocha*, a menos de dos metros de la orilla.

Despechado, el hombre se fue a recuperar su flecha. No bien había puesto el pie en el lago cuando se encontró frente a su hija menor. Él la saludó:

—"Aquí estás, hija" le dijo:

Pero ella, en vez de contestar a su saludo, lo apostrofó duramente:

—"¿Por qué nos has abandonado a mi madre, a mis abuelos, a mis hermanos, a mis hermanas y a mí?"

Y como el hombre bajase la cabeza sin saber qué decir, ella le espetó:

—"Puesto que es así, ¡te vamos a tragar!"

Y enseguida se lanzó contra el pie de su padre; pero como era muy pequeñita, solamente logró tragar el dedo grande.

Mientras Yobuënawa Tarani permanecía allí, anonadado, inmóvil, la anacondita llamó a su socorro a sus hermanos. Rabiando, ellos también intentaron tragar a su padre; pero no pudieron ni siquiera hacer entrar la mitad de su pie en sus pequeñas bocas. Tuvieron que soltar la presa. Apareció entonces la esposa, con el reproche y la ofensa en los labios. Ella logró engullirlo hasta media pantorrilla. No pudiendo hacerlo mejor, dejó el sitio a su madre, enorme *anaconda* adulta. Esta, de un solo golpe, tragó a su yerno hasta la cintura; pero su presa quedó atascada a esa altura.

Cuando se presentó el suegro, a su vez, hizo amargos reproches a su yerno, quien, sin poder responder nada, bajaba la cabeza. Lo engulló hasta la espalda; aún quedaban visibles los brazos y la cabeza. En este instante, aparecieron los hombres. Se habían inquietado con el retraso de su paisano y salieron presurosos en su búsqueda.

—"¿Cómo hacemos para librarlo?", pensaban apenas lo descubrieron en tan molesta postura. "Si lanzamos flechas a la *anaconda*, mataremos también a nuestro pariente que está adentro".

—"¡Ah!, ¡ya sé!", dijo uno de ellos. "Aproximémonos y cortemos la cola de la serpiente; dejará a su presa y huirá".

Dicho y hecho. La *anaconda* huyó y pudieron recoger a su paisano todo maltrecho. Desde ese día, toda la parte de su cuerpo que había sido engullida por su suegro —la *anaconda* del lago— quedó paralizada.

Sintiéndose cada vez más débil, Yobuënawa Tarani reunió a sus paisanos:

—"Cuando estaba bajo las aguas" les dijo, "las *anacondas* me enseñaron a tomar una bebida maravillosa, la *ayahuasca*. No quiero morir sin transmitirles mi secreto. Vayan pues al bosque y tráiganme tallos de todas las lianas que encuentren".

Todos partieron al bosque y regresaron cargados de lianas de toda clase. El paralítico, incansablemente, las examinaba una a una y decía:

—"No; no es esta".

Un día por fin exclamó: "¡Aquí está!" De casualidad le habían llevado un ramo de la verdadera liana *ayahuasca*.

Dijo todavía: "Esto no basta. Tráiganme hojas de todos los arbustos que puedan encontrar en el bosque". Después, recomenzó a examinar todas las hojas detenidamente, con una paciencia infinita y suspiraba:

—"No, no es esto".

Hasta que un buen día, exclamó feliz: "¡Aquí está!" y mostró la hoja de ese arbusto que nosotros llamamos kawa.

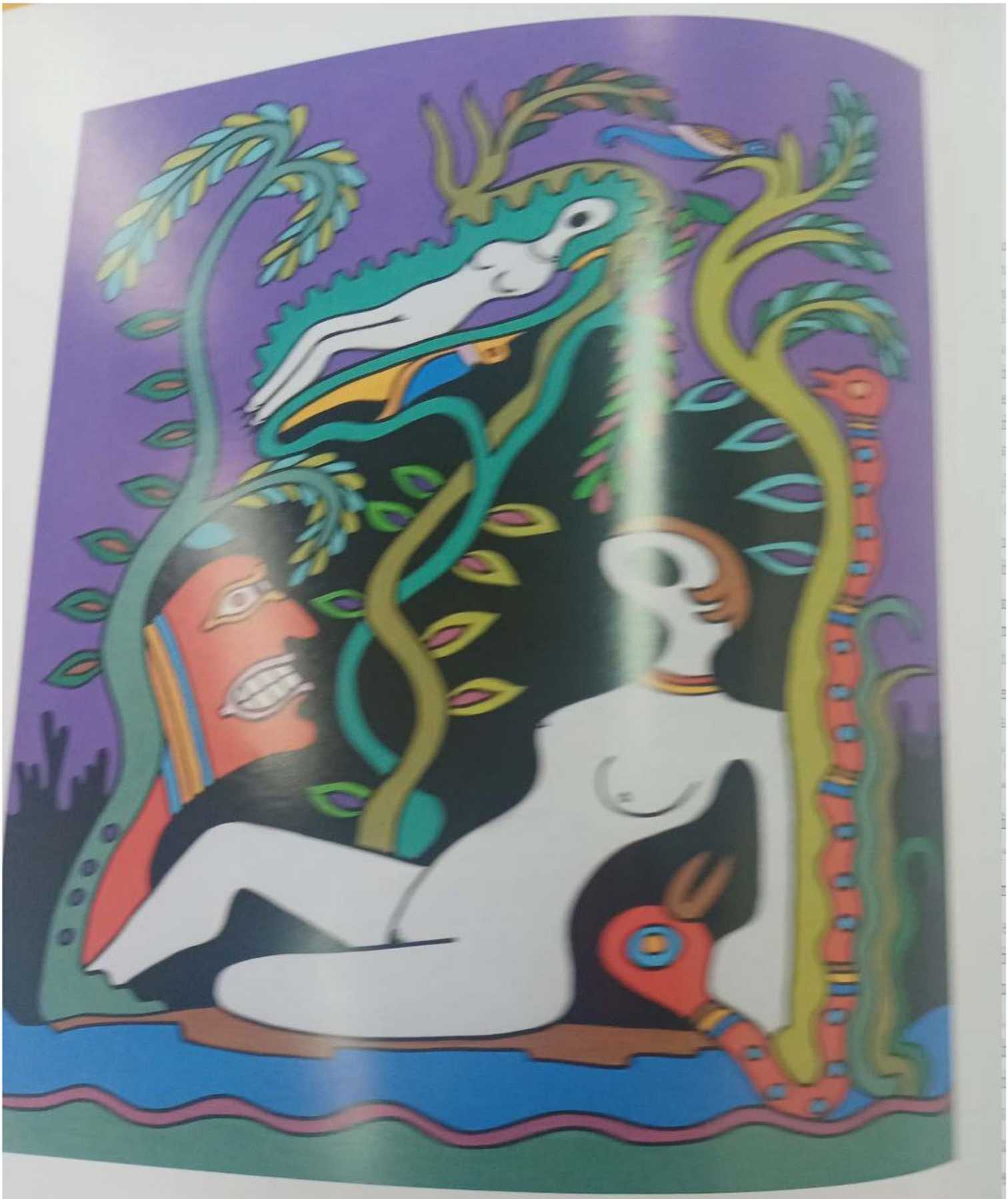
Nuestro antepasado chancó los tallos de la liana, los puso a hervir en una olla con agua agregando las hojas de kawa; hizo hervir todo. Cuando la mezcla estuvo cocida, la filtró y la dejó enfriar. Después, todos se reunieron, absorbieron el brebaje y tuvieron visiones, comulgando todos en la *ayahuasca*. Cuando salieron de su alucinación, nuestro antepasado, tullido por la boa del lago, les dijo:

—"He tenido la visión de mi muerte: está cercana".

Y tres días más tarde murió.

Desde entonces tomamos *ayahuasca* todos en grupo. Gracias a la presencia de los otros dominamos el terror de la visión. Gracias al canto la mantenemos a distancia alrededor nuestro, de modo que podemos ver en ella todas las cosas del presente, del pasado y del futuro. Cosas que no podemos ver con nuestros ojos de carne.

La *ayahuasca* es fuente de toda ciencia, ve más allá de nosotros.



10. El origen de la Vergüenza, de la Violencia y de todos los males

Hubo un tiempo en que nuestros antecesores desconocían el pudor. Nadie soñaba en esconderse para hacer el amor. También en aquella época los *huayos* abundaban por todas partes y todo, excepto el fruto de la shapaja, que nadie comía, les servía de alimento.

Fue a causa de una serpiente; pero no sabemos cómo. Pensamos que más bien, fue simplemente por culpa de una mujer. En efecto, un día ella se había ido al bosque con un compañero. Vieron regados por tierra infinidad de frutos de shapaja, algunos semicomidos por los animales; otros enteros y maduros, lucían provocativos, apetitosos.

—"¿Por qué no los comemos?", invitó la mujer sacando el maíz tostado que había traído con ella.

Entonces gustaron las semillas de shapaja con el maíz tostado y comprobaron lo deliciosas que eran.

Cuando terminaron de comer, el hombre le propuso hacer el amor, allí mismo en el bosque, escondiéndose como los animales; porque, aseguró, nunca más se atrevería a hacerlo al descubierto, como antes.

Al entrar al pueblo ese día, el hombre y la mujer venían cabizbajos, huidiza la mirada.

—"¿Qué les ha sucedido?", les preguntaron admirados sus paisanos.

—"Hemos comido semilla de shapaja y después nos hemos escondido para hacer el amor. Ahora tenemos vergüenza", confesaron.

—"¡Ay!", "¡qué desatino y qué infortunio!", se lamentaron todos los demás. "¡He aquí que nos han malogrado la vida para siempre!"

Y en verdad, desde aquel día aparecieron las enfermedades y los sufrimientos. Los insectos comenzaron a picar. El calor y el frío empezaron a incomodarlos. Peor aún, una ferocidad increíble, sin límite, se apoderó de nuestros antepasados. Ellos, que hasta entonces no habían matado ni una mosca, se dedicaron a cazar animales para comerlos. La violencia se instaló entre ellos. Hicieron la guerra a otras tribus y sucedió, incluso, que se asesinaban entre parientes. Y nunca más nadie, en adelante, pudo hacer el amor sin esconderse de todos y sin experimentar vergüenza.

11. La invención de la Noche

En aquel tiempo nuestra gente no conocía la dulzura del descanso: la noche no existía. Únicamente tenían día. Se lo habían pedido prestado al Venado; pero, como ustedes saben, este animal nunca pega los ojos. Así que el diíta del Venado no tenía cuándo acabar y nuestros antepasados parecían estar condenados a dedicarse eternamente a sus quehaceres diurnos.

¡Pobre antepasados nuestros! No podían dormir en paz con la bulla del día ni acariciar a sus mujeres sin que todo el mundo los viese.

Pensaron entonces, procurarse una noche. Alguien sugirió que se la tomasen prestada al Ratón. Así lo hicieron. En su primera noche pudieron comer, conversar un poco al lado del fuego; pero ni se habían acercado a sus hamacas cuando ya reapareció el maldito día. Y es que el Ratón hace siestas muy pequeñas.

No quedaron contentos con la noche del Ratón. Se la devolvieron.

Ensayaron con la del *Sachacuy*. Fue un poquito más larga. Les permitió instalarse en sus hamacas; pero no les dio tiempo ni para adormecerse. Probaron entonces con la noche de la Pacamama: apenas disfrutaron una hora de sueño y ya el sol del amanecer inundaba el pueblo. ¡Demasiado corta, siempre demasiado corta!

Habiendo devuelto su noche a la Pacamama, probaron la que les prestó la Sachavaca. ¡Peor les fue! El Tapir duerme de seguido durante periodos interminables. Pues bien, con la noche de la Sachavaca los hombres pudieron, al fin, dormir a pierna suelta... pero cuando el día los despertó, ¡su *chacra* estaba de monte, las *sogas* envolvían los horcones de la casa y atravesaban el techo, que estaba a punto de caerse! Todo estaba hecho una desgracia. Demasiado larga la noche del Tapir.

Pasaron revista a mil animales; pero la noche de ninguno de ellos tenía la duración deseada. Finalmente, se les ocurrió juntar la noche del *Picuro* y la noche de la *Carachupa*. Quedaron satisfechos.

Efectivamente, estos animales duermen el mismo tiempo que dura nuestra noche porque duermen todo el día y si así lo hacen es porque nuestros antepasados, habiéndoles pedido prestadas sus noches, ¡nunca más se las devolvieron!

12. De cómo se originó el uso del Sexo y el de los Remedios

En un tiempo remoto, nuestros antepasados ignoraban el uso del sexo. Había mujeres pero nadie les prestaba atención; al menos en lo que las diferencia de los hombres.

Sin embargo un día, un joven más curioso que los demás, mientras conversaba con una muchacha, se fijó en su entrepierna y lo que vio sí le llamó la atención.

—"¿Qué tienes allí?", le preguntó.

—"No sé", contestó ella. "Siempre he sido así".

Él miró la cosa más de cerca... concluyó que debía ser una llaga y más valía curarla lo antes posible.

—"Ponte a dieta", recomendó a la joven. "Acuéstate y ayuna hasta que encontremos el remedio para curar esa fea llaga".

La muchacha subió a su hamaca y se puso a dietar. Le prohibieron todo lo que al madurar o al ser cocinado, pudiese rajarse y abrirse, tal como plátanos, *yuca* sancochada y toda clase de frutas.

Entonces, todos los hombres dotados, de razón se consultaron y se reunieron para examinar la llaga de la muchacha. Verdaderamente, había que sanar aquello. Pero, ¿con qué? Por turno, iban a internarse en el bosque y regresaban con una planta, hojas, raíces o alguna *soga* diferente. Hicieron cocciones, pomadas y ungüentos. Uno por vez, se aproximaba al sexo de la joven mujer y aplicaba su remedio.

No obstante, la maldita llaga no decidía sanarse. Por el contrario, si aquel que la curaba tenía una cortadura en el dedo, esta sanaba; si una verruga, también desaparecía; si sarna, al día siguiente ya no existía. Otros curaban dolores de cabeza, reumatismos y toda suerte de malestares.

Desde entonces, hemos guardado las recetas de esos diversos remedios, inventados por casualidad en aquella ocasión.

Pero en lo concerniente a la llaga del bajo vientre de nuestra antecesora, nada qué hacer, ¡no daba señal de mejoría!

El muchacho curioso, el descubridor de la llaga, era el único que aún no había probado sus remedios en la joven. Se encaminó al bosque para buscar lo que podría sanarla de una vez por todas.

Mientras recorría el bosque en busca de plantas medicinales, escuchó de repente, el típico alboroto de monos en la arboleda. Rápidamente se escondió, con la esperanza de matar alguno si se aproximaban. No tardaron en aparecer dos monos, persiguiéndose. Súbitamente, no lejos del joven y bajo sus ojos asombrados, uno de los animales se colocó de espaldas sobre la rama principal de un árbol, mientras que el otro comenzaba a fornicar con él... o mejor dicho, ¡con ella! En ese instante la luz se hizo en el espíritu del joven: esos monos eran una hembra y un macho, y lo que hacían...

—"¡Caray...!", se dijo el joven. "Entonces no es una llaga! Es un..." Y en ese momento inventó el término "sexo de mujer".

Deslumbrado por su descubrimiento, regresó rápidamente al pueblo. Reunió a todos los curanderos cuyos esfuerzos habían resultado vanos en el intento de curar a la joven. La pobre todavía seguía dietando.

—"¡No es una llaga!", les dijo, e inmediatamente les contó lo que había visto en el bosque.

—"¡Qué interesante!", asintieron los otros. "Si los animales hacen así, entonces nosotros debemos hacerlo igual. Ensaya tú primero, pues tú has visto cómo sucede eso. Nosotros observaremos cómo te comportas y luego ensayaremos a nuestra vez".

El muchacho se reunió con la joven en su hamaca. La acomodó tal como la mona se había dispuesto y, repitiendo punto por punto la actitud del macho, mostró a sus compañeros la única y verdadera forma de sanar lo que habían tomado en un principio y por error como llaga.

Este primer éxito concitó gran entusiasmo, sobre todo en las demás mujeres. Comenzaron a empujarse, buscando que el joven las iniciara a ellas también en ese nuevo uso. A todas, fuesen jóvenes, mujeres, ancianas, niñas, recién nacidas, él prestó el mismo servicio.

Ahora el joven, muy fatigado, estaba echado de espaldas, cuando una última jovencita se le acercó. Como ya no estaba en condiciones de montarla, ella se agachó en cuclillas sobre su regazo. ¡Mala suerte! Al sentarse sobre él, le dobló la verga y se la rompió. Así fue como murió el que había descubierto el uso del sexo.

N

13. El origen de los Olores Íntimos

Nosotros los Cashinahua tenemos en nuestro vocabulario toda una serie de términos —como en el caso de los olores—, que no poseen los blancos, para calificar a toda una gama de olores. Por ejemplo designamos con *hanë* tanto las emanaciones sexuales como el olor, muy parecido, de ciertas llagas.

No obstante, esas emanaciones sexuales no han existido siempre. Les contaré ahora la historia de su origen.

En un tiempo muy lejano, cuando nuestros antepasados concluían de hacer el amor, el sexo de sus mujeres libraba, por todos los alrededores y por varias horas, una maravillosa fragancia de flores y frutas maduras, aroma que aún hoy día llamamos *inin*.

Bueno. Entonces un muchacho se enamoró perdidamente de una jovencita. Ella también le correspondía, pero no estaban casados. Se amaban con los ojos y nunca se cansaban de mirarse dulcemente. Un día, sin embargo, como el muchacho había rozado una *Chacra*, invitó a su elegida a reunírsele allí para requebrarla con libertad. Ella, encontró un buen pretexto y se alejó del pueblo a fin de juntarse con su amigo.

Se sentaron al pie de un *papayillo* que el hombre había tumbado para hacer la *Chacra* y cuyo corazón ya comenzaba a podrirse. Se tendieron, se acariciaron y terminaron haciéndose el amor con toda la fogosidad de sus sentimientos y de su joven edad. Cuando terminaron, un perfume maravillosamente penetrante, exhalado por la joven, empezó a llenar los alrededores. Entonces se preocuparon. ¿Cómo entrar en ese estado al pueblo? Todos se iban a dar cuenta de lo que habían hecho juntos. ¿Cómo remediar aquello? Entonces, para disfrazar el suave aroma que se desprendía de la joven, el muchacho tomó algo del corazón podrido del papayo silvestre —su olor es característicamente *hanë*, ¿verdad?— y embadurnó con él la vagina de su compañera.

Desde esa vez, ¡qué le vamos a hacer!, existen esas emanaciones sexuales tan molestas y que obligan a nuestras mujeres a lavarse bien después de todo contacto.

14. La invención del Parto

Nuestras bisabuelas sabían hacer hijos pero no sabían alumbrarlos. Para ello, recurrían a los Incas. Estos, cada vez que se anunciaba la llegada de una mujer Cashinahua a punto de dar a luz, preparaban un gran festín. Había *yuca*, maíz, plátanos cocidos y asados, *chicha* y *masato*.

Apenas llegaba, la visitante se presentaba donde el jefe de los Incas, y le pedía el favor de hacerla parir. ¡Vaya método rápido! Los Incas se arrojaban sobre la mujer, la agarraban, y así viva, le partían y abrían el vientre para sacarle su fruto. Después, devoraban alegremente la carne de la mujer Cashinahua junto con los manjares que habían preparado. Al niño lo confiaban a otros familiares para que lo criasen.

Por eso, en aquella época, los Cashinahua no aumentaban en número y vivían continuamente bajo el poder del Inca.

Un día, una joven mujer encinta, decidió no ir donde el Inca. Cuando le llegara el momento temido, huiría al bosque para morir cuando su vientre le estallara en mil pedazos. En realidad, ¿ven ustedes?, nuestras bisabuelas ignoraban absolutamente cómo y por dónde nacen los hijos.

—"Me reventaré sola en el fondo del bosque; pero los Incas no me comerán", había dicho a su esposo y él había asentido.

Cuando la joven se sintió atacada por los dolores, huyó acompañada por su esposo. Buscaron refugio en un viejo campamento abandonado, invadido por centenares de ratones que corrían en todas direcciones.

Apenas llegó, la muchacha se tiró al suelo, llorando, gimiendo de dolor y creyéndose a punto de morir. Asombrados, los ratones se agruparon alrededor de ella para mirarla.

De pronto una ratona se convirtió en mujer. Le preguntó a nuestra bisabuela el porqué de su sufrimiento. Conoció entonces la historia de los Incas: cómo devoraban a las Cashinahua parturientas después de extraerles su hijo. Y todo porque las Cashinahua desconocían el arte de alumbrar.

La Ratoncita sintió lástima de la joven mujer.

—"En nuestro pueblo es diferente", dijo. "Nosotras nos asistimos a nosotras mismas, y no hay ningún Inca que nos haga daño. En cuanto a ti" —prosiguió— "deja de desesperarte. Me voy a ocupar de ti".

Enseguida salió a recoger hierbas que las mujeres conocen. Hizo un cocido. Con el jugo, lavó la vagina de la muchacha y le frotó el vientre hasta que se produjo el nacimiento. Todo salió a pedir de boca.

Después de cuidar a la madre Cashinahua, la Ratoncita quiso recobrar su forma animal. Pero la joven mujer le suplicó que no lo hiciese, que la acompañase donde sus paisanos para enseñar y ayudar a todas las mujeres a dar niños al mundo. La Ratona aceptó y a partir de entonces todos los nacimientos se hicieron en el pueblo Cashinahua, y nunca más una mujer fue a parir y hacerse comer por los Incas.

Los Incas, intrigados, llegaron al pueblo a inquirir la novedad. Cuando les dijeron que las mujeres no necesitaban de ellos para dar a luz, se interesaron mucho. Permanecieron algún tiempo hasta aprender ellos también aquel arte.

En efecto, se dice que eran tan ignorantes como lo habíamos sido nosotros, ¡Y que sus propias mujeres corrían, bajo sus manos, la misma suerte que hacían sufrir a las nuestras!

N

desc

hec

tro
Tra
Est

par
dij
cor
yo

el t
cor
qu
má
tro
a s
cla
¡el

alg
ho
to
un
de
ab
ca

15. La invención de la *Chacra*

En aquel tiempo, nuestros antepasados no sabían todavía hacer *Chacra*. Un día, un cazador fue al bosque. Llegó a una zona llena de algo parecido al humo. Se preguntaba qué sería eso. Terminó descubriendo la causa: lo hacía el Venado.

—"¿Por qué haces toda esa humareda?", preguntó el hombre.

—"Estoy haciendo *Chacra*", respondió el Venado.

—"¿De qué se trata eso?"

—"Pues bien, primero hay que quemar el monte, como lo he hecho; enseguida, se tumban los árboles".

Y sin esperar más, tomó un hacha y comenzó a tumbar los troncos calcinados por el incendio, invitando al hombre a ayudarlo. Trabajaron todo el día. Por la noche, el hombre llegó a su pueblo. Estaba pensativo, y se preguntaba en que iría a parar todo eso.

—"En el bosque encontré al Venado", contó a su mujer. "Por todas partes había humo, del incendio que había hecho en el monte. Me dijo que estaba "haciendo *Chacra*" y me pidió ayudarlo. Lo ayudé para conocer el sentido de todo eso. Si lo ayudo hasta el final, seguramente yo también sabré qué cosa es "hacer *chacra*".

Al día siguiente y los sucesivos, fue donde el Venado y prosiguieron el trabajo. El Venado le enseñó cómo, una vez tumbados los árboles, conviene dejarlos secar un poco y después prenderles fuego para quemar la mayor cantidad posible. Le enseñó cómo podar los troncos más gruesos a fin de despejar mejor el terreno. Por último, entre los troncos tumbados que no se pudo eliminar, es donde se comienza a sembrar. ¿Sembrar? Pues sí: *yuca*, maíz, maní, tubérculos de toda clase. Y eso crece, y eso también se multiplica. Eso es "hacer *chacra*", ¡el trabajo de uno se convierte en alimentos abundantes y suculentos!

Como el Venado, además de su ciencia, también le había regalado algunos esquejes, crías y semillas de todas esas plantas maravillosas, el hombre, loco de entusiasmo, regresó a su casa. Contó punto por punto todas esas cosas a sus paisanos y les comunicó su entusiasmo. Se le unieron todos en el trabajo. Fue una revelación para ellos ver, después de algún tiempo, cómo cada planta ofrecía tan fácilmente no solo abundante alimento, sino también lo que les permitía resembrarlas cada vez en mayor cantidad.

S

mie
el r

mit

ser
De
bo
rer

ca
de
de
Ca

jo
ár
d
su

"

C
a
e
t
b

U

16. La invención de la Canoa

Se cuenta que nuestros lejanos antepasados ignoraban el uso de la canoa. Uno de ellos, un brujo, se fue un buen día a cazar. Esa vez se aventuró demasiado lejos: más allá de un río importante. Y mientras estaba allá, llovió tanto que la creciente volvió infranqueable el río que debía cruzar para regresar a su casa.

Nuestro brujo-cazador se las vio negras cuando, cargado con su *mitayo*, de regreso a su casa, se encontró con que no podía *chimbar.*

Muy mortificado, tiritando de frío, muerto de hambre, estaba sentado en la ribera del río, esperando malhumorado la merma. De pronto, a la vuelta del río vio aparecer a un personaje. Venía bogando en una canoa flamante que guiaba rápidamente con un remo nuevecito.

Apenas el remero, un joven hermoso y amable, divisó a nuestro cazador en la orilla, enrumbó hacia él. Habiendo averiguado la causa de su malhumor, le ofreció bandearlo a él y a su carga al otro canto del río. Dicho y hecho. El transporte entusiasmó muchísimo al brujo Cashinahua y no lo ocultó.

—"¿Por qué no haces tu propia canoa tú también?", le sugirió el joven. "Es lo más fácil del mundo. Basta escoger en el bosque un gran árbol derecho, sin nudos, y tumbarlo. Enseguida se lo cava a la medida deseada. Una vez que la canoa está ahuecada, se la voltea para darle su forma exterior antes de lanzarla al agua".

El brujo Cashinahua escuchaba, cada vez más interesado.

—"Si quieres, regresa mañana", lo invitó su simpático maestro. "Te enseñaré a hacer canoas".

Fue así como el joven desconocido enseñó su arte al brujo Cashinahua. Tiempo después, cuando sus paisanos vieron aparecer a su brujo en la canoa nueva, tuvieron miedo; pero se acostumbraron enseguida. El brujo enseñó a todos la manera de hacer canoas. Y a todos los que le preguntaban cómo había podido inventar una cosa tan bella y útil, él respondía contándoles la historia de su joven benefactor.

Pero ese muchacho, para que sepan ustedes, no era verdaderamente un hombre joven. Era, en realidad, Nonon, ¡el Pato Salvaje!

H
ub
de
ur
ir a viv
T
a trar
cuatr
y una
regre
encar
M
esa f
no s
desp
hace
poco
en j
desl
tam
Me
tus
mu
ella
tra
ter
ha

17. La invención del Hilado y del Tejido

Hubo un tiempo en que nuestros antepasados desconocían el arte del tejido. Un día Basnënporo, la Arañita que incansablemente urde la trama de sus telarañas, decidió tomar forma de mujer para ir a vivir entre ellos a fin de hacerles los tejidos que tanto necesitaban.

Todos le llevaron con entusiasmo algodón, que ella se apresuraba a transformar en hamacas. Así, un día una mujer del pueblo llevó cuatro canastas de algodón a Basnënporo, encargándole una hamaca y una pampanilla. No había pasado tres días cuando la buena mujer regresó donde la Araña: Basnënporo no solo no había cumplido su encargo sino que se había tragado todo su algodón.

Muy descontenta fue contándoselo a todos, hablando pestes de esa falsa amiga que le había robado su algodón. Pero la malagradecida no sabía que la araña teje en esta forma: traga la materia prima y después el hilo le sale hecho por el otro lado.

Lo que no podía faltar sucedió: una mujer, sin nada mejor que hacer, fue con el cuento a Basnënporo, contándole las opiniones tan poco elogiosas que de ella sembraba la primera mujer. La Araña montó en justa cólera. Aceleró su trabajo y al día siguiente hizo llamar a la deslenguada.

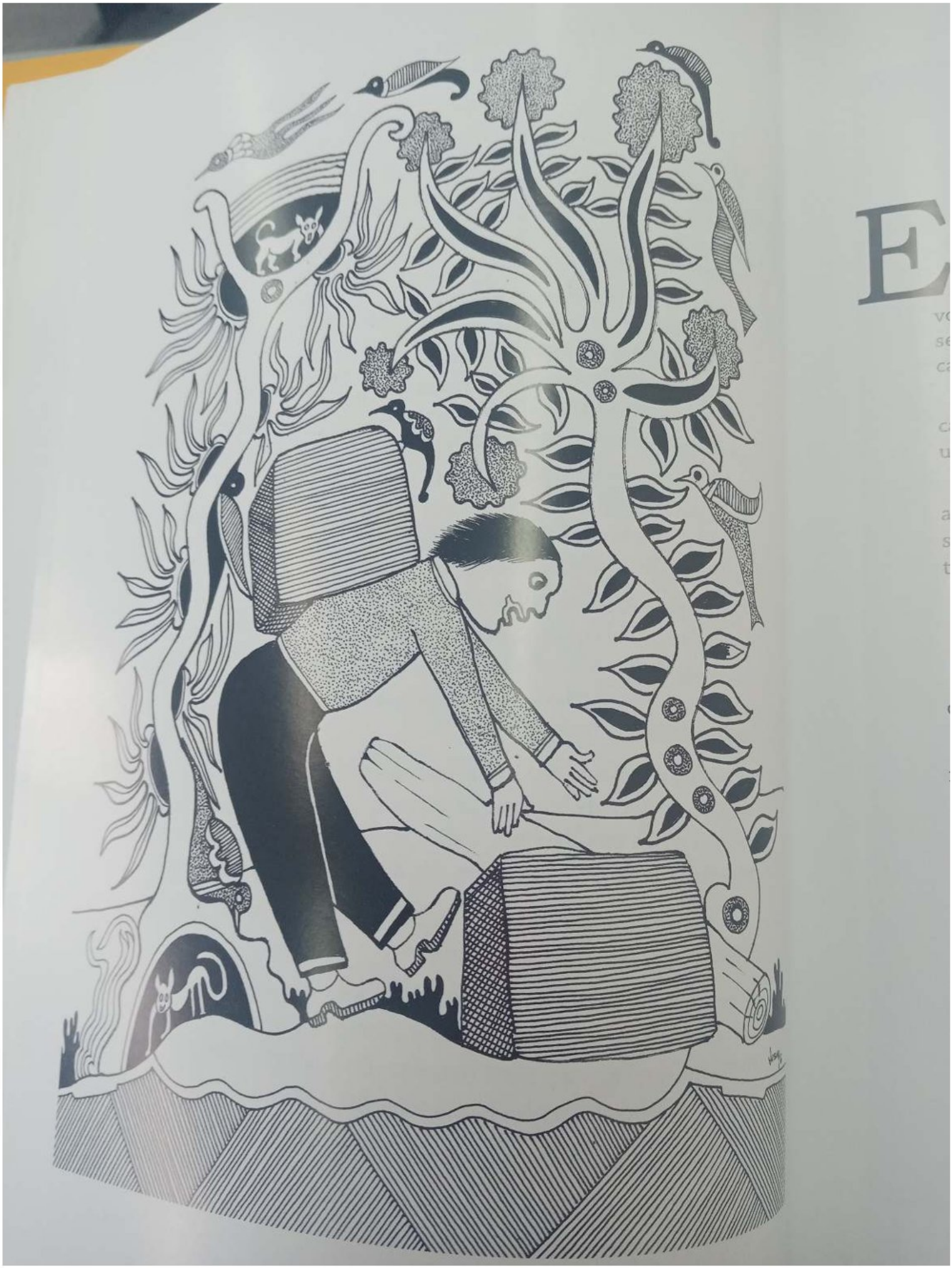
—"Mujer, aquí tienes tu hamaca y tu pampanilla", le dijo. "Y también un poco de hilo que ha sobrado. Llévate todo esto y esfúmate. Me han dicho que ibas por todas partes hablando mal de mí. Toma tus cosas y deja libre el campo. No quiero saber ya nada contigo".

La Araña seguía todavía enojada. Enseguida mandó por la otra mujer, la que la había prevenido.

—"Ya me cansé de vivir con ustedes y sus malas lenguas", dijo ella. "Me voy. Pero antes, te voy a enseñar a hilar y a tejer. Yo ya no trabajaré nunca más para ustedes. En adelante, ustedes mismos tendrán que hacer sus hamacas y tejidos".

Y le enseñó. Luego desapareció, retomando su forma de araña.

A partir de entonces, nuestras mujeres saben hilar y tejer nuestras hamacas, sus pampanillas y otra clase de tejidos.



18. El día en que las Cargas dejaron de transportarse a sí mismas

En aquel tiempo era muy fácil. Nuestros antepasados iban a sus campos y cosechaban el producto de sus *chacras*. Tejían grandes *paneros* de hoja de palmera; los llenaban hasta el borde, y para volverlos al pueblo, ordenaban sencillamente: "¡Adelante!", y el *panero* se ponía en marcha solito, a lo largo de la trocha, mientras su dueño caminaba a su lado.

Cuando un tronco de árbol tumbado obstaculizaba el sendero, la carga se detenía y pedía: "¡Ayúdame!". Entonces, el hombre le daba una manito para trasponer la barrera.

Un buen día, uno de nuestros antecesores que no era muy vivo, acompañaba a su carga de regreso al pueblo. En su cerebro de tonto se preguntaba por qué demonios ese fardo no parecía querer ser transportado.

Por el camino se encontró con un paisano que se dirigía a su *chacra*.

—"¿Qué hay de nuevo?", preguntó al tonto.

—"Nada en especial. Como ves, acompaño a este estúpido *panero* que camina solo y no quiere ser llevado".

Conversando así sobre una cosa y otra, se entretuvieron algún rato. Después, el paisano retomó el camino hacia su *chacra*.

—"Bueno, ¡adelante!" intimó el sonso a su carga; pero esta no se movió.

—"¿Qué sucede ahora? ¡Muévete, pues!"

—"No", retrucó el canasto. "Ya que deseas llevarme, pues bien, ¡llévame! Pero será para siempre porque he terminado de andar por mí mismo".

Y, desde entonces, nuestros pesados *paneros* de recolecta no hablan más, y debemos acarrearlos sobre nuestra espalda.

Historias maravillosas

19. El enamorado que se perdió el vuelo de los Cashinahua

Esto sucedió porque mis antepasados tomaron *ayahuasca*. Todos bebieron y en gran cantidad; se dio incluso a los niños y se la hizo mamar a los recién nacidos. Entonces todos coincidieron en la fascinación de volar con pueblo y todo.

Pero como tenían otros paisanos que vivían lejos, en otra *roza*, confiaron a un adolescente la misión de ir a prevenirlos.

—"Para que se nos reúnan y podamos ir todos juntos al Cielo", dijeron.

Pinoshaka, el muchacho, se alejó por la trocha. Pero a medio camino, una ilusión más fuerte que la de la *ayahuasca* se apoderó de su espíritu: allá, hacia donde iba, vivía una espléndida muchacha de la cual estaba enamorado. ¡Qué alegría volver a verla!, ¡qué felicidad poder contemplarla de nuevo! En ese estado llegó a la otra *roza*.

Lo recibieron dignamente: lo saludaron, le ofrecieron una hamaca para que reposase. Respondió maquinalmente, como en sueños. Tendido en su hamaca, deslumbrado, no despegaba los ojos de la joven, dedicada a los quehaceres domésticos.

Cuando, de improviso, le preguntaron cómo iba todo en el pueblo, qué buen viento lo había traído, si no le habían confiado algún mensaje, respondió balbuceante:

—"No, no. Nada... Todo está bien... vine solamente a saludarlos"...

Pero comprendían que no estaba en sus cabales. Solo tenía ojos, oídos, espíritu para la jovencita, de quien no apartaba su mirada extasiada. Lo dejaron entonces en su contemplación.

Mientras tanto, en la otra *roza*, todos —después de haberse atiborrado de *ayahuasca*— cantaban en coro los cantos alucinatorios y concentraban sus pensamientos en el vuelo del pueblo. ¿Saben ustedes? con la *ayahuasca*, uniéndose todos, todo es posible. Así, pronto, todo el conjunto formado por la casa, el patio y las *chacras*, toda la *roza*, comenzó a temblar desde sus bases. Empezó a tambalearse; después se dio a girar sobre sí misma. Los perros aullaban y ladraban a más no poder, ¡era tan extraño el asunto! Entonces, nuestros

antepasados empezaron a tocar todos los tambores, a soplar todas las flautas y bocinas que pudieron encontrar.

En medio de esta cacofonía, la *roza* comenzó a despegar de la tierra para iniciar su elevación por los aires.

—"Pero ¿dónde se habrá metido ese muchacho? ¿Cuándo vendrá? Si no se apura él y todos los que ha debido traer, ¡se van a perder el viaje!", comentaban inquietos los que empezaban a despegar vuelo.

En ese momento, en la otra *roza*, el bullicio de los perros, los tambores, las flautas y las bocinas alarmó a la población. Se precipitaron donde Pinoshaka que seguía en la hamaca, subyugado. Uno lo sacudió vigorosamente:

—"¡Oye! ¿A qué se debe todo ese escándalo allá en tu pueblo?"

De un salto, el muchacho pisó nuevamente tierra. Como un relámpago, todo le vino a la memoria.

—"¡Ah, sí!", recitó de prisa, "había venido a decirles que todos tomamos *ayahuasca* para volar con pueblo y todo. Había venido a advertirles para que se nos unieran".

—"¡Pues hombre! ¡Y nosotros que te habíamos preguntado si no traías noticias..." quisieron reprocharle.

Pero Pinoshaka, lleno de pánico ante la idea de que su familia pudiese irse sin él, había ya echado a correr como loco hacia su pueblo. ¡Mala suerte! Cuando llegó, la *roza* ya había despegado dos o tres metros del suelo, y no pudo engancharse.

—"¡Tío! ¡Tío!", gritó desesperadamente. "¡No partan sin mí!"

Lo escucharon. Sus paisanos salieron con *sogas* y empezaron a hacerlas bajar por el borde del terreno que se elevaba, para que él se aferrase a una de ellas y pudiese subir.

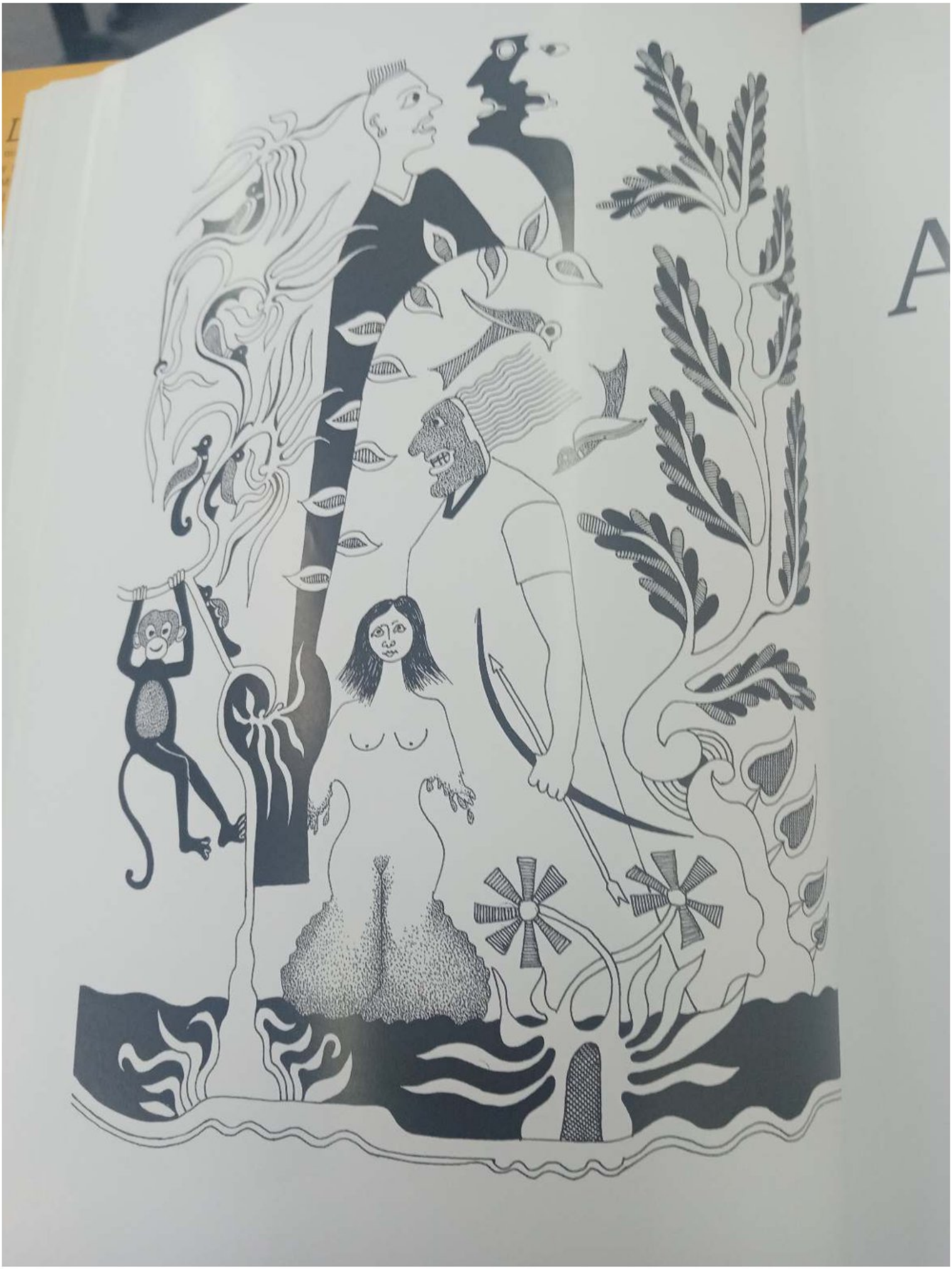
Pero en ese instante, la bulla de las bocinas de bambú, cambió en ruido de motor de avión, y todo el pueblo comenzó a elevarse más aprisa. ¡Las cuerdas quedaron fuera del alcance del muchacho! Este, asistió impotente a la desaparición de su pueblo en el cielo. Sobre la tierra, allí donde había estado la *roza*, se había formado una inmensa laguna.

Aún estaba completamente aterrado cuando, procedente de la otra *roza*, escuchó súbitamente, los mismos ruidos de bocinas, flautas, tambores y aullidos de perro.

—"Ellos también deben estar a punto de partir" pensó deshecho por la angustia.

Y reemprendió loca carrera en dirección a la otra *roza*. Llegó igualmente tarde: no pudo sino seguirla con los ojos, impotente, viéndola alejarse por los aires.

Enloquecido por el sentimiento de su soledad, regresó siempre corriendo, hacia la laguna que señalaba el lugar donde había estado su pueblo. Perdiendo la razón, comenzó a recorrer los bordes llamando a sus paisanos. Pronto, sus gritos se cambiaron en los de Roshao, ese pajarito acuático que recorre incansablemente el borde del agua lanzando sus notas melodiosas. Finalmente, su cuerpo también se metamorfoseó en Roshao.



20. El Hombre y la Mujer de Greda

Ahora les voy a contar la historia de un hombre que tenía una pasión extraña: le gustaba confeccionar él mismo cerámica. Como ustedes saben, entre nosotros los Cashinahua, ese es un trabajo exclusivo de mujeres. También se dice que hilaba y tejía y que no deseaba dejar a nadie el cuidado de cocinar sus alimentos.

Un día, encontró excelente arcilla cerca del río. Preparó una gran bola de greda y se prometió regresar al día siguiente para llevarla al pueblo, donde haría hermosas vasijas.

Al día siguiente, cuando regresó para llevarse la greda, cuál no sería su sorpresa al ver que una extraordinaria joven estaba ocupada haciendo ollas. Él la apostrofó bastante rudamente:

—"¿Qué haces aquí?"

—"Ya lo ves. Estoy haciendo ollas con arcilla".

—"Esa arcilla es mía. ¡Déjala!"

—"¡Ah!, ¿esta arcilla es tuya? Entonces, yo también soy tuya. Déjame hacer vasijas para ti".

—"De ningún modo. Las vasijas me las hago yo mismo. ¡Vete!"

—"¡No me iré, porque soy tuya!"

—"¿Qué historias son estas? ¡No eres mía! Lo único mío es esta greda".

—"Justamente", replicó ella. "Soy Greda".

Y para que le creyese, ante sus ojos, ella se metamorfoseó en arcilla y luego recobró su forma humana. De golpe, el hombre quedó deslumbrado. La tomó de la mano y la llevó al pueblo. Vivieron como marido y mujer. Ella le hacía las ollas de barro, tejía sus hamacas y le tenía siempre guardados alimentos que preparaba. Él se convirtió en el mejor de los esposos, cazando para ella, cultivándole una rica *chacra*.

Ya se habrán dado cuenta ustedes que la llegada de la joven causó sensación. Las lenguas no tenían sosiego. Se preguntaban quién era, de dónde venía. Todos admiraban su extraordinaria belleza.

Sin embargo, los jóvenes esposos observaban siempre la más grande discreción concerniente a su encuentro. Nadie conoció jamás la llave del misterio.

Grandes eran también los deseos que despertaba la joven desconocida. Pero era fiel y no parecía querer acceder a ninguna solicitud. Un día, sin embargo, un compañero del marido de la Mujer de Arcilla, vino a buscarlo. Le confesó que deseaba con locura a su mujer. Enseguida, como él estaba casado con una joven también muy hermosa, le propuso así sencillamente, hacer cambio de esposas. "Tú tomas la mía, yo la tuya y asunto concluido".

Se fue feliz y a partir de entonces, pudo vivir con la Mujer de Greda. No es de dudar que ella, en la intimidad de la hamaca, lo hubiese puesto al corriente de su origen.

En efecto, esa mujer requería cuidados especiales. No podía absolutamente mojarse demasiado bajo pena de diluirse, ¡estaba hecha de arcilla no cocida! Tampoco pasaba jamás un riachuelo a pie: había que hacerle un pequeño puente. Así mismo, debía cuidarse de la lluvia; si la mojaba, se derretiría.

Un día, como hacía un bonito tiempo, el nuevo marido decidió llevar a su mujer de arcilla a *mitayar*. Hacia el mediodía escuchó, de repente, entre el follaje, el tumulto significativo de una bandada de monos.

—"Espérame aquí" le dijo. "Me voy a perseguirlos".

—"No tardes demasiado", le rogó ella.

Pero ya él había partido a la carrera, llevado por la pasión de la caza. Ella, veía con malos ojos el horizonte que comenzaba a cubrirse con espesas nubes negras.

El hombre persiguió su tropa de monos mucho más lejos de lo que pensó que podían arrastrarlo. De improviso, escuchó el fragor de la lluvia que caía.

—"Me fui sin haberle siquiera construido un refugio", pensaba él lleno de remordimiento y de inquietud.

Regresó a todo correr, mientras un verdadero diluvio se abatía sobre él.

Cuando llegó a la *roza* donde había dejado a su mujer, no la encontró. Al pie de un árbol donde ella confió encontrar amparo vio solo un feo charco de barro líquido. Loco de pena, el hombre regresó al pueblo.

Lloró mucho tiempo. Después comenzó a probar todas las molestias de quien no tiene mujer. Se fue entonces donde su compañero, el que había traído a la mujer de arcilla.

—"Amigo", le dijo, "vengo para que me devuelvas la mujer que te presté".

—"¡Ah, no! ¡De ningún modo!", replicó el otro. "Hicimos un cambio. No es mi culpa si no tuviste cuidado con la que te di. ¡Tanto peor para ti!"

Y cuentan que esa noche, el viudo de la Mujer de Greda regresó triste a su casa. Abatido, empezó a rebuscar entre las cosas de la muerta. Descubrió vestidos de ella; también una muñeca de palo con la que ella jugaba hasta hacía poco. Vistió a la muñeca con las ropas de la esposa desaparecida, se acostó con ella en su hamaca, y se durmió arrullándola...

21. Ishyan, el Hombre-Pez

Había una vez un hombre llamado Ishyan que, por sobre todas las cosas, amaba anzuelear.

Un día, dedicado a su pasión, lo sorprendió una lluvia torrencial. Esto no molestó a nuestro hombre: siguió pescando como si nada. Tiempo después, la creciente se hizo sentir. Las aguas al subir, empezaron a inundar los pies del pescador. Él, completamente absorto en su pesca, no movió ni un dedito.

También permaneció imperturbable cuando el agua le llegó a los muslos, a la cintura... al pecho, ¡al cuello! Ustedes piensan que se iba a mover y ponerse a salvo cuando el agua le llegase a la boca y a la nariz. Pues, no. ¡No hizo un solo gesto! La creciente llegó a sus ojos; los sumergió. Pronto su cabeza también desapareció bajo el agua. Entonces, el pescador se transformó en pez.

Al cesar la lluvia, sus paisanos se fueron a buscarlo: en vano. Ni la menor huella de Ishyan por ningún lado. Habían renunciado a volverlo a ver, cuando un día, uno de sus antiguos compañeros, llegando en canoa, vio un pez que se doraba al sol, allí, a escasa profundidad, sobre una piedra chata. Al aproximarse, la sorpresa casi lo hace caer de la canoa: ¡el pez cantaba, y en él reconoció a Ishyan, el pescador perdido! Quiso acercarse más; pero el pez se escapó hacia un pozo hondísimo y desapareció.

El hombre guió su canoa sobre ese lugar y se agachó por encima de la borda. No vio nada, las aguas estaban turbias. Sin embargo, bajo el agua, escuchó ladridos de perro, llamados de bocina, gritos de niños: en una palabra, todo el bullicioso tumulto cotidiano de un pueblo. El hombre tomó señas del lugar a fin de reencontrarlo. Enseguida, surcó rápidamente hasta el pueblo y a todos comunicó lo que acababa de ver.

La persona que más se alegró con la nueva fue, evidentemente, la esposa de Ishyan. Al desaparecer su marido estaba sufriendo escasez. No estuvo tranquila hasta cuando la llevaron a los dominios del pueblo de los peces. Llegada allí, se inclinó sobre el borde de la canoa y empezó a llamar a su marido.

—"Sí, mujer, estoy aquí", se escuchó enseguida decir a una voz que provenía del fondo.

—"¿Qué haces allí, entre los pescados, mientras tus hijos y yo hemos quedado pasando necesidad?"

Ishyan, haciéndose el remolón dijo que se encontraba muy bien allí donde estaba con toda su familia: sus tíos, sobrinos, abuelos, nietos. Que no tenía ganas de volver a tierra; que ella podía pasarse sin él. Pero su mujer no cejaba en insistir para que saliese. Terminó, entonces, aceptando ir a visitarla con el pretexto de presentarle a su nueva familia.

—"Vete a preparar comida para todos nosotros", dijo. "Cuando todo esté listo, iremos toda mi familia y yo a visitarlos".

La mujer regresó a su casa, reunió todos los alimentos que pudo, los cocinó y preparó. Cuando todo estuvo listo, esperó. Esperó en vano. Ishyan no apareció ni hizo más eco a sus llamados.

Pasó algún tiempo. El mayor de los hijos terrestres de Ishyan, empujado por la necesidad, intentó —a pesar de su tierna edad— hacer *chacra*. El esfuerzo era demasiado grande para él. No consiguió nada. Entonces su madre decidió visitar nuevamente a su esposo fugitivo. Que apareciese por lo menos para ir a ayudar al hijo a preparar una *chacra* que los alimentase durante bastante tiempo.

—"Bueno iremos", respondió él. "Anda a preparar alimentos para todo el mundo. Iré con todos mis nuevos paisanos y entre todos lograremos la *chacra* antes del anochecer".

Hizo lo que le dijo. Pronto tuvo la satisfacción de verlo salir del agua bajo forma humana. Pero detrás de él, ¡qué gentío! En filas cerradas, todos los peces del río empezaron a salir del agua. La plaza del pueblo enseguida quedó repleta, ¡y los peces no terminaban de salir del río! Nerviosa, la mujer de Ishyan se puso a gritar:

—"¿Qué quiere toda esta gente? ¿Qué vienen a hacer aquí? ¡No quiero verlos! ¡Qué se vayan!"

Ante ese recibimiento, los peces, en silencio, dieron marcha atrás y se echaron al agua.

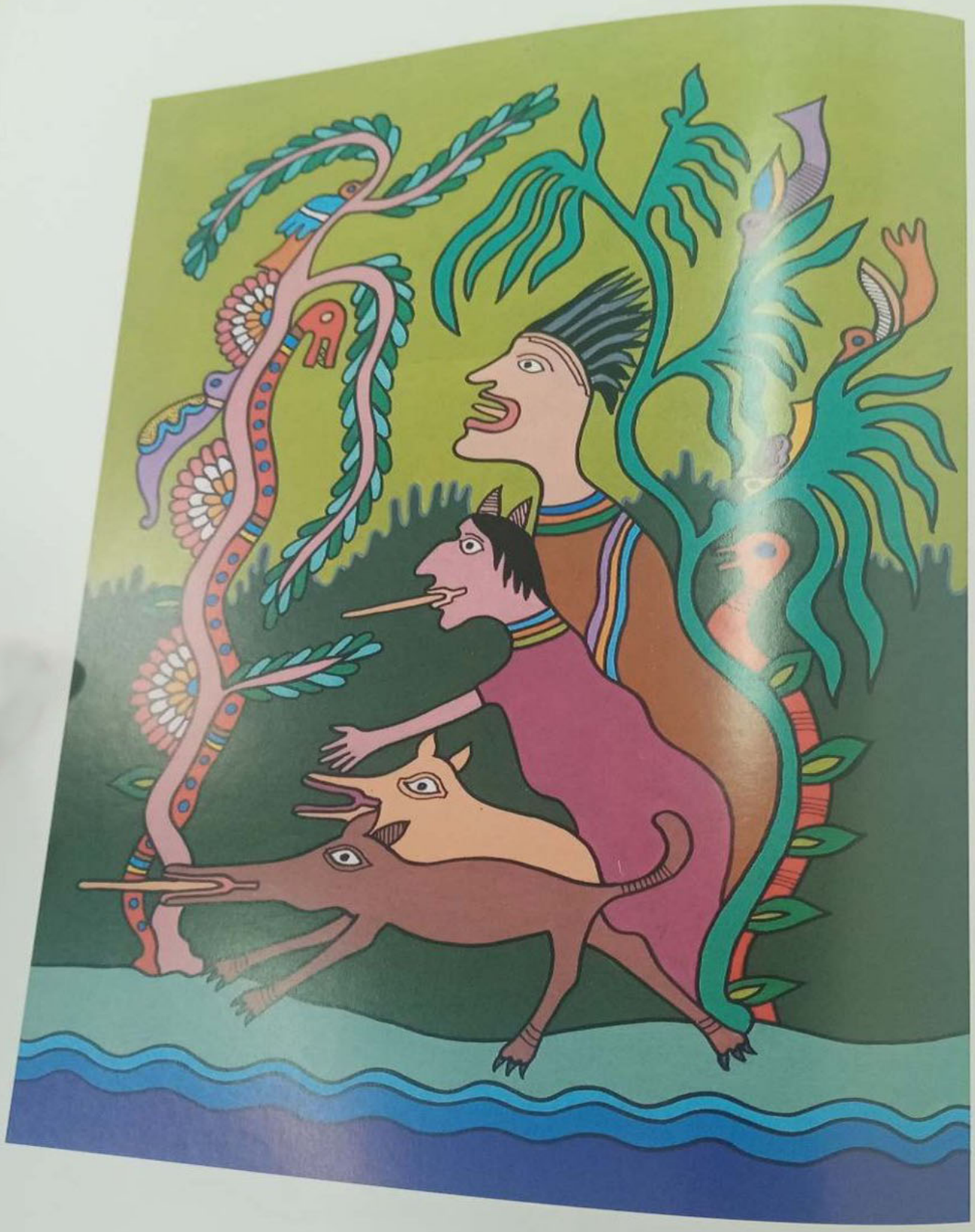
Ishyan se molestó muchísimo con su mujer.

—"He venido a ayudarlos, acompañado por todos mis paisanos", le dijo, "pero con tu grosería los has hecho huir. Por eso, yo también me voy".

—"¡No! ¡No te vayas!", gritó ella. Y se arrojó sobre su marido, aferrándose a él; hizo lo imposible para que él no pudiese alejarse de ella.

—"Déjame", gruñía Ishyan, torciendo todo el cuerpo al tratar de escapar del ajustado abrazo de su mujer.

No había acabado su gesto cuando se transformó en tábano y desapareció rápidamente en el aire. A Ishyan hombre no se le vio nunca más. Pero a los tábanos sí; y es una lástima que nacieran así, por la anécdota que acabamos de contar, porque los tábanos son unos bichitos bien fregados y que pican duro, ¿no?



22. El cazador sediento transfomado en Hormiguero

Hubo una vez un hombre llamado Nawa Hëma. Había salido con sus paisanos a *mitayar* por varios días. Esa tarde, todos estaban ocupados en despresar las muchas piezas que habían cobrado, las ahumarían durante la noche. Todos se disponían a terminar antes de la puesta del sol. Nawa Hëma trabajaba más que ninguno: una sed insufrible lo acosaba y la botella de *paca* de su padre, quien maniobraba junto a él, estaba vacía. Por eso, aceleraba su trabajo a fin de terminar cuanto antes para poder ir a beber a su gusto en el río. A ese ritmo, fue el primero en acabar. Se acercó donde su cuñado y le pidió agua; pero tampoco tenía, y seguía despresando.

—"Apúrate en terminar. Iremos juntos al río a bañamos y beber hasta saciarnos" le dijo.

Pero a su cuñado aún le faltaba bastante. Entonces Nawa Hëma miró en las botellas de los demás... ¡ni una sola gotita de agua! Parecía hecho a propósito.

—"Realmente me muero de sed", dijo a sus compañeros. "Me adelantaré sin esperarlos. Nos encontraremos en el río cuando ustedes acaben".

Y descendió a todo correr hacia el río, tanto lo atenazaba la sed.

Ya en la orilla, quedó mudo, sobrecogido: ¡nada de agua! ¡completamente seco el río!

—"¡No es posible!", balbuceó.

Y echó a correr río arriba, pensando que el agua estaría allí. ¡Nada! Nuevamente descendió corriendo, en persecución del agua, pasando como una exhalación por el punto de partida. Río abajo, nada. Siempre nada. ¡Solo el cauce seco del río! Bien pronto empezó a disminuir la velocidad; su caminar parecía el de un beodo. Ebrio estaba en efecto, pero de sed y de fatiga. De repente, cayó de rodillas y de manos. Inmediatamente, su nariz comenzó a alargarse mientras su espalda echaba durísimos pelos y le crecía una cola larga y tupida.

Cuando concluyó su transformación en Hormiguero, no pensó más en el agua. Torció hacia el bosque y al encontrar un caserón de

hormigas repleto, se puso a escarbarlo con delicia, desgarrándolo con sus potentes garfios alargados.

Apenas sus compañeros acabaron su trabajo, se dirigieron al río, bebieron y se bañaron. Porque he aquí el prodigio: ¡únicamente en el sitio donde se encontraba Nawa Hëma, el río se mostraba seco!

Se inquietaron mucho al no encontrarlo. Al día siguiente se dieron en buscarlo. La lectura de sus huellas les hizo comprender que su paisano se había transformado en Hormiguero. Y nunca más nadie lo vio.

23. La suegra que, de pesar, se transformó en *Carachupa*

Tener una suegra es una cosa. Ahora, tener una suegra desdentada es otra... puede provocar situaciones bien mortificantes, como lo va a demostrar este cuento.

Un hombre, pues, tenía una suegra bien viejecita, a la que no le quedaba un solo diente. Esto era bien cargante porque toda vez que su yerno sembraba una *chacra* de maíz, la viejecilla vivía pendiente del momento en que las mazorcas se llenasen con granos de leche, deliciosamente tiernos y casi líquidos, ideales para su boca donde no quedaba ya un solo diente.

Entonces, voraz en su apetito nunca satisfecho, arrasaba con el sembrío. De esta suerte, el yerno se encontraba siempre sin maíz maduro y —lo que era peor todavía— en el penoso trance de mendigar continuamente nuevos granos donde sus familiares para poder resembrar maíz.

Sin embargo, un día la paciencia se le agotó. Poniéndose de acuerdo con su mujer, decidieron sembrar esta vez, un campo de maíz solo para ellos dos. Por fin podrían comer maíz en su punto debido y guardar semillas. Pero ¡qué poco conocían la sagacidad de la suegra! No en vano había vivido tanto tiempo; no se la podía burlar tan fácilmente. En efecto, inmediatamente supo que había pedido semillas a un pariente y eso significaba ¡una nueva *chacra* de maíz! Él no pudo negar el hecho. Desesperado, resolvió entonces engañarla, mintiéndole cuando le preguntara por el estado de crecimiento de las plantas.

El maíz ya estaba de buena altura y comenzaba a florecer. Su suegra, con su hambre impaciente, le preguntó:

—"Yerno, ¿ya brotó el maíz?"

—"No. Apenas acaba de germinar", le hizo decir a su esposa. Cuando las mazorcas tiernas se hubieron cargado de granos lechosos, que apasionaban a la vieja, él le hizo creer:

—"Está por brotar".

Por último, las mazorcas maduraron y las plantas empezaron a secarse, ¡al fin iban a cosechar su propio verdadero maíz!

Esa noche, la suegra, extrañada por la excesiva demora, preguntó vivamente a su yerno cómo andaba la cosa, y cuándo podría ir a la *chacra* para darse un atracón a su regalado gusto, según su costumbre.

—"Todavía algunos días de paciencia, suegra". La horrible viejecilla rió a toda encía pensando en el suculento festín que no tardaría en proporcionarse. Soñó con esto toda la noche. ¡Su estómago irradiaba bienestar por adelantado!

Al día siguiente, se sintió tan robustecida que empuñó su bastón y se encaminó hacia la *chacra*, a paso tan vivo como se lo permitían sus años. Quería constatar con sus propios ojos la aparición de las mazorcas. Y ¿quién sabe? de repente podría descubrir alguna que le sirviera de entremés mientras esperaba las otras, ya con conocimiento de causa.

Su hija y su yerno estaban en la *chacra*, ocupados en cosechar maíz de granos duros. De una sola ojeada, la vieja desdentada vio cómo y cuánto había sido engañada. Concibió una cólera sin límites contra su yerno y su hija, cómplice de sus mentiras. Rechazó todo consuelo y toda compensación; se negó a regresar a casa con ellos y se quedó en el campo llorando amargamente.

Deshecha en llanto, rasguñaba el suelo con la punta de su bastón. A fin de marcar mejor su cólera y su aflicción, se había recubierto la cabeza y la espalda con la pampanilla que había traído para encerrar una eventual primera cosecha de *choclo* tierno.

Cuando cayó la noche se puso en marcha, siempre raspando la tierra delante de ella. La pampanilla que llevaba sobre el dorso, gradualmente se transformó en caparazón y ella se convirtió en *Carachupa*. ¿Saben? son esos extraños animales de aspecto envejecido que constantemente escarban el suelo para descubrir gusanos tiernos y deglutirlos en su rara boca desdentada. Al día siguiente, su yerno y su hija, inquietos por no haberla visto regresar, fueron en su búsqueda. Siguieron las huellas y comprendieron que la suegra, enconada contra ellos, se había transformado en *Carachupa*. Incluso descubrieron la madriguera que se había hecho en el bosque, no lejos de allí.

H

24. El cazador obstinado que se transformó casi completamente en *Huangana*

Había una vez un cazador encarnizado. Un día, muy de mañanita, salió al bosque. Caminó hasta bien entrado el mediodía y nada; nada conveniente se había puesto a tiro de sus flechas. Regresó al pueblo, inmensamente abatido. Cuando llegó, su decepción fue mayor: lo encontró literalmente lleno de carne. En efecto, mientras él recorría en vano las trochas del bosque, una enorme manada de *huanganas* había venido a extraviarse en pleno poblado. No hubo un hombre, aún entre los torpes y los viejitos, que no hubiese matado por lo menos una.

Eran, cuando llegó, eso de las cuatro de la tarde. Gruñendo contra su mala suerte, el hombre reempuñó enseguida sus armas y se fue, sin esperar más, sobre las huellas de las *huanganas* sobrevivientes. No se diría ya que él había sido el único en no tener carne ese día. Desoyó a su mujer cuando le suplicaba no volver a partir, o por lo menos, no sin tomar una colación antes de volver al bosque: a grandes zancadas ya se alejaba por la trocha.

Al atardecer dio con las *huanganas*, agrupadas en un pequeño claro para pasar la noche. Decidió que era muy difícil atacarlas a esa hora, cuando la oscuridad ya había invadido la espesura; prefería esperar la mañana. Se hizo entonces un *masaputo* y se aprestó a descansar. Pero el sueño no llegaba. Su espíritu estaba demasiado concentrado en la caza que perseguía. Sus oídos hervían con los gruñidos de las *huanganas*, tan cercanas. Sin embargo, acabó adormeciéndose. O más bien, cayó en un letargo acompañado de cierta embriaguez: su espíritu se nublaba y sus sentidos se alteraban. Los gritos de las *huanganas*, cada vez más claramente, le parecían que empezaban a tener sentido. No; no era sino una ilusión en el sopor del ensueño... pero ahora... sí... comprendía distintamente:

—"¿A quién más han flechado?"

—"A Tal y Cual".

—"Y a ti, ¿dónde te dieron?"

—"¡Oh! En mi muslo, ¡en mi pobre muslo que me duele tanto! Feliz de mí que pude desembarazarme de la flecha".

—"Vamos a buscar remedios para curar a todos los heridos".

Desde su refugio de ramas, el cazador vio entonces acercarse a dos hombres en la oscuridad. A cierta distancia de él se detuvieron, olfateando el aire del bosque.

—"¿Qué es lo que apesta cerca de aquí?", se preguntaron. Luego, guiándose por su olfato, descubrieron muy pronto el *masaputo* del cazador y su presencia en el interior.

—"Oye amigo, ¿qué haces allí?"

El cazador les explicó todo lo que ya sabemos y cómo esperaba la mañana para ir a matar a las *huanganas* que pasaban la noche no lejos de allí.

—"Justamente —dijeron los hombres— nosotros somos *huanganas*. Habíamos salido de nuestro campamento para buscar plantas medicinales a fin de curar a todos los heridos por los hombres".

Llevaron con ellos al hombre y lo mostraron al jefe. Muchos se inclinaban a que lo matasen; los hombres habían hecho suficiente daño a las *huanganas* ese día. Sin embargo, una joven, conmovida por la belleza del cazador, lo reivindicó como esposo. La familia se reunió; interrogaron al hombre: ¿estaba casado?, ¿tenía hijos, aun fuera del matrimonio? A todo ello el cazador respondía que no. Solamente entonces todos se declararon satisfechos del arreglo. Lo casaron con la muchacha-*huangana* y decidieron que a partir de ese instante, se uniera a la manada y no la dejara nunca más.

Al día siguiente todas las *huanganas* retomaron forma de jabalí. El hombre estaba como en un sueño: entendía todo lo que las *huanganas* decían pero su cuerpo había permanecido humano. Y en verdad era un extraño espectáculo ver la manada de *huanganas*, gruñendo y galopando en cuatro patas, y en medio de ellos, a un hombre erguido que los acompañaba. Ya se había acostumbrado al alimento de sus nuevos congéneres: roía las frutas y raíces, aspiraba gordos gusanos de tierra; se revolcaba con los demás en el fango de los pantanos.

El día después de su partida, los familiares del hombre comenzaron a inquietarse por su ausencia. Unos fueron en su búsqueda y descubrieron el *masaputo* donde quiso dormir.

—"¡Ah!", dijeron, "aquí es donde alcanzó a las *huanganas*".

No obstante, el análisis de las huellas en la *roza* los desconcertó: ¡las huellas de *huangana* recubrían las de hombre!

—"¡Qué horror!", exclamaron. "Las *huanganas* deben haberlo sorprendido, atacado y comido".

Ustedes sabrán que en manada, las *huanganas* son muy peligrosas para el cazador. Hasta el *tigre* evita enfrentarlas cara a cara: ¡esas decenas y a veces centenas de hocicos amenazadores lo despedazarían!

Los compañeros del cazador regresaron con la cabeza baja para anunciar la mala nueva en el pueblo. Todos se entristecieron mucho, en especial la esposa del cazador obstinado.

El tiempo pasó y comenzaron a olvidar el incidente. Un buen día, un cazador del pueblo descubrió en el bosque huellas de una manada de *huanganas*. Para su sorpresa, constató que huellas de hombre se entremezclaban con las de los animales. Suponiendo bien que esos eran el rastro de su amigo desaparecido, corrió hasta el pueblo en busca de ayuda para salir en persecución de las *huanganas*. ¡Mala suerte! Cuando regresaron, ya los animales se habían alejado.

Y siempre el hombre acompañaba a sus nuevos congéneres. Ahora estaba casi perfectamente acostumbrado a ellos. Cada mañana su cuerpo amanecía un poco más curvado. Pronto andaría como ellos, en cuatro patas. Su nuca, su espalda y su pecho estaban ya recubiertos de un espeso pelambre de cerdas apretadas y rojizas.

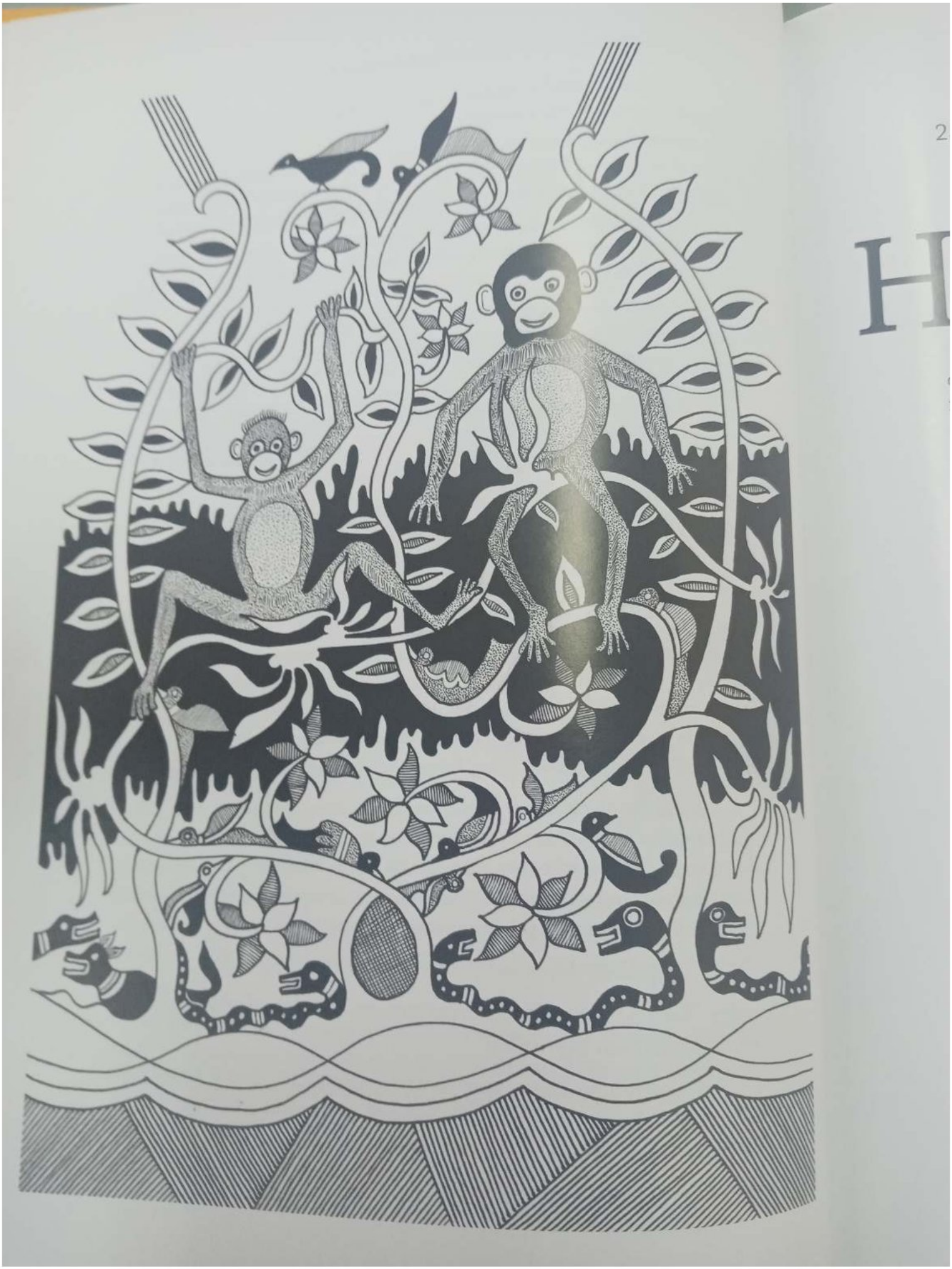
Después de cierto tiempo, otro cazador reencontró las huellas de las *huanganas*. Y esta vez, los hombres se mostraron más rápidos y decididos que la primera vez. Todos juntos, lograron cercar a la manada y atacarla por sorpresa. Desconcertados, las *huanganas* huyeron en todas direcciones. Fue un verdadero sálvese quien pueda.

No habiendo culminado su transformación, el hombre-*huangana* que corría completamente curvado, no tenía la agilidad de las *huanganas* de cuatro patas. Por ello no pudo escapar, y sus antiguos paisanos no tuvieron mucho trabajo para atraparlo e inmovilizarlo. Daba gritos espantosos de *huangana* pero se le entendía:

—"¡Déjenme, déjenme! ¡Quiero unirme a mis paisanos!"

—"Pero si nosotros somos tus paisanos", procuraban persuadirlo los que lo habían capturado.

Así cautivo tuvieron que llevarlo al pueblo. Tanto los brujos como todos los conocedores de hierbas y plantas, y los que sabían viajar en espíritu sin ayuda de remedios sufrieron para volverlo progresivamente en sí. De tardar un poco más la intervención de sus compañeros, ¡se hubiera transformado en *huangana* para siempre!



2

H

25. Los cuatro desertores que quisieron volverse Monos

He aquí la historia de cuatro buenos amigos. Todos los cuatro estaban casados; pero encontraban mayor placer estando juntos que al lado de sus mujeres.

Apenas podían, se escapaban al bosque a *mitayar*. En lugar de aplicarse y regresar buenas piezas a la casa, por el contrario, furtivamente llevaban *yuca*, maíz, camote... y se preparaban de comer en el fondo del bosque. Allí degustaban juntos lo que habían cazado. ¡Con las justas traían algunas presas para sus esposas!

Uno de sus temas de conversación eran, precisamente, sus esposas. Se las comían vivas: esas mujeres no valían nada; no sabían sino parlotear todo el día con sus vecinas, olvidando los deberes de su fogón, y ¡si solo hubiese sido eso nomás! Todavía debían soportar que esas inútiles los engañaran, ¡y con cualquiera!

Un día decidieron haber vivido ya demasiado en esa forma. Entonces rompieron sus arcos y sus flechas, arrancaron el cinturón al que los hombres amarran su pene y después, abandonando su fuego, se internaron en la espesura del bosque. ¡Se habían propuesto volverse monos!

Aprendieron a saltar en los árboles con agilidad, a pasarse sin armas y sin fuego, a vivir de frutas crudas del bosque.

Sus cabellos crecieron progresivamente y los llevaban tan largos como el de las mujeres. Al lanzarse entre las ramas habían adquirido la costumbre de imitar los chillidos de los monos. En cuanto a las palabras de los hombres, hacían todo lo posible por olvidarlas. Nunca más hablaron entre ellos. Cuando debían verdaderamente comunicarse algo, lo hacían mediante gestos.

Para gozar de paz, se establecieron muy lejos de su antiguo pueblo, en un lugar donde pensaron estar a salvo de intrusos importunadores. Sin embargo un día, uno de sus antiguos compañeros, cazador particularmente aventurero, llegó hasta el sitio aislado que frecuentaban. Escuchando los gritos de mono, se lanzó en su persecución... y quedó boquiabierto al constatar que los monos tras los que corría ¡eran simplemente sus cuatro paisanos desaparecidos meses atrás!

A todo correr volvió al pueblo y anunció la nueva. Inmediatamente, un grupo de hombres emprendió el camino, esperanzados en regresar a esos cuatro a la comunidad.

Les tomó mucho tiempo encontrarlos. Cuando los ubicaron, los hombres rodearon el árbol donde los cuatro falsos monos se habían agazapado a fin de pasar inadvertidos.

—"¡Ea!, ¿qué hacen allí? ¡Bajen!", los llamaron desde el pie del árbol.

Solo el silencio respondió.

En la noche, pensando escapar del sitio, los cuatro fugitivos saltaron rápidamente al suelo e intentaron huir. Pero los cazadores habían permanecido vigilantes y los atraparon.

Los desertores se debatían:

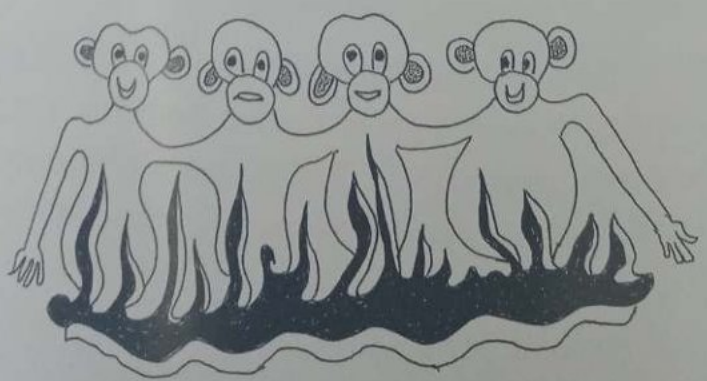
—"¡Déjennos!, ¡déjennos ir donde queremos!, ¡no es asunto suyo!"

—"Vaya. Sí, es asunto nuestro, ¡queremos saber por qué demonios están huyendo así! ¡Hacen falta en el pueblo y sus mujeres los lloran!"

—"Nuestras mujeres! ¡Nuestras mujercitas tienen a todos sus amantes pegados a sus faldas. Que vivan con ellos. Nosotros estamos hartos de vivir maltratados por nuestras esposas. Por eso queremos vivir como animales".

Ningún argumento pudo convencerlos. Tuvieron que prenderlos a la fuerza y arrastrarlos hasta el pueblo. Allí, los curaron; les vaciaron en los ojos un remedio destinado a cambiarles el curso de su alma, tal como lo hacemos para domesticar a un animal. A la larga, reencontraron el sentido común y reiniciaron su vida familiar.

Se salvaron por un pelo: un poco más y esos cuatro se hubiesen transformado en monos... ¡irremediablemente!



26. Historia de monos: la *Maquisapa* y el *Coto*

Un día, Iso, la *Maquisapa* o Mono Araña, vino a buscar a Ro, el Mono *Coto* o Aullador. Le envidiaba su agilidad en saltar de rama en rama sosteniéndose con una sola mano.

—"Ro, amigo, dame tu secreto", rogó la *Maquisapa*.

El Mono *Coto* se alzaba de hombros. Pero después de pensarlo mejor, decidió aprovechar la ocasión para burlarse del suplicante Iso. Llamándolo, muy grave le dijo mientras le enseñaba el dorso de su mano con el pulgar escondido detrás de la palma:

—"Mi secreto, querido amigo, es que mi mano tiene solo cuatro dedos; como ves, carece de pulgar. Por eso soy tan ágil".

—"¡Oh!", se asombró la *Maquisapa*. "¿Y cómo podré hacer?"

—"Toma un cuchillo y córtate el pulgar: serás tan rápido como yo. Si quieres, te puedo hacer el favor de cortártelo yo mismo.

¡Y lo hizo! Naturalmente, apenas mutiló al crédulo mono, abrió completamente su mano de cinco dedos y se la mostró.

—"¡Te la hice, te la hice!", le repetía una y otra vez mientras huía desternillándose de risa.

El pobre Iso se fue con sus manos ensangrentadas.

Pasó el tiempo y Ro supuso que la *Maquisapa* ya no le guardaría rencor. Por otra parte, le envidiaba, a su vez, los gritos tan hermosos que no cesaba de emitir. Deseando emular esa habilidad que le encantaba, decidió buscar al cantor Iso.

— "Iso, te lo ruego, dame el secreto que tienes para aullar tan lindo".

— "¡Ah!, es muy fácil", replicó Iso. "Tengo en la garganta dos grandes nueces como estas (hizo ver dos enormes a Ro). Ellas me permiten lanzar gritos tan armoniosos. Si deseas poder hacer lo mismo, traga estas dos nueces.

Sin desconfianza, Ro realizó el asunto. Pero, ¡desdichado de él! Las dos nueces quedaron encalladas en su garganta, dándole a su dueño

un perfil grotesco que hizo reír con ganas a la *Maquisapa*, y ella, por fin, pudo saborear su venganza.

Desde entonces, las *Maquisapas* son habilísimas, sirviéndose de sus largos brazos, para cruzar de rama en rama, pero no tienen sino cuatro dedos: están desprovistas de pulgar.

También desde aquella época, los Cotos tienen en su grueso cuello dos bolas óseas huecas que son las cajas de resonancia de sus gritos que los han hecho famosos en toda la Selva. Y por eso se le conoce con el nombre de Mono-Aullador.

27. De có

A lguie
los B

Cuar
primeras
la carroi
numero
en la ta

Ent
dan la b
Esos se
Por ell
nariz c
las pec

D
exasp
detall

C
impe
al ani
dura
el de
hem
sus
Buit
hab
reci
car

des
dar
po

27. De cómo las Avispas son las mensajeras de los Buitres

Alguien me preguntó por qué las Avispas son las mensajeras* de los Buitres, *Gallinazos* y Cóndores. He aquí la explicación.

Cuando un animal muere en el bosque, las Avispas son las primeras en lanzarse sobre él. Con sus dientecitos acerados desgarran la carroña y llevan pequeños trocitos a sus avisperos. Pero, aunque numerosas y encarnizadas, pronto constatan que ni se abastecerán en la tarea ni podrán transportar ellas solas toda esa carroña.

Entonces, se dirigen a la guarida de los Buitres más cercanos y les dan la buena nueva. Sin embargo, los Buitres no suelen ser crédulos. Esos señores quieren pruebas; sin ellas no se toman vanas molestias. Por ello, las avispitas vomitan un poco de sangre de la carroña bajo la nariz de los Buitres. Convencidos, se desplazan, por fin, y ayudan a las pequeñas en la tarea, desmesurada para ellas, de eliminar carroña.

Debemos creer que la incredulidad y desconfianza de los Buitres exaspera a las Avispas o que estas son bien bromistas. Les voy a detallar el porqué.

Cuando nosotros los hombres matamos una pieza, nada puede impedir que las Avispas se abalancen sobre la herida que infligimos al animal. Mientras lo descuartizamos, se ceban con su sangre y esto dura hasta que ponemos la carne fuera de su alcance. Aquí comienza el desquite de las Avispas. Llevando la sangre de los animales que hemos matado, vuelan hacia el nido de los Buitres y vomitan bajo sus narices un poco de esa sangre. Algunas veces los desconfiados Buitres se huelen el engaño. ¡En efecto, el color de la sangre vomitada habla del tipo de carne que la ha arrojado. La sangre de una bestia recién muerta es clara y anaranjada, mientras que la sangre de carroña es negra.

Sin embargo, a veces la broma tiene éxito. Cuando vemos, después de terminar de despresar la carne, a un grupo de *Gallinazos* dar vueltas, volando sobre el lugar, significa que han sido engañados por sus mensajeras...

---

* Ver cuento 1

28. La generosidad del Sapo que fue ofendido

Había una vez un hombre lo más *yopa* que pueda existir. Era la torpeza y la mala suerte personificadas. Mitayando no era capaz siquiera de ensartar un hongo. Caso perdido.

Sin embargo, reemprendía infatigable el camino del bosque, para regresar siempre infaliblemente vacío. Un día, yendo como de costumbre, escuchó el canto de Mananhëo, el Sapito de las Alturas. El hombre se dirigió al lugar donde cantaba el animalito. Este, al verlo, se calló. ¡El hombre prorrumpió en insultos!

—"Animal feo, con tu ano hacia arriba como una chimenea!", decía.

En verdad, habrán notado ustedes que este Sapo tiene el ano bien alto, casi sobre la espalda.

Habiéndose dado cuenta dónde estaba la madriguera del sapo, el cazador, trató de echarle humo para hacer salir a su ocupante y matarlo. Pero era tan, pero tan *yopa* que, naturalmente, falló una vez más; y nuestro malhadado cazador, se alejó arrastrando sus grandes pies sin dejar de lanzar dicterios contra el sapo.

El animal salió de su hueco, recogió uno de los tizones que el Sinsuerte había encendido delante de su madriguera y se transformó en ser humano. Entonces, se lanzó en persecución de su agresor. Cuando lo alcanzó, el hombre todavía seguía insultando al sapo.

—"Dime amigo", lo interrogó Mananhëo, "¿por qué me insultas en esa forma?"

—"No te insulto", replicó asombrado el Sinsuerte, "solamente refunfuño contra Mananhëo, el Sapo de las Alturas".

—"Es a mí a quien insultas", insistió el hombrecito que llevaba un tizón. "Te voy a hacer probar mi fuego, a ver si te gusta", continuó él. Y asiendo al Sinsuerte por los cabellos, ¡le puso un tizón bajo la nariz! El calor y el humo hicieron llorar al hombre que no lograba desasirse.

Pues bien, todas las lágrimas que derramaba eran toda la Malasuerte y la Inhabilidad del hombre, ¿ven ustedes? y siguió derramando muchas y mucho rato, hasta que el Sapo, por fin, lo soltó.

Enloquecido, cegado por el humo, el hombre se alejó corriendo. Muy pronto, ¡plock! tropezó con una tortuga que pasaba por allí, y cayó extendido cuan largo era. Se levantó, echó a correr, y ¡plam! se enredó los pies con un venado y otra vez aterrizó en el suelo. Así, iba levantándose y cayendo una y otra vez porque siempre se tropezaba y chocaba contra toda clase de animales. Hasta que le volvió el alma al cuerpo.

Mananhëo permanecía allí, viéndolo.

"He escuchado resonar en el bosque, los ecos de las carcajadas y risas que provocan tu torpeza y mala suerte. Esto no puede continuar así. Toma, agarra este tizón y llévalo contigo. Cuando tengas necesidad de *mitayo*, llévalo al bosque, haz tu *masaputo* y deposita el tizón en un árbol vecino. Todos los animales vendrán y no necesitarás sino bajarte para recogerlos".

A partir de ese día, no dejó nunca a los suyos sin carne fresca. Sus paisanos no salían de su asombro al ver la transformación operada en él. Además, estaban intrigadísimos pues siempre iba solo a *mitayar* y no llevaba ni arco ni flechas; únicamente ese trocito de brasa que un día había traído del bosque...

29. La Luciérnaga Encantada

Una tarde, una muchachita se fue al bosque, por la misma razón que tenemos cuando nos agachamos en el bosque amparados por la oscuridad.

Por el camino —pues conviene alejarse del poblado cuando vamos a hacer nuestras necesidades— se topó con unas Luciérnagas que danzaban en la noche su baile luminoso.

—"¡Ah, luciérnagas! ¡qué lindas son", exclamó ella alegremente, contemplándolas un rato antes de proseguir la trocha.

Algún tiempo después, habiéndose aliviado y aseado convenientemente con una tusa que llevó para ese fin, la joven regresó por la trocha que había tomado. Un espléndido muchacho la esperaba, parado, obstruyéndole el paso.

—"¿Quién eres? No te conozco", dijo ella turbada.

—"Soy uno de esos que encontraste hermosos", respondió él.

—"¿Qué? ¿Qué dices? Nunca te he dicho que te encontraba hermoso, sencillamente porque nunca te he visto. Además, lo único que admiro verdaderamente son las Luciérnagas".

—"Precisamente", repuso él. "Soy Kokish, la Luciérnaga. ¡He tomado forma de hombre por ti!"

La joven se quedó deslumbrada. En verdad, el mozo era lindo como una Luciérnaga.

—"Ven conmigo", le rogó ella. "Acompáñame a casa. Te presentaré a mi madre y seré tu mujer".

—"No. No ahora, todavía. Tengo que hacer. Debo ir a cazar", se defendió vagamente el hombre; pero terminó acompañándola sin hacer mayor historia.

Cuando llegaron al límite de la *roza*, la joven pidió a Kokish que la esperase lo suficiente como para ir a prevenir a su madre y volver enseguida. Entonces ella salió corriendo donde su madre.

—"¡Madre, madre! He encontrado a un hombre en el camino y lo he traído conmigo. Es una Luciérnaga que se ha hecho varón por mí. Quiero casarme con él".

—"Pero hija, ¡estás loca!", intentó hacerla razonar su madre.

No hubo nada que hacer. La muchacha se había encaprichado tanto con el joven-luciérnaga que la madre, sintiendo curiosidad, no tuvo más remedio que aceptar lo trajese, para ver cómo era después de todo.

Quedó satisfecha. No bien lo vio, se convenció que nunca encontraría un yerno parecido. ¡Qué fiereza!, ¡qué nobleza de porte!, ¡qué prestancia! Solo ver sus armas ricamente pintadas con *achiote* y *copal*, se adivinaba al destacado cazador.

Enseguida fue bien acogido; pero él no aguardó.

—"Todavía es muy temprano", les dijo (pues para él, Luciérnaga, la noche es el día y viceversa). "Me voy a cazar".

Hacia el comienzo de la tarde, es decir a eso de las tres o cuatro de la madrugada, se lo vio regresar cargado de *mitayo*. La mujer y la suegra se levantaron entonces para prepararle algo de comer.

Les previno que iba a dormir toda la noche, es decir todo el día, y que no debían molestarlo. Solamente debían prepararle su desayuno que tomaría antes de salir a trabajar en la *chacra*.

En efecto, hacia las seis de la tarde se despertó y pasó las horas restantes —toda la noche, hablando en términos humanos— trabajando duramente en la *chacra*. ¡Qué buen yerno! ¡Qué marido perfecto! El truco era habituarse a su horario inusual.

Vivieron felices. Todos los paisanos admiraban la suerte que tenían las dos mujeres: ¡Convertirse la Luciérnaga en Hombre porque deseó ser el esposo de una y yerno de la otra!

Lamentablemente, tanta felicidad no iba a durar toda la vida. En efecto, un día la suegra se levantó de mal genio (¡Esto no es raro en las suegras!). Mientras barría la casa, se encontró estorbada por la hamaca donde su yerno descansaba desde el amanecer hasta el anochecer, como siempre.

—"¡El flojonazo este de mi yerno, que todo el día se pasa roncando en la casa!", refunfuñó para sí.

Sin embargo, rezongó su malhumor en voz bastante perceptible. Por mala suerte, justo en ese instante, Kokish se despertó un ratito

y logró oír el insulto tan injustificado de su suegra. Se encolerizó muchísimo, pero siguió acostado.

Cuando se despertó en la noche, su resentimiento no había disminuido. Lo comunicó a su esposa. Le hizo saber que con eso ya todo se acababa: como su suegra lo trataba tan mal no se quedaría ni un día más. Diciendo esto, emprendió la marcha con paso firme. Desesperada, su mujer se abrazó a él, intentando retenerlo. Al instante, se quedó con los brazos vacíos... ¡Kokish se había vuelto a transformar en Luciérnaga y, punto brillante y fugaz en el aire de la noche, se alejaba irremediablemente para siempre!

30. De la generosidad de la Ardilla y de cómo fue mal recompensada

Un día, hace mucho tiempo, nuestros antepasados se olvidaron de hacer *chacra*. Como dejaron de cultivar, las plantas murieron y el monte invadió la *roza* abandonada. Entonces, tal como vemos hacer a los niños de hoy día, se pusieron a comer tierra; era una tierra especial que traían siempre de más lejos. Cuando sus provisiones empezaban a terminarse, organizaban una nueva expedición y provistos de enormes canastos, se iban a recoger tierra.

Los barrancos que actualmente se ven un poco por toda la selva son recuerdo de las excavaciones de nuestros lejanos antepasados.

Así estaban las cosas cuando, un día, habiéndose ido la mayoría de los habitantes a recoger tierra, una joven mujer advirtió a su madre que iría en busca de agua. Llevando su *tinaja*, salió por la trocha hacia el *pozo*. Era una linda muchacha, a pesar que estaba delgada y pálida, ¡si solo comía tierra! Por eso, siempre tratamos de impedir que nuestros niños lo hagan.

Bueno, pues, la joven se iba hacia la quebrada. De pronto, siguiendo el sendero, pasó debajo de una ardilla que roía alegremente semillas de palmera. Al verla, la joven se sintió despechada y la insultó:

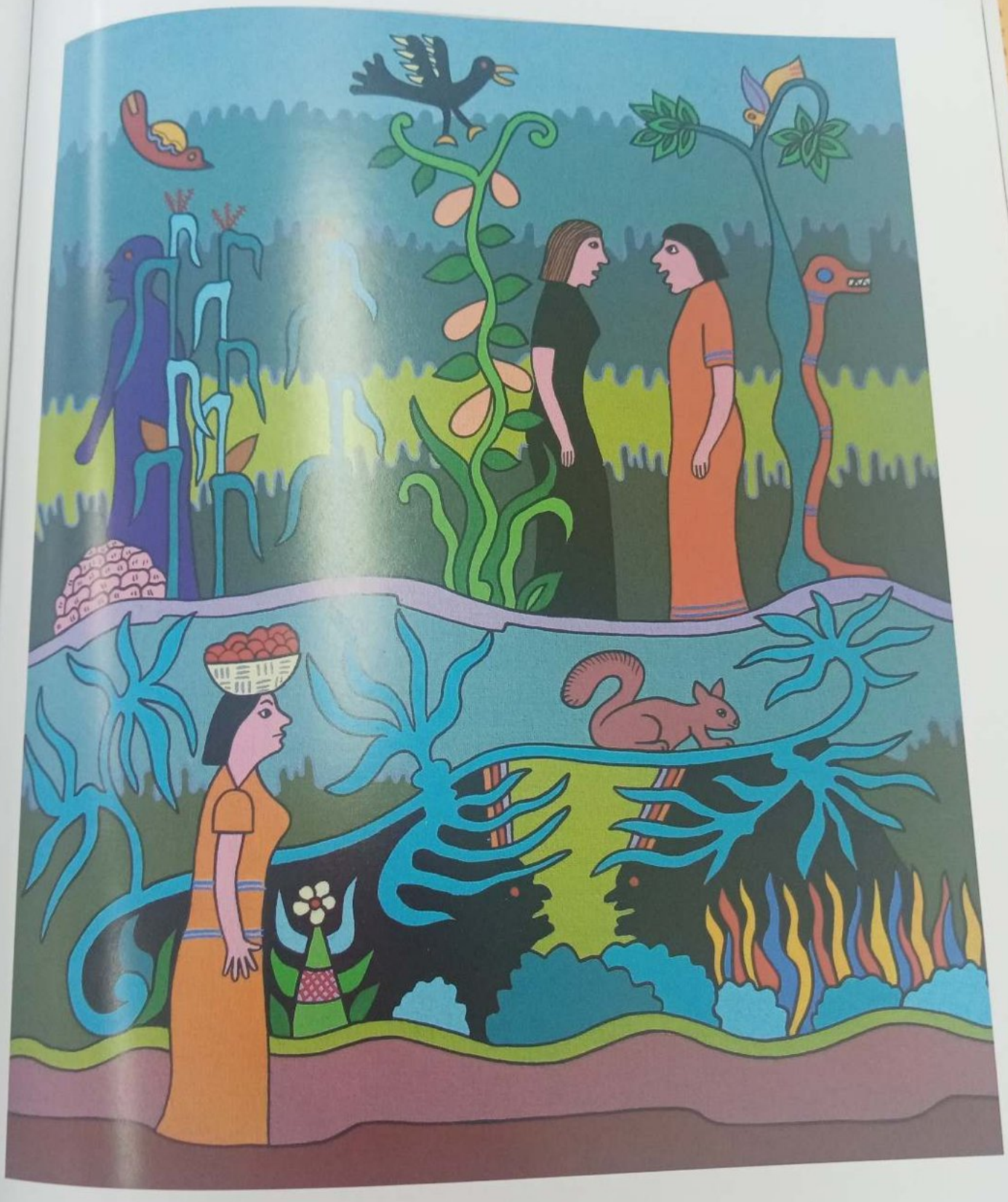
—"¡Animalejo feo, con tu frente chata y tu ridículo color!", masculló. "¡Vete lejos a comer tus semillas de shapaja! Tú te hartas mientras yo, que solo tengo tierra para comer, me muero de hambre". Habiendo expresado así su amargura, continuó su ruta.

La Ardilla, sin dejar de roer la semilla, había fingido no escuchar; pero ni una sola injuria se le había escapado. Apenas vio desaparecer a la muchacha, guardó tranquilamente su bellota de shapaja. Bajó del árbol y adoptó la forma humana. Se transformó en un hombre joven, bajo y pelirrojo pero extraordinariamente hermoso. Plantado en medio del camino, esperó el regreso de la cargadora de agua.

Cuando la chica vio a un hombre, que no conocía, plantado en medio del camino, se asustó.

—"¿Quién eres?", le preguntó.

—"Soy Hoshinkapa, al que acabas de insultar", respondió fríamente la Ardilla.



Pensando que el hombre bromeaba, la joven depositó su *tinaja* y sonrió.

—"¿Cómo podrías ser tú el insultado, si a la ida injurié a una Ardilla que me exasperó royendo una semilla de shapaja?"

—"Precisamente", aclaró el hombre, "estaba comiendo mi maíz y tú me insultaste. ¡Yo soy la Ardilla!"

Hubo un momento de silencio embarazoso. Después, la Ardilla preguntó:

—"¿Por qué comes tierra?"

Entonces, la muchacha le contó lo que ya sabemos. La Ardilla le volvió a preguntar:

—"¿Tienes marido?"

—"Sí", dijo ella, "pero no está en este momento. Se ha ido con los otros a traer tierra".

De repente, ella se asustó:

—"¡Estoy habla que te habla y el tiempo se me pasa! Mi madre me va a gritar". Pero le dolía separarse de ese joven tan simpático.

—"Ven conmigo a mi casa", invitó ella. "Allá podremos seguir charlando. Mi marido no está y mi madre, estoy segura, te hará el mejor recibimiento. ¡Ven!"

La Ardilla que no era sorda ni tonta, replicó:

—"No te conviene estar casada con un incapaz que te da de comer solo tierra", dijo él. "Cásate conmigo. Haré crecer en mi *chacra*, para ti y tu familia, las plantas más suculentas y nunca te faltará nada".

Durante un instante la joven, sorprendida por lo inaudito de la proposición, quedó confundida. Al ratito, levantó la cabeza:

—"¿Por qué no?", respondió.

—"Si es así, entrégate a mí enseguida", replicó la Ardilla. Entonces ella se desnudó e hicieron el amor. Rápidamente, ella se levantó y alzó del suelo su *tinaja*.

—"Mi madre debe estar muerta de inquietud", le dijo. Y se fue corriendo, no sin antes rogar a su amigo que la esperase. Iba a dejar su agua, hablar con su madre y regresaría inmediatamente.

Llegó al pueblo sin aliento:

—"¡Madre, madre, la llamó a gritos. "¡He encontrado a un hombre joven! ¡Es guapísimo! Es un poco bajo y algo pelirrojo, pero ¡es tan buenmozo!... ¡Me voy a casar con él, mamá. ¡Me ha prometido cultivar una *chacra* y darnos todo el producto!", exclamó eufórica.

—"Pero hija, ¡eso no es posible! Ya estás casada, ¿o es que lo has olvidado?"

—"¡Tskt! ¡ese, qué me importa!", respondió ella.

La muchacha entusiasmada y terca, insistió tanto y tan bien, que su madre, vencida y porque nunca supo negarle nada, cedió.

—"Bueno. Trae a ese joven para verlo".

Loca de alegría, la joven corrió al bosque llevando la buena nueva a su amigo. Esta vez, él no puso ninguna dificultad para acompañarla.

Cuando entraron por el claro, causaron sensación. Las paisanas miraban de reojo al hombre-ardilla y murmuraban entre ellas:

—"¿Cómo ha podido conseguírselo? ¡Qué simpático es! ¡Es buenmocísimo!"

Mientras tanto, después de introducirlo a la casa, le ofrecieron una hamaca para que descansase. Hamacándose, con el rabillo del ojo seguía divertido con los ajetreos para preparar *chicha*: no era maíz lo que diluían en agua, ¡era tierra!

—"¡Diablos!", se dijo "¡voy a tener que tragarme eso!"

Educadamente lo hizo. Pensamos que no le disgustó tanto porque, hasta hoy, vemos reunirse a las ardillas en ciertos lugares llamados *collpas* para comer tierra.

Cuando terminó, su suegra se acercó a conversar. Él le contó cómo, por su hija, de Ardilla se había transformado en hombre. Ella a su vez, le hizo saber la desgracia que les había significado el abandono de sus *chacras*. Él prometió arreglar todo. Y esa noche, quedaron muy contentos uno del otro.

Al día siguiente, la Ardilla pidió a su mujer juntar los vestigios de las plantas que antes había producido la *chacra*. Ella encontró *chante* de plátano, algunas tusas, cascarillas de maní, una que otra fibra dura de corazón de *yuca*. Y siguió recogiendo otras vejeces inservibles, casi reducidas a polvo. Solo eso quedaba de lo que una vez, en la época de abundancia, había sido el basural del pueblo.

La mujer llevó todos esos lastimosos restos a su marido. Este, entretanto, había partido hacia bosque y había regresado con dos

briznas de hierba mágica que juntó con las basuras recogidas por su mujer. Ordenó enseguida, a todos, cerrar los ojos y no mirar lo que iba a suceder.

Entonces, comenzó a frotar entre sus manos los vestigios de plantas y a soplar alrededor de él el polvo que despedían. Es por eso que aún hoy vemos a las Ardillas frotar entre sus manos su alimento y soplar para limpiarlo antes de comerlo.

Hoshinkapa comenzó su tarea en las cuatro esquinas de la *roza*, que en otro tiempo fue *chacra* de los hombres. Por último vino a terminar su provisión de restos de plantas soplándola en la casa.

—"Ahora ya pueden abrir los ojos y mirar", dijo a las mujeres.

Y ante sus ojos maravillados apareció una *chacra* ubérrima: matas de plátano de toda clase, se doblaban a punto de desplomarse bajo el peso de racimos en toda etapa de maduración. Los papayos abrigaban entre sus hojas racimos imponentes de frutas, algunas de ellas a punto de estallar ante la presión de su sabroso jugo. El maíz extendía al viento sus hojas delicadas y recreaba los ojos con el espectáculo de sus mazorcas repletas. Ni qué decir de la *yuca*: su aspecto dejaba adivinar raíces opulentas. ¿Y el maní, la *sachapapa*, la *uncucha*, la caña de azúcar y tantas otras plantas? Todas hermosas hasta hacer llorar.

La casa también desbordaba de riquezas: cabezas de plátano, verdes, amarillos, rojos, largos y gruesos, pequeños y grandes, dulces —para comer crudos— y otros desabridos para sancochar, colgaban de las vigas de la casa. Junto a ellos, ¡atados de mazorcas, hileras de caña de azúcar, metros cuadrados de maní seco! Sobre inmensas hojas de plátano, por el suelo, humeaba apetitosa, la *yuca* fresquita recién sancochada. Otras raíces terminaban de asarse en la ceniza, y la *chicha* ya estaba lista en *pates*. ¡Maravillas increíbles!

—"Verdaderamente eres un gran hombre" se maravilló la suegra. "No nos dejes nunca, ¡quédate para siempre con mi hija!".

Cuando todas las mujeres estuvieron recontra saciadas, les dijo:

—"Ahora, vayan al encuentro de los que se fueron por tierra. Dénles la buena nueva. Que dejen sus cargas de tierra y vengan acá lo más rápido posible, para que compartan con nosotros la abundancia".

Inmediatamente, salieron unas mensajeras lanzando voces por el bosque. Así hicieron hasta que un día los hombres, curvados bajo el peso de los canastos de tierra, escucharon los llamados. Entonces, se alarmaron:

—"Nos llaman" dijeron, "¿qué habrá pasado en el pueblo?"

Muy inquietos, empezaron a responder a las voces, guiando hacia ellos a las mujeres mensajeras, que no tardaron en encontrarlos. Ellas los calmaron. Nada malo le había sucedido al pueblo. Todo lo contrario. Les contaron el milagro realizado por la Ardilla. Ante la noticia de la abundancia recobrada, los hombres no cabían en sí de alegría. Sin aguardar más, se precipitaron al pueblo, y abandonaron sus cargas de tierra allí donde las habían depositado. Desde entonces, están allí todavía: son las colinas que vemos a la cabecera de los ríos.

Una vez llegados al pueblo, la alegría y el festejo fueron grandes. Sin embargo, solo uno no participaba de la alegría general: el antiguo marido de la mujer del hombre-ardilla. Al llegar y presentarse ante su suegra, había comprendido que esta lo autorizaba buscar otra mujer, porque la suya, ¡pues bien!, había encontrado al hombre de su vida. Este, tirado en su hamaca, se balanceaba con aire distraído. Por nada salía de allí: no se le veía nunca trabajar. Con las justas salía a *mitayar* de vez en cuando.

Cierto día, la necesidad se hizo sentir nuevamente en la *chacra*. El hombre-ardilla invitó a Roa —el hermano menor de su mujer, un muchacho de más o menos quince años— a acompañarlo.

—"¡Vamos, cuñado!", aceptó Roa.

Y se fueron al monte, buscando el lugar más apropiado para hacer una nueva *chacra*. Hoshinkapa no tardó en dar con un espléndido terreno al borde de una *cocha*.

—"Regresaremos mañana para preparar la *chacra*", dijo a su cuñado.

Al día siguiente, muy de mañana, retomaron la trocha recién abierta hacia la futura *chacra*. La mujer los quiso acompañar, pero Hoshinkapa se opuso rotundamente.

—"Espérame un instante", dijo Hoshinkapa a su cuñado. Y desapareció. Volvió enseguida trayendo una botella mágica: contenía fuego y estaba dotada de una especie de llave que permitía usar la botella como un lanzallamas. Cuando se abría la llave... ¡Ffff!, ¡Ffff!, se escapaba, como una respiración, un chorro incandescente, que servía para prender fuego al terreno antes de tumbar.

Hoshinkapa depositó el misterioso aparato a los pies de su cuñado. En pocas palabras le explicó que se trataba de un útil mágico que guardaba oculto no lejos de allí y que solo un iniciado podía manejarlo. Le recomendó vigilarlo como a la niña de sus ojos y no

tocarlo por ningún caso para evitar accidentes. Él se puso a marcar los límites de la *chacra* y a trazar el contorno, trochando un sendero para delimitar la quema. Luego regresó hacia su cuñado haciendo una nueva trocha por el medio de la futura *chacra*. Al pasar, le hizo las mismas recomendaciones.

—"No lo toques por ningún motivo: ¡podrías quemarte gravemente!", insistió y se volvió a alejar, trazando su diagonal. Iba a comenzar la otra diagonal para terminar de dividir la futura *chacra* en cuatro partes. Ya no se encontraba lejos de su cuñado. En ese instante, inesperadamente, resonó un soplido horrible, seguido del chisporroteo del incendio: Roa, sin poder dominar su curiosidad, ¡había abierto la botella de fuego! Esta, librada a sí misma, recorría la *chacra* haciendo remolinos, quemando todo a su paso. Inmensos árboles envueltos en llamas se desplomaban ruidosamente. El fuego venía directo hacia Hoshinkapa. En un segundo, se transformó en ardilla y ganó a todo correr un altísimo árbol, fuera del perímetro de la *chacra*. Allí, suspendido cabeza abajo, a manera de las ardillas, observó cómo se quemaba la *chacra*.

Cuando el incendio casi se apagó, haciendo un gran rodeo, volvió al lugar donde su cuñado había cometido su imprudencia. Al fin, descubrió lo que de él quedaba: su cuñado estaba completamente calcinado, encogido, retorcido, minimizado, reducido a un trocito de carbón quebradizo, apenas más grande que un ratón! A su costado, permanecía quieta la botella de fuego que había regresado una vez cumplido su trabajo. Ante el triste estado de su cuñado, la Ardilla se lamentó:

—"¡Tanto le recomendé no tocar el aparato!", gemía.

Pero no se trataba de gemir. Volvió por la trocha hacia el bosque, arrancó hierbas mágicas que conocía, sacó el jugo. Regresó donde yacía el minúsculo cadáver y se consagró a curarlo, le destiló el remedio en cada una de sus articulaciones y luego, bañó el cuerpecito con el jugo restante. Daba lástima y horror ver al reducido Roa con sus manitas torcidas como gancho, completamente negras, estirados los brazos hacia el cielo. La ardilla tomó una varilla, y cuidadosamente, evitando tocar el cuerpecito carbonizado, de miedo a que se desintegrara, le enganchó en las manitas. Con infinitas precauciones, lo transportó hacia la orilla de la *cocha*. Llevando su frágil carga, trepó a uno de esos árboles que extienden sus ramas avanzando al centro del lago, casi al ras del agua. Llegado allí, arrojó a su cuñado al fondo del agua llamando:

—"¡Anacondas y cocodrilos!, ¡vengan! ¡Vengan a comer a este hombre!"

Y huyó a esconderse detrás del tronco de un árbol en la orilla, observando lo que iba a suceder. Al cabo de media hora, las aguas empezaron a burbujear y hacia la orilla, cubierto de espuma, emergió Roa, completamente sano, la piel clara, curada y fresca como la de un recién nacido. Hoshinkapa recobró la apariencia humana.

—"Hola, cuñado" le dijo, "¿qué te pasó?"

—"¡Oh, nada!", contestó Roa con desenfado.

Hoshinkapa lo reprendió:

—"Te había dicho que no pusieras ni un dedo en el objeto que te confié. Desobedeciste y te achicharraste. Ahora te he curado. ¡Cuidado de volver a cometer una estupidez igual!"

El chico reconoció su torpeza y prometió no hacerlo más. Después llegaron al pueblo. Se bañaron en el río antes de entrar a la casa. Esa noche, mientras comía con su esposa, Hoshinkapa le dijo simplemente:

—"Tu hermano menor se ha quemado".

—"¿Sí?", preguntó ella, y volteándose hacia él: "Hermano menor, ¿te has quemado?"

—"Ehm..." hizo él.

—"Hazme ver dónde te quemaste".

El joven, muy turbado, respondió evasivamente; pero finalmente tuvo que contar toda su aventura.

Al día siguiente y al otro, fueron a terminar la *chacra*. De su arsenal de objetos mágicos, Hoshinkapa utilizó todavía otro, especie de sembradora automática. Ante los ojos atónitos de su cuñado, sacó de ese aparato, las más variadas plantas, en diversos estados de maduración. Al cabo de tres días, la *chacra* estaba pues, desbordante de productos. La Ardilla se apuntaba así otro milagro. ¿Quién sino él podía haber hecho *chacra* en tres días? y se había demorado tanto solo porque deseaba mostrar su poder a su cuñado. Hemos visto que la Ardilla podía lograr el mismo resultado en menos de una hora, ¡recorriendo la *chacra* y soplando entre sus manos restos de plantas pulverizadas!

Habiendo acabado su trabajo, regresó a casa y dijo a su mujer:

—"Avisa a tu madre que ya mañana puede ir a la *chacra* y cosechar todo lo que desee. Te hago una recomendación: dile que no manifieste ningún asombro, que no lance ni el menor grito de admiración. Que se contente con cosechar sin comentarios ni exclamaciones inútiles".

Después se fue a acostar. Seguía dormido cuando, al alba, las mujeres, ebrias de curiosidad y de impaciencia, se internaron por la trocha de la *chacra*.

Al salir del bosque, la suegra se emocionó hasta las tripas ante la belleza del espectáculo que se ofrecía a sus ojos: plátanos, *yucas*, ¡de todo! Racimos, plantas, tierra a punto de estallar por la presión de los tubérculos. ¡Todas esas riquezas! Se sentía estallar de alegría.

—"¡Qué hermosura", gritó... O al menos pensó gritar, porque no bien había comenzado a articular "Q..." cuando echó a volar haciendo: "¡Cau! ¡cau! ¡cau! ¡cau!". ¡Se había transformado en Gavilancito! Y fue a posarse en la punta de un tronco de árbol quemado, aún de pie en la *chacra*. La mujer de Hoshinkapa se quedó clavada sobre el sitio, ¡eso era más increíble que la *chacra* milagrosa!; después, a grandes trancos, retomó el camino hacia la casa:

—"¡Mi madre se ha volado!", dijo a su marido.

—"¿Sí?, ¿cómo así?", dijo él con aire inocente.

—"Llegando a tu *chacra*, abrió la boca y... ¡Pfft! se transformó en Gavilancito y solo va gritando: ¡cau! ¡cau! ¡cau!"

—"Eso es lo que sucede cuando no se me hace caso. Te había recomendado mucho decirle que no hiciera comentarios sobre mi *chacra*".

Sin embargo, como su mujer le exigía devolver a su madre su forma humana, Hoshinkapa fue con ella a la trocha de la *chacra*.

El Gavilancito estaba siempre allí. De tiempo en tiempo, volteaba hacia los recién llegados su pico curvo y los miraba con ojos furibundos diciendo: "*¡Cau! ¡cau! ¡cau! ¡cau!*" Con el rostro indescifrable, Hoshinkapa observó un momento a su suegra convertida en ave rapaz. Apreció como esponjaba las plumas y batía la cola. Después se dio en buscar algo por la tierra. Terminó descubriendo los restos calcinados de una serpiente que no había podido escapar al incendio de la *chacra*. Recogió un trozo y luego, dirigiéndose a su suegra le dijo:

—"Gavilancito, aquí está tu comida". Enseguida el pájaro voló y se aproximó a Hoshinkapa. Este lanzó al suelo el trozo de serpiente. El Gavilancito se posó; apenas topó el suelo con las patas, recuperó su

forma de suegra humana. Bastante incómoda por su mala ventura, no hizo ningún comentario. Adoptó un aire falsamente despreocupado haciendo: "Ejem, ejem..." y no se habló más del asunto. Así era mejor.

El tiempo pasó. La Ardilla transformada en Cashinahua había tenido tres hijos y se complacía entre los hombres. Lo que ignoraba, aun adivino como era —y sin duda porque es típico de los hombres no adivinar tales cosas— es que hacía bastante tiempo ¡su esposa había reiniciado sus relaciones con su antiguo marido! Esto lo desconocía Hoshinkapa y él era el único en no tener la menor duda sobre la paternidad del último de sus hijos.

Sus dos primeros hijos ya habían alcanzado edad para acompañarlo a *mitayar*. Un buen día, un numeroso grupo de hombres decidió ir por *mitayo*. Llevó a sus hijos dejando al tercero con su madre. En la noche del primer día de caza preparó comida para los niños, los instaló dentro de sus hamacas y permaneció un ratito vigilando todavía cerca del fuego. Pensó en su mujer y decidió ir a asegurarse de que todo marchaba bien allá. Entonces se transformó en Murciélago y en un batir de alas llegó al pueblo. Nunca un murciélago se pegó tal sorpresa como esta cuando descubrió a su mujer en el patio de su casa, disfrutando del encanto del claro de luna en compañía de su antiguo marido. Ella estaba sentada, y él, muellemente estirado, reposaba la cabeza sobre su regazo.

El Murciélago hizo dos o tres rondas precipitadas y silenciosas; luego, desapareció en dirección a su campamento. La noche siguiente, Hoshinkapa se metamorfoseó nuevamente en Murciélago y regresó al pueblo. Lo que vio esta vez borró las últimas dudas que podía tener sobre la naturaleza de su infortunio.

El tercer día, los cazadores mataron una sachavaca y se repartieron la carne. Hoshinkapa reivindicó solamente el corazón del tapir para sus hijos. Le dieron todo un pedazo del lado izquierdo: costados con grasa y el corazón. Esa noche, Hoshinkapa preparó la vianda para sus hijos, los hizo comer, los acostó y después no pudo resistir la tentación de volver al pueblo una vez más para ver lo que sucedía.

Evidentemente, encontró a su mujer y a su rival en las actitudes más tiernas. Pero no solo había eso. Su suegra estaba allí, también sus cuñadas y toda la familia eran testigos complacientes de la traición que le hacían. Habían implantado la costumbre que apenas Hoshinkapa se volteaba, el otro aparecía, y viceversa. Toda esta desvergüenza removió la bilis de Hoshinkapa; Decidió vengarse. Primero revoloteó alrededor de la cabeza de su rival.

—"¡Humpf!", dijo ese. "¡Un poco más y este murciélago me mordía! ¡Sal de aquí, animal!... Tendremos que hacer algo para desembarazarnos de él". Y hacía grandes gestos inútiles para espantar a la bestezuela. Esta de repente, se lanzó en picada y de un solo mordisco, cercenó el pene del hombre y se lo llevó. Ni qué decir la conmoción que el suceso provocó en el pueblo. La muerte del hombre desangrado fue el comentario fresco en las conversaciones hasta que regresaron los cazadores trayendo sus canastos de carne ahumada.

Hoshinkapa no traía gran cosa: solo un pequeño paté que había preparado en el monte esa noche, a su regreso del pueblo. Después de sacar la verga, la abrió, la cortó en trozos, la lavó y limpió cuidadosamente. Enseguida la partió en pedacitos menudos y la entreveró con otro picadillo igual, hecho del corazón y de la grasa de la sachavaca. Una vez que esto estuvo cocido a punto, trenzó una envoltura de hojas para transportarlo. Cuando sus hijos se despertaron, les dijo:

—"Esto es un paté de grasa y de corazón de sachavaca que he preparado como golosina para su madre y solo para ella. Les prohíbo comerlo. Ustedes ya tuvieron su parte".

De vuelta al pueblo, entregó el paquete a su mujer diciéndole que era una golosina que había preparado especialmente para ella.

—"Bueno", agradeció ella, "la comeremos como postre".

Sirvió pues de comer a su marido y a los niños. En cuanto a ella, ¡no comió casi nada a fin de conservar apetito para el postre!

Un poco más tarde, en la calma de la noche, mientras los niños jugaban silenciosamente en la sombra y el marido reposaba tranquilo en su hamaca, la mujer creyó era el momento oportuno para saborear su postre traído por Hoshinkapa. Ella se acercó a él, abrió la envoltura de hojas, descubrió el paté y se aprestó a dividirlo en dos partes: una para él y otra para ella.

—"No, no", dijo él, "es para ti sola. Yo no tengo hambre; estoy repleto. Además ya he saboreado de este paté en el bosque mientras lo preparaba".

Entonces, solamente la mujer principió a saborear el cocido. Chupándose los dedos, recogió hasta el último vestigio de paté de entre la envoltura. Después, se acostó.

Al día siguiente no se sentía bien. Y no mejoró días después. Empalidecía y adelgazaba a ojos vistas; fue presa de una tos terrible

y de ahogos continuos. Pronto quedó reducida a un ente enfermizo y lastimoso que arrastraba sus dolores.

Hoshinkapa sonreía maliciosamente y había tomado la costumbre de murmurar sarcásticamente:

—"¡Conozco a una buena mujer que está reventando por haber engullido la cola de su amante!"

Más le hubiese valido quedarse callado, porque un buen día esa frase fue escuchada por uno que sin hacerse notar pasaba por allí y, rápido, sopló su descubrimiento a los demás.

—"¡Hoshinkapa ha matado al hombre de la verga arrancada! ¡Venguémonos! ¡Matémoslo también a él por haber muerto a nuestro paisano!"

Inmediatamente, empezaron a afilar las puntas de sus flechas esperando el momento oportuno para acribillarlo.

En la noche, para suerte de Hoshinkapa, no faltó un bondadoso que le advirtió lo que se tramaba contra él.

—"¡Ah! Muy bien", dijo la Ardilla. "Ya lo sabía. No te preocupes. Nada me pasará".

Al día siguiente llevó a sus dos hijos mayores a cazar y les dijo que lo querían matar:

—"Tal día, a tal hora", les ordenó, "aléjense del claro y vayan a jugar al bosque. Una vez allí, diviértanse haciendo muchísimo ruido para que yo lo oiga".

Ese día, cuando escuchó el juego bullicioso de sus hijos fuera del pueblo, él se alejó de su hogar para visitar a un amigo. Este vivía al extremo de la gran casa común, que medía por lo menos cincuenta metros de largo. Mientras lo recibían y lo hacían sentar, con el rabillo del ojo seguía los movimientos de unos hombres, que arco en mano y con aire distraído, se acercaban a él y comenzaban a rodearlo. Eran sus asesinos. Detrás de él, uno de ellos tensó su arco y soltó la flecha... Más rápido, Hoshinkapa se transformó en Ardilla y la esquivó. Huyó al techo de la casa y se refugió en un canasto que contenía las reservas de maní. Sus asesinos, al reponerse de la sorpresa, le lanzaron a la vez todas sus flechas. Cuando se clavaron en la canasta, la Ardilla ya no estaba. Con un "¡Ke ke ke!" irónico había saltado sobre los racimos de plátanos puestos allí a madurar. Los pobres plátanos también fueron acribillados de flechas; pero la Ardilla ¡ya estaba sobre las ristras de

yuca que colgaban del techo! Flechas allí también; pero la Ardilla se disimuló otra vez en los atados de mazorcas, luego sobre un depósito de tubérculos. Todo esto fue traspasado sin resultado: la Ardilla logró deslizarse por el hueco por donde se escapa el humo. Llegó a la chacra y todos los hombres iban detrás suyo, decididos a darle muerte. Pero flechar a una bestezuela tan pequeña y ágil no es tarea sencilla. Y el juego comenzado en la casa siguió en la *chacra*: una mata de plátano fue acribillada; las plantas de *yuca*, traspasadas por todos lados: ¡un papayal quedó transformado en una pelota de alfileres! No hubo planta que no sufriera las consecuencias de la cólera de los hombres contra la Ardilla.

Cuando la última flecha fue disparada y herida la última planta, la Ardilla huyó definitivamente al bosque. Al pasar, recuperó a sus hijos y los llevó con ella. Ahora son las Ardillas Cenizas que llamamos Korokapa.

Al alejarse la Ardilla, recién los hombres midieron el desastre. En la casa, todas las provisiones que habían sido perforadas, se transformaron en otros tantos nidos de termitas y avispas. Y la *chacra* era una sola maraña de troncos, *sogas*, malas hierbas, ¡ni una sola planta alimenticia!

—"¡Ah! Estamos hechos", dijeron los hombres, "ahora que la Ardilla se ha ido llevándose todos los beneficios con los que nos había colmado"...

31. La cuchara mágica de los Sapos

Había en aquel tiempo una mujer que, llegada la noche, apenas oía el canto del sapo de verano, bajaba al río y capturaba al cantor; lo llevaba a su casa y allí lo cocinaba para comerlo.

Un día, un frío repentino cayó sobre el bosque. Los sapos de verano casi no cantaban: un frío así desanima a cualquiera. No obstante, la mujer decidió ir al río e intentar capturar su presa acostumbrada. Tomó entonces una pequeña antorcha y descendió. Primero escuchó un breve cantito río arriba; luego otro, río abajo. Apagó su antorcha para no asustar al animal. Se acercó al sitio de río arriba donde primero había escuchado el canto del sapo. Esperaba oírlo de nuevo a fin de poder localizar mejor al animal.

De pronto, su acecho fue interrumpido por un hombre que, luz en mano descendía hacia ella por el lecho del río. Todavía no se había repuesto de su sorpresa cuando vio que otro hombre, provisto también de una antorcha, remontaba de la misma manera, viniendo desde río abajo. Los dos hombres se encontraron justo frente a ella.

—"¿Has visto?", dijo uno de ellos. "Hay una mujer en la oscuridad".

Y el otro la interpeló:

—"¿Qué haces aquí, en lo oscuro?"

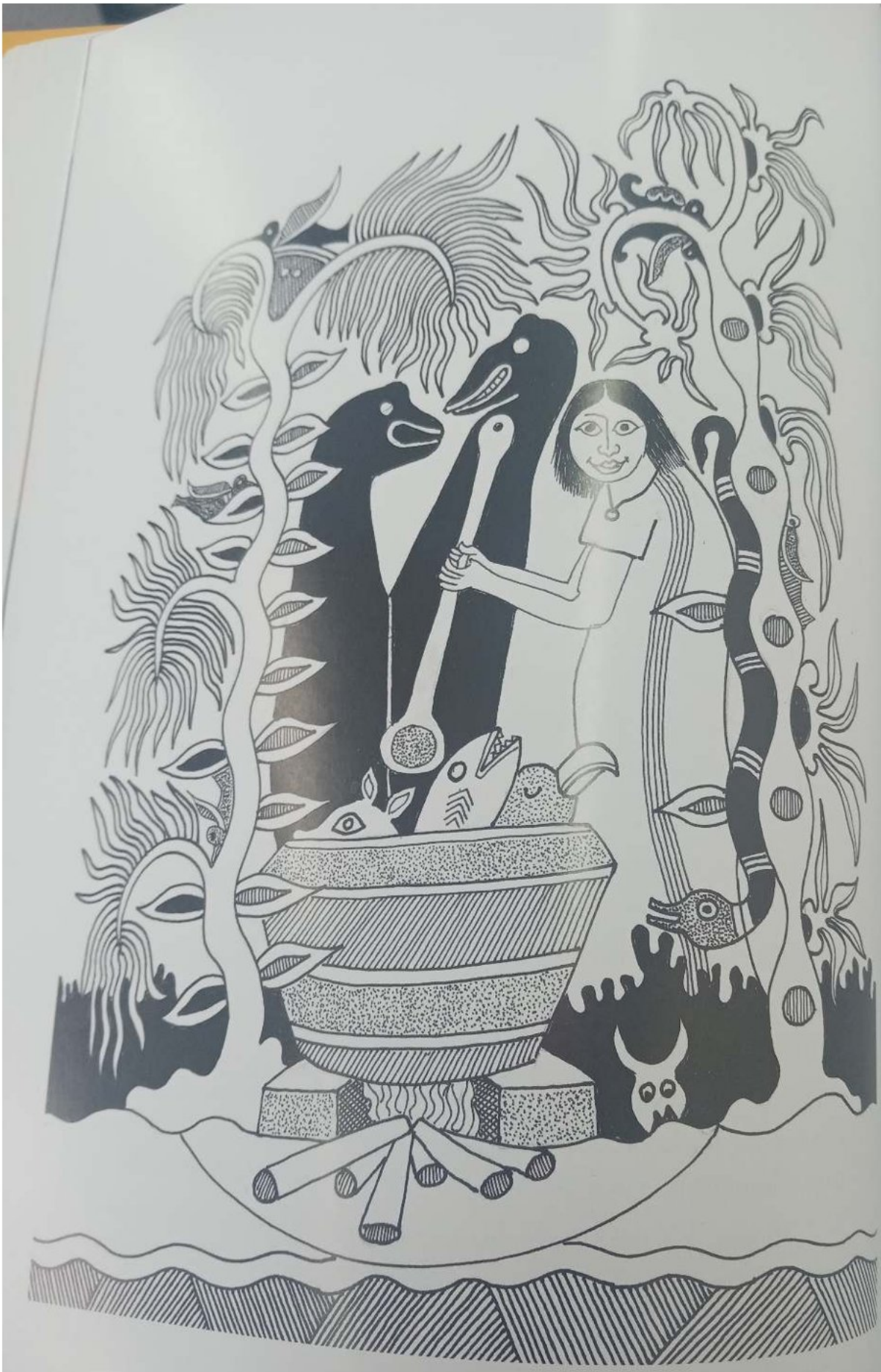
—"¡Shit! ¡No hagas tanta bulla! He venido a cazar un sapo; lo he oído cantar por aquí", dijo ella.

—"¡Ah!", dijeron los hombres. "Justamente nosotros somos sapos".

—"¡Qué tontería!", exclamó la mujer. "Sin duda, ustedes también están por cazar sapos".

—"No" insistieron ellos. "Somos realmente sapos, y tú eres la que vienes a darnos caza. Comprendemos que sufres escasez. ¿No tienes ningún hombre que vele por ti?" La mujer quedó muda, sin responder.

—"Bueno, poco importa después de todo. Lo que nos interesa es no verte ya privada de alimentos para que termines de cazarnos sin piedad. Te vamos a hacer un regalo".



En
charas e
el conte
—"
nuestro
poder
En
pensar
jugoso
pues, e
demos
última
la envi
Al
de con
por u
—
E
trabaj
una c
E
reple
Aunq
aún
empe
L
—
a mi
—
comp
I
en el
—
esa f
Exh
rem
y na

En ese momento, uno de ellos le tendió una de esas grandes cucharas en forma de remo que nuestras mujeres emplean para remover el contenido de sus ollas.

—"Cuida bien este objeto y no digas una palabra a nadie. Si nuestro secreto fuese revelado un día, perdería inmediatamente su poder mágico".

En efecto, bastaba sumergir la gran cuchara en el agua hirviente, pensando en un animal o en un pescado, y enseguida aparecían jugosos trozos de la bestia imaginada en el agua. Esta se transformaba, pues, en el más apetitoso de los potajes. Hicieron una deslumbrante demostración allí mismo en la playa. Luego, tras recomendarle por última vez, guardar absoluta discreción, le entregaron la cuchara y la enviaron a su casa.

Al comienzo, la mujer usó la cuchara mágica con discreción. Daba de comer solamente a su esposo y a sus hijos. Pero un día, fue atacada por una ambición desmedida.

—"¡Voy a dar de comer a todo este pueblo!", se retó.

Entonces, tomó un ollón enorme. Lo llenó de agua hasta el tope y trabajó todo el día ayudada por su cuchara mágica, hasta amontonar una cantidad impresionante de manjares.

Esa noche fue una verdadera fiesta. Todos sus paisanos se repletaron a reventar con todo lo que jamás imaginaron comer. Aunque ya no les cabía ni un bocado, los *pates* que tenían en la mano aún estaban semillenos. Entonces, asqueados por tanta comida, empezaron a tirarla al suelo, ¡ya no la podían ni ver!

La mujer ante este espectáculo, fue presa de una risa convulsiva.

—"¡Ah!, ¡ven cómo he logrado hacerles botar la comida! Y gracias a mi cuchara de sapo. ¡Soy la única en poder realizar este prodigio!"

—"¿De qué está hablando esta?" se preguntaron todos. "No comprendemos nada. Explícanos".

Entonces ella les contó la historia de su encuentro con los sapos en el río y del regalo mágico que le habían hecho.

—"¡Increíble!, ¡fantástico! Queremos ver. Usa delante de nosotros esa famosa cuchara mágica".

Así, la mujer puso a hervir un poco de agua en una ollita. Exhibió su cuchara y la zambulló. Y bien hubiese podido seguir removiendo hasta hoy. Los sapos habían retomado su poder mágico, y naturalmente, nunca lo devolvieron.

32. El cuento de la mujer raptada por el *Tigre*

El héroe de esta historia es un hombre valiente, honesto, trabajador infatigable de la *chacra* pero con una mala suerte increíble en la caza: dicen que nunca logró matar la menor cosa por sus propios medios. Sin embargo, había desarrollado una habilidad particular: localizaba las presas semidevoradas que el *tigre* dejaba detrás de sí y las llevaba a su casa. Esa era la manera como proveía a los suyos de *mitayo*.

En cuanto al *tigre*, cada vez que regresaba para terminar un festín, momentáneamente abandonado, se daba con la ingrata sorpresa de encontrar birlado su botín.

Un día, nuestro hombre llevó consigo a su mujer, muy buenamoza dicen. En cierto momento escucharon el típico bullicio ruidoso que hacen los monos escondidos en la arboleda. Entonces el hombre, lleno de esperanza, se lanzó tras ellos, diciendo a su mujer:

—"¡Espérame aquí. Vendré a buscarte!"

No bien transcurrieron algunos minutos de la precipitada partida de su marido, cuando del bosque, surgió otro hombre, y venía hacia ella. Tenía un aspecto fiero. Todo su cuerpo lucía dibujos perfectamente geométricos pintados con *huito*. Sus flechas, brillantes y soberbiamente pintadas, llevaban innumerables huellas de sangre que atestiguaban el valor del cazador.

—"¿Quién eres y qué haces aquí?", preguntó el cazador a la mujer.

Ella le dijo quien era y agregó:

—"Espero a mi esposo que ha ido en persecución de una banda de monos".

—"¡Ajá! Va a regresar sin nada. Ese hombre no es capaz sino de recoger los restos de mis presas", dijo socarrón. La mujer le hizo notar que era verdad, sin duda, que su marido sustraía los restos del *mitayo* del *tigre*. Se lo había dicho; la cosa era sabida. Pero no era verdad que fueran las presas de él las que su marido llevaba a casa.

—"Precisamente, ¡sí!", espetó el hombre, "pues, ¡yo soy el Tigre!"

Y como la mujer le gustó, se abalanzó sobre ella, la amordazó con mano firme, la levantó del suelo y se la llevó.

Algún tiempo después, el marido infortunado salió del bosque. Naturalmente, había perdido el rastro de los monos. Y helo aquí ahora, ¡tampoco encontraba a su mujer en el lugar donde la había dejado! Inquietísimo, batió los alrededores. Su dolor fue indecible cuando, al encontrar las huellas de su mujer, vio que las de un *tigre* estaban impresas sobre las de ella, que dejaron pronto de verse.

—"El *tigre* se ha llevado a mi esposa", pensó tristemente.

Regresó al pueblo para anunciar la desgracia. Otros hombres fueron con él al lugar del drama. Consultaron las huellas y llegaron a la misma conclusión. La pista del *tigre* se perdía en el bosque y les fue imposible seguirla.

En efecto, el *tigre* había llevado a la mujer por el lecho de un río. La condujo bien lejos de allí, río arriba, a orillas de un pequeño afluente. Allí estableció su morada, en el hueco de un inmenso árbol muerto.

La casa del *tigre* desbordaba con toda clase de carnes, secas y ahumadas, que pendían del techo. Con evidente orgullo, mostró todo ello a la mujer:

—"Conmigo, nada te faltará" le dijo abrazando toda esa carne con una mirada larga. "Si te provoca comer carne fresca, de cualquier clase que fuese, házmelo saber: te la traeré. Conmigo, tu vida será mucho más afortunada de lo que ha sido hasta el presente con tu inútil marido".

Fue así como la mujer tuvo que acostumbrarse a cohabitar con el *tigre*.

Entretanto, la vida seguía su curso en el pueblo del hombre que, a pesar de creerse viudo, siguió establecido en el hogar de sus suegros, con sus cuñados y cuñadas. Transcurrió mucho tiempo. Poco a poco, la desaparición de la mujer robada por el *tigre* comenzó a olvidarse.

Un día, todos los miembros de la familia organizaron una gran cacería. Marcharon todos juntos, lejos, río arriba, a muchos días de caminata con el fin de reunir abundante *mitayo*.

Acamparon y cazaron. Primero, solo cada uno; luego por parejas. En esa forma les era factible ayudar a los menos hábiles, y cada uno podía, equitativamente, regresar al pueblo con una buena cantidad de carne para su familia.

Al fin, dejaron de cazar y se dedicaron a preparar la carne y a hacer los paquetes que cada uno llevaría a su casa. Fue entonces cuando el

penúltimo hermano de la mujer raptada, un destacado muchacho que a su edad ya era el más brillante cazador, decidió hacer una última incursión para matar una perdiz. La prepararía y la llevaría como golosina a su madre y hermanas que se alocaban por ella.

Advirtió a sus compañeros su intención:

—"Bueno. Anda", le dijeron, "pero no tardes: mañana regresaremos al pueblo llevando nuestro botín".

Entonces el joven entró al bosque. Impulsado por una fuerza extraña, empezó a caminar en línea recta, sin pensar en la perdiz que buscaba. Anduvo así, lejos y mucho tiempo, como en un sueño. Hacia media tarde, llegó a un pequeño afluente y distinguió en el suelo huellas de *tigre*. Intrigado, las rastreó, y pronto se hicieron más y más numerosas. Enseguida, con gran sorpresa, observó que a las huellas del *tigre* se unían y mezclaban otras de ser humano, ¡huellas de mujer! Más extraño todavía era el hecho que la naturaleza de las impresiones plantales no dejaban duda: esa mujer seguía constantemente al *tigre*, ¡sus huellas recubrían regularmente a las de la fiera!

Algo más tarde, el olor de fuego hirió la nariz del joven. Acabó descubriendo, en el riachuelo, un lugar evidentemente arreglado para facilitar a una mujer el aprovisionamiento de agua.

—"¿Qué desdichada podrá vivir aquí con el *tigre*?", se preguntó.

Prosiguiendo sus pesquisas, llegó a una *roza*. Se aproximó con mucho sigilo, miró... y a cubierto, en una morada excavada en el tronco de un árbol muerto, ¡divisó a su propia hermana! Sus cabellos, largamente crecidos, casi tocaban el suelo; su pampanilla de tan usada y raída, se había vuelto transparente y dejaba entrever su cuerpo.

Entonces, conmovido, salió del bosque y apareció frente a su hermana. Es inútil describir la felicidad del reencuentro. Ella le contó las circunstancias de su rapto y le describió la vida que llevaba con el Tigre. Pero ya se hacía tarde. El Tigre pronto regresaría. Su hermano debía esconderse si no quería perecer bajo las garras del que la había robado.

—"¡Vete rápido!", le aconsejó ella, entregándole algunos trozos de carne. "Va a volver. Adivinará que has venido y montará en cólera. No es de extrañar que viendo descubierto su refugio cambie de lugar y me arrastre lejos de aquí. Pero, como yo siempre camino detrás de él, me las arreglaré para marcar la ruta, rompiendo ramas a la altura de un hombre, sin que él lo note. Así, ustedes podrán venir en grupo a rescatarme".

Apenas el joven había girado sobre sus talones, cuando resonaron, muy cerca, los rugidos del *tigre*. Rápido, el cazador se disimuló entre unos matorrales desde donde fácilmente podía observar la roza. Vio surgir al Tigre, el espinazo erizado de cólera.

—"El aire está lleno de olor de hombre", gruñó, "¿Quién ha venido aquí a importunarte?"

—"Mi hermano penúltimo, ¿sabes? A menudo te he hablado de él. Ha venido a visitarme", confesó la mujer.

—"¿Dónde está?, ¡quiero verlo!", exclamó el Tigre, pronto a lanzarse sobre las huellas del joven.

—"No vale la pena que corras detrás de él. Se ha marchado hace tiempo. En verdad, vino por la mañana. Le di de comer, y después se marchó. Mis paisanos han venido muy cerca de aquí en expedición de caza. Mañana temprano volverán a sus hogares".

—"Quiero verlos", repitió el Tigre a punto de lanzarse.

—"No. Cálmate", dijo la mujer. "Son muchos. Temo que te maten. Ven, come y descansa".

El Tigre se rindió a las razones de su mujer. Pero le pidió alistarse: dentro de tres días se irían de ese lugar para vivir más adentro en el bosque. En efecto, le disgustaba que viniesen a hacerle visita. Ese incidente no debía repetirse de ningún modo.

En cuanto al joven cazador, habiendo visto que el Tigre se calmaba y entraba a su casa, se puso prudentemente en marcha y llegó a su campamento. Los trozos de carne que le había dado su hermana terminaron de convencer a sus paisanos. Entonces, todos decidieron regresar al pueblo lo más rápido posible. Harían nuevamente provisiones y todos los hombres válidos se unirían para ir a rescatar a la cautiva y traerla de vuelta al pueblo. Les llevó cuatro días y cuatro noches llegar a su pueblo.

Mientras tanto, el Tigre se mudaba con su mujer. Franquearon muchas colinas; cruzaron uno que otro riachuelo; atravesaron llanuras y salvaron otras dificultades. Vadearon ríos y rodearon lagos y pantanos. Por fin el Tigre se detuvo en un lugar que juzgó conveniente. Allí decidió establecer su morada. Sin embargo, no había notado que, durante todo el viaje, su mujer constantemente había ido quebrando ramitas a fin de dejar a su hermano señales inequívocas de la ruta que habían seguido.

Durante ese tiempo, el pueblo se preparaba. Las *chacras* fueron limpiadas de todo lo comestible. Necesitaban muchas provisiones para tan largo viaje. Por fin, después, se pusieron en marcha.

El hermano de la mujer robada iba siempre adelante, explorando. Era el más valiente y el más hábil; el indicado para conducir la expedición. Cuando llegaron al lugar donde había vivido su hermana, no se sorprendieron encontrarlo con señas de haber sido abandonado tiempo atrás. Pero ya el esforzado hermano había descubierto las marcas que iba dejando tras ella la mujer del Tigre.

Cautelosamente fueron siguiendo las huellas y señales. El joven siempre a la cabeza; los demás atrás en silencio. Esperaban, antes de encender fuego, a que su joven jefe se asegurara que no estaban aún en los nuevos dominios del Tigre.

El viaje se hacía larguísimo y penoso. Dificultosamente seguían las marcas, y después de localizar la ramita quebrada por la mujer, debían batir cuidadosamente el lugar hasta encontrar la próxima señal.

Por fin un día, a media tarde, el joven cazador descubrió la *roza* donde el Tigre retenía prisionera a su hermana. Se encaminó allá a fin de prevenirla de su regreso y recomendarle estuviera pronta a la acción. Él iría a tomar disposiciones: esconder a mujeres y niños, organizar una emboscada con todos los hombres disponibles.

Apenas terminó las disposiciones, surgió el Tigre. El olor humano que bañaba la *roza* lo encolerizó.

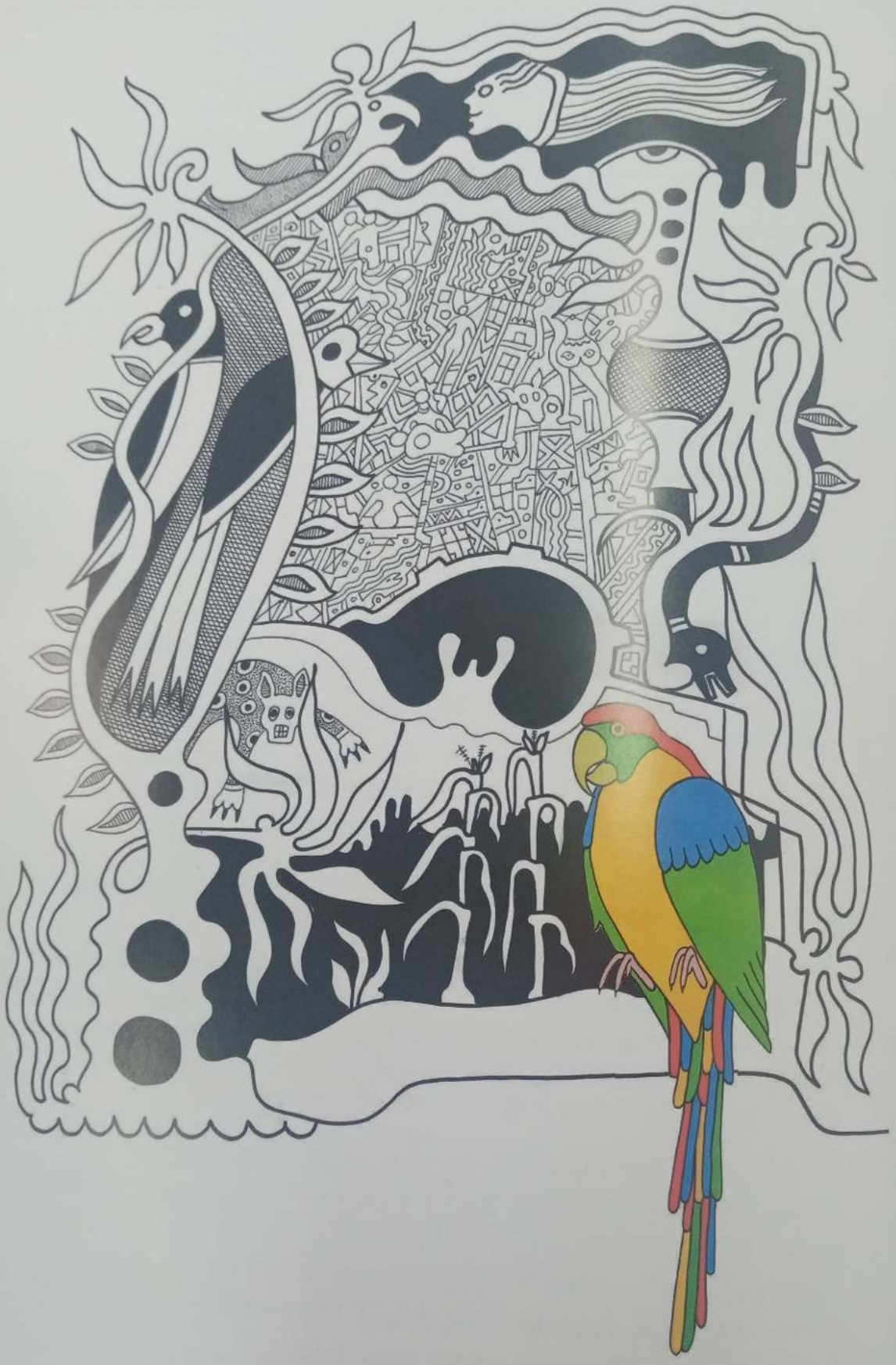
—"¿Quién ha venido nuevamente a importunarte?", rugió a su mujer.

—"Mi hermano ha regresado", dijo ella con naturalidad.

—"¿Otra vez? ¿Qué necesidad tiene de venir a molestamos hasta aquí? Esta vez quiero verlo y pedirle explicaciones".

—"Es fácil", dijo la mujer. "Acaba de irse. Se ha ido por allí", y lo envió de lleno hacia la dirección de la emboscada. El Tigre se lanzó a las locas, confiado. Primero el hermano lo traspasó con una flecha. Enseguida los demás hombres surgieron a su vez, rodearon al *tigre* y lo acribillaron.

Esa noche fue una noche de gran alegría. Todo el mundo mimó y festejó a la rescatada. Su madre y sus hermanas le regalaron una pampanilla nueva. La peinaron, la vistieron, la reconfortaron. Al día siguiente reemprendieron el largo camino que los llevaría de regreso a su pueblo. Aquí, ella reinició su vida de todos los días con su familia y al lado de su marido que era un buen hombre.



U

n dí
un
tro
curiosa
antes d
antepas
tan bo
encont
guacam

En
compli
así tod
noche.
su dese

Es
Tacitu
una so

—

—

esquiv

La
corría
cría! P
estaba
pesad
tampo
sorpre
encon

Al
se rep
día pr
tan d
inquie

33. La historia del niño *guacamayo* criado por los Cashinahua

Un día, mientras cazaba, uno de nuestros antepasados descubrió un nido de *guacamayos* colorados, muy alto, en el hueco de un tronco completamente liso. De pronto, vio asomar la cabecita curiosa de una cría que lo miró un instante con sus ojitos redondos antes de desaparecer en su nido. Esa breve visión encantó a nuestro antepasado, ¡qué linda cría de *guacamayo*! En la vida había visto una tan bonita, y muy pronto se convenció de que nunca más volvería a encontrar otra igual. Una codicia desmedida lo embargó: ¡esa cría de *guacamayo* debía ser de él a toda costa!

Entonces, se puso manos a la obra. Fabricó una serie de complicados andamios que le permitirían trepar por el tronco. Subió así todo el día y cuando estaba a solo dos metros del nido, cayó la noche. Decepcionado, tuvo que bajar y posponer hasta el día siguiente su deseo de sacar al polluelo de su nido.

Esa noche estaba tan abatido que apenas probó la comida. Taciturno, sumido en sí mismo, concentraba sus pensamientos en una sola cosa: la cría de *guacamayo* que deseaba poseer.

—"¿Qué te pasa?", le preguntó inquieta su esposa.

—"Nada. Además, no es asunto tuyo. Déjame en paz", contestó esquivo.

La bruma del alba no se disipaba aún, cuando ya nuestro hombre corría alegre a través del bosque hacia el árbol. ¡Por fin bajaría a la cría! Pero al llegar, la sorpresa y la rabia lo paralizaron: el andamiaje estaba derribado, hecho trizas, ¡debía rehacer nuevamente toda la pesada obra. Afanoso, trabajó sin descanso todo el día; sin embargo, tampoco esta vez logró alcanzar el nido: el atardecer lo volvió a sorprender. Descendió precipitadamente temiendo que la noche lo encontrase en una posición peligrosa.

Al día siguiente y los sucesivos, durante toda una semana, se repitió lo mismo: una mano misteriosa destruía su trabajo del día precedente y cuando ya estaba a punto de alcanzar el objeto tan deseado, sobrevenía la oscuridad. Ya no dormía. Su mujer se inquietaba cada vez más al verlo en ese estado.

Al cabo de varios días, no resistió más y se confió a ella. Le contó todos sus sinsabores y la inutilidad de sus esfuerzos por atrapar a la bendita cría de *guacamayo*.

—"No te preocupes tanto", lo calmó ella. "Es fácil. ¿Por qué te obstinas en coger sin ayuda al pájaro ese? Vamos con mi hermano. Entre dos sería el colmo si no alcanzan el nido en un solo día".

Temprano en la mañana, caminaron hasta el árbol misterioso. Los dos hombres trabajaron incansablemente y edificaron un andamiaje que, mucho antes del anochecer, llegaba cerca de la entrada del nido. En ese preciso momento se desencadenó un formidable huracán, amenazando arrojarlos a tierra. Sin embargo, el cuñado de nuestro hombre no se dejó impresionar. Aferrándose firmemente al tronco, continuó ascendiendo. Al fin llegó, introdujo la mano en el nido y... sacó ¿qué creen ustedes? ¡no un polluelo sino un precioso bebito, rechoncho y bien formado!

Descendió del árbol con su soberbio niño. Al verlo, su hermana le dijo:

—"Dámelo. Lo llevaré al pueblo".

—"No. Yo lo llevaré", dijo el hermano.

—"¿Para qué? Tú ya tienes hijos; nosotros, no. Dámelo. Nosotros lo criaremos y nos divertiremos con él. Tú ya tienes tus propios niños".

El hermano se dejó convencer. El hombre y la mujer se convirtieron así, en los padres adoptivos de ese corpulento bebé que habían encontrado en el nido de *guacamayo*.

El niño crecía considerablemente; pero lo hacía solo de noche, ¡y a qué velocidad! Al cabo de tres días, se sentaba. Al siguiente, se ponía de pie. El quinto día, caminaba. Pronto alcanzó los seis o siete años, edad en que los niños Cashinahua reciben sus primeros arquitos y se inician en el placer del tiro. Recorría la *roza* flechando hojas. Nada de extraño. Pero hubiesen muerto de sorpresa si hubiesen visto lo que hacía después. Recogía todas esas hojas, y las transportaba cerca de un charco de agua; apenas las echaba, al instante se transformaban en peces que regresaban ensartados en una punta de flecha.

Seguía creciendo y ya era un prodigioso cazador. Bueno, también tenía su truco mágico para regresar con el *mitayo* del bosque. Pero su habilidad más notable se demostraba en la *chacra*. Nadie sabía cómo lo hacía: en una sola noche rozaba una hectárea.

Entretanto, ya había alcanzado la edad de casarse. Pero su padre adoptivo lo desanimaba.

—"No te cases", le decía. "Eso solo trae fastidios. ¿No estás bien con nosotros?

Sí. Estaba bien. Se encontraba tan bien que aceptó acometer una nueva *chacra*. Su padre escogió el emplazamiento y lo señaló. Al día siguiente, el joven le anunció que iría a trabajar solo en la *chacra*. Y fue en el transcurso del camino cuando, por primera vez, encontró a su verdadera familia, que enseguida lo reconoció.

—"Regresa a vivir con nosotros", le dijeron los *guacamayos*.

—"No", les respondió. "Estoy bien donde estoy. Además, todavía tengo bastante trabajo por hacer. Más bien, vengan a ayudarme, si quieren".

Pero no lo acompañaron.

Prosiguió pues sus trabajos, limpiando la *chacra* más grande que hasta entonces se había visto. Un día, dijo a su padre que las idas y venidas del pueblo a la *chacra* y de la *chacra* al pueblo, le quitaban mucho tiempo. Viviría allá, en un tambito provisional, como se acostumbra levantar en una *chacra*.

Por la noche, sus padres le llevaron de comer. Ya se aprestaban a retirarse, cuando la mujer declaró que ella se quedaba a pasar la noche en la cabaña con su hijo.

—"Bueno", asintió el marido y regresó solo al pueblo.

Esa noche, madre e hijo compartieron la comida; enseguida, se tendieron en el tambito, cariñosamente apretados una contra el otro. Como aún era temprano, se pusieron a jugar. Y así fue que jugaron al vocabulario:

—"¿Qué es esto?", preguntaba el muchacho tomando los cabellos de su madre.

—"Cabellos", le respondía ella. Después: "nariz", "boca", orejas, cuello, brazo, pecho, barriga...

El hijo continuó el juego, partiendo de abajo esta vez.

—"¿Qué es esto?"

—"Una uña del dedo del pie", "talón", "pantorrilla", "muslo"... Cuando llegó al sexo de su madre, tocándolo preguntó:

—"¿Qué es esto?"

Ella rió y contestó:

—"Eso, es la carne fresca y suculenta de tu padre".

—"¿Cómo?", se extrañó él sin comprender.

—"Esto es el plátano dulce y suculento de tu padre", repitió ella sin dejar de reír.

—"Pero, ¿para qué sirve?", preguntó muy sorprendido.

—"Pues bien, si quieres saberlo, te voy a enseñar para qué sirve".

Y esa noche ella le enseñó a hacer el amor y gozó mucho con él.

Para el muchacho fue una revelación. Y a partir de entonces sin cesar se encontraba en los brazos amorosos de su madre. Hasta que ella salió encinta. Mientras tanto, él había emprendido una nueva *chacra*, más grande que la anterior. Entonces, sus verdaderos paisanos retornaron contacto con él; lo invitaron a unírseles y comenzar una verdadera vida de *guacamayo* entre ellos.

—"Está bien", les prometió. "Vengan a ayudarme a terminar mi trabajo y esta vez, los acompañaré". Y una noche en que sus padres-hombres lo dejaron solo en la *chacra*, el joven *guacamayo* se fue a llamar a sus paisanos.

—"Vengan", les dijo. "Hasta el alba, podremos terminar esta *chacra*. Después los seguiré para siempre".

Trabajaron toda la noche, y el increíble bullicio que producían en la *chacra* llegaba al pueblo. Los hombres, al sentir el rumor sordo de los árboles que caían, los gritos de los *guacamayos* y la mezcla de llamados de bocina, sones de tambor y notas de quena, se preguntaban:

—"¡Qué escándalo! ¿Qué estará haciendo en la *chacra* para armar ese barullo?"

Apenas amaneció, los hombres se precipitaron a la *chacra*. Los ruidos de la noche, que no los había dejado pegar el ojo, los tenía intrigados. Cuando desembocaron en la *roza* vieron a toda una tropa numerosa de hombres ricamente adornados con plumas escarlata que abandonaban la *chacra*, perdiéndose entre la espesura. En uno de esos hombres emplumados, nuestro buen hombre reconoció a su hijo adoptivo.

—"¡Hijo! ¡Hijo! ¡No te vayas!", gritó y se lanzó tras él.

Cuando lo alcanzó, estaban ya internados en lo más espeso del bosque. Quiso retener a su hijo; pero este ya casi no lo comprendía.

—"No padre", le dijo. "Me voy a vivir con los míos. Ya mi espíritu no ve las cosas como el tuyo. Mi lenguaje humano se embrolla y no entiendo casi nada de lo que me dices. ¡Vete! Vuélvete rápido. Si no partes enseguida, ¡el bosque se cerrará sobre ti y nunca más podrás salir!"

Su padre adoptivo insistió todavía; pero sintió que su hijo se le escapaba para siempre. Entonces volvió sobre sus pasos. ¡Demasiado tarde! El bosque se cerró sobre él. Fue incapaz de encontrar su camino de regreso y terminó muriendo de hambre y desesperación.

H
ab
se
ga
su vid
joven
C
lejísim
todo e
ante
el hor
brujo
U
Ponie
intro
que l
atard
Tin'i
busc
los T
com
nue
que
Tin'
que
y au
dolo
ten
y re
¡Ho

34. El sufrido

Había una vez un hombre casado con una joven muy bonita. Todos se la envidiaban y, como él era bastante tonto, lo hacían sufrir. Le gastaban toda clase de bromas pesadas con la intención de poner su vida en peligro. Daban por hecho que, desaparecido su marido, la joven mujer sería de quien deseara tomarla.

Constantemente, por ejemplo, lo invitaban a *mitayar*. Lo llevaban lejísimos y hacían todo por dejarlo perdido. Los bromistas regresaban a todo escape hacia el pueblo, con la esperanza de suplantar a su víctima ante su mujer. Pero, para su sorpresa, al atardecer, puntualmente, el hombre perdido reaparecía. Aunque no era vivo de genio, era algo brujo y esto compensaba lo otro.

Un día, sin embargo, dos paisanos creyeron haber dado el golpe. Poniendo a prueba la credulidad de su víctima, lograron hacerle introducir el brazo en un panal de abejas salvajes con el pretexto de que les recogiese miel. El pobre hombre se quedó atascado allí. Y al atardecer seguía prisionero del hueco del árbol donde estaba el panal.

Por si esto fuese poco, escuchó aproximarse a una tropa de Tin'ikanawa, feroz tribu que en esos tiempos recorría el bosque en busca de víctimas.

—"¡Ah! Ya llegamos al pueblo de nuestros enemigos", rugieron los Tin'ikanawa. "¡Mañana los atacaremos, los masacraremos y los comeremos!"

E hicieron su campamento a pocos metros del lugar donde nuestro amigo soportaba en silencio su tormento. Al pánico que sentía ante la perspectiva de ser atrapado y comido por los Tin'ikanawa, se sumaba otra tortura: su brazo, atascado en el hueco que servía de panal a las abejas, no dejaba de ser picado por ellas, y aunque le ardía horriblemente, no podía gritar. Para calmar el dolor, se puso a soplar sobre su antebrazo por un intersticio que tenía sobre la vena. Su soplido penetró al interior del árbol hueco y repercutiendo, produjo un formidable sonido de tromba: "¡Hon! ¡Hon! ¡Hon! ¡Hon!"

Al escuchar esta huida extraña, semejante, al grito de un sapo gigantesco, los Tin'ikanawa quedaron clavados sobre el sitio.

—"¿Qué es eso?", se preguntaron alarmados.

Habiendo comenzado, el hombre decidió seguir para salvarse. Sígalo, pues, guiando por el laberinto.

—"¡Hon! ¡Hon! ¡Hon! ¡Mañana nos tragamos de un bocado a estos Tin'ikanawa! ¡Hon! ¡Hon! ¡Hon! ¡Hon!"

Escuchar esa terrible voz, desmesuradamente ampliada, y correr en desbandada fue uno. Los Tin'ikanawa estaban demasiado ocupados en salvarse como para preguntar la causa de su pánico.

Superado ese primer desasosiego, el hombre encontró al fin solución para su otro problema. Cuando había introducido el brazo en el hueco del árbol, lo había hecho con la palma vertical, y por eso pudo hacer pasar la articulación de su codo. Pero cuando quiso sacar su antebrazo con miel en la mano, su palma estaba volteada hacia arriba esta vez, y no había podido pasar por el hueco la protuberancia del codo.

Entonces, solo bastaba que soltase la miel de la mano, poner esta en forma de cuchillo en vez de tenerla como cuchara, y su brazo saldría de la misma forma como había entrado. ¡Imagínense! Ya hemos dicho que no era un tipo precisamente inteligente, y razonamientos como ese siempre le tomaban cierto tiempo... como han visto.

Entretanto, los dos vivos habían llegado hacía mucho al pueblo y se felicitaban por la buena jugada con que se habían librado de su compañero. Riendo, disputaban sobre cuál de los dos se acostaría primero con la hermosa mujer. Pero ella logró escucharlos y les hizo frente: ¡ninguno de los dos se acostaría con ella! Sin embargo, ellos no levantaban el sitio, sobre todo cuando la noche les ofrecía ahora, con la certeza de que el marido no regresaría, una oscuridad cómplice. La mujer lloraba y no dejaba de resistir. De pronto, tarde en la noche, apareció el marido. Después de haber puesto en fuga a los Tin'ikanawa y librado su brazo, llegó a su casa, decidido a evitar en adelante las trampas de sus malos amigos.

Pasado algún tiempo, los dos vivos regresaron del bosque diciendo que habían ahumado la madriguera de una *Carachupa-Mama* y que necesitaban ayuda para sacarla. A pesar de las advertencias de su mujer temerosa de nuevos trucos, nuestro incorregible ingenuo los acompañó una vez más. Lo condujeron a la entrada de la madriguera donde habían puesto el fuego.

—"Ahora hay que ir a sacar al animal muerto", le dijeron. "Anda tú, eres más delgado que nosotros".

El hombre se deslizó dentro de la madriguera y aunque tanteaba bien, no encontraba al animal.

—"Más lejos, ¡escúrrete más lejos!", lo alentaban sus compañeros.

Terminó así, encontrándose completamente metido. Entonces los burladores cortaron hojas de palmera *huicungo* (esas aceradas, que están guarnecidas por espinas enormes y aceradas, saben). Las plegaron formando una sola bola de púas y obstruyeron la entrada de la madriguera con esa cosa espantosa. Enseguida, se dirigieron al pueblo, decididos a que esa noche la linda mujer no se les escaparía más.

En el hueco, el marido sufría, incomodísimo. Al comprender que había sido timado nuevamente, quiso salir de la madriguera; pero no pudo. De espaldas, y con esa bola de espinas tapando la entrada, ¡no saldría jamás! Hizo entonces lo único que le quedaba por hacer: se puso a escarbar hacia adelante. Improvisadamente, desembocó, bajo tierra, en una inmensa y maravillosa *roza*. Vio a un buen hombre que todavía tosía y estornudaba por efecto del humo. Era Pano, la *Carachupa-Mama*. El hombre lo saludó y le contó su historia.

—"Te voy a hacer un regalo", le dijo Pano, después de haberlo escuchado. "Aquí tienes dos potes de pomada de *achiote*. Cuando lleguen los primeros fríos, embadúrnate el cuerpo con el contenido de este pote. Por el contrario, cuando todos los que te han hecho daño te pidan, entrégales del segundo pote".

El hombre escuchaba atentamente. Pudo comprender todo lo que le decía la *Carachupa-Mama*: su espíritu había penetrado en su cuerpo de hombre.

Habiéndole entregado su regalo, Pano hizo todavía otro favor al hombre. Le pidió que lo siguiese. Comenzó a cavar un túnel en la tierra; hizo desembocar ese subterráneo en las cercanías del pueblo. Grande fue la sorpresa de los vivos cuando lo vieron reaparecer esa noche. Se preguntaban cómo y en qué había fallado su treta. Más intrigados quedaron cuando, al día siguiente, pudieron constatar que ¡el tapón de espinas aún bloqueaba la salida de la madriguera!

Poco tiempo después sobrevinieron los primeros *friajes*. Nuestro hombre se untó entonces el cuerpo con la pasta de *achiote*. El color era extraordinario y exhalaba un perfume delicioso. Su mujer, en

cuanto se hubo pintado a su vez, se veía más seductora que nunca, lo cual no es poco decir.

Desde que sintieron la fragancia y vieron la pintura, los buenos amigos del marido vinieron, uno después del otro, a pedirle que compartiese con ellos ese *achiote* formidable que había preparado. Él se mostró magnánimo: distribuyó a todo el mundo pasta de *achiote*. Naturalmente, la del otro pote, como le había recomendado Pano.

No pudo nunca imaginarse que un día su venganza sería tan dulce y tan completa. Al cabo de un rato, todos los embadurnados con *achiote* —a excepción de él y su mujer, bien está— fueron atacados por una horrible comezón. Se rascaban como locos y se arrancaban la piel, tan fuerte era la picazón. Imperturbable, el hombre de la mujer bonita saboreaba el espectáculo del sufrimiento de sus enemigos. A los que venían a quejarse de su puerca pomada y preguntarle por qué su mujer y él parecían insensibles a esos efectos, él respondía simplemente que ellos, ya estaban acostumbrados desde mucho a esa pomada; que ya no tenía sobre ellos ningún efecto nocivo.

Todos los demás quedaron enfermos de sarna. Y desde entonces, la sarna está entre nosotros. Es el obsequio de Pano al hombre sufrido para permitirle vengarse de quienes lo hacían rabiar y pretendían arrebatarle a su linda esposa.

Sintiéndose vengado pero no seguro, el hombre oyó el consejo de su mujer. Ella temía el resentimiento de los sarnosos. Esa misma noche huyeron juntos, lejos, muy lejos, a otro pueblo, buscando una vida tranquila. Pero para desgracia de ellos, como lo vamos a ver, allá tampoco las cosas se iban a arreglar. Recomenzaron las malas bromas, y siempre con la finalidad de eliminar al hombre para someter a la mujer a los deseos que inspiraba.

Para comprender mejor lo que va a seguir, diré que, como la linda mujer y su marido no tenían hijos, habían criado a un polluelo de *paucar*. Una vez adulto, éste regresó a vivir con las gentes de su especie. Se había convertido en el jefe de una bandada de *paucares* pardos de las alturas. Sus nidos estaban suspendidos en un árbol aislado y altísimo, como es su costumbre. Y sin que sus padres adoptivos lo supiesen, esa bandada estaba muy próxima al nuevo hogar que habían escogido para vivir.

Un buen día, dos de los nuevos compañeros del marido se acercaron a él y le dijeron:

—"¡Hola, amigo¡ Hemos descubierto nidos de *paucares* llenos de crías ya grandes. ¡Vamos a capturarlas!"

—"Bueno. Voy con ustedes", aceptó él; desoyendo las advertencias de su mujer. Temía que algún día los esfuerzos de los otros hombres para alejar de ella a su marido, terminaran dando resultado.

A pesar de ello, el hombre los acompañó. Llegaron al pie del árbol con los nidos de *paucar*. El árbol era, como lo hemos dicho, aislado y muy alto; además, su tronco era perfectamente liso, de modo que era imposible treparlo. Y un hombre que se encontrase en las ramas, hubiese sido incapaz de bajar sin romperse los huesos.

—"Justamente" le dijeron sus nuevos amigos. "Nosotros lo haremos diferente. ¿Ves ese árbol? Vamos a tumbarlo de suerte que toque el árbol de los *paucares* y quede aferrado allí oblicuamente. Entonces, subirás e irás a recoger a los pajaritos y bajarás con ellos".

Dicho y hecho. Sin embargo, apenas nuestro hombre llegó al ramaje del árbol con los *paucares*, sus compañeros de abajo hicieron caer al segundo árbol que había servido de escalera. Mientras se alejaban, dejándolo allí, iban lanzando grandes risotadas.

Nuestro hombre estaba muy mortificado por haberse dejado burlar una vez más. Se quedó allí, sentado en una rama, malhumorado; y se irritaba más, cuanto más hambre sentía al avanzar el día. De golpe, el espíritu de los *paucares* penetró en él, como había sucedido con el tatuejo gigante: empezó a comprender su lenguaje. Entendió que consideraban con curiosidad bastante hostil a ese hombre sentado en sus dominios.

—"¿Qué haremos con él?"; se preguntaron.

—"Matémoslo" respondió uno.

—"No. Ahora no. Esperemos el regreso de nuestro jefe. Él decidirá".

Tal era el diálogo poco alentador que nuestro hombre escuchaba en boca de los *paucares* que regresaban de *mitayar*, cargados con sus *huanganas*, con sus sachavacas, con sus monos y sus venados. Naturalmente, este *mitayo* comprendía moscas, insectos, grillos y saltamontes que figuran en el menú de los *paucares*.

De repente, apareció en el cielo el jefe del pueblo. Se posó con la cabeza hacia abajo, a la manera de los *paucares*, y se aprestaba a cantar (esto lo hacen siempre en la misma posición) cuando percibió, debajo de él, en persona ¡a su padre adoptivo!

—"¡Ah!", exclamó. "¡Has venido papá!"

Y enseguida el jefe de los *paucares* se puso a reprender a su mujer:

—"Mujer, ¿por qué no has hecho entrar a tu suegro?, ¿por qué no le has dado de comer?"

Todos los *paucares* se juntaron y no alcanzaban a comprender que el intruso era el padre adoptivo de su jefe. Pero como nunca es demasiado tarde para ser educado, todos, encabezados por la mujer del jefe, se deshicieron en atenciones con el visitante para ofrecerle la acogida más cordial y placentera.

—"Ven, papá", invitó el *paucar*-jefe. "Ven a descansar en mi hamaca".

Saben cómo es un nido de *paucar*, ¿no? Pues bien, es alargado y se balancea con el viento. Nuestro hombre se puso verde solo con la idea de entrar allí.

—"No, no. Estoy muy bien aquí en mi rama", decía a su hijo.

Pero su hijo insistió tanto y tanto, que terminó por aceptar. Entró a su hamaca y todo pasó muy bien. Comió, igualmente, todo lo que le presentaron y todo lo encontró muy bueno. Entonces contó todas sus desventuras. Su hijo adoptivo se compadeció mucho de sus infortunios.

—"Esto no puede continuar así toda la vida", dijo. "Voy a resolver tu problema. Primero, te voy a llevar de regreso donde mi madre, y luego, te voy a dar dos cosas: al más joven de mis hijos para que lo críen como me criaron a mí, y una botella mágica. Esta noche, mi madre y tú huirán llevando con ustedes a su nuevo niño. Y al momento de huir, abran la botella mágica y abandónenla detrás de ustedes".

El *paucar* ordenó a su padre adoptivo tomar a su hijito en una mano, y con la otra, no soltar los cabellos de él, el *paucar*-jefe. Le mandó enseguida, cerrar los ojos. Lanzó su grito y, de repente, sin darse cuenta de nada, el hombre se encontró en la entrada de su pueblo, con su nuevo nietecito en la mano.

Los que se quedaron boquiabiertos y sobre todo, muy decepcionados, fueron los bromistas. Se preguntaban cómo había podido bajar del árbol, y todavía trayendo una cría de *paucar*.

Esa noche, hacia las tres de la madrugada, el hombre contó a su mujer lo que había sucedido y cuáles eran las recomendaciones del *paucar*. Huyeron, abandonando detrás de ellos la botella mágica a la que habían destapado. Gigantescas abejas se escaparon de ella y se lanzaron de inmediato a devorar vivos a los otros hombres; una vez cumplida su horrible tarea, regresaron a su botella.

En cuanto al hombre sufrido, ya no sufrió más desde entonces. Se fue a vivir muy lejos de todos, y con su hermosa mujer se dedicó por completo a la crianza de su nuevo hijo-*paucar*.

E
que
que
ma
gri
qu
los
ca
en
en
tu
al
al
p
s
e
d
d

35. De cómo el joven Tin'ikanawa adoptado por los Cashinahua los ayudó en rescatar a una joven robada por los monos

En otros tiempos existió la feroz tribu de los Tin'ikanawa. Recorrían el bosque buscando víctimas para devorarlas. Utilizaban una técnica muy de ellos: llamaban a los animales imitándolos, al igual que remedamos nosotros hoy día. Pero nosotros lo hacemos para que, engañados los animales por nuestras llamadas, se acerquen, de manera que los podamos matar. En cambio, los Tin'ikanawa imitaban gritos de animales en las cercanías de un poblado. La gente, pensando que se trataba de futuras piezas, salía a darles caza. Entonces, los embusteros Tin'ikanawa mataban a todos lo que creyéndose cazadores, resultaban las presas de la historia.

Un día, estos terribles Tin'ikanawa pretendieron dar su golpe en el pueblo de nuestros antepasados. Más les hubiese valido no embarcarse: después de matar a algunos con su estratagema, no tuvieron la prudencia de retirarse a tiempo. Uno de los nuestros, alarmado por la desaparición de varios cazadores, quienes se alejaron al escuchar gritos de monos y perdices que resonaban no lejos del pueblo, decidió sacarse el clavo. Entonces se fue a esconder para saber más sobre los misteriosos llamados. Había encontrado un lugar estratégico, cuando atrajeron su atención unos ruidos provenientes de un inmenso tronco de árbol muerto tirado sobre el suelo no lejos de allí. ¡Y los rumores salían del interior!

Nuestro hombre abrió tamaños ojazos cuando vio salir a un hombre por el hueco de una rama y ponerse a imitar perfectamente los gritos de la *maquisapa*, antes de volverse al interior del tronco por el mismo agujero. Comprendió entonces que el árbol era completamente hueco y que allí se habían instalado los enemigos. Otro Tin'ikanawa salió a su vez y empezó a dar silbidos de perdiz, luego entró. Otros dos o tres vinieron a lanzar también gritos de pájaros y monos. ¡Cada uno parecía tener su especialidad!

—"He aquí por qué nuestros cazadores desaparecían" suspiró el hombre.

—"¡Ah! pero, ¡esto no se va a quedar así".

Dejó su observatorio con infinitas precauciones y retomó, paso a paso por la trocha del pueblo. Llegando, avisó a todos. Nuestros antepasados salieron unidos en plan de venganza. Rodearon el enorme tronco donde se refugiaban los Tin'ikanawa y, acercándose, taponearon todas las salidas con las espinudas hojas de *huicungo*. Luego, mientras que en el interior se sentían los gritos rabiosos y desesperados de los prisioneros, se dedicaron a asfixiarlos ahumando su madriguera, como si fuese la de una vulgar *carachupa*.

Poco a poco, los gritos de agonía de los Tin'ikanawa se hicieron imperceptibles. Entonces, los Cashinahua destaparon las salidas del tronco y comenzaron a extraer los cadáveres. A los que todavía daban signos de vida los remataban a macanazos.

En un rincón, en el interior del nacimiento de una rama, los Tin'ikanawa habían colgado la hamaquita de un bebito. Milagrosamente, aunque un poco ahogado, el pequeño había sobrevivido. Uno se aprestaba ya a darle con su *macana*, cuando un hombre casado pero sin hijos, lo reclamó para sí. Lo dejaron llevárselo, puesto que deseaba criarlo.

Ese niño era bien extraño. Crecía solo de noche, y a buen ritmo. En pocas semanas alcanzó la talla de un niño de seis años. Entonces, recibió de su padre —tal como es la costumbre— un arco y flecha a modo de juguete. Armado así, empezó a recorrer la *roza* matando grillos, sapos, insectos y pajaritos.

Algún tiempo después, cuando ese niño prodigio parecía tener doce o trece años, salió verdaderamente a *mitayar*. Nunca volvía sin nada. Sus dones de brujo se desarrollaron de maravilla: reunía algunas hojas o un pedazo de palo al lado de un *masaputo* que construía. En un segundo, se transformaban en soberbios animales a los que flechaba sin esfuerzo.

Ya salía con mayor frecuencia al bosque con uno de sus amigos. Nunca dejaba de compartir su *mitayo* con él, siguiendo los consejos de su padre adoptivo. Este lo educaba enseñándole que el más grande defecto era no compartir espontáneamente todo lo que fuese suyo con un paisano.

El joven Tin'ikanawa adoptado por los Cashinahua no tenía solo amigos: nunca faltará en una colectividad un envidioso que se ingenie para malograr la felicidad o la paz del prójimo. Uno, en efecto, no había encontrado nada más inteligente que revelar al muchacho

que su padre no era su verdadero padre. Que en verdad era un niño enemigo arrebatado, tiempo atrás, a la gente de su tribu. No era pues, realmente un Cashinahua. Sin embargo, como nunca había aprendido la lengua de los suyos, hablaba perfectamente cashinahua y se comportaba en todo como las personas entre las cuales vivía. Bueno, en casi todo, porque como hemos visto, era un poco más que algo brujo.

Ahora ya se había vuelto un hombre joven. Se iba más y más lejos por el bosque en busca de presas dignas de él. Pero no crean ustedes que se iba a pie. ¡Ah, no! Apenas se internaba unos pocos metros, desapareciendo de la vista, se transformaba de improviso en nube y recorría así, llevado por el viento, considerables distancias. Allá cazaba y, siempre transformado en nube, regresaba con su *mitayo* que depositaba cerca del pueblo Cashinahua.

Un día, viajando por los aires como acostumbraba, llegó a un lugar extraño: el bosque presentaba una desolación punzante. De repente el joven Tin'ikanawa escuchó un bullicio enorme; comprendió estar en las proximidades de un pueblo de animales. Era el alboroto de voces de monos. Se acercó y no pudo reprimir una exclamación de sorpresa cuando, entre los gritos de los animales, distinguió una voz humana, ¡la de una muchacha! y la voz de mujer joven, se quejaba amargamente:

—"¡Padre!, ¿dónde estás? y tú, madre, ¿te volveré a ver algún día?, ¿dónde están hermanos, hermanas, primos, primas? Y ustedes, mis demás parientes, tíos, tías, abuelos, sobrinos, cuñados y cuñadas, ¿nunca me será posible encontrarlos?"

Conmovido por esa voz doliente, el joven Tin'ikanawa se aproximó más todavía y lo que vio le cortó la respiración. Sobre las ramificaciones de un enorme *copaiba*, una adolescente estaba tendida, desnuda, abierta de piernas. Monos de todas clases, hormigueaban alrededor de ella, divirtiéndose no solamente con su sexo sino también con las demás partes de su cuerpo: su ojos, su nariz, su boca, sus orejas... La chica estaba deforme. Sus párpados, inmensamente distendidos; orejas enormes; nariz como un hocico desmedido con orificios impresionantes; los labios de su boca y de su sexo, colgaban fláccidamente, ¡tantos monos, y tanto, se habían suspendido de ellos! De tiempo en tiempo, los monos le daban un respiro para alimentarla.

Era entonces cuando reiniciaba sus lamentaciones llamando a su familia.

—"¿Qué significará esto?", pensó el joven Tin'ikanawa.

Inmediatamente se convirtió en nube y se fue por los aires hasta su pueblo donde contó lo que acababa de descubrir. Un hombre tomó entonces la palabra. Recordó que hacía mucho tiempo, una de sus hijas había desaparecido en el bosque cuando todavía era niñita. Y la edad de la víctima de los monos correspondía bastante bien a la que su hija tendría en ese momento. Todos decidieron socorrer a la muchacha y arrebatarla a los monos. El joven Tin'ikanawa prometió guiarlos hacia el lugar donde se encontraba. Pero era lejos, muy lejos. Nadie se imaginaba lo lejos que era pues el joven había logrado ocultar hasta entonces, lo tremendamente brujo que era.

Al día siguiente, se fue por el bosque y en un solo día, sin transformarse en nube esta vez, abrió una trocha hasta la proximidad del lugar donde la joven permanecía en poder de los monos.

Al otro día, cuando regresó, aconsejó a sus compañeros aprovisionarse lo más posible. Aunque iban muy cargados con distintos alimentos, él insistía en que llevasen más. Obedecían a regañadientes, sobre todo, porque no le veían nada en las manos ni en la espalda, aparte de su arco, sus flechas y su hamaca. Sin embargo, todavía no habían llegado al límite de su sorpresa. Iban a vérselas negras con él y se convencerían que el muchacho adoptado, era brujo hasta hacer perder la razón.

Comenzando por la trocha que había abierto en un día, ¡ya la habían seguido un mes y no le veían el final y cuando preguntaban al Tin'ikanawa si faltaba poco para llegar, respondía invariablemente:

—"Un esfuerzo más todavía. Falta poco". Los lugares que atravesaban se volvían cada vez más extraños. Ya no sabían dónde estaban: ¿hacia abajo?, ¿hacia arriba? Algunos dicen que habían cruzado todas las colinas de las cabeceras. Otros pretenden que se encontraron cerca de una inmensa extensión de agua, como un mar... ¿quién podría saberlo?

Habían caminado ya casi dos meses y medio. Estaban descorazonados y adoloridos de los pies. Un día, sin embargo, el joven Tin'ikanawa les avisó que habían llegado al sitio donde había visto por primera vez a la joven.

—"Espérenme aquí", les dijo, "voy a salir de reconocimiento para ver si los animales y ella se encuentran todavía en el lugar donde los vi". ¡Tristeza! No había nadie. Inmediatamente, el Tin'ikanawa se

transformó en nube y recorrió los alrededores. Terminó dando con los que buscaba, no muy lejos de allí. Regresó donde sus paisanos.

—"¡Ya!", les dijo. "Los encontré. Ya no están donde estaban en un principio. Se han ido más lejos; llegaremos pronto".

—"¡Ah, no!" respondieron todos a coro. "Ya basta. Estamos agotados y nuestras provisiones están a punto de terminarse. Volvamos al pueblo. Ahora que conocemos el camino, vendremos con provisiones más abundantes y rescataremos a la niña".

Regresaron, recuperaron fuerzas, y cargados con abundantísimas provisiones, reemprendieron el camino hacia las tierras desoladas. Llegaron por fin, después de un viaje muy largo. Rodearon en silencio el árbol-casa donde los monos retenían a su prisionera. Uno de los hombres, más valiente que los otros, se acercó por las ramas de otros árboles. Puso en fuga a los monos. La joven espantada por el hombre que se aproximaba entre las ramas, saltó al suelo y quiso huir. Mientras tanto, los demás Cashinahua le cortaron la retirada y la capturaron.

—"¡Déjenme!", suplicaba ella. "¡Déjenme reunirme con mis paisanos!"

—"¡Tus paisanos! ¡Tus paisanos!... ¡Nosotros somos tus paisanos!", sermonearon ellos.

Nada podían hacer: la chica no dejaba de llorar. Rechazaba todos los alimentos humanos que le presentaban. Tuvieron que amarrarla para evitar que huyera.

Ya en el pueblo, se consagraron a curarla de las deformaciones de su cuerpo. Llegaron a sanarla; pero siempre la mantenían atada con *sogas*. Pasó mucho tiempo antes que ella rehiciera al modo de vida humano. Entonces pudo contar cómo siendo aún pequeñita, un espíritu animal tomó la apariencia de su padre. La tomó de la mano diciéndole que la iba a llevar al río para bañarla. Fue así como la raptaron...

La vida volvió a empezar en el pueblo. Pero el joven Tin'ikanawa no estaba en paz. Se preguntaba sobre su verdadero origen. Además, como lo sabían un brujo increíble, sus amigos le rehuían; su mismo padre lo disuadía de contraer matrimonio, Claro, eso le convenía: su hijo adoptivo seguiría cazando y trabajando para él.

Un día, habiéndose ido muy muy lejos, se dio con un campamento desierto. ¡Allí habían estado sus verdaderos paisanos a los

que por tanto tiempo había buscado! Nostálgico, pasó la noche en el campamento vacío.

Al volver al pueblo Cashinahua, su padre lo acosó de preguntas sobre las causas de su ausencia. Pero él respondió mintiendo. Sostuvo que se había perdido.

Después de un segundo reconocimiento, volvió a encontrar a sus verdaderos paisanos y decidió vivir con ellos. Regresó por última vez donde su padre adoptivo, le agradeció por toda la solicitud que le había brindado, y desapareció. Esta vez, para no volver. Pasó el resto de su vida con los suyos, entre los Tin'ikanawa.

36. La increíble odisea de Naimbo

Escuchen ahora la historia de Naimbo, el hombre que imaginando al cielo muy cerca de nosotros, se consagró al proyecto de ir a tocarlo con la mano. Nadie lo creía capaz de tal hazaña. Entonces, para demostrar que podía hacerlo, se dedicó a construir una inmensa escalera de troncos y ramas. Una vez rematada, podría acariciar el cielo. Solamente, había un detalle: llevaba ya tiempo empeñado en su construcción y la escalera había alcanzado una altura vertiginosa pero Naimbo no tenía cuando tocar el cielo.

Un día, mientras estaba encaramado allá arriba, se desencadenó, sin aviso, una verdadera tempestad. Como la escalera tenía meses de construida, las *sogas* que fijaban la base estaban deterioradas y podridas. La tormenta dio cuenta de ellas. El pie de la escalera se rompió; el edificio vaciló, se dobló y se desplomó mientras Naimbo, como una pajita, arrastrado por el huracán, voló lejos, muy lejos de allí.

Al fin, el huracán lo dejó. Cayó sin sentido, en pleno centro del pueblo de los Buënkonawa pero estos no lo notaron. La aventura había dejado a Naimbo completamente encogido, reducido al tamaño de un *pichico* ahumado. Solo al día siguiente, una mujer Buënkonawa lo descubrió mientras barría. Lo llevó a su casa, lo hizo volver en sí, lo curó y le devolvió aproximadamente, su aspecto y talla anteriores.

Entonces, él contó su aventura y los Buënkonawa decidieron adoptarlo. Nadie hubiese podido decirle dónde se encontraba su lugar de origen, ni menos todavía, hacerlo regresar. En adelante, vivió con los Buënkonawa.

Un día ellos recogieron *barbasco* y fueron a pescar al río; por el camino encontraron inmensas hileras de hormigas *sitaracuy*, ¿saben? esas que llevan en la cabeza un par de pinzas como garfios y que causan terribles dolores al picar. Bueno, Naimbo simplemente sentía horror por esas bestezuelas. Se negó a franquear las filas de hormigas. Sus compañeros le daban valor:

—"¡Haz como nosotros!" le decían algunos enseñándole cómo saltaban el escuadrón de hormigas, o cómo rebotaban en pleno centro, aplastándolas sin darles tiempo de subir al asalto de sus piernas.

¡No, no y no! No saltaría sobre eso. Su mejor amigo le propuso cargarlo sobre su espalda y transportarlo así al otro lado; pero también rechazó esa idea.

—"No se preocupen por mí —les dijo— voy a dar un rodeo y pasaré donde no tenga que saltar por sobre estos monstruitos".

—"¡Huy, no! No vayas por allá", le dijeron sus amigos Buënkonawa. "Allí Rantan'ika, el Shicapa o Gorrión, esconde sus trampas".

Sin embargo Naimbo, desoyendo sus advertencias se fue por donde había dicho. Llegado a cierto punto del camino, dos plumas de pava de cresta roja, curiosamente dispuestas en V, llamaron su atención.

—"Vaya, ¡qué cosa tan rara!", se dijo tocando prudentemente las dos plumas con la punta de una de sus flechas y... ¡sgnap! las plumas se cerraron bruscamente sobre ella y la mantuvieron prisionera.

—"Miren pues, ¡esto sí que es extraño!", murmuró jalando con todas sus fuerzas su flecha. Pero las plumas resistían y no la soltaban. Con un palo, Naimbo intentó hacerles soltar su presa; pero a su vez el bastón quedó cogido. Esas plumas, ya lo habrán adivinado ustedes, eran la trampa de Rantan'ika, el Shicapa.

El pobre Naimbo estaba demasiado exasperado para adivinarlo. Perdiendo la paciencia, empuñó su flecha y despreciando toda prudencia, pisó las plumas a fin de rescatar su arma. Se resbaló y su segundo pie quedó atrapado. Loco de rabia y de angustia, quiso desasirse con una mano, luego con la otra. Así se encontró prendido de los cuatro miembros. Por fin, cuando utilizó sus dientes para librarse, su cabeza fue hecha prisionera y Naimbo perdió el sentido.

Al rato llegó el Gorrión. En ese tiempo, constantemente llevaba sobre su espalda una cesta. ¿Qué había dentro de la canasta?, ¡los testículos y el pene del Pájaro! Los unos eran enormes y el otro, de una longitud desmesurada, semejaba una larguísima serpiente o un largo tubo flexible. Todo eso era tan voluminoso que el Gorrión se vio obligado a fabricarse la canasta para transportarlos allí: los testículos en el fondo y la verga encima, enrollada como un cable.

Con su invariable equipaje, llegó el Gorrión. Vio que la trampa había funcionado.

—"¡Ah! ¡una pequeña presa!", exclamó.

Se aproximó, el hacha en alto para dar el golpe de gracia al pobre Naimbo. Pero como él seguía desvanecido, daba la impresión de estar muerto y de no necesitar el hachazo que lo remataría.

—"¡Bah! Ya está muerto", dijo Rantan'ika.

Enseguida, dirigiéndose a las plumas de su trampa les ordenó:

—"Está bien, ¡déjenlo ahora!"

Inmediatamente la trampa se abrió y el Pájaro recogió al desmayado Naimbo, lo amarró convenientemente y lo cargó a su espalda, sobre su cesta.

Hay algo que deben saber ahora. Antaño, Naimbo tuvo una novia llamada Sapamashi. Un buen día había desaparecido y nadie supo más de ella. En verdad, el Gorrión la había embrujado y llevándosela la tomó por esposa. Ese día, ella se encontraba en la casa tejiendo cuando su esposo regresó de cazar. Habitualmente, el Shicapa no dejaba de avisarle si traía alguna presa. Pero ese día, nada le dijo. Depositó a Naimbo todo amarrado sobre su parrilla. Era una parrilla de fierro, ¡cosa increíble en ese tiempo! Debajo colocó dos tizones aún humeantes que habían sobrado de la víspera. Como solo con eso no iba a poder ahumar a Naimbo, fue en busca de leña.

El humo desprendido de los tizones sacó a Naimbo de su desvanecimiento; le picaban los ojos y la nariz. Sin embargo no podía moverse un centímetro, amarrado y anquilosado como estaba. Empezó a toser, buscando voltearse. Este ruido extraño llegó a oídos de la mujer del Gorrión.

—"Qué raro", se dijo. "¿Habrá traído algo de la cacería sin avisarme? Esto es extraño. ¡Nunca se comporta de este modo!"

Se aproximó a la parrilla. Imagínense la sorpresa que se llevó. ¡Amarrado allí, estaba su antiguo prometido! Rápida, se puso a desenredar las cuerdas que lo inmovilizaban.

—"¡Mamá, mamá! ¡No hagas eso! ¡No toques!", gritó un loro domesticado que poseían Rantan'ika y su mujer. Este loro había aprendido el lenguaje de los hombres y lo hablaba fluidamente, a tal punto que podía construir las frases que deseaba.

—"¡Tú cállate!", le conminó ella. "Y cuidadito con decir palabra de lo que vas a ver, si no... ¡te mato!... Tenlo por hecho".

Sapamashi terminó de librar a Naimbo y le dijo:

—"Te voy a esconder; pero no te muevas en absoluto. Mi marido tiene a su servicio toda clase de animales venenosos que emplea en toda suerte de tareas. ¡Pobre de ti si los suelta! ¡No delates tu presencia!"

Diciendo esto, lo disimuló bajo una enorme olla volteada y corrió a sentarse donde había estado antes. Retomó su huso y se puso a hilar, como si nada hubiese sucedido.

Al cabo de cierto tiempo, regresó el Gorrión trayendo su carga de leña. Tirada al pie de la parrilla vacía encontró las *sogas* que habían amarrado a su presa.

—"¡Mujer!", gritó. "¿Qué ha pasado con lo que dejé en la parrilla?"

—"¿Cómo?" se asombró ella. "¿Entonces había algo que tú habías traído? ¡Qué curioso! Nada me habías dicho. De otro modo, hubiese vigilado; pero como no sabía nada, no he prestado atención".

Rantan'ika montó en cólera, pues adivinaba que su esposa mentía. Sin embargo, no veía trazas de Naimbo por ninguna parte. Encaró entonces al loro hablador.

—"Dime tú", le dijo bruscamente, "¿dónde ha metido tu mamá lo que yo había puesto sobre la parrilla?"

—"Mi mamá..." comenzó el loro. Pero en ese instante recordó la amenaza de Sapamashi: le iba a retorcer el cuello si revelaba su secreto. Además, detrás del Pájaro, ella le lanzaba miradas apuñaladoras que le helaron la sangre.

Mi mamá... Mi mamá... Mi mamá... Mi mamá...

Desde entonces, ya no podemos enseñar a los loros sino dos o tres palabras que repiten a toda hora y, a veces, sin ton ni son.

Furioso de no haberle sonsacado nada al loro, Rantan'ika soltó a sus hormigas *sitaracuy* que guardaba en un pomo. Comenzaron a rebuscar por todas partes. Cuando llegaron a los pies de Sapamashi, sentada cerca de la olla que escondía a Naimbo, la joven amenazó:

—"Si una de tus puercas bestias me pica, la aplastaré. ¡Llámalas!"

El Pájaro, viendo que ello disgustaba a su mujer, las llamó y las regresó al pomo. Enseguida soltó varias clases de hormigas, avispas y serpientes. Todas buscaron sin éxito pues apenas llegaban a los pies de Sapamashi, ella gritaba y amenazaba hasta que su esposo llamaba a sus venenosos servidores. Rantan'ika acabó tragándose su cólera y olvidándose del incidente. Los días siguientes, mientras que él recorría el bosque abriendo sus trampas, Sapamashi sacaba a su ex-novio de la olla volteada y le daba de comer. Al menor aviso que el Gorrión estaba por volver, ¡fuit! lo escondía nuevamente bajo la marmita.

Pero en la noche no sucedía lo mismo. Rantan'ika y Sapatmashi dormían en cuartos separados. Habían dividido la casa en dos piezas aisladas con tabiques de estera. Nunca Rantan'ika entraba al dormitorio de su mujer. Procedía distinto. En su cuarto se descargaba por fin de la canasta que había transportado todo el día sobre su espalda y libraba sus enormes partes sexuales. Cada vez que el deseo lo embargaba, la punta descomunal de su verga se erguía y comenzaba a reptar como una serpiente por una u otra viga de la casa. Se arrastraba a lo largo de una y cuando lo juzgaba, se acercaba balanceándose suavemente en dirección vertical al sitio donde descansaba la joven. Entonces ella elevaba ligeramente sus dos rodillas, juntándolas bien una contra otra. La cabeza de la larga serpiente genital se aferraba algún tiempo entre las dos rodillas. Al depositar su simiente, se retiraba satisfecha hasta la próxima visita...

El conocimiento de estas costumbres hacía posible que, una vez llegada la noche, Naimbo saliese de su escondite y fuera, en completa paz y quietud, a cohabitar con la que antes había sido la elegida de su corazón. Y les aseguro que para suerte de él, Sapamashi lo recibía tal como manda la regla entre buenos amantes y no entre sus rodillas. El único problema para Naimbo, era saberse apartar con discreción toda vez, que un deslizamiento a lo largo de una viga les advertía las intenciones del marido que roncaba al otro lado... Debido a su constancia, Naimbo no tardó en embarazar a Sapamashi. ¿Y quién fue el más feliz? El Gorrión, naturalmente. Ya se preguntaba, alarmado, por qué las asiduas visitas que su serpiente genital no cesaba de rendir a la joven, quedaran tan extrañamente sin consecuencias. El niño pues, nació dentro de una felicidad familiar perfecta. Al día siguiente del nacimiento de su hijo, Naimbo dijo a Sapamashi.

—"Voy a recoger frutos de *huito* para pintar a nuestro hijo. No puede quedarse así, tal como ha venido al mundo".

—"¡No vayas!", le rogó ella. "Mi marido te encontrará y esta vez te comerá. Está en todo sitio a la vez; nada se le escapa en el bosque".

—"No. No me encontrará. Además, no le temo". Y partió, desoyendo los consejos de Sapamashi arrasada en amargo llanto, pues sabía que ya nunca lo volvería a ver.

Naimbo llegó al pie de un enorme *huito*. Subió y comenzó a coger frutos. Ya había tirado dos o tres al suelo cuando el Gorrión apareció al pie del árbol.

—"¡Ah, tú! ¡Al fin te encuentro! ¿dónde te habías escondido? Esta vez no te me escaparás. ¡Baja para conversar!"

—"Ja. No me das miedo" replicó Naimbo. "Pues bien, mira, voy a bajar. Junta mis frutos de *huito* mientras bajo" y lanzó su cosecha lo más lejos posible, esperando aprovechar el tiempo que el Gorrión empleaba en recogerlos para huir y desaparecer. Pero eso era contar sin la rapidez de Rantan'ika. Habiendo recogido todos los frutos, se lanzó sobre él apenas saltó a tierra y le enderezó un formidable golpe de hacha. Felizmente, Naimbo pudo evitar ese primer golpe, aplicado con más rabia que precisión. El Gorrión, más furioso aún, se impulsó para asestarle un segundo hachazo; pero se le fue a la canasta de la espalda destrozando su contenido.

—"¡Auch!", vociferó a todo pulmón y se quedó bailando de dolor, apoyándose alternativamente en un pie luego en otro, mientras Naimbo huía a todo dar.

Corrió desesperadamente hasta un río donde los animales se encontraban pescando.

—"¿Qué te hace correr de esa manera?", le preguntaron ellos.

—"Es el Gorrión. Me persigue para matarme y comerme", les contestó Naimbo, casi sin aliento.

—"¡Ah! Él es así. Ese tipo tiene un genio imposible; quiere comerse a todo el mundo. Ven por aquí, te vamos a esconder".

Escarbaron entonces un gran hueco en la arena de la playa y colocaron allí al joven. Lo recubrieron totalmente, dejando apenas afuera la nariz, boca y ojos. Por encima voltearon una canasta tan chiquita que nadie ni siquiera el más astuto de los pájaros habría podido adivinar que allí debajo se ocultaba a un hombre. Habiendo aplanado bien el terreno, retornaron a la pesca. Justo a tiempo: Rantan'ika, repuesto de su golpe de hacha, apareció en la orilla del bosque.

—"¡Hola amigos!", los saludó. "¿No han visto ustedes a un hombre huyendo por aquí?", preguntó.

—"No. No hemos visto a nadie. Estamos pescando en el río y nada en especial hemos notado".

—"No es verdad", repuso el Pájaro. "Sus huellas llegan hasta aquí. Mienten. Peor para ustedes, les voy a soltar un pedo". Dicho y hecho: soltó un enorme pedo tronante, agigantado por el eco. Un gas espantosamente pestífero infestó la atmósfera. Todos los pescadores

comenzaron a toser y estornudar sin cesar. Bajo la cestilla, el pobre Naimbo aguantaba lo más que podía a fin de no delatar su presencia; pero no pudo.

—"Aaaah..." hizo.

—"¡Tshú!", terminó cerca de allí un árbol inmenso, pues los árboles también estornudaban, lo mismo todos los animales, incluso los insectos que hacían pequeños atchises. Hasta los peces en el agua estornudaban haciendo burbujitas de aire.

Al disiparse todo, Naimbo permanecía aún oculto. Entonces el Gorrión se desalentó y regresó a su casa para hacer curar su testículo.

Ya no hablaremos de él.

Los animales pudieron desenterrar a Naimbo y lo invitaron a pescar con ellos. Pero él ya estaba harto de aventuras. Quería regresar enseguida donde su madre.

—"Bueno. Nada más fácil. Mira: hay una trocha bien ancha. Tómala y síguela hasta que encuentres un grueso tronco abatido. Escucharás entonces a tu madre que llora, preguntando por su hijo. Es todo lo que hace durante el día. Anda. No es lejos".

Lleno de esperanza, Naimbo se adentró en el sendero, en efecto bien ancho. Pero continuamente iba estrechándose, hasta que pronto desapareció por completo sin que hubiese aparecido el tronco anunciado. Naimbo se encontró más perdido que nunca.

Repentinamente, oyó un ruido y se escondió. Eran unos conejos en gran conferencia.

—"¡Hola amigo! ¡sal de ahí, ya te vimos!", le gritaron. Le hicieron contar su historia y se divirtieron mucho oyendo sus tribulaciones con el Gorrión. Tanto placer sentían con su conversación que lo invitaron a vivir entre ellos.

—"No", dijo Naimbo, "quiero volver donde mi mamá".

—"Quédate con nosotros hasta el final de nuestra reunión", invitó uno de los conejos. A tu madre la conozco bien. La he visto el otro día. Yo estaba jugando con mi tambor, no lejos de ella y me echó porque le hacía recordar a su hijo artista que había desaparecido. Llora todo el día por ti. Cuando acabe nuestra sesión te guiaré donde tu madre".

—"No", repuso Naimbo. "No quiero esperar. Deseo llegar cuanto antes donde mi madre".

—"Sigue entonces este camino", le indicaron los conejos. "Te conducirá hasta la puerta de tu casa. No está lejos de aquí".

Naimbo se alejó; pero la trocha, igualmente, se estrechó bien luego y terminó desapareciendo antes de desembocar en su casa. Buscó orientarse. De repente divisó a un *añuje* tomando desayuno entre la maleza. Prestamente se disimuló, pero muy tarde.

—"¡Hola amigo!, ¡sal de allí, ya te vi!" gritó el *Añuje* y lo invitó a participar de su comida mientras Naimbo contaba su historia. Él también conocía bastante a la madre de Naimbo. Dos días atrás la acababa de ver y se había enojado contra él porque tocando su tambor le recordaba a su hijo, el artista desaparecido, al que lloraba día y noche.

—"Amigo", imploró Naimbo. "Ya que tú sabes dónde vive, condúceme hacia mi madre".

—"¡Ah! nada más fácil", repuso el *Añuje*. "En realidad, no es lejos de aquí. Te llevaré. Pero pon atención: No tengo cola y todo el mundo se ríe de mí, pues como mis patas delanteras son más cortas que las posteriores, se ve el agujero de mi trasero. Si te ríes de mí, cuando por ejemplo, salte un tronco caído, pues bien, ¡tendrás que arreglártelas tú solo! No te conduciré más lejos. ¿Entendido?"

El joven prometió ser discreto y se pusieron en marcha. Siguieron así durante algún tiempo, el *Añuje* delante y Naimbo detrás. En cierto momento, se toparon con un árbol caído que atravesaba el sendero. El *Añuje* lo escaló. Cuando descendió al otro lado, con sus posaderas al aire, ofreciendo el espectáculo que adivinan, Naimbo se atacó de risa.

—"Bueno. Me lo esperaba", dijo el *Añuje*. "Pues bien, prosigue tú solo. Además, no podrás equivocarte: sigue la trocha y franquea esta colina. Allá, muy cerca, tu madre se pasa los días llorándote".

Naimbo partió con el corazón lleno de esperanzas. Pero una vez más iba a encontrarse decepcionado y perdido. La trocha después de estrecharse, desapareció y lo dejó en pleno bosque con la noche encima. Se acomodó lo mejor que pudo al pie de un árbol, sobre todo porque amenazaba llover. Aguardó en silencio. De pronto, escuchó vocecitas.

—"¡Maldición, va a llover!... Rápido, ¡soplemos entre nuestras manitas para conjurar la lluvia! Si cae sobre nosotros, nos envejecerá prematuramente y moriremos deshaciéndonos en pedazos".

Naimbo oyó cómo soplaban hasta perder aliento y la lluvia en efecto no cayó.

—"¡Qué brujos tan brujos deben ser esos!", pensó Naimbo. "Mañana iré a hurtadillas y veré de qué se trata".

Tempranito se levantó y se dirigió al lugar de donde habían provenido las voces. Eran unos hongos con su carita toda pálida a la luz del día.

—"¡Hola amigo!, ¡sal de ahí, ya te vimos!", le gritaron los hongos.

Y le hicieron contar de dónde venía y a dónde iba.

—"¡Ah, tu mamá!", le dijeron cuando terminó. "Claro que la conocemos. Siempre llora por ti, y si nosotros estamos aquí es porque nos escapamos de ella. Antes de ayer mismo nos quiso cortar para asarnos. La encontrarás fácilmente. Toma este camino, pasa la colina y allá es. No podrás equivocarte, en verdad. ¡Buen viaje!"

Sin embargo, como siempre, la trocha le volvió a hacer el ocho a Naimbo y nuevamente se vio perdido. Encontró a una Tortuga llena de huevos. Pretendió esconderse pero ella ya lo había visto. La tortuga también conocía bien a su madre. Unos días antes, la regañó porque cantando le recordaba a su hijo, el artista desaparecido.

La Tortuga le mostró el camino. Lo siguió todo el día pero al caer la noche, una vez más, terminó en pleno bosque. Naimbo se construyó un *masaputo* al pie de un árbol. Sin embargo no podía conciliar el sueño. Después de media noche, un árbol gigantesco empezó a gemir y quejarse a grandes voces.

—"¡Ay, au, ay! ¡Tengo tanta sarna y no puedo ni siquiera rascarme!"

En efecto, por la mañana, Naimbo constató que tenía el tronco cubierto de musgo. Pero no le dijo nada y prosiguió camino, al azar, hasta que dio con el Venado: Quiso esconderse; pero el Venado lo vio.

—"¡Hola amigo! ¡Sal de ahí, ya te vi!"

Se acercó al Venado y este le hizo contar su historia y explicar la finalidad de su viaje mientras le convidaba de su comida. Por suerte, el Venado también conocía bien a la madre de Naimbo. No estaba nadita lejos. Aceptó generosamente conducirlo. Solo que, un venado, ¡camina tan a prisa! Y aunque Naimbo se esmeraba, no pudo impedir que la distancia entre él y su guía aumentase constantemente. Finalmente, el animal desapareció por entre el monte y Naimbo fue incapaz de reencontrarlo. Erró por el bosque hasta el anochecer. Apenas había cerrado los ojos cuando el canto de un pájaro nocturno lo despertó.

[illegible] gritaba el pájaro.

Naimbo abrió los ojos. Vio una luz no lejos de allí y decidió ver de cerca cómo era ese pájaro. Al aproximarse, encontró no a un pájaro sino a una maravillosa joven hilando al pie de su luz. Quiso emboscarse para contemplarla a su gusto pero ella ya lo había sentido.

—"¡Hola amigo! ¡Sal de ahí, ya te vi!", murmuró ella con una voz encantadora en medio de la dulzura de la noche.

Él se acercó. Obedeciéndola, se instaló frente a ella. La joven, sin dejar de hilar, le pidió le contara su historia. Rió con ganas de su malaventura con el Gorrión. Como los demás animales, ella recalcó que, en verdad, ese tipo era así, tal como lo describía y que a todos los quiso devorar un día y, mientras ella le hablaba, Naimbo observaba con creciente satisfacción los graciosos contornos de la joven. Especialmente quedó fascinado por la posición en que estaba sentada la muchacha. Acomodada en el suelo, una pierna la tenía extendida hacia adelante y sobre el muslo de la otra, replegada debajo de ella, adelgazaba el hilo. Pero sentada así templaba la pampanilla, dejando percibir a Naimbo lo más íntimo de su persona. Total, que Naimbo se moría de ganas de hacerle el amor.

—"¿Le pregunto?", se preguntaba. "No; no me atrevo. Podría ofenderse y todo se echaría a perder. Mejor la agarro de sorpresa".

Cuando ella iba a preguntarle la finalidad de su viaje, él bruscamente extendió la mano y asiéndola por su vellón íntimo, quiso atraerla hacia él. Pero quedó con la mano vacía: la muchacha se transformó rápidamente en Pájaro *Falán* y voló, llevándose su luz.

Naimbo se quedó completamente desconcertado en la oscuridad. A poco, vio la luz posada algo más lejos, y el pájaro, transformado en muchacha, había retomado la misma posición para hilar. Naimbo fue a instalarse frente a ella, como si nada hubiese pasado.

—"¡Esta vez no se me escapará", se prometió. Volvió a asirla fuertemente y tiró con más violencia que la primera vez. Como resultado, el pájaro voló mucho más lejos. El muchacho repitió su intento todavía dos veces más. A cada zarpazo, Naimbo jalaba más fuerte a la muchacha; ella, transformándose en pájaro, volaba más lejos a medida que Naimbo tiraba con más fuerza.

El Pájaro-*Falán* terminó posándose al borde de una inmensa laguna. Hasta allí llegó Naimbo buscando a atraparlo. Pero esta vez el *falán* voló al otro lado de la *cocha*, donde Naimbo no pudo ya seguirlo.

Quedó solo, pensativo, decepcionado, sentado en la oscuridad. A falta de algo mejor se dispuso a reposar. ¡Qué contrariedad! Cerca de allí, al pie de una gran palmera, una voz terrible, llorosa, se quejaba toda la noche:

—"¡Ay mi pierna!, ¡mi pobre pierna!, ¡cómo me duele! ¡Au, auch, ayayay!"

Apenas clareó el día, Naimbo se asomó para ver quién se lamentaba así y vio a una boa enorme.

—"¡Huy!" se dijo. "¡Esta podría tragarme... y crudo!" y trató de pasar desapercibido, pero ya la Boa lo había visto.

—"¡Hola amigo! ¡Sal de ahí, ya te vi!"

Naimbo se acercó. La Boa le enseñó cómo le faltaba su cola que para ella era su pierna: sin este apéndice no podía avanzar.

—"Ayer", le explicó la Boa, "tuve un accidente y mi cola se rompió. ¡Ayúdame! Debes conocer algún remedio para curar".

—"¿Yo?", se asombró Naimbo. "¡Ah, no! En asunto de remedios soy el primero de los ignorantes. Soy algo artista y había tenido el proyecto de ir a tocar el cielo con la mano. Eso fracasó, además. Es todo lo que sé hacer. Lo siento".

—"Bueno, si es así, yo misma te voy a decir lo que debes hacer", replicó la Boa. "Busca por ahí una liana cuya extremidad sea en todo parecida a la punta de la cola de una serpiente. Arráncala y tráela".

Naimbo hizo como se le había dicho y trajo la *soga*. Luego, siguiendo las indicaciones de la boa, ensartó la liana en la médula espinal, valiéndose de una larga espina para hacer la conexión. Inmediatamente se soldó al cuerpo y la Boa quedó curada.

Entonces, conversaron. La serpiente le hizo decir de dónde venía y adónde iba. Ella también, felizmente, conocía muy bien a la madre de Naimbo. Hacía dos o tres días que no la había visto. La última vez se le había ocurrido perfumarse (ustedes saben cómo puede apestar una Boa) y su perfume disgustó a la madre de Naimbo. A ruegos de ella tuvo que irse a pedorrear a otro lado. Por eso había llegado allí, mientras la madre de Naimbo continuaba llorando a su hijo, el artista desaparecido.

Como Naimbo la había salvado, la Boa aceptó encantada prestarle el pequeño servicio de guiarlo donde su madre. Además, era muy cerca. Y partieron, la Boa delante, Naimbo detrás. ¡Pobre de él! Una

serpiente se escurre por donde un hombre no puede en absoluto deslizarse. Naimbo, pues no tardó en perder, una vez más, las huellas de su guía. Erró todavía hasta la noche.

Esa noche fue sorprendente, ¡nada le impidió dormir! Por la mañana, lleno de esperanza, reinició la búsqueda de su madre en la dirección que le habían dicho. Franqueó colinas, atravesó planicies, vadeó ríos, se encenegó en pantanos sin que nadie lo socorriese. Esa noche, volvió a dormir a la luz de las estrellas.

Al día siguiente, tuvo un nuevo encuentro: un terrible *tigre* rugiente. Apenas lo escuchó, Naimbo se guareció entre unos matorrales. Demasiado tarde.

—"¡Hola amigo! ¡Sal de ahí, ya te vi!", rugió el Tigre.

Naimbo se aproximó más muerto que vivo... ¡el Tigre rugía de dolor! Un hueso, malignamente, se había clavado entre dos molares de la fiera impidiéndole cerrar la boca y comer. Su mandíbula, sanguinolenta y toda infectada, era una sola llaga supurada, pestilente.

—"Dime, amigo ¿conoces algún remedio para curarme?", gimió el *tigre*.

—"Lo siento mucho", dijo Naimbo. "El único remedio que conozco sirve para repegar colas de serpiente. Y todavía solo lo he aprendido anteayer y lo he ensayado una vez...".

—"Poco importa", repuso el Tigre. "Nos arreglaremos sin remedio. Anda busca una *soga* bien delgadita. Cógela por el extremo y arráncala de manera que salga lo más larga posible; después, tráela".

Naimbo salió y pronto regresó con una larguísima *soga* que había arrancado completamente entera.

—"Bueno", dijo el Tigre. "Ahora, amarra fuertemente el extremo de esta liana al hueso encallado en mi boca. Llevando la otra punta, trepa a ese árbol gigantesco que está allá, en el centro del claro".

Entonces Naimbo subió hasta el ramal del árbol.

—"¿Está bien?", preguntó.

—"No", dijo el Tigre. "Debes ir más alto. Allí donde estás, te alcanzaría de un salto y te destrozaría". Le hizo subir hasta la punta del árbol que tenía como sesenta metros de alto.

—"¿Ya?", inquirió Naimbo.

—"Ya está bien. Ahora, jala con todas tus fuerzas la liana hasta sacar el hueso".

Naimbo tiró fuertemente y logró extraer el hueso de la fauce del Tigre. Entonces, bruscamente, la llaga de la mandíbula estalló, arrojando pus alrededor. Loco de dolor, el *tigre* pegó un tremendo salto y vino a estrellarse a un metro de donde Naimbo, aterrado, seguía la escena. Luego, rebotando, cayó desvanecido al suelo, mientras que la sangre escapaba a borbotones de su hocico herido.

Después de bastante tiempo, el Tigre volvió en sí.

—"Baja amigo, ya no temas nada", dijo a Naimbo.

Se sentaron a la sombra, y el Tigre empezó a interesarse en él: ¿de dónde venía, adónde iba? La historia del Gorrión iluminó la cara del Tigre con una débil sonrisa.

—"¡Eh, sí! Así es ese tipo", dijo. "Quiere devorar a todo el mundo, hasta a mí me quiso comer. Por eso huí y vine a parar aquí".

En cuanto a la madre de Naimbo, ¡claro que la conocía! Ella vivía no lejos de allí, llorando todo el día a su hijo, el artista que había desaparecido. Sería un gran placer para el Tigre llevarlo personalmente a su casa. No hoy día, pues todavía se sentía algo débil. A propósito, él, Naimbo, ¿no sentía hambre? Naimbo convino que sí: no había comido nada desde hacía tres días, cuando el Venado compartió con él su comida.

El Tigre entonces se dedicó a buscar, huellas de animales. No tardó en encontrar rastros de *huanganas*. Recolectó hojas y con ellas, sobre el rastro, dibujó la imagen del animal. Después la picó en medio con una varita mágica fabricada por él. Inmediatamente aparecieron tantos despojos de *huanganas* como veces había picado a la imagen dibujada en el suelo: cinco *huanganas* exactamente.

Comieron primero. El Tigre solo las tripas, pues todavía no podía mascar nada sólido. Enseguida, tuvieron bastante trabajo para despresar y ahumar toda esa carne.

Al día siguiente, el *tigre* envió a Naimbo en busca de hojas de palmera para trenzar canastos donde llevarían la carne. Naimbo se alejó, preguntándose quién diablos iba a poder cargar todo ese pesote sobre la espalda. Si debían transportar todo eso, ¡no sería todavía mañana que estaría en los brazos de su madre!

Cuando regresó con las hojas, el Tigre estaba sentado en la *roza* con un pequeño paquetito, cuidadosamente amarrado, a su lado.

—"¿Dónde está tu carne?" interrogó Naimbo.

—"Aquí dentro", dijo el Tigre mostrándole el paquetito.

A Naimbo no le gustó que el Tigre lo hubiese mandado a recoger hojas por las puras. Trató de sopesar el paquetito, pero por más esfuerzo que hacía, no lograba despegarlo del suelo. ¡pesaba horriblemente! Con un nuevo golpe de varita, el Tigre había concentrado todo el *mitayo* en tan pequeño volumen. Después, con un gesto natural, cargó el paquete sobre su espalda y emprendieron la marcha hacia donde vivía la madre de Naimbo.

Por el camino aún mataron animales que ahumaron durante toda la noche siguiente. Luego, el Tigre los redujo, en la misma forma, a un tamaño minúsculo. Naimbo pensaba que harían mejor en andar en vez de pasar el tiempo mitayando y ahumando carne. Pero el Tigre le decía que cómo iba a entrar a su casa, después de tan larga ausencia, con las manos vacías, sin llevar a su madre y a su familia un gran atado de *mitayo*.

Por fin, después de largos días consagrados a llenar de animales un paquete que sin embargo no aumentaba de volumen, el Tigre le dijo a Naimbo:

—"Partamos. Hoy día te voy a conducir donde tu madre".

Y verdaderamente, lo llevó a un lugar que Naimbo reconoció. Vio una trocha, luego la *chacra* y se adivinaba ya, en la *roza*, como a un kilómetro de allí, el techo de palma por donde el humo se filtraba.

—"Ya estás en tu casa", le dijo el Tigre. "Sin embargo, antes de partir, voy a dejarte un recuerdo mío y te daré un regalo útil. Toma, acepta esta varita mágica. Has visto como se la usa para matar presas y reducirlas a un volumen fácilmente transportable. Lleva también el *mitayo* que hemos cazado y ahumado juntos estos últimos días. Con la varita mágica no te será difícil cargarlo sobre la espalda. Llévalo a tu casa; pero no abras el paquete antes de entrar a la casa. De la varita mágica nunca hables a nadie: perderá su poder mágico para siempre".

El Tigre se despidió de Naimbo, agradeciéndole una vez más el haberlo curado, luego desapareció en el bosque. Naimbo, provisto de la varita mágica (digamos, era de metal, de plomo o de oro, según algunos) no tuvo, en efecto, pena alguna para cargar en su espalda el paquetito conteniendo todo el *mitayo*.

—"¿Será verdad que tantísimo animal que hemos matado esté aquí adentro?", dudó Naimbo.

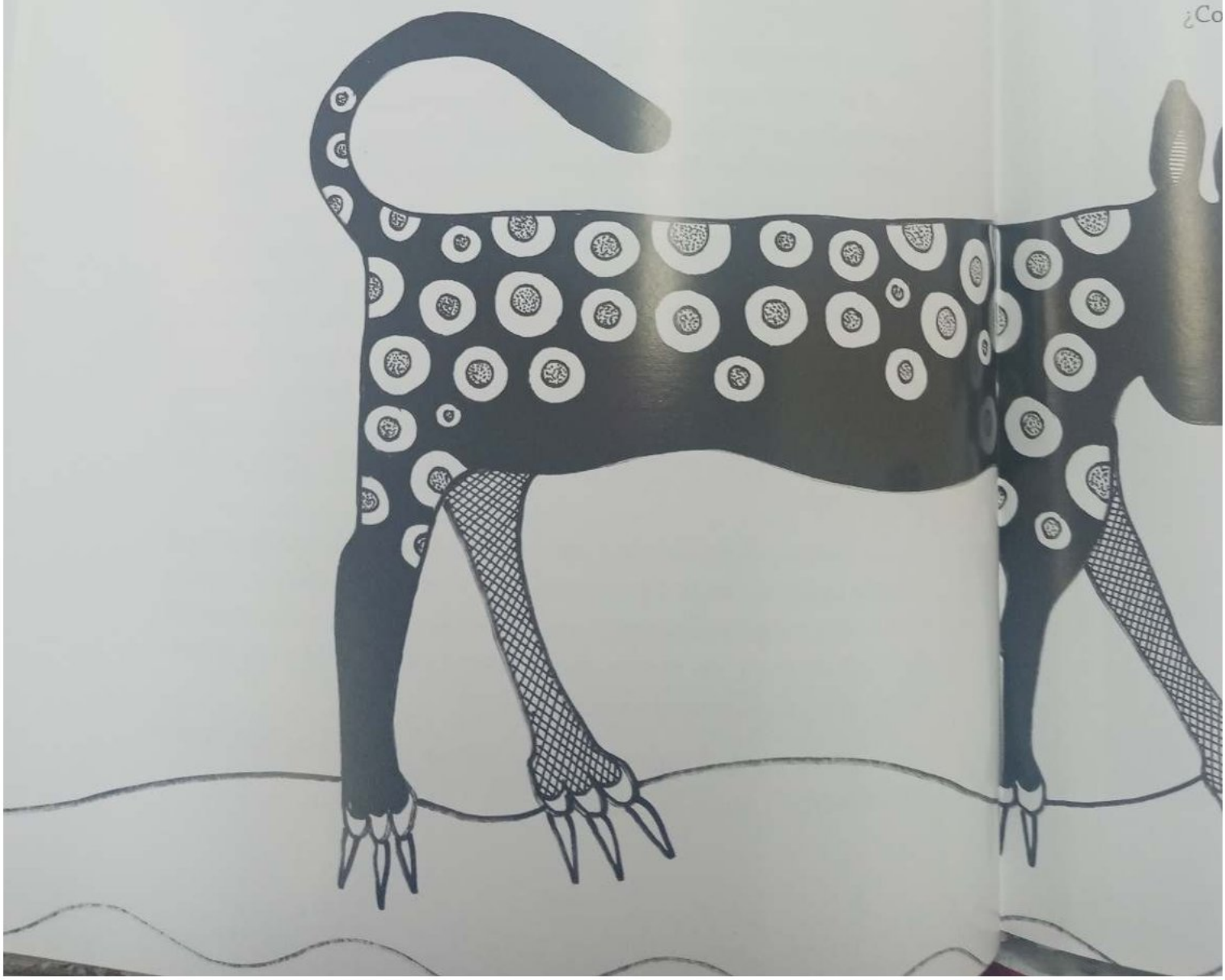
Y no resistió la tentación. Entreabrió el paquete. En mala hora: todos los animales, vivitos y coleantes, empezaron a escapar, saltando a toda velocidad y ganaron el bosque a través de la *chacra*. El pobre Naimbo no sabía dónde prestar atención. Solo pudo retener a dos cuando logró cerrar nuevamente el paquete.

Un poco descontento de haber dejado perder la mayor parte del *mitayo* por su tontería, Naimbo retomó la trocha hacia su casa. Al llegar, vio a su madre. Barría llorando.

—"¿Dónde podrá estar en estos momentos mi hijo el artista? El único hijo artista que he tenido, ¡y lo he perdido!"

—"¡Mamá! ¡Mamá!", gritó desesperadamente alegre.

—"Usted, ¡cállese!", conminó su madre sin dejar de barrer ni de llorar. "¿Quién es usted para atreverse a burlarse de mí llamándome "Mamá" cuando lloro a mi hijo, el artista, que se ha perdido para siempre?"



—"¡Pero si yo soy tu hijo, Mamá!"

—"No es verdad", dijo ella. "Mi hijo el artista desapareció para siempre".

Por fin, levantó los ojos y a través de sus lágrimas, reconoció a su hijo. Grande fue la alegría de ambos. Ella recibió las dos *huanganas* y las puso a cocinar.

Cuando las provisiones se agotaron, Naimbo se dirigió al bosque con la varita mágica del Tigre. Todo sucedió como si el Tigre mismo hubiese estado allí. Su madre y todos sus familiares se sintieron felices y orgullosos al ver en el buen cazador que se había convertido durante el transcurso de su largo viaje.

El mismo se aficionó al juego. Un día trajo tanta carne que se vieron obligados a botarla.

Naimbo se pavoneaba por todo el pueblo, inflando el pecho.

—"¡Qué gran hombre soy!", decía. "Qué dicen ustedes, ¿ah? ¿Conocen a otro cazador capaz de traerles tanto *mitayo* que ustedes deban arrojarlo? ¿Conocen a algún otro que haya podido ser amigo del Tigre y recibir de él un poder mágico como lo tengo yo?"

Todos sus paisanos se agruparon alrededor de él para escuchar su odisea. Cuando hubo acabado, lleva todos al bosque a fin de hacerles una demostración del poder de su varita mágica. Dibujó con hojas una enorme sachavaca sobre las huellas del animal. Picó su dibujo con la varita mágica... ¡nada sucedía! Había quebrantado su promesa. El Tigre había retomado su poder. Naimbo quedó entonces, desprovisto de sus dotes de cazador y sin otro recuerdo de su fantástico viaje que esta larga historia que acabamos de contar.

Hazañas de brujos, encantamientos y seres fabulosos

H

37. Manarómuëya, el anciano brujo

He aquí la historia de un viejito llamado Manarómuëya. Era un gran brujo y, como todos los brujos, no tenía amigos. La gente tenía miedo de él y se preguntaba si la mayor parte de las desventuras que les sucedían no sería acaso obra suya.

Manarómuëya tenía dos hijas, ambas casadas y con dos hijos. Una de ellas, la más joven también le temía. Por el contrario, la mayor era la única que lo comprendía, la única en no temerle, la única por quién él sentía afecto. Y era un amor muy grande y muy profundo el que unía a padre e hija.

La brujería de Manarómuëya consistía en que podía, en cualquier instante, convertirse en animal. Así, por ejemplo, cuando trabajaba en la *chacra* y hacia mediodía, sintiendo calor, se tendía bajo la sombra de un árbol para echar una siestecita, apenas cerraba los ojos... ¡sssss! se transformaba en conejo. Hasta aquí, parece algo inocente. Sin embargo, al salir de su sueño, sus ronquidos se transformaban en fieros rugidos. Y un *tigre* amenazador abría los ojos que había cerrado un gracioso conejo. Naturalmente, cuando sus nietecitos estaban por allí, se pegaban un susto espantoso. Y esto hacía que no tuvieran relaciones de mayor confianza y más afectuosas con su extraño abuelo.

Toda vez que un incidente de este tipo ocurría, su hija mayor, con dulces palabras tranquilizaba a la fiera y la llamaba a su forma humana. Una vez vuelto todo a la normalidad, ella le hacía suaves reproches:

—"Deberías tener cuidado, papá", le decía ella. "Asustas a los pequeños".

—"Pero si no he hecho nada", respondía él. "Solo me dormí en la sombra para despertarme más tarde".

En resumen, no tenía malas intenciones, pero era bastante molesto para los demás soportar sus peculiaridades. Sin embargo, las metamorfosis a voluntad de Manarómuëya tenían también su lado bueno. Así, cuando veía que a su hija le faltaba carne le decía:

—"Prepara tus ollas. Mañana comerás carne".

Y esa misma noche, cuando todos se recogían a dormir, el anciano Brujo entraba al bosque. Se transformaba primero en búho para descubrir los lugares donde dormían las aves: perdices, *paujiles*, pavas de todas clases. Habiendo tomado nota de esos sitios, se transformaba enseguida en *tigrillo* para cazar presas pequeñas. Después en jaguar, para las grandes presas. Todo lo que así mataba lo juntaba en un solo montón. Por fin, hacia el final de la noche, se volvía águila y se iba a masacrar, mientras dormían, a las presas emplumadas cuyas guaridas había descubierto cuando estaba de búho. Al clarear el día, reaparecía en el pueblo con las manos vacías o trayendo una pequeña presa como muestra. Señalaba el lugar donde había dejado su botín, y se instalaba, sin esperar más, en su hamaca. Dormía todo el día, como una verdadera fiera.

En verdad, era un extraño viejito el buen hombre, y muy útil como cazador. Pero los fastidios comenzaban apenas despertaba. Algunas veces se levantaba con el pie derecho y todo salía bien. Pero otras, ¡qué se iba a hacer!, se despertaba metamorfoseado y siempre bajo aspecto aterrador: tomaba forma de culebra, de un *tigre* o de un feroz perro salvaje. Y siempre, sembrando pánico alrededor suyo. Ni las dulces reprimendas de su hija bienamada podían remediar el asunto. Su intervención lo hacía recobrar instantáneamente su forma humana. Pero nada podía impedir que saliera de sus sueños bajo forma animal; él mismo no podía evitarlo. En oportunidades como estas, sus transformaciones eran involuntarias.

Sin embargo, a pesar de estas rarezas, era todo lo contrario de mezquino. El *mitayo* que traía de sus escapadas nocturnas, pues bien, ¡lo distribuía entre todos, por lo abundante que era! Y cuando otros hombres habían ubicado a un mono; pero que era imposible flecharlo por estar bien emboscado, Manarómuëya no vacilaba en ir a darles una mano. Era todo un espectáculo entonces. Llegado al pie del árbol donde estaba escondido el mono, se transformaba nuevamente en águila. Volaba, sacaba al mono de su escondite y lo arrojaba al suelo. Era muy útil. Y cuando él adquiría voluntariamente forma animal, le era fácil recobrar la apariencia humana sin ayuda de su hija.

Sin embargo, el brujo y sus transformaciones daban mala espina a mucha gente que habían acumulado contra él rencores y envidias. Pero enfrentarse a un brujo no es nada fácil y puede entrañar peligro. Entonces, los envidiosos y celosos decidieron atacarlo a través de su hija, la única persona que amaba y de quien era querido. Era la única también que podía regresarlo a su condición de hombre, cada vez que su despertar lo transformaba en fiera.

Un día, cuando Manarómuëya se había ido solo al bosque mataron a su hija. Inmediatamente, unos pájaros volaron velozmente hasta donde el brujo para darle la mala noticia.

Regresó a toda carrera al pueblo. En el trayecto, se cruzó con el espíritu de su hija. Se saludaron:

—"¿Dónde vas?", preguntó Manarómuëya al espíritu de su hija.

—"Me voy", dijo ella. "Han maltratado mi cuerpo. Me han matado. Entonces, por eso, me voy".

—"No. No puedes irte", replicó Manarómuëya. "Ven, acompáñame".

El espíritu de su hija lo siguió al pueblo. Después de haberle curado el cuerpo, reinstaló el espíritu en él. Verdaderamente era un gran brujo.

Cuando su hija se puso en pie, le dijo:

—"Papá, hazme un favor: olvida lo que ha pasado. No busques vengarte de los que me hicieron daño. Olvídalo todo".

—"¿Quién habla de vengarse? ¡Solo los voy a acariciar como ellos te han acariciado a ti!"

Naturalmente, esas caricias no se hacían esperar. Los culpables caían uno tras otro, víctimas de toda clase de accidentes: algunos se envenenaban con plantas encontradas misteriosamente mezcladas a su comida. Otros eran picados por culebras venenosísimas que los atacaban de pronto en un recodo del camino. En unos días no quedaba señal alguna de los asesinos de la hija del brujo.

Pero desgraciadamente, la venganza llama a más venganza. Los parientes de los caídos, decidieron terminar de una vez por todas con la hija, culpable ante sus ojos de haber delatado a los primeros asesinos. La mataron nuevamente. Y como la primera vez, los pájaros avisaron enseguida al anciano brujo. Esta vez, también pudo encerrar en su cuerpo al espíritu de su hija, que ya se iba rumbo a la Raíz del Cielo. Y de nuevo los culpables pagaron con su vida su agresión a la hija de Manarómuëya, a pesar de los ruegos de ella.

Lo que debía suceder sucedió: la mataron una tercera vez. Escogieron el momento propicio: cuando su padre se había marchado muy lejos con una tropa de hombres de su familia. Manarómuëya estaba construyendo un *masaputo*; de repente un carpintero se posó allí. Lo ahuyentó. El pájaro voló, se alejó apenas y regresó enseguida a posarse en la cabaña.

—"Pero, ¡vete de una vez, cargoso!", le gritó Manarómuëya.

—"No me grites", respondió el pájaro, "vengo a traerte una noticia: han matado a tu hija; pero esta vez es grave, ¡no podrás reincorporar su espíritu en su cuerpo!"

—"¡Eso lo vamos a ver!", replicó Manarómuëya.

Y salió disparado a través del bosque. Corrió mucho, con la esperanza de alcanzar al espíritu de su hija antes de que se alejase más, para hacerlo regresar una vez más en su cuerpo.

Por el camino encontró al espíritu de su hija. La sangre fluía abundantemente por el interior de sus piernas

—"Te llevaré a tu cuerpo" prometió Manarómuëya.

—"No, padre", dijo ella. "Esta vez ya no es posible. Me han hecho daño definitivamente. Me han matado y después de muerta, me han arrancado todo el interior de mi sexo. No podría vivir así, aún si repones mi espíritu en mi cuerpo".

Manarómuëya tuvo que convencerse de la verdad. Y no pudo retener al espíritu de su hija que se alejaba. Entonces, tomó apariencia de Tigre y así irrumpió en el pueblo. Sembró pánico, hasta que la vista del cuerpo de su hija bienamada lo conmovió. La habían puesto en una hamaca que habían cerrado para hacer un fardo funerario. La enterrarían después de velarla... Retornó entonces su forma de hombre y lloró amargamente a la muerta durante toda la noche.

No menos que las otras veces, ninguno escapó a su venganza. Pero después de ello, el anciano brujo quedó inmensamente melancólico. Un día, se despertó de su sueño con aspecto de Tigre. Todos se espantaron, comenzando por su hija menor, que nunca había sentido afecto por él. Entonces, el Tigre se fue al bosque. Lo escucharon rugir desesperadamente durante tres días seguidos. Al cabo de esos tres días, reapareció por última vez en el pueblo de los hombres y vino a ponerse delante de su hija menor. Pero ella, que no lo amaba, ignoraba el arte que tenía la otra de llamarlo a su forma humana con dulces palabras. Quedó Tigre. Regresó al bosque.

Hasta hoy ronda allí, tratando desesperadamente de reencontrar el espíritu de su hija mayor, la única que amaba Manarómuëya, el anciano brujo, la única que hubiera podido hacerle recobrar su forma humana.

38. La vieja bruja asesinada, cuyas hijas se casaron con los Incas

Cuentan de Yoshánkoro, una bruja bien vieja. Acostumbraba matar gente, pero nadie lo sabía. Y nadie adivinaba tampoco que esos infelices que morían no lo hacían porque les hubiese llegado su hora, sino por las brujerías de la buena señora.

Esta tenía una particular afición. Después de cada crimen, agregaba un trocito de carbón a un montón que conservaba secretamente en uno de esos cestos donde las mujeres guardan el algodón y lo necesario para hilar. ¡Buena manera había encontrado para no perder la cuenta de sus víctimas!

La vieja tenía dos hijas, una de ellas casada. Vivía con ella y su yerno también compartía el mismo techo, tal como se acostumbra. Este procuraba alimentos para todas.

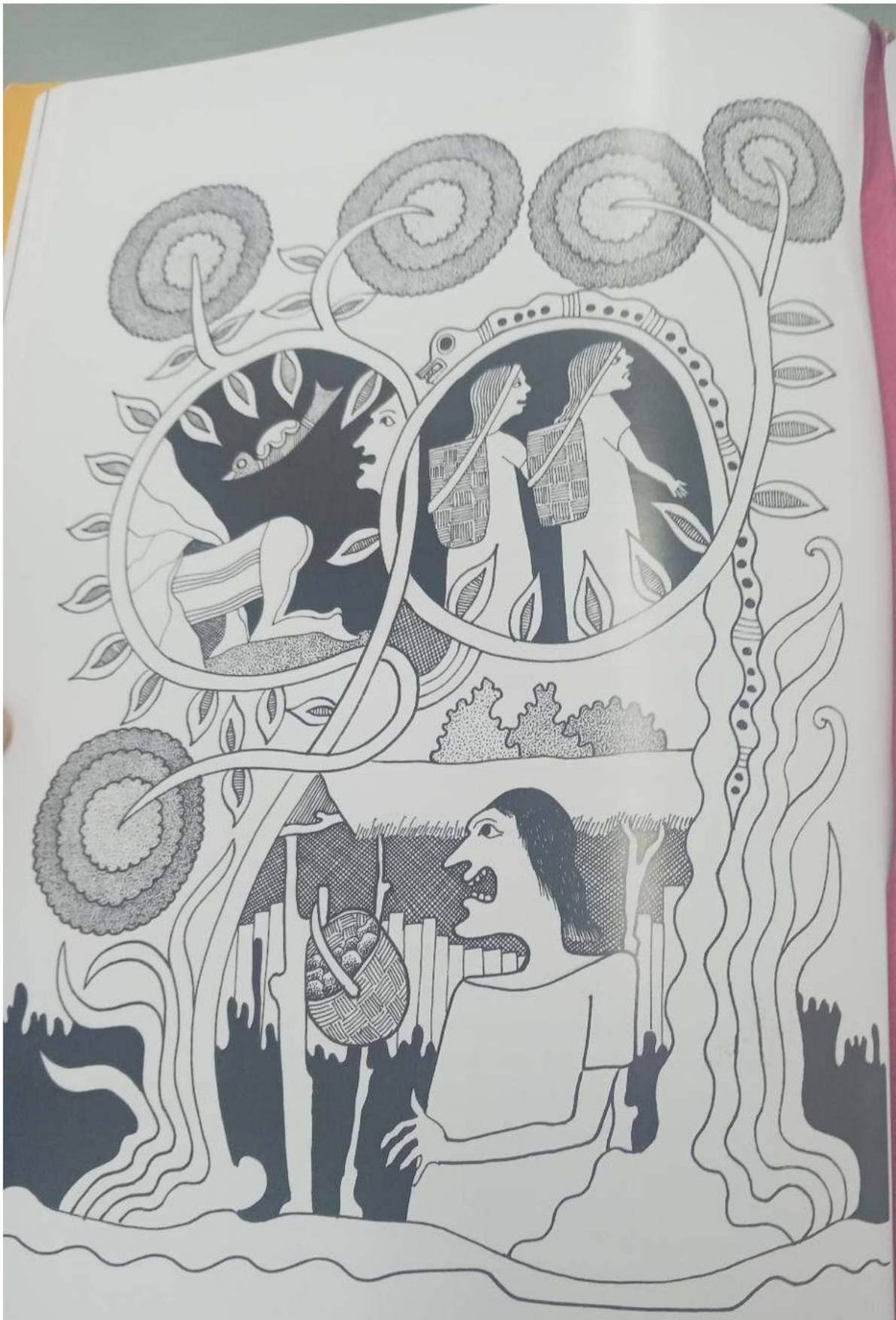
Una mañana, el hombre avisó a su mujer que iba a dedicar todo el día a *mitayar*, a fin de traer carne fresca.

—"¡Buena idea!", contestó ella.

Mientras él preparaba su material, refilando la punta de bambú de sus flechas, la suegra —provista de sus recipientes— enrumbó por la trocha hacia el *pozo* de agua.

Muy cerca del lugar arreglado para facilitar a las mujeres el aprovisionamiento de agua limpia había también un filón de arcilla de donde aquellas sacaban el barro con que hacían sus ollas. Debido a las continuas excavaciones, el filón parecía una madriguera bastante profunda. La recolectora debía introducir la mitad superior del cuerpo dentro del hoyo para recoger la greda.

Fue precisamente en esta posición, con el busto y los brazos bajo tierra y el resto del cuerpo fuera, como encontró el yerno a Yoshánkoro. Él, desde que había visto a la vieja alejarse por el camino de la quebrada, fue tras sus pasos al impulso de una idea que le cruzó por la cabeza. Viéndola en aquella postura, rápido, sin hacer ruido se acercó: cayó sobre su suegra y se dedicó a poseerla vigorosamente. La fuerza de la arremetida hundió la cabeza de la mujer en la arcilla, sin darle tiempo de lanzar un solo ¡ay! Cuando el hombre terminó,



se retiró y echó a correr. Sin embargo, la vieja, después de librarse del barro, reconoció la silueta de su yerno mientras desaparecía huyendo por el recodo del camino.

Ella no gritó, ni dijo nada; pero su cerebro de bruja urdía maquinaciones. Caminando, pronto llegó al borde de una quebrada cercana. Allí, pacientemente, se consagró a pescar. Cuando reunió bastante pececillos, los dividió en dos porciones que preparó en *patarashca*, es decir, envueltos en hojas de plátanos. Pero antes de cerrar la segunda, roció el contenido con el jugo de una liana venenosa que acababa de arrancar para cumplir su venganza.

Llevó a casa las dos envolturas de fani y las entregó a su hija, diciéndole:

—"Este paquete lo he preparado para mi yerno, para cuando regrese de *mitayar*. Es solo de él, ¡ah! No vayas a comerte su parte. A nosotras, que estamos sentadas aquí todo el día, nos sobra con la segunda envoltura. Pon a cocinar las dos bajo la brasa".

La hija de la bruja hizo tal como se lo indicó su madre; comieron los peces no envenenados y apartó a un lado los otros, sin tocarlos.

Al caer la tarde, llegó su marido, sereno, fresco y limpio del baño, ceñida la frente con una corona de cogollo de *huicungo* que se había hecho al regresar de *mitayar*.

—"Aquí estoy", saludó simplemente, según la costumbre Cashinahua.

—"Allí estás", contestó su mujer recibiéndolo.

—"He matado una sachavaca", le contó, "mañana, en grupo, iremos a traerla".

Ella se puso muy contenta.

—"Toma", le dijo. "Este fani lo trajo tu suegra para que lo comieses tú solo a tu regreso".

Sin desconfianza, el feliz cazador consumió la vianda. Pero hacia media noche, en medio de horribles dolores, expiró enseguida.

Bueno, en ese pueblito, como en todas partes, había un buen hombre cuya única ocupación era, naturalmente, meter las narices en lo que no le importaba. Se daba maña para espiar y sorprender a los demás en sus actos más secretos. Hacía un buen tiempo que el fisgón, rebuscando en casa de la vieja mientras ella estaba ausente, había encontrado —oculto cuidadosamente— el cesto con los trozos

de carbón. Intrigado, se devanaba inútilmente los sesos buscando comprender el significado de aquello.

Quiso la mala suerte que al día siguiente de la muerte trágica del yerno, ese simpático amigo se encontrase emboscado, como siempre. Vio a la vieja asir el misterioso cesto y colocar un carbón recién apagado. Regocijado e impaciente, aguzó la vista y tendió el oído. Entonces vio y escuchó a la detestable mujer recontar uno a uno los carbones, murmurando a la vez, entre dientes, el nombre de la víctima correspondiente. Contando en esa forma llegó a casi docena y media. Escuchó también que ante el último trozo nombraba al hombre muerto durante la noche. Los pelos se le erizaron: ¡el propio yerno de la vieja bruja!

Espantado, el curioso corrió donde sus paisanos.

—"¡La vieja Yoshánkoro es asesina! Ella ha matado a todos nuestros amigos que murieron de buenas a primeras", contó sofocado. Retomando aliento continuó:

—"¿Saben lo que hacía?, por cada uno de ellos escondía un carbón en el cesto de algodón. ¡Ni su propio yerno se ha librado de sus manos!"

—"¡Es demasiado!", exclamaron todos. "¡La mataremos!" y, decididos, supieron disimular su propósito.

La familia del difunto organizó una gran fiesta.

—"¡En la fiesta le ajustaremos cuentas a la vieja!", juraron en secreto.

No dejaron, pues, de invitarla. Lo que era lógico, cuanto más que la vieja no tenía rival en ingenio y alegría: era el alma de las fiestas. Cantaron, danzaron y, bailando, formaron una ronda. En cierto momento, se las arreglaron para que la Vieja se encontrara en pleno centro del baile. Entonces todos los hombres armándose con sus *macanas*, la masacraron.

La sangre salpicó en todas direcciones. Allí donde caían las gotitas, crecía enseguida la hierba rao, la misma que hace siglos utilizamos en toda clase de brujerías y como veneno para gente.

Cumplida la venganza, todos huyeron. Abandonaron el lugar para siempre, llevándose sus pertenencias, mujeres e hijos. Se fueron muy lejos y allá rehicieron sus casas.

De tiempo en tiempo, uno que otro regresaba. En el sitio donde cayó el cuerpo masacrado de la vieja, se levantaba, impenetrable, un bosque lleno de plantas a cuál más venenosa.

Lo que habían sido tendones y huesos del cuerpo quedaron transformados en lianas de *ayahuasca*. Los infortunados que vieron esto murieron enloquecidos después.

Las dos hijas de la bruja vivían en el nuevo pueblo; pero no se sentían seguras. Por eso, un día, la mayor —la viuda— dijo a su hermana soltera:

—"Hermana, tengo miedo. Han matado a mamá; a nosotras también pueden matarnos cualquier día. Huyamos. Alejémonos de una vez para siempre de este pueblo y de sus gentes". Un tal Nëabo, hombre muy tímido, se había enamorado locamente de la viuda. Siempre rondaba cerca de ella pero nunca se atrevía a declarársele. Habiendo oído lo que una dijo a la otra, pensó:

—"¡Ah, bueno, con que quieren huir! ¡Las acompañaré! Las seguiré de lejos, velaré sobre ellas y cuidaré que nada malo les pasé".

Esa misma noche, las dos mujeres se alejaron silenciosamente del pueblo. Sin embargo, no lograron engañar al enamorado Nëabo: con mayor sigilo fue tras ellas. El alba las encontró caminando todavía. Seguían el curso de la quebradita y llevaban un tizón encendido para hacer fuego. De repente notaron que eran seguidas; pero comprendieron las buenas intenciones de su tímido acompañante. Cuando hacían alto y encendían una fogata para cocinar, lo llamaban a fin de que compartiese con ellas el fiambre. Pero él, silencioso, persistía en ocultarse. Las hermanas no reemprendían la marcha sin antes dejarle su ración de alimento cerca de la hoguera apagada. Entonces Nëabo se acercaba, comía e inmediatamente reiniciaba su protectora persecución.

La quebradita desembocó en una más grande. En cada alto para descansar y comer, se repetía siempre la misma escena anterior. Pero una vez, ellas insistieron como nunca:

—"¡Nëabo, Nëabo, ven a comer con nosotras!"

Ninguna respuesta.

—"Si vienes, no iremos más lejos; regresaremos contigo al pueblo".

Silencio.

—"¡Muy bien! Si es así, ya no volveremos al pueblo. Seguiremos huyendo".

Sin embargo, nunca se olvidaron de dejarle su porción de comida.

De quebrada en quebrada, y cada vez más grandes, siempre caminando hacia abajo, se, encontraron frente a un río inmenso. Iban

bordeando la orilla. Un buen día, escucharon aullidos, gritos, risas, golpeteos de tambor. ¡Todo el bullicio de un pueblo!

—"¿Qué pueblo será?", se preguntaron las dos mujeres deteniéndose. "¡Bah!, ¡vamos para que nos maten de una vez!"

Al escuchar esto, el hombre rompió por fin su silencio:

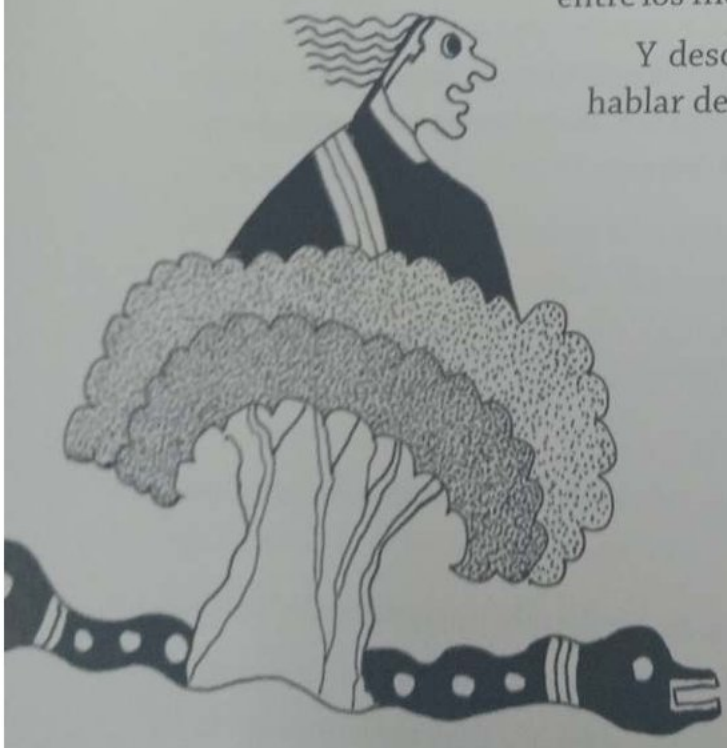
—"¡No! ¡No se vayan! Vengan conmigo; volvamos al pueblo", suplicó.

—"¿Qué?", le replicaron ellas. "Te invitamos tantas veces, y nosotras mismas te propusimos volver contigo si tú lo querías. Ahora es demasiado tarde. Preferimos ir donde los desconocidos para que nos maten". Nëabo las siguió nuevamente en silencio hasta que las hermanas, agarrando la trocha, atravesaron la *roza* de las gentes del lugar. Se encontraron en el pueblo de los Incas. Estos estaban de fiesta. Apenas las vieron, los Incas se precipitaron sobre las jóvenes Cashinahua; pero lejos de hacerles daño, las besaron, abrazaron y las hicieron participar de la fiesta.

En cuanto a Nëabo, se había subido a un árbol muy alto para observar los acontecimientos. Vio como los Incas en vez de matar a sus compañeras para comerlas, las acogían con entusiasmo.

Entonces, Nëabo descendió del árbol y llorando regresó a su pueblo. Remontando ríos, quebradas y quebraditas, por fin llegó donde sus paisanos. Les relató la aventura y les explicó cómo las mujeres Cashinahua encontraron marido entre los Incas, quedándose a vivir con ellos.

Y desde entonces, nunca más oyeron hablar de ellas.



39. Sinamania, el brujo sarnoso

Todavía guardamos el recuerdo de un sarnoso, tan sarnoso que la enfermedad cubría todo su cuerpo hasta la planta de los pies.

Este repulsivo buen nombre se llamaba Sinamania. Era además, un poderoso brujo: en el lóbulo de cada oreja llevaba atravesado un largo hueso de animal. Esos huesos estaban huecos; en su interior Sinamania guardaba polvos envenenados.

Ese horrible hombre, solo con la sarna ya era perfectamente repugnante. Pero otras cositas lindas lo adornaban haciéndolo más repulsivo: su rostro, asqueroso y desfigurado, tenía una apariencia feroz; sus orejas colgantes estaban atravesadas por huesos, y... ¡su voz!, era desagradablemente gimoteadora, rechinante y gangosa.

Aunque Sinamania era un brillante cazador y un trabajador infatigable en la *chacra*, nada de eso lo hacía simpático.

El sarnoso Sinamania estaba casado y, como lo adivinarán ustedes, su mujer llamada Shakari, no se sentía halagada de haberse casado con él. Buscaba compensación dejándose importunar, siempre que la ocasión se presentaba, por los demás hombres del pueblo. Pero también cuando Sinamania se daba cuenta, se armaba la gorda: sacaba un hueso de una de sus orejas, lo destapaba y arrojaba un poco de polvo envenenado sobre su mujer. Al instante, caía muerta. Sin embargo, Sinamania enseguida la resucitaba para reñirla:

—"¡Ah! ¡Esto te enseñará! ¡Me has traicionado y mi hijo te ha castigado!" Al decir "su hijo" se refería a su veneno.

De tiempo en tiempo, los hombres del pueblo acordaban organizar una gran expedición de caza. Solo Sinamania no consentía nunca en acompañarlos. Prefería quedarse en el pueblo con las mujeres de quienes partían. Aprovechaba la ausencia de todos aquellos que lo habían engañado con su mujer para vengarse de ellos, acostándose a su vez con sus esposas.

Al llegar la noche, se aproximaba a la hamaca de una de esas mujeres y comenzaba a cortejarla. Casi siempre era muy mal acogido, pues verdaderamente no era nada, seductor.

—"¿Por qué no quieres hacer el amor conmigo? ¿No soy acaso un hombre y tú una mujer?", murmuraba en la oscuridad, tratando de persuadir a la bella.

—"¡No! ¡Déjame en paz, viejo asqueroso! Nunca te has mirado, ¿no? No te quiero. No tengo deseos de ti. ¡Vete!"

—"Pero sabes muy bien que tu marido te ha engañado con mi mujer. ¡Venguémonos de él!"

—"Me importa un bledo. Que mi marido se acueste con quien quiera. Yo, ¡nunca me acostaré contigo!"

Diciendo así, la mujer le dio la espalda y llamó en voz alta a una amiga para que viniese a hacerle compañía, pretextando no poder dormir a causa de los muchos murciélagos. Entonces la amiga descolgó su hamaca y la puso junto a la de la mujer asediada por Sinamania. Este, para evitar ser descubierto, se había escondido lo mejor que pudo, detrás de un horcón de la casa, imitando el chillido del murciélago.

—"Encendamos fuego; eso los espantará", sugirió la acosada por Sinamania. Las dos mujeres juntaron leña y prendieron un buen fuego que iluminó todos los alrededores. Sinamania se vio obligado a salir de su escondite.

Sin embargo, apenas las mujeres volvieron a sus hamacas, él se acercó al fuego que ellas habían regulado a fin de que se quemase lentamente. Les dijo:

—"Voy a terminar lo que ustedes han comenzado". Y empezó a ventearlo con el abanico que usamos a modo de fuelle. En poco tiempo, toda la provisión de leña de las dos mujeres se consumió. Una oscuridad cómplice invadió nuevamente el lugar.

Sinamania se acercó a la hamaca de la mujer y reinició sus proposiciones; pero ella no se compadecía ni cedía.

—"¿Por qué no te le ofreces?", le aconsejó su amiga. "Sabes muy bien que es brujo y que podría vengarse de ti enfermándote o matándote. En tu lugar, yo haría lo que quiere y se acabó".

—"Pues bien, si eso te provoca, ¡hazle tú el amor!", replicó vivamente la acosada.

Pero era a ella, y solo a ella a quien el sarnoso deseaba poseer esa noche.

Finalmente, conforme avanzaba la noche, la resistencia de la mujer empezó a flaquear. Cuando ya no faltaba sino a lo más una o dos horas

para el alba, fingió aceptar por fin que Sinamania entrara a su hamaca. Sin embargo, había disimulado una gran piedra y apenas el hombre se hubo alargado sobre ella, la mujer la cogió y lo golpeó violentamente en la frente. Pero Sinamania no se dejó impresionar por tan poco: se adhirió a la mujer y enseguida comenzó a fornicar con ella.

Mientras la utilizaba, hipaba entrecortadamente con su horrible voz:

—"¿Quién será la que va a comer buena *yuca*?, ¿quién será la que va a comer rico maíz?, ¿quién será la que va a comer pierna de venado?, ¿quién irá a comer rica pierna de *sajino*?, ¿quién irá a comer carne fresca?"

Una vez satisfecho, saltó de la hamaca y regresó inmediatamente a su casa. Empuñó sus armas y tomó precipitadamente la trocha del bosque después de ordenar a su mujer ir a la *chacra* para recolectar víveres y distribuirlos entre sus amigas. Siempre hacía así después de poseer a la mujer de uno de aquellos que lo habían engañado.

Acostumbraba ir a uno de esos lugares llamados *collpa*. Allí, animales de toda clase se reúnen para comer una tierra rojiza. Se emboscaba y mataba un gran número de animales: toda clase de aves de altura; *sajinos*, monos... Luego, preparaba un gran *panero*. En el fondo colocaba la parte reservada a su mujer. Por encima, numerosas piezas para todas las mujeres de los que habían partido en expedición (con cada una de ellas había hecho el amor, a modo de venganza contra sus maridos que habían fornicado con la suya). Por fin, en la superficie acomodaba lo destinado a la mujer que había poseído esa noche.

Regresando al pueblo entregaba todo el producto de caza a su esposa.

—"Toma. Lo que está encima lo darás a Fulana, lo que sigue a Zutana, etc... Lo del fondo es para ti. Ponlo a cocinar para nuestra comida".

Entonces la mujer de Sinamania repartía entre todas las mujeres, el producto de la caza y de la *chacra* de su marido. Siempre ocurría igual toda vez que los hombres estaban ausentes del pueblo.

A veces, cuando otros hombres permanecían, Sinamania sentía la misma necesidad de vengarse de ellos sobre una de sus mujeres. Entonces se aproximaba calladito a la hamaca donde reposaba la incauta. La tocaba suavemente y en voz baja le hacía proposiciones. Como la mujer no quería saber nada con él, llamaba a grandes voces a una de sus amigas diciéndole:

—"¡Amiga!, ven a acostarte cerca de mí. Tengo miedo. Me parece oír fantasmas".

La amiga se aproximó. Rápidamente Sinamania se escondió detrás de un horcón de la casa, silbando quejumbrosamente como hacen las almas cuando vagan por el bosque.

Las dos mujeres decidieron prender fuego para alejar a los fantasmas. La llamarada descubrió a Sinamania. El Sarnoso comprendió que esa noche no lograría su objetivo y se retiró. Sin embargo cuando le sucedía así, en el transcurso de la noche se las arreglaba para volver y esparcir un poco de su polvo envenenado sobre la cabeza de la que lo había despreciado.

En las mañanas de esas noches, Sinamania ganaba el bosque sin dar instrucciones a su mujer. Se iba a la *collpa*, mataba a sus presas y luego regresaba al pueblo. Mientras se acercaba, llegaban hasta él las lamentaciones de los que lloraban a la mujer que se le había negado y que estaba muerta.

Sinamania corría a un lugar que conocía, sobre una altura. Desde allí seguía y escuchaba cómodamente todo lo que pasaba en el pueblo. Agazapado, observaba todos los preparativos del luto y del velorio.

—"Todas esas hermosas mujeres mueren bien jóvenes; pero a mí, viejo, feo, todo sarnoso, la muerte no me toca", murmuraba para sí.

Al caer la noche, ganaba por fin el pueblo y daba a su mujer todo el *mitayo*.

—"Fulana de Tal ha amanecido muerta", le anunciaba ella.

—"¡Ah! Así es", le respondía. "Las mujeres jóvenes y bonitas mueren prontamente, mientras que los de mi clase, feos y sarnosos, viven largos años... Prepárame de comer para poder ir yo también a velar a la difunta".

Cuando se sentía repuesto, empuñaba un largo tallo de flecha, completamente pulida; brillante; se la pasaba detrás de la nuca, como un yugo, sujetándola con sus dos manos de un extremo a otro de la espalda. Se comportaba así cada vez que había matado a alguien.

Así, se aproximaba al fuego de la muerta para los ritos del duelo. Pero no lloraba verdaderamente; su velorio apenas se prolongaba unos minutos, limitándose a decir a los allí reunidos:

—"Ven ustedes, no somos de piedra. Esta ha partido adelante con su fuego y su cocina, a esperarnos donde todos debemos ir".

Enseguida se retiraba a su casa y se dormía, sin dar más vueltas al asunto.

Era así como procedía Sinamania, el Sarnoso.

40. Las fantásticas hazañas del Romuëkoin Tënëni

He aquí la historia de Romuëkoin Tënëni, ese hombre suspicaz, cuyo oficio era gustar el tabaco. Tenía una *chacra* llena. Mientras las plantas desarrollaban, él ayunaba escrupulosamente. Evitaba bañarse e ingerir agua; solo se refrescaba con papillas. Así mismo, evitaba cuidadosamente todo contacto con su mujer, Iriki. Por fin, cuando el tabaco maduraba, cogía una gran hoja, la secaba prolijamente sobre el fuego y hacía un rapé finísimo que absorbía hasta perder completamente el sentido. Entonces, podía decir si ese tabaco era fuerte o suave y cuáles eran sus propiedades.

Por más útil que fuese ese oficio. Iriki no apreciaba en absoluto los largos periodos de abstinencia que le imponía la profesión de su marido. Entonces, buscó un amante y convivían en el bosque cuando él iba de cacería. Entretanto, su propio marido permanecía aletargado en su hamaca, a dieta, concentrado en su preparación espiritual encaminada a la degustación del tabaco. Evidentemente, durante todo ese tiempo no cazaba ni trabajaba.

La primera vez que la mujer hizo el amor con su joven amante, él le regaló una pava que había matado. Iriki la llevó a casa y contó una historia a su marido: la pava estaba posada en un árbol de la *chacra*, entonces ella la remedó y cuando se acercó, ella la mató. Pero, cuando Romuëkoin Tënëni comió un trozo de pava, descubrió una astilla de punta de flecha. Reprochó duramente a su mujer el haberle mentido. Alguien le había dado la presa y no era verdad que ella hubiese matado a la pava como decía haber hecho. Quedó silencioso algunos minutos para marcar su cólera. Luego, retornó a comer y no se habló más del asunto. Otra vez, Iriki fue al río para pescar como lo hacen las mujeres. Es decir, deslizando la mano en las anfractuosidades del fondo del *pozo*; de esta manera atrapan a los peces que viven allí. Su amante ya la esperaba. Se refocilaron juntos. Después, el hombre pescó, flechando grandes peces que regaló a la mujer. En el transcurso de la comida, Romuëkoin Tënëni encontró en su pescado, un fragmento del hilo con que se amarran las puntas de flecha. Su esposa negó insistentemente que fuese alguien y no ella misma la pescadora. Tras un silencio receloso, el marido prosiguió comiendo y no se habló más del asunto.

Cuando Romuëkoin Tënëni no estaba en período de dieta, se comportaba normalmente. Trabajaba, cazaba y hacía valer todas sus prerrogativas de esposo. En el pueblo era un hombre extremadamente respetado por su habilidad en juzgar el tabaco y sobre todo, por su renombrada bravura. Tenía todo un equipo de armas: arcos, flechas pintadas a cuál más ricamente; y armas de guerra: toda clase de *macanas* y lanzas en dura madera de *chonta*.

Pero apenas terminaba de sembrar una nueva *chacra* de tabaco se olvidaba de todo. Acompañaba el desarrollo de las plantas con ayuno y privaciones y no salía de su hamaca. Mientras tanto, su mujer volvía a juntarse con su consolador.

Un día, cuando apenas faltaba una semana para terminar el ayuno con la cosecha del tabaco, Iriki se encaminó al *pozo* con el pretexto de ir a traer agua. Romuëkoin Tënëni quedó bien tendido en su hamaca. Su suegra, sentada cerca de él, hilaba. Pasó mucho tiempo y la mujer no regresaba. Entonces Romuëkoin Tënëni gritó fuertemente:

—"¡Ah! Aquí alguien se burla de mí. Pues bien, ¡voy a ver!"

Se levantó, tomó una lanza de su arsenal y se dirigió hacia el *pozo*. Su mujer, naturalmente, no estaba allí. Empezó a buscarla sin hacer ruido y de pronto, en una trocha lateral, descubrió su *tinaja* posada en tierra. No lejos de allí se escuchaban suspiros y palabras sofocadas. Romuëkoin Tënëni se acercó en silencio: encontró a los amantes en pleno ejercicio. Entonces, plantando su lanza en la espalda del hombre, los clavó a los dos contra el suelo sin que pudieran hacer un solo gesto para escapar.

Regresó al río y se bañó. Toda la potencia del tabaco que había inhalado, mezclado con su transpiración, se había pegado a su cuerpo, que estaba todo negro como asentadera de olla. Se lavó hasta quedar completamente limpio. Pero los humores que se desprendían de su cuerpo envenenaron el agua. Aguas abajo murieron todos los peces y anguilas; los cangrejos huían al desbande por la playa, escapando de la muerte. Cuando su cuerpo estuvo libre de toda mancha, llegó a su casa.

Apenas entró, armándose de su arco y de sus flechas, gruñó a su suegra:

—"Suegra, he terminado de sufrir a causa de tu hija. Anda a ver dónde está. ¡Creo que ha tropezado contra una raíz de palmera!"

—"¡Horror!", gritó espantada la suegra. "¡Ha matado a mi hija!"

Entonces Romuëkoin Tënëni con las armas en la mano, llegó al centro del patio y enfrentó a los otros hombres, los parientes de su

mujer y los del amante. Pero ninguno se atrevió a intentar un solo gesto contra él, tanta y tan grande era su fama de bravura. Los desafió largamente en silencio. Luego, ganó el umbral de la *chacra* y contra unas matas de plátanos, les hizo frente nuevamente, provocándolos. Ninguno se arriesgó a levantar un dedo. Por el contrario, los hombres unos a otros se exhortaban calma.

—"No nos movamos; es capaz de exterminar a todos", murmuraban.

Una vez más, en la *chacra*, Romuëkoin Tënëni se volvió todavía; pero igual que las otras veces, nadie salió a enfrentarlo. Entonces, él desapareció.

Emprendió un largo viaje con el fin de visitar a todas sus hermanas que vivían diseminadas por el mundo. Remontando el curso del río, llegó primero donde la más joven. Estaba casada pero no tenía hijos. Un águila descomunal que anidaba cerca de allí se los había comido, uno tras otro.

Romuëkoin Tënëni ordenó a su hermana fabricar una muñeca de greda y exponerla en el patio. El águila no se hizo esperar. Cuando hundió sus garras en la arcilla quedó paralizada un momento, atascada y sorprendida por el peso inesperado de ese niño. Rápido, Romuëkoin Tënëni la mató.

Agradecida, su hermana le rogó se quedara a vivir con ella, y su marido. El rehusó; deseaba continuar su viaje, surcando el río para visitar a sus demás hermanas.

—"¡No! No vayas por allá", le aconsejó ella. "Allá hay un *tigre* enorme, ¡te devorará!"

—"Nadie me devorará", replicó fieramente Romuëkoin Tënëni. "Al contrario, ¡Yo seré quien lo mate!"

Y partió.

Llegó donde su otra hermana y le contó todas sus aventuras. Esa hermana suya tampoco tenía hijos. Un *tigre* fabulosamente grande y feroz vivía por los alrededores y los hacía su presa. Romuëkoin Tënëni, dando oídos solo a su valentía, mató al *tigre*.

Allí también lo quisieron retener, por lo menos algún tiempo. Pero Romuëkoin Tënëni debía seguir su viaje, a pesar de la amenazante noticia que un poco arriba vivía un búho colosal devorador de hombres.

Llegó donde su tercera hermana, privada también ella de descendencia a causa del búho que había devorado a todos. Entonces

Romuëkoin Tënëni empleó una estratagema similar a la que le permitió matar al águila gigante. Hizo fabricar una imitación de niño en tronco fresco de plátano. Cuando el búho vino y clavó sus garfios, quedó sorprendido por el peso del falso niño, dando tiempo a Romuëkoin Tënëni para matarlo.

Esta última hazaña impresionó fuertemente a una joven, prima paralela de Romuëkoin Tënëni, que vivía en ese pueblo. Ella le dijo que deseaba casarse con él.

—"¡No!", rechazó él. "Todas las mujeres son pérfidas. No me casaré nunca más, ni contigo ni con ninguna otra".

Todos conocían el fin que había reservado a su esposa infiel. Sin embargo, esa mujer insistió tanto que Romuëkoin Tënëni terminó por ceder. Pero antes mató al esposo de ella, porque su casi hermana era casada.

Entonces, le tendió una *macana* y un arco:

—"Bueno", le dijo, "Si quieres quedarte conmigo, tendrás que secundarme en mis actos. ¡Adelante!"

Fue así como partieron los dos, armados hasta los dientes.

—"Cuidado", advirtió la mujer. "No vayamos por ese lado. Allá se encuentra la guarida de una monstruosa boa. Es de una medida increíble y su pecho tiene la forma del tajo de una hacha gigantesca. Se precipita sobre todos los que se aproximan a ella. Les cae encima y los raja antes de tragarlos".

—"Si tienes miedo", dijo el hombre, "no debiste haber venido conmigo".

—"Contigo nunca tengo miedo", enfatizó la mujer.

Prosiguieron su camino. En cierto momento, dando un alarido extraordinario, la serpiente se lanzó sobre ellos. Pero prevenidos, pudieron evitar con las justas su terrible tajo. Inmediatamente, Romuëkoin Tënëni, secundado por su mujer, abatió a la serpiente con golpes de *macana* y la remataron a lanzazos.

Después de esta aventura llegaron donde una nueva hermana de Romuëkoin Tënëni; ella, viéndolo acompañado por una nueva mujer, se hizo contar toda la historia. Al cabo de algunos días de visita, Romuëkoin Tënëni le manifestó su intención de proseguir el viaje para visitar a sus demás hermanas. Sin embargo, ella le aconsejó no hacerlo. Allá, existía un lugar encantado donde se erguía un *tambo*

solitario. Cuando los viajeros se arriesgaban por allí, la noche caía invariablemente sobre ellos y el lugar, en forma tan repentina que se veían obligados a refugiarse en el tambito. Hacia media noche, mientras estaban sumergidos en el sueño, una extraña música de flautas acompañada por un gran laberinto de aullidos de perro salía de un árbol vecino. Simultáneamente, un monstruo llamado Madre del Árbol, descendía y venía a devorar a los imprudentes que se habían aventurado por allí.

—"No vayas. No quiero que te devoren en esa forma", suplicó la hermana de Romuëkoin Tënëni.

—"Iré", insistió Romuëkoin Tënëni. "De todas maneras, he nacido para morir algún día. Poco importa".

No obstante, su nueva esposa unió sus ruegos a los de su cuñada.

—"¿Por qué has dicho que me amabas y has querido unirte a mí si tienes miedo?", le reprochó Romuëkoin Tënëni. "Ten fe en estas armas que llevamos. Daremos cuenta de ese monstruo".

Entonces la mujer no discutió más y se alejaron armas en mano. De repente, cuando caminaban por el bosque, la oscuridad cayó sobre ellos sin transición. Cerca de ellos apareció el tambito anunciado. Entraron. Colgaron sus hamacas. Romuëkoin Tënëni ordenó a su mujer encender una pequeña antorcha y disimularla bajo una olla volteada. Le permitió dormir mientras él velaba toda la noche. Apenas apareciera el monstruo, él la tocaría en la espalda. Entonces ella debería estar lista a descubrir su luz, justo en el momento en que el monstruo estuviese cerca, para que Romuëkoin Tënëni pudiese matarlo.

La noche transcurría interminable. Por fin, cuando Romuëkoin Tënëni luchaba más y más difícilmente contra el sueño, ruidos extraños surgieron del árbol vecino a la casa. Voces, sones de flauta, aullidos de perro. Todo el árbol se estremeció con un temblor convulsivo. Ramas secas cayeron por los alrededores. Pronto, pese al espesor de la tiniebla, Romuëkoin Tënëni logró distinguir el contorno del monstruo. Este, lentamente y cantando una extraña melodía, descendía a lo largo del tronco del árbol. Cuando tocó tierra, Romuëkoin Tënëni despertó a su mujer que se alistó a descubrir la llama de la antorcha para alumbrar a su marido. Todo sucedió en un instante. Cuando el monstruo estuvo bien cerca, la luz se hizo y Romuëkoin Tënëni sin vacilar clavó su flecha en el corazón de la bestia. El monstruo lanzó un breve grito y huyó a toda prisa. Entre el ramaje del árbol se perdió de la vista de la pareja.

Durante media hora, un silencio opresivo reinó en el lugar. Después, voces quejumbrosas provinieron del árbol:

—"¡El extranjero ha matado a nuestro jefe!", se lamentaban. Pronto, muchos cuerpos comenzaron a estrellarse sobre el suelo, alrededor del tambito donde Romuëkoin Tënëni y su mujer se habían refugiado. Era todo el pueblo del árbol, que de dolor y de rabia se destruía así.

Inmediatamente, Romuëkoin Tënëni y su esposa tumbaron el árbol para que no se produjeran más esa clase de animales. Es por eso que, desde entonces, ya no conocemos tales cosas.

Cumplida esa hazaña, no tardaron en llegar donde la mayor de sus hermanas. Ella se sobrecogió al verlos allí delante, viniendo de donde venían. La pareja prolongó su estadía unos días; contaron el fin de su visita y las hazañas que habían realizado en el transcurso del viaje.

Quienes vivían con la hermana de Romuëkoin Tënëni se alegraron de acogerlos. Escuchaban con embeleso sus relatos. Sin embargo, ellos mismos no conocían la felicidad; eran diezmados sistemáticamente por un gigantesco mono que frecuentaba esos parajes. Dotado de voz humana, ejercía sobre quienes lo escuchaban una fascinación irresistible. Hasta los más advertidos no lograban sustraerse del encanto y terminaban yendo al bosque en pos de la extraña bestia. Pero todos aquellos que así partían nunca más regresaban.

—"Iré tras ese mono apenas asome por aquí", afirmó Romuëkoin Tënëni.

Ordenó a su mujer le preparase su ración de tabaco. Esta vez iría solo en busca de la hazaña.

Un día, al despuntar el alba, el mono fabuloso apareció en el lindero de la *chacra*. De inmediato Romuëkoin Tënëni empuñó su arco, sus flechas y su provisión de tabaco. Se lanzó en persecución del mono, ávido de saber el destino que había hecho correr a los desaparecidos. Durante todo el día el inmenso animal se internó en el corazón del bosque, tan lejos que Romuëkoin Tënëni no supo ya dónde estaba. Nunca podría él solo retomar el camino de vuelta al pueblo. Entonces comprendió que ese monstruo no devoraba a sus víctimas. Los adentraba en el monte, llevándolos muy lejos, y una vez que lo perdían de vista, les era imposible dar con el camino. Terminaban muriendo, enloquecidos y agotados, en el fondo del bosque.

Romuëkoin Tënëni redobló su atención para no perder de vista al mono ni un solo instante. A veces, la bestia hacía largas paradas y se dedicaba a comer *huayos*. Otras, por el contrario, aceleraba a velocidad increíble el paso, amenazando dejar atrás al hombre que lo perseguía. Cada vez que el agotamiento lo acosaba, Romuëkoin Tënëni inhalaba un poco de tabaco y se dopaba. En esa forma, pudo resistir la marcha durante todo el día. Al caer la tarde, el animal regresó a su guarida, con el hombre pisándole los talones. Cuando vio que estaba de vuelta, Romuëkoin Tënëni tensó su arco y mató al mono de un flechazo en pleno corazón. Libró así, para siempre, a los paisanos de su hermana de la amenaza que no los dejaba vivir.

Deslumbrados por semejante acto de bravura, desearon que Romuëkoin Tënëni se estableciera entre ellos. Y Romuëkoin Tënëni hubiese quizá accedido a sus deseos, pues esa hermana con la cual vivían era la mayor de sus verdaderas hermanas, la última a quien debía visitar. Sin embargo, río arriba todavía le quedaba otra hermana por ver. No era una hermana verdadera pero sí una prima paralela.

Desgraciadamente, un episodio infortunado empañó las cosas. Romuëkoin Tënëni constató que su nueva mujer también lo había traicionado. Mientras él perseguía al mono, ella, pensando tal vez que nunca más regresaría, había prestado oído atento a los requiebros ardorosos de un mequetrefe de dos por medio. Fiel a su determinación, Romuëkoin Tënëni se hizo justicia enseguida, masacrando a su mujer.

Decidió entonces alejarse y visitar a su última pariente. Su hermana mayor se deshizo en llanto al verlo partir.

—"¡Cuídate!", le repetía. "La hermana donde vas está casada con un extranjero. Lo llaman Taka Pinoshon; no es un Cashinahua. Es asesino y devorador de hombres. Invita a sus huéspedes a ir de caza, distrae su atención con una madriguera de sapo y los mata para comerles el hígado. Tengo mucho miedo que, a pesar de tu bravura, te dé fin. ¡Ten cuidado!"

La acogida que le reservó su cuñado, el llamado Taka Pinoshon fue de lo más simpática. Pero Romuëkoin Tënëni permanecía invariablemente atento. No se desprendía de su arco y de sus flechas, y su *macana* estaba constantemente al alcance de su mano. Después de reparar fuerzas comiendo copiosamente, su cuñado lo invitó a irse a bañar. Romuëkoin Tënëni lo acompañó. Su cuñado iba con las manos vacías; pero esa ausencia de armas no adormeció la desconfianza de Romuëkoin Tënëni. En el transcurso del camino vieron un hueco en el sendero.

—"Mira, una madriguera de sapo", dijo Taka Pinoshon. "Anda cuñado, atrápalo, hazlo salir de su hueco".

—"Sácalo tú mismo", replicó Romuëkoin Tënëni.

—"Pues no. Anda tú, que yo te lo propongo", insistió Taka Pinoshon.

Romuëkoin Tënëni entonces se arrodilló sobre el suelo y deslizó su mano dentro del hueco.

—"No siento nada", dijo.

—"Mete tu brazo más adentro", aconsejó Taka Pinoshon.

Haciéndolo así, Romuëkoin Tënëni, no perdía de vista con el rabillo del ojo la sombra de Taka Pinoshon que se proyectaba en el suelo gracias a un débil rayito de sol filtrado a través del follaje, no muy espeso en ese lugar. Romuëkoin Tënëni vio cómo el felón de su cuñado extendía la mano, desprendía un hacha que había escondido allí ex profeso, levantaba su brazo para golpearlo. Cuando el golpe cayó, Romuëkoin Tënëni rodó por el suelo, evitando la arremetida mortal de Taka Pinoshon. Inmediatamente, ágil como un felino, se levantó y a su vez, le dio con su *macana*, dejándolo muerto en el acto.

Regresó entonces al pueblo. Cuando se aproximó, un canto extraño lo dejó helado. Una voz de mujer acompañada por numerosas voces infantiles cantaba:

Hoy día, ¡qué lindo día!
comeremos buen hígado
comeremos hígado de hombre
¡El hígado del hombre que papá ha matado!

Al ver que era Romuëkoin Tënëni y no Taka Pinoshon quien salía del bosque, presas de pánico, se dispersaron por todos lados. Pero Romuëkoin Tënëni los persiguió y los masacró a todos, a su prima hermana y a sus sobrinitos.

Una vez aplacada su cólera, enrumbó nuevamente hacia el pueblo de su hermana mayor y vivió con ella.

Sin embargo, testigos de tantas muertes, los paisanos de Romuëkoin Tënëni lo miraban con terror. Proyectaron desembarazarse de él; pero no sabían cómo y razones no les faltaban para dudar de su bravura. Las gentes del pueblo vecino, igualmente, y los de otras *rozas*, también, veían con muy malos ojos la presencia constante entre ellos de un hombre tan vindicativo y al parecer indestructible.

Un día, los vecinos de las *rozas* organizaron una gran fiesta e invitaron a todos los que vivían con Romuëkoin Tënëni y su hermana. Romuëkoin Tënëni al comienzo no quiso ir; pero sus familiares insistieron tanto y de tan buena manera que terminó por aceptar.

Todos ellos, en confabulación, habían disimulado un *gallinazo* entre el montón de *trompeteros*, *paujiles*, perdices y pavas del bosque: Lo habían limpiado y cocinado en forma tal que semejaba a las demás aves inofensivas. Planeaban hacérselo tragar a Romuëkoin Tënëni. Por eso lo habían arreglado para que nada en su aspecto y en su olor denunciara al asqueroso animal.

La fiesta dio comienzo y todos comían, bebían y cantaban. El único grave y sombrío era Romuëkoin Tënëni con sus armas reunidas alrededor de él, como de costumbre. De pronto, su anfitrión le ofreció el *gallinazo* para que lo degustara.

—"Toma. ¡Prueba este *paujil* y me dirás qué te parece!"

Pero Romuëkoin Tënëni no había caído con la última lluvia. Apenas miró al pretendido gallo que le ofrecían, dijo:

—"Esto no es *paujil*, ¡es *gallinazo*!"

—"¡Qué ocurrencia!, ¿ofrecería yo *gallinazo* a mis invitados? Es un *paujil* de veras; lo he matado yo mismo".

—"Mientes. Es un *gallinazo*", recalcó cortante.

—"¿Qué es lo que te mueve a decir tal horror? Prueba y verás que no es *gallinazo*".

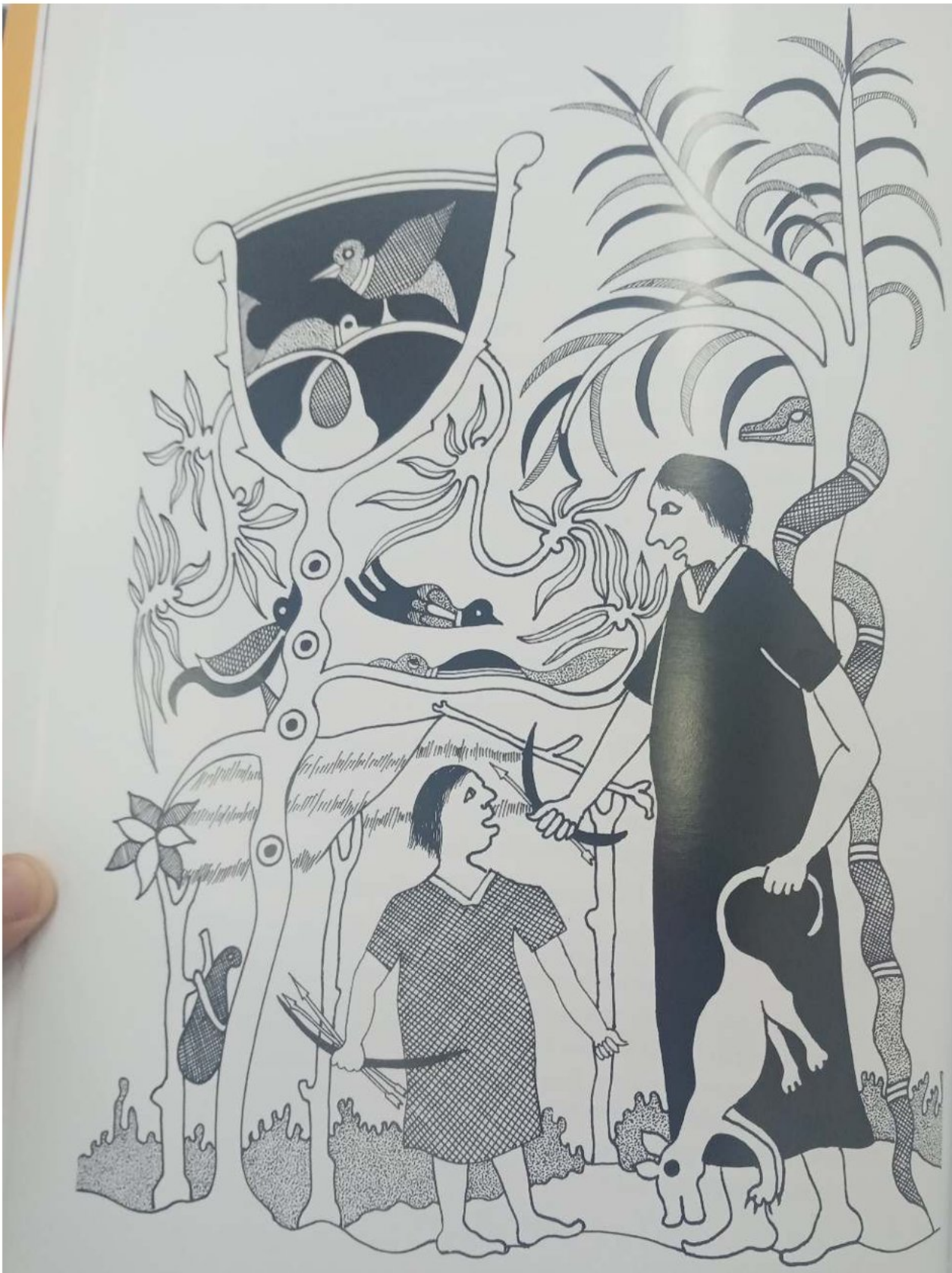
Entonces Romuëkoin Tënëni separó con sus dedos una tronchita de la pechuga del *gallinazo*. Primero la llevó a sus narices.

—"Vaya", pensó. "Esto no apesta, ¿me habré equivocado?

Con recelo, llevó el pedazo a sus labios y masticó apenas un trocito.

Se dice que en ese momento un gusto tan espantoso invadió su boca que a pesar de la rapidez con que escupió el trozo de *gallinazo* no pudo reprimir una náusea incontenible. Vomitó todo lo que había comido hasta ese instante. Boqueando e hipando, empuñó sus armas y volvió al pueblo de su hermana, sin lograr contener los vómitos que le destrozaban el estómago. Durante toda la noche y todo el día siguiente siguió devolviendo. Al anochecer murió.

Así fue como terminaron las renombradas hazañas de Romuëkoin Tënëni.



H

ve

m
la
de
de

ur
de
en
pa
pr

m
en
ur

Ro

to

an

gri
del

41. Los dos tocayos: el hombre inhábil y el pícaro Shomani

Había una vez un hombre llamado Roankaya Banë. Era un perfecto torpe, el colmo de lo que en cashinahua llamamos yopa. En el trabajo de *chacra* ya era una calamidad; pero en la caza... ¡era un verdadero desastre! Nunca traía la menor cosa.

Roankaya Banë no escapaba a los reproches constantes de su mujer, desconsolada ante la tamaña incapacidad de su marido que la privaba de carne y prestigio. Sin embargo, era bien bonita la mujer de Roankaya Banë; ¡pero no era eso lo que iba a hacer aparecer carne dentro de la olla!

No obstante, buena voluntad no le faltaba a Roankaya Banë. Así, un día, se fue al bosque, y como descubrió un lugar lleno de semillas de palmera caídas por tierra y semi roídas por los animales, se empeñó en construir un *masaputo*. Vendría al día siguiente a esconderse allí pará matar a todo plumífero y animal peludo que se aproximase a probar las semillas esparcidas por el suelo.

Al día siguiente, muy temprano, agarró la trocha hacia su *masaputo*, preguntándose qué podría impedirle esta vez tener éxito en la caza. Llegó. Dentro de su *masaputo* lo esperaba una sorpresa: un minúsculo hombre se tenía de pie, armado hasta los dientes.

—"¿Quién eres? ¿Qué haces en mi *masaputo*?", preguntó Roankaya Banë.

El enano no respondió; le hizo ademán de callarse.

—"Pero, ¿qué es esto? Vamos, ¡fuera!"

El enano seguía sin responder, multiplicando gestos apaciguadores.

—"Esto sí que es el colmo... ¡Vete! Es mi *masaputo*, después de todo. Anda a hacerte el tuyo si quieres cazar".

—"¡Shit!", susurró el hombrecito, dejándole entender que los animales estaban por llegar.

Entonces Roankaya Banë se dio por vencido: no tenía sentido gritar a uno que no quiere escuchar. Moviéndose, se sentó al fondo del *masaputo* para mirar lo que iba a suceder. A decir verdad, no tuvo

ocasión de aburrirse. Llegaron los sajinos y ¡Chak! ¡Chak! dos flechas partieron sucesivamente del arco del hombrecito. Otros tantos jabalíes quedaron sobre el sitio antes que los demás se alertaran y huyeran al desbande. Roankaya Banë vio entonces cómo el enano salió del masaputo y, con gran esfuerzo, arrastró los animales al pie de un árbol para despejar el sitio frente al masaputo.

Cuando el pequeñísimo cazador volvió a tomar posición en el masaputo, con la misma rápida eficacia, mató a otros animales que se acercaban por allí. Ya había formado un gran montón al pie del árbol cuando depositó un par de trompetos. Después de contemplar satisfecho esa montaña de carne, dirigió súbitamente la palabra a Roankaya Banë.

—Amigo, sal de allí para que podamos conversar. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Roankaya Banë —dijo el hombre saliendo a gatas del masaputo.

— ¡Ah! Yo también soy Banë, Kakantasho Banë —le respondió el enano.

—¿Cuál de los dos es mayor? —se interrogaron ambos enseguida. Para despejar dudas, cada uno se arrancó un vello del pubis y los compararon. Vieron que el del enano era todavía tierno; concluyeron que el mayor de los dos Banë era Roankaya Banë, el hombre.

—Entonces, tú eres mi hermano mayor —declaró Kakantasho Banë, el enano.

—Mira, voy a hacer algo por ti. Lleva todo ese *mitayo*, y para que crean que tú has sido el cazador, hunde tus flechas en los agujeros hechos por las mías. Empápalas bien con la sangre de todos esos animales.

Enseguida el buen hombrecito le explicó que era un Shomani, un duendecito del bosque. Desde hacía mucho tiempo había escuchado cómo los otros hombres se mofaban de su homónimo Banë, el famoso bueno-para-nada, ese inútil. Le aseguró que eso no podía continuar así. En adelante, esperaría a su hermano mayor en el bosque, cazaría para él y le entregaría su *mitayo* a fin que ya nadie hablase mal de él. Pero no debía decir una palabra a nadie, bajo pena de sobrevenirle una gran desgracia.

La vuelta de Roankaya Banë al pueblo fue triunfal. Todos se preguntaban cómo se había arreglado para matar tantísimas piezas de ese torpe incurable.

—"No hay duda: debe haber encontrado algún embrujo a base de lianas o de serpientes para volverse de un día a otro un soberbio cazador", murmuraban entre ellos.

La esposa de Roankaya Banë, se sintió reconfortada y colmada de afecto, al fin, por un esposo, siempre hasta el momento muy amoroso, pero escandalosamente falto de prestigio. A partir de ese día, fue la esposa de un hombre respetado y admirado, que nunca regresaba chasqueado del bosque, y que no vacilaba en compartir generosamente su *mitayo* con sus paisanos.

En efecto, el Shomani cumplía escrupulosamente la promesa que había hecho: esperaba puntualmente a su homónimo en el bosque, cazaba para él y le entregaba todo su *mitayo*. A estas alturas, se habían vuelto los mejores amigos del mundo. Roankaya Banë se había dado cuenta que a su enano amigo le alocaban las *humitas* de maíz. Por ello, exigía a su esposa lo aprovisionase abundantemente de ellas toda vez que iba a *mitayar*. Una vez terminada la masacre de las presas, los dos Banë se sentaban sobre la ruma de animales muertos y, como buenos hermanos, saboreaban las *humitas*. El Shomani se chupaba los dedos.

Roankaya Banë creía vivir un sueño: de hazmerreír que era, rehuido por todos, veíase convertido en un héroe. Todos se honraban con su amistad. Cuando le preguntaban sobre sus éxitos en la caza, bajaba los ojos con aire modesto y respondía evasivamente, como queriendo decir: "Es algo sin importancia; vamos, no hablemos más del asunto". De tiempo en tiempo, accedía condescendientemente, a que sus cuñados lo acompañasen a *mitayar*. Ellos cumplían sus indicaciones al pie de la letra: cuando los enviaba hacia una dirección, se apresuraban a obedecerlo, en tanto él iba hacia otra. Allá, el Shomani aparecía. En un dos por tres, el *mitayo* se acumulaba. Después de haberse sentado un rato con su tocayo Kakantasho Banë, Roankaya Banë llamaba a sus cuñados y, magnánimo, les permitía llevar toda esa carne, sobre sus espaldas, hasta el pueblo.

Roankaya Banë se había aficionado verdaderamente a su minúsculo buen amigo. Cualquiera se chiflaría por menos. Ahora, muy a menudo, lo llevaba al pueblo de los hombres, a su casa. Pero nadie lo veía porque el Shomani se volvía invisible.

Era tan grande el entusiasmo de Roankaya Banë por el Shomani que llegó el momento en que ya no pudo evitar hablar del regocijo que ahogaba en secreto. ¿Y a quién mejor para contarlo sino a su linda mujercita? ¡La quería tanto! Además ella le correspondía, sobre todo

desde que había superado, ¡y cómo!, su incapacidad para la caza. Una noche, meciéndose dulcemente en la hamaca conyugal, le deslizó toda la verdad en el oído. Decidieron entonces ir a visitar al Shomani. Este se había establecido en un bosquecillo de piñas silvestres.

Cuando llegaron allá, el Shomani y su esposa los recibieron con los brazos abiertos, les prestaron hamacas para que descansasen y luego les ofrecieron comida. Después, los dos homónimos quedaron conversando, mientras que las mujeres hacían lo mismo por su parte. El Shomani entonces le propuso algo a su amigo:

—"Tu mujer me gusta", le dijo, "y la mía tampoco está mal. Hagamos un cambio por esta noche".

La proposición no le gustó nadita a Roankaya Banë. Pero no se pudo oponer. Hicieron, pues, tal como el enano había propuesto. Sin embargo, al día siguiente, al regresar al pueblo de los hombres, Roankaya Banë tenía aspecto sombrío y preocupado.

Se quedó muy malhumorado y postrado algún tiempo; pero como lo presionaban, tuvo que regresar a cazar para justificar su reciente fama de cazador infalible. Volvió a ver al Shomani quien, a su vez, estaba apurado por hacerse invitar donde Roankaya Banë. Llegó con su mujer, y una vez más Roankaya Banë no encontró manera de escapar al cambio de esposas. Nuestro hombre rabiaba doblemente: uno, su mujer no parecía sentir el menor disgusto ante las iniciativas del Shomani; dos, los desvergonzados comentarios nocturnos del insaciable hombrecito le ponían los nervios de punta.

La situación se eternizaba y las buenas veladas de a cuatro se sucedían continuamente. Hasta que sucedió lo inevitable: la hermosa mujer de Roankaya Banë salió encinta, ¿de quién? ¡Vaya uno a saberlo! Digamos de los dos a la vez, por asociación. Constatando la irrefutable verdad", Roankaya Banë la consideró como la gota que rebalsó el cántaro. Decidió deshacerse del Shomani por medio de un embrujo.

Un buen día, salió a cazar provisto de las tradicionales *humitas*; pero les había mezclado una cosita fabricada por él. El Shomani comió y, presa de convulsiones, murió.

A partir de ese día, naturalmente, Roankaya Banë volvió a ser el inútil de siempre, incapaz de matar una mosca. Primero hubo inquietud; luego sus paisanos conocieron la verdad por boca de su propia mujer. Pronto, todo el mundo estuvo enterado de los infortunios del incurable yopa y del triste fin de sus aventuras con su homónimo, el Shomani Kakantasho Banë.

42. Cómo los Shomani lograron vengarse del hombre que los atormentaba

Una vez, un grupo de Shomani se estableció en un bosquecillo de piñas silvestres. Como ustedes saben, los Shomani son enanos que viven en los bosques.

Habían tomado la costumbre de quitar las presas de las trampas que ponía cerca de allí uno de nuestros antepasados. Él, multiplicó y casi agotó su repertorio de tácticas y ardides; cambió el emplazamiento de las trampas, y nada, ¡siempre las encontraba desarmadas y vacías!

Un día, no cabía duda, la trampa había vuelto a funcionar bien: manchas frescas de sangre revelaban que un *picuro* había sido atrapado; pero su cuerpo... ¡humo! Mirando más de cerca, nuestro antepasado se sorprendió no poco al encontrar al lado de las huellas del *picuro*, otras de pies minúsculos.

—"¡Ah!", se dijo "¡son los Shomani los que se roban mi *mitayo*!"

Rastreando, las huellas lo llevaron derechito al piñal de los Shomani. Percibió ecos de una fiesta y, al acercarse, vio como los enanos se banqueteaban con la carne de su *picuro*. Quiso huir pero ya lo habían visto; con todo el júbilo del instante, lo rodearon haciéndole grandes fiestas.

—"Buenos días amigo", le dijeron y lo invitaron a compartir su festín.

Le hicieron comer carne de *picuro*, e incluso ¡le entregaron una provisión para que llevase a su casa.

Todo eso daba qué pensar. El Cashinahua primero decidió no tentar al diablo y poner sus trampas más lejos. Pero esos condenados Shomani tenían un olfato prodigioso para encontrar y desalojar sus trampas. Las emplazaba cada vez en lugares distintos; pero se las seguían birlando de lo lindo. Un día, en otro emplazamiento, constató la desaparición de una *carachupa*. Siguió nuevamente la pista de los Shomani, decidido a vengarse. Irrumpió entre ellos mientras estaban en plena fiesta y lo acogieron con el entusiasmo y simpatía de la primera vez.

—"¡Salud amigo! Ven a compartir nuestra cena. Hemos capturado a una *carachupa* hoy día y no falta mucho para que esté cocida a punto".

El Cashinahua se sentó entonces en medio de ellos. En una olla, inmensa en relación a los hombrecitos, la *carachupa* se cocía. Pasaron el tiempo en charlar.

—"Vaya", les dijo nuestro antepasado, "¿no danzan antes de comer? Nosotros los Cashinahua organizamos rondas teniéndonos por la espalda, la cabeza vuelta hacia el centro, todos juntos, y bailamos".

"¿Sí? Eso debe ser divertido, ¡probemos!"

Y todos los Shomani se pararon, formaron una ronda cerrada y comenzaron a bailar. Sonriéndose por la mala jugada que les iba a hacer, nuestro antepasado asió la olla y la volcó con carne, caldo hirviente y todo, sobre el pequeño grupo formado por los Shomani. Después se alejó a toda carrera, regocijándose por su brillante manera de vengarse de los ladrones.

Pasó algún tiempo. La curiosidad devoraba a nuestro antepasado. ¿Cómo habrían recibido el golpe los Shomani?, ¿qué estarían haciendo ahora? Pensando que con el tiempo su cólera ya se habría apaciguado, se aventuró a rondar por el piñal. Esta vez lo recibieron con cara de pocos amigos, y evidente malhumor.

—"¡Humpf! Aquí está otra vez el bromista ese de mal gusto", gruñeron los Shomani. "¿Para qué nos quieres?, ¿qué te picó el otro día? Si vas a comenzar con tus bromitas ¡despeja el campo y quédate en tu casa."

"Pero no; no sean así", dijo nuestro antepasado. "No han entendido nada. Toman las cosas al revés. Nosotros, en nuestra tribu, hacemos así todos los días: es la costumbre. No se piquen por eso; vamos, no sean malos jugadores..."

Los Shomani, en verdad, eran buena gente: hicieron lo mejor de su parte para encontrar el lado divertido del humor de nuestro antepasado. Y las relaciones volvieron a mejorar, a medida que los hombrecitos iban sanando de sus quemaduras.

El Cashinahua, por su parte, seguía pensando en divertirse a costa de los Shomani. Un día pidió a su mujer:

—"Mujer, toma una de esas hierbas cortantes y rápame la cabeza".

Ella así lo hizo. Su cráneo brillaba como la superficie del agua calma.

—"Ahora, píntame. Ponme primero *achiote*, color sangre, y después traza por encima los más hermosos dibujos geométricos que puedas con *huito* negro".

Adornado de esta guisa, se dirigió hacia el campamento de los Shomanis.

—"Amigo, ¡qué elegante estás!", le dijeron.

Todos lo felicitaron y le preguntaron por qué y cómo se había embellecido en esa forma.

—"Es que estos adornos están reservados a los iniciados, ¿comprenden?, a los hombres más valerosos: me he hecho quitar la piel del cráneo. Duele un poco, claro, pero vale la pena ¿no?".

Los dejó maravillados. Incluso, encontró un voluntario, que dispuesto a hacerse pintar en esa forma, le rogó procediese sin demora.

—"Bueno, ya que ustedes insisten... Tráiganme hierbas cortantes".

Cuando las tuvo, despiadadamente empezó a practicar incisiones en la piel del cráneo, alrededor de la cabellera. El Shomani apretaba los dientes, pero el dolor era irresistible.

—"¡Ay!", gritaba al sufrir un corte más profundo que los otros.

—"¡Ah, no!, ¡cállate!", le decía nuestro antepasado. "Si gritas ¡ay!, tus cabellos no volverán a crecer. Por el contrario, si aguantas el corte sin gritar ni gemir, ¡vas a ver qué hermosa melena te va a crecer! ¡Valiente, pues, amigo!"

Y continuó su tarea, sin conmoverse ante los gemidos sofocados del Shomani quien, con la cara bañada en sangre, resistía el martirio. Cuando terminó de recortar todo el contorno del cuero cabelludo, se dedicó a despegarle toda la piel del cráneo. El infeliz hombrecito, cayó desvanecido, más muerto que vivo.

Intempestivamente, faltando todavía un buen pedazo por despegar, el hombre empuñó el cuero cabelludo del Shomani y, de un solo tirón, lo arrancó. Huyó a todo correr. Iba riéndose a carcajada limpia, ¡qué buena se las había hecho a los enanitos! Al momento de ganar el claro, tiró el cuero cabelludo entre unos matorrales cerca de su casa. Riendo aún, entró a su casa y contó su hazaña a su mujer; ella también reía divertida.

—"¿Y dónde está el cuero cabelludo ese?", le preguntó.

—"¡Ah!, ¿quieres verlo? Lo boté en un matorral, por allá. No será difícil encontrarlo".

Se fueron y buscaron; encontraron las huellas de sangre pero ni un solo pelito del cuero cabelludo.

—"¡Mira! ¡de repente, han venido a buscarlo!"

El misterio de la desaparición de su trofeo intrigó tanto a nuestro hombre que, después de algún tiempo, no pudo resistir la tentación de volver una vez más donde los Shomani. En mala hora se dejó tentar. Los enanitos ya estaban hartos de los embustes perversos del grande. Apenas lo vieron, encabezados por su víctima —a quien sus compañeros habían pegado y cosido como mejor pudieron, el cuero cabelludo sobre el cráneo— todos se lanzaron sobre él para matarlo y comerlo.

Esta vez, el regreso a su casa fue poco triunfal y celebrado. El pesado bromista se convenció que más le valía no poner los pies en el bosque mientras lo frecuentasen los Shomanis.

Entonces permaneció encerrado en su casa cierto tiempo. Pero después ya no resistió más el aburrimiento. Un buen día, tomó su arco y flechas. Salió al bosque en dirección opuesta al campamento de los Shomani. Durante el trayecto, mató a un mono; pero ¡mala suerte!, quedó enganchado en las ramas del árbol en vez de caer a tierra. Dejó sus armas al pie del árbol y lo trepó. Estando arriba, los Shomani rodearon la base del árbol mientras gritaban amenazas e insultos.

—"¡Cortemos este árbol!, ¡que caiga rodando de su percha!, ¡lo comeremos!", decidieron los Shomani. "¿Dónde están las hachas de bronce?".

Trajeron sus hachas de caparazón de cangrejos que volaron desmenuzadas al golpear contra el árbol.

—"¡Aj!, ¡esto no sirve! Utilicemos nuestras hachas de fierro".

Y atacaron el tronco con hachas de caparazón de tortuga. Les tomó mucho tiempo; pero a la larga, el tronco fue cortado. El árbol vaciló y terminó cayendo. Durante el trabajo de los enanos, nuestro hombre sentado sobre una rama, muy aburrido y fastidiado, pensaba cómo iría a terminar todo eso.

Mientras el árbol se desplomaba, rozó una palmera *pona*. El hombre, en un dos por tres, se lanzó y logró ganar el follaje de la palmera. Allí se hundió. El árbol que acababa de abandonar, cayó estrepitosamente al suelo. Los Shomanis se precipitaron sobre el ramaje del árbol caído, ¡decepción: el hombre no estaba!

—"¡Allí está! ¡Ya lo veo! ¡Está allá arriba, en la copa de la palmera!", gritó un Shomani.

Se reunieron. Tantearon el tronco. Ni vuelta que darle al asunto: la palmera no podía cortarse ni con la más poderosa de sus hachas, la de fierro.

—"Mala suerte, Trepemos y ataquemos al bromista. ¡Lo haremos caer a tierra y lo comeremos!"

El primero de los Shomani comenzó a trepar a lo largo del tronco, ayudándose con su rollo de *soga*. Pero, ¡figúrense ustedes! Los Shomani en vez de escalar con la cabeza adelante, como todo el mundo, subían los árboles al revés: ¡con las nalgas hacia arriba!

Se pusieron todos en fila y comenzaron a subir por el árbol como una colonia de hormigas. Cuando el primero llegó arriba, el hombre le picó en las nalgas.

—"¡Uau!", gritó el enanito y fue a estrellarse de cabeza contra el suelo.

Todos los Shomani que se encontraban en tierra se lanzaron ansiosos sobre el cuerpo aplastado y deforme y lo engulleron en medio de gritos de triunfo.

—"¡Ya está! ¡Lo comimos! ¡Estamos vengados!"

—"No", dijo uno de ellos que había levantado la nariz: acababa de ver al hombre en la palmera.

—"Nos equivocamos. ¿A quién, pues, hemos devorado?"

Y cada vez que un Shomani trepador, picado en las nalgas por el Cashinahua, caía a tierra, despachurrándose como una papaya madura, sucedía igual: sus compañeros lo tragaban crudo antes de darse cuenta de la equivocación. De esta suerte continuaron hasta la noche. Como no habían logrado comerse al enemigo, los Shomani decidieron acampar al pie de la palmera. Colocaron un centinela que no perdía de vista al hombre, no fuera a aprovechar la oscuridad para tirarse.

Eso era lo que intentaba hacer. Abrazó el tronco y comenzó a descender. Sus movimientos eran tan lentos, tan lentos, que casi parecía no moverse. Así, imperceptiblemente, con una lentitud infinita, progresaba hacia el pie del árbol, mientras el centinela Shomani no le quitaba el ojo de encima. Cada cierto tiempo, un Shomani adormecido, abriendo pesadamente un ojo, preguntaba al centinela:

—"¿Dónde está nuestro tipo bromista?".

—"No te preocupes, allí está, lo veo. No despego los ojos de él", respondía el centinela.

Hacia el alba, llegó casi cerca del suelo. Una vez que se vio a buena altura, saltó a tierra y echó a correr con todas sus fuerzas. Los Shomani se despertaron y volaron tras él. Un venado, asustado, se escurrió entre la espesura y engañó a los perseguidores que siguieron las huellas del animal. Este corría en todas direcciones, bramando como un condenado. Por un momento, hombre, bestia y Shomani formaron un remolino donde no se sabía quién era quién. Choques aparatosos, caídas, gritos de rabia y de desconcierto, bramidos, más choques y alaridos. ¡Un lío completo! Y los Shomani hormigueando y disparándose por todos sitios.

De repente, en la penumbra del alba, el hombre vio abrirse delante suyo una madriguera de *carachupa-mama*. Se precipitó de cabeza. Pero, ¡los Shomani lo habían visto! Y una vez más, se agruparon ante la madriguera, decididos a exterminar a su enemigo.

—"¡Ahumémoslo dentro de la madriguera!", acordaron.

Se pusieron a encender un gran fuego. Pero su inmensa hoguera la formaban... ¡dos hojitas! ¡El humo que botaba no hubiese hecho estornudar ni a una ratita!

—"¡Viva! ¡Seguramente ya estará bien muerto, del todo asfixiado! Saquémoslo de donde está", exclamaron los Shomanis exultantes.

A la entrada de la madriguera extendían sus manitas, sin llegar, naturalmente, a tocar al hombre.

—"¡Uf! ¡qué profundo es este hueco!, ¡no alcanzamos! Vamos a buscar la varilla más grande que podamos encontrar. ¡Acabaremos por acertarle!"

Entretanto, el hombre que se había enfrascado de cabeza en el hueco, se había puesto a cavar la tierra con sus uñas, como una verdadera *carachupa*. Había logrado un hueco un poco más cómodo. Los Shomani regresaron. Traían una varilla enorme que comenzaron a introducir por la boca de la madriguera. ¡Pobrecitos! Su gigantesca vara no era sino una liana. Entraba unos pocos centímetros y se enroscaba sobre el sitio. Los Shomani continuaban haciéndola entrar. ¡Entraban metros de metros!

—"¡Tsk!, ¿quién habría pensado que este hueco era tan profundo! Tanto peor. Ahumémoslo nuevamente para estar bien seguros de que reventará", dijeron.

Y nuevamente pegaron fuego a dos hojas de árbol. En este mismo instante, pasó un pájaro cantando:

—"¡Yujú! ¡Yujú! ¡Yujúu!"

Entre los Shomani hubo una nueva pelotera causada por el pánico.

—"¡Huy!", gritaron, "sus paisanos han venido en su ayuda. ¡Escapemos!"

Y se desbandaron. Nuestro antepasado pudo entonces salir del hueco y ganar su pueblo. Contó todo a su mujer. Ella se inquietó:

—"Sé prudente. No salgas nunca más solo al bosque" le recomendó. "Harte al menos acompañar por uno de mis hermanos".

Siguió el consejo de su mujer y no salió sino en compañía de uno de sus cuñados. Un día, marcaron un árbol cargado de guaroso donde monos y pájaros venían a banquetearse. Construyeron un masaputo entre las ramas y se prometieron regresar al, día siguiente para ponerse al acecho desde allí.

El cuñado quiso subir primero al árbol; pero nuestro burlador de Shomanis reivindicó para sí ese derecho.

—"Bueno", dijo su cuñado. "Ve tu primero".

En cuanto a él, se fue a tender al fresco, no lejos de allí, mirando distraidamente cómo nuestro hombre subía entre el ramaje del árbol. Lo perdió de vista cuando penetró entre el follaje.

¡Mala suerte la de nuestro hombre! Ocupado en deslizarse al interior de su *masaputo*, no se había dado cuenta que todos los Shomani estaban emboscados adentro. En cuanto introdujo la cabeza, lo mataron sin darle tiempo de abrir la boca. Y los Shomani, comiendo la carne de su enemigo, comenzaron a saborear su venganza.

La calma y el silencio habían regresado. Desde el suelo, el cuñado veía a los animales salvajes regresar al árbol. Sin embargo, allí nada sucedia.

—"¡Hey!, ¿qué estás haciendo? Veo una pava soberbia justo debajo de ti, ¿qué es lo que esperas para flecharla?"

Se aproximó. Mientras tanto, en el *masaputo*, los Shomani despedazaban y degustaban el cuerpo de su burlador. Las gotas de sangre caían al suelo, atravesando el follaje con ruido de lluvia.

—"¡Oye!", dijo el cuñado riendo, "¡no es hora de mear!... ¿Avientas o no ese mono? ¡Caramba!".

—¡Crack! ¡tok! ¡flok! ¡pof!, sonó en ese momento algo que rodó a través del ramaje y cayó a sus pies. Creyó perder el sentido: era la cabeza de su cuñado, completamente roída. Espantado, impulsado por el horror, corrió sin parar hasta el pueblo. Allí alertó a los demás:

—"¡Los Shomani han comido a nuestro paisano! ¡A las armas!"

Pronto, todos los Cashinahua se encontraron al pie del árbol. Comenzaron a tumbarlo, y los Shomani seguían en el *masaputo*, devorando a su paisano. Cuando el árbol se inclinó y empezó a caer, todos los Shomani se transformaron, en el acto, en monos blancos. ¿Los conocen? Esos monos maliciosos que son tan difíciles de cazar o de capturar.

Cuentos morales e inmorales

He aquí la hi
la caza y e
hablar de
con su herman
para ellos y el

Komacha
de allí. Nunca
koka, su tío
tío: verlo casa

Un día el
claramente c

—"¡Qué
buen muchac
con una de m
seguro que l
Pero él se cu
dignidad ir a
como saluda
viene, te rep

La joven
mayor. Kom
jóvenes pud
la otra al pro
deseo de ve
su familia!
sabotear su

Hacia e
menor lo sa
cualquier a
la acompañ
gruñó que
ganas de ir

43. Komachana, el joven desposado

He aquí la historia de Komachana. Era un joven brillante, hábil en la caza y en los trabajos del campo. Sin embargo, no quería oír hablar de matrimonio. Se encontraba bien así como estaba: vivía con su hermana mayor, su cuñado y sus sobrinos. Cazaba y trabajaba para ellos y ellos, a su vez, se encontraban muy bien con él.

Komachana tenía una hermana menor, en otro pueblo, no lejos de allí. Nunca la visitaba porque en esa misma *roza* vivía también su koka, su tío materno. No escapaban a Komachana los sueños de su tío: verlo casado, lo antes posible, con una de sus hijas. ¡Casarse él!

Un día el tío de Komachana llamó a la hermana menor y habló claramente con ella:

—"¡Qué fastidio! Komachana nunca viene a visitarnos. Es tan buen muchacho, diestro cazador y todo. Me gustaría tanto que se case con una de mis hijas y venga a cohabitar con nosotros. Si viene, estoy seguro que lograré decidirlo a quedarse y convertirse en mi yerno. Pero él se cuida muy bien de aparecer por aquí y sería contrario a mi dignidad ir a suplicar donde él. Eso no estaría bien. Anda tú entonces, como saludando a tu hermana mayor y aprovecha de invitarlo. Si viene, te repito, yo me encargo del resto: ¡lo casaremos!"

La joven hermana de Komachana llegó de visita donde su hermana mayor. Komachana, fiel a sus costumbres, había ido a cazar. Las dos jóvenes pudieron conversar largamente, la menor tratando de ganar a la otra al proyecto matrimonial del tío. ¡Decepción! No tenía el menor deseo de ver partir a su hermano, ¡contribuía tanto al bienestar de su familia! Rechazó toda complicidad; pero, al menos, prometió no sabotear sus esfuerzos en el intento de casar al hermano.

Hacia el atardecer, Komachana regresó con su *mitayo*. Su hermana menor lo saludó y conversó de varias cosas con él, evitando muy bien cualquier alusión a matrimonio. Después, pidió a su hermano que la acompañase a su casa. Komachana, muy amable hasta entonces, gruñó que estaba cansado de caminar todo el día y no se sentía con ganas de ir hasta el otro pueblo.

—"No importa", replicó la hermana. "Reposemos y salgamos mañana entonces".

—"No", dijo él. "Mañana tengo muchas cosas que hacer".

—"Entonces, no hay nada que hacer, vámonos esta noche..."

Evidentemente, Komachana no tenía un pelo de zonzo; había comprendido qué clase de gato —digamos mejor, de gata— encerraba el asunto. Detrás de los ruegos de su hermana adivinó los propósitos de su tío. Aferrándose a una escapatoria, preguntó a su hermana mayor si debía ir al otro pueblo en compañía de su hermana.

—"Haz lo que quieras", le contestó lacónicamente.

—"No es que no quiera ir", subrayó él, "pero si voy allá, ¡harán cualquier cosa para obligarme a casar!"

—"¡Vaya! Ya estás grandecito como para dejarte casar contra tu voluntad si no quieres, ¿no?"

Finalmente, desprovisto de argumentos válidos, Komachana, se vio acompañando a su hermana, aunque sin ningún entusiasmo. Esa noche durmieron en el otro pueblo. De madrugadita, Komachana ya estaba en pie, listo para recorrer de inmediato el camino de regreso hacia la casa de su hermana mayor.

—"¡Ah, no!", se escandalizó la hermana menor. "¡No te vas a ir todavía! Hace tanto tiempo que no vienes. Quédate por lo menos un día con nosotros".

Rogó tanto y de tan buena manera que Komachana no pudo sino aceptar; pero para evitar encontrarse con su tío, salió a *mitayar* todo el día y regresó al caer la noche. A poco de su vuelta se produjo lo que temía:

—"Tu tío pregunta por ti. Anda a visitarlo", le dijo ella.

Komachana resistió con todas sus fuerzas, arguyendo que estaba extenuado, que eso podía esperar, que lo vería mañana y, además, en todo caso, pensaba irse al día siguiente muy temprano.

No le valieron de nada sus razones. Su hermana le enrostró agriamente:

—"¿Qué maneras son esas? No seas malcriado. Tu tío te manda decir que desea verte. Anda entonces a reunirte con él en su hogar".

A regañadientes, el muchacho fue en busca de su koka. Este lo recibió muy bien: le ofreció una hamaca para que descansase y le mandó traer abundantes alimentos: Después de la comida, su tío

habló de la más joven de sus hijas, de su belleza y mil cualidades más... ¡qué buena esposa sería para él! Komachana agradeció a su tío y le dijo:

—"Antes de casarme, tengo que aprender a cazar y a trabajar en la *chacra*".

El tío, sin embargo, lo alabó calurosamente: sabía que ya era un cazador cumplido y un chacrero endurecido en el trabajo; nada de falsa modestia pues, y para colmo, ¡se declaraba encantado de tenerlo como yerno desde ese momento!

Komachana agradeció nuevamente a su tío el buen concepto en que lo tenía; pero —insistió— aún se consideraba demasiado joven para embarcarse en algo como el matrimonio. Ni siquiera tenía hamaca ¿cómo casarse sin tener, por lo menos, hamaca?

En ese instante, la esposa del tío intervino; hizo un soberbio regalo a Komachana. Le ofreció una hermosísima hamaca tejida a mano con el algodón más fino y resistente. Era de un tamaño respetable y adornada con los más bellos dibujos tradicionales de nuestro pueblo: manos-de-*maquisapa*, ojos-de-loro, espinas-de-liana, etc.

Poseyendo tal objeto no podía declararse inapto para comprometerse en matrimonio. ¿Cómo rechazar el regalo sin ofender a su tía?, ¿cómo no ceder a las afectuosas presiones de sus tíos sin quedar mal con ellos?

Intentó entonces un último recurso. Sostuvo que no podía casarse así, imprevistamente, sin al menos pedir el parecer de su hermana mayor. Se convino entonces que la irían a buscar al día siguiente.

Esa noche, Komachana entró con humor de perros donde su hermana menor.

—"Sé muy bien con qué idea me hiciste venir aquí", le dijo. Me has engañado. No me gusta nada todo esto".

Y como su hermana le hiciera notar que, después de todo, hacerlo casar no era desearle mal, él se encolerizó: ¡No! ¡No quería casarse! Eso equivalía a muchos problemas. ¿Y si a su futura esposa se le daba por no aceptarlo?, ¿cómo obraría él, ah? Por último, como ella se riera de él, la mandó al diablo:

—"¿Por qué no vas tú y te casas con esa joven?", disparó a su hermana y ella, naturalmente, se rió con más ganas todavía.

Al día siguiente llegó la hermana mayor. No dijo ni sí ni no. Se parlamentó algún tiempo; pero Komachana comprendió que

debía decidirse a enfrentar su destino. Nada se ganaba desviando, retrasando el momento. Su tío lo invitó a tomar lugar en la hamaca de su hija desde esa misma noche.

¡Pobre Komachana! Las orejas le zumbaban, ¿cómo iría a resultar eso? Nunca antes se había acostado con una mujer; iba a ser la primera vez y no se sentía nada ducho en el asunto.

Y, en efecto, peor no pudo haberla pasado. Apenas ganó la hamaca de la muchacha, ella saltó afuera y se sentó debajo, lloriqueando. Desconcertado, se quedó allá arriba en la hamaca, como un gran bobo, avergonzado y desorientado, ¡más muerto que vivo! ¡En qué situación lo habían puesto! ¡Cuánta había sido su tontería al haberse dejado atrapar! Lo había previsto: la chica esa no quería saber nada con él.

Los suegros al oír gemir a su hija se levantaron y empezaron a sermonearla de lo lindo:

—"¿Qué modales son esos? Rápido, ¡sube a acostarte con tu marido! Tenemos necesidad de un hombre joven en la casa para que nos traiga carne y cultive las *chacras*".

¡Pero la bribona de su hija era la que justo ahora no quería escuchar razones! Seguramente se habría fijado en algún mequetrefe inútil u otro mataperro más ocupado en correr tras las pampanillas que en cazar y cultivar la tierra. ¡Vaya usted a saber lo que se les cruza por la cabeza a las chicas en esa edad! ¡Ah! Verdaderamente no es nada fácil casar convenientemente a las hijas algunas veces.

Bueno. La chica persistió en hacerse la sorda y seguir con sus gemidos lúgubres. Cansados, sus padres volvieron a sus hamacas. Al día siguiente, escapando al ridículo de la regresaron, Komachana fue al bosque y mitayó febrilmente. Entregó toda la carne a su suegra que enseguida la cocinó. Un punto a su favor: su joven esposa probó; con la punta de los labios, cierto, pero indiscutiblemente probó. Grave habría sido si ella rechazaba la comida, y peor aún, si hubiese aprovechado ese día para escaparse donde una hermana casada, o donde una prima, o ¡a los brazos de cualquier galán!

Sin embargo, cuando esa noche Komachana subió a la hamaca, no tuvo, mejor suerte: la chica se disparó afuera por el otro lado, se encogió bajo la hamaca y reinició sus lamentaciones. Hartos, sus padres la levantaron y esta vez no les bastó reprenderla duramente, la reembarcaron autoritariamente dentro de la hamaca. Aquí, Komachana más embarazado que nunca, no sabía cómo comportarse.

La muchacha se quedó en la hamaca pero dirigiendo sus pies a la cara de nuestro amigo. Y desde entonces, sistemáticamente se acostaba a la inversa de él, sin dar pie al diálogo, como ustedes convendrán.

Komachana era infeliz. Alguna que otra vez iba donde su hermana a tomar un bocado y a conversar; le reprochaba su complicidad en el arreglo de tan ridículo matrimonio. Ella le aconsejaba no tomarlo tan en serio pues solía ocurrir así; a las adolescentes les lleva cierto tiempo acostumbrarse a su marido. Más le valdría irse a cortejar a su esposa, tratar de hablarle de una cosa u otra en lugar de quedarse allí como piedra. Un día ella acabaría por responderle, ¿no? y una vez que platicasen juntos, todo lo demás vendría fácilmente.

Al cabo de una semana, a pesar de su buena voluntad, Komachana sólo habría podido hacer confidencias a los dedos de los pies de su mujer. Tan desagradable situación, prolongándose, terminó por exasperarlo. Y lo dijo a todo el mundo. Hizo ver a sus suegros que a ojos vistas saltaba el rechazo de su hija y él no tenía derecho ni deseo alguno de imponérsele. A su hermana además, le recriminó públicamente el haber contribuido a ponerlo en tan enojoso trance.

Todos le recomendaban no atormentarse; pero comprendían que si esa noche su esposa no lo acogía favorablemente, el matrimonio se acababa.

Todos los parientes de la joven redoblaron esfuerzos para doblegarla e inspirarle sentimientos más tiernos hacia su candidato a marido.

Entretanto, Komachana decidido a pasar su última velada en esa maldita *roza*, se encontraba reunido en el patio con un grupo de hombres. Habían comido, contaban cuentos y leyendas. Un hermoso claro de luna invadía todo con su luz apacible y nadie sentía deseos de acostarse. Sorpresivamente, Un grito lúgubre anunció la llegada de Bapa, el Pájaro-Niño o *Ay-Ay-Mama*. Vino a posarse en la última rama de un árbol muerto que nadie pudo tumbar del centro de la *roza*; su tala desanimó a quienes habían rozado antaño y allí quedó desde entonces. En las noches de luna el Pájaro-Niño, a menudo llegaba a posarse en él. Los hombres del pueblo probaban entonces abatirlo con sus flechas, pero de noche, y a esa altura, nunca nadie lo logró.

—"¡Ah!, pero ahora Komachana está entre nosotros, ¡qué ensaye pues! Es mucho mejor cazador que todos nosotros. Seguramente flecha a este pájaro al que siempre hemos errado."

Komachana se excusó. No tenía ya arco ni flecha en buen estado; el arco demasiado usado y las flechas, arregladas tantas veces, no servían para un tiro de esa precisión.

—"¡Te prestaremos las armas que necesites!"

Y cada uno trajo arco y flechas. Komachana comenzó a examinarlos. Desechó muchos pero terminó encontrando un arco más o menos a su gusto: su tamaño y ligereza le convenía de algún modo. Seleccionó igualmente una flecha entre todas las que le presentaban. Dio con una, perfectamente recta y firme, de impecable emplumado. Provisto de estas armas, se dedicó a buscar el emplazamiento de tiro. No fue al pie del árbol como todos lo habrían hecho. Por el contrario, se alejó a buena distancia para hallar el ángulo debido.

Todos retuvieron el aliento cuando tensó el arco. Permaneció un momento así, concentrándose. Después, dejó caer el brazo, desalentado.

—"Es inútil" dijo. "Siento que yo también voy a fallar".

Todos lo animaron. Entonces, apretando los labios, Komachana retrocedió nuevamente y tensó el arco. Se quedó así apuntando un tiempo que a todos, hombres y mujeres que miraban expectantes, pareció larguísimo. Todas las miradas, incluso la de su no-esposa, se concentraban fijamente, fascinadas, en la punta de la flecha del joven cazador, midiendo la enorme distancia que había entre él y el *Ay-Ay-Mama* aún posado en la punta del árbol muerto.

Súbitamente, el arco de destensó y la flecha salió disparada: subió y subió silenciosamente en la luz pálida del claro de luna... ¡y fue a clavarse en pleno cuerpo del pájaro que cayó con ella!

Un clamor de triunfo celebró a Komachana, el héroe por el resto de la velada. Cuando se disolvió la reunión, se dirigió, al fin, por última vez, a la hamaca. Al entrar, la muchacha estaba despierta; ella le pasó un brazo alrededor del cuello y le preguntó suavemente cómo había hecho para flechar con tal puntería.

—"Porque soy así", repuso sencillamente. "Me gusta matar animales y mis flechas los alcanzan infaliblemente".

Y siguieron conversando gentilmente los dos.

Esa noche, en toda la gran casa, hubo sonrisas de complacencia en la cara de todos los que aún no dormían. Esta vez sí, por fin, la muchacha susurraba amablemente en la hamaca de Komachana. "El matrimonio va a resultar y este extraordinario compañero se va quedar entre nosotros, ¡qué suerte!", pensaban contentos.

Al día siguiente de esa noche feliz, Komachana y su mujer se levantaron bastante tarde. Y permanecieron juntos, rodeados de paisanos satisfechos y felices que los llenaron de afecto y estimación.

44. El yerno repudiado

El héroe de nuestra historia es un hombre que no tenía nada de qué quejarse. En efecto, estaba casado con una soberbia muchacha y sus suegros, como el resto de la familia, eran adorables. Mejor aún: su esposa tenía una hermana menor; sus suegros, considerando que dos hermanas no deben separarse, habían ya manifestado la intención de darle también esa segunda hija como esposa. Además esperaban solamente que alcanzase la edad debida, y eso no iba a tardar.

Veremos cómo este hombre favorecido por la suerte debido a su mal carácter, iba a malbaratar toda esa felicidad.

Una vez, el suegro, el yerno y otros más habían partido en expedición de caza y habían matado sus animales. Esa noche, todos se consagraban a despedazar y ahumar, preparando el *mitayo* para el regreso. Nuestro hombre era el único en no terminar; además de su carne, muy abundante, debía preparar también la de su suegro. Este, encargado de cocinar aquella noche cuidaba el maíz y la carne que había puesto a dorar para la comida de la noche. El trabajo entre el calor y el humo del fuego le provocó una terrible sed. Miró en su calabaza. Estaba vacía. Entonces pidió a su yerno:

—"Yerno, dame un poco de agua. Tengo sed".

Mala suerte. Él tampoco tenía.

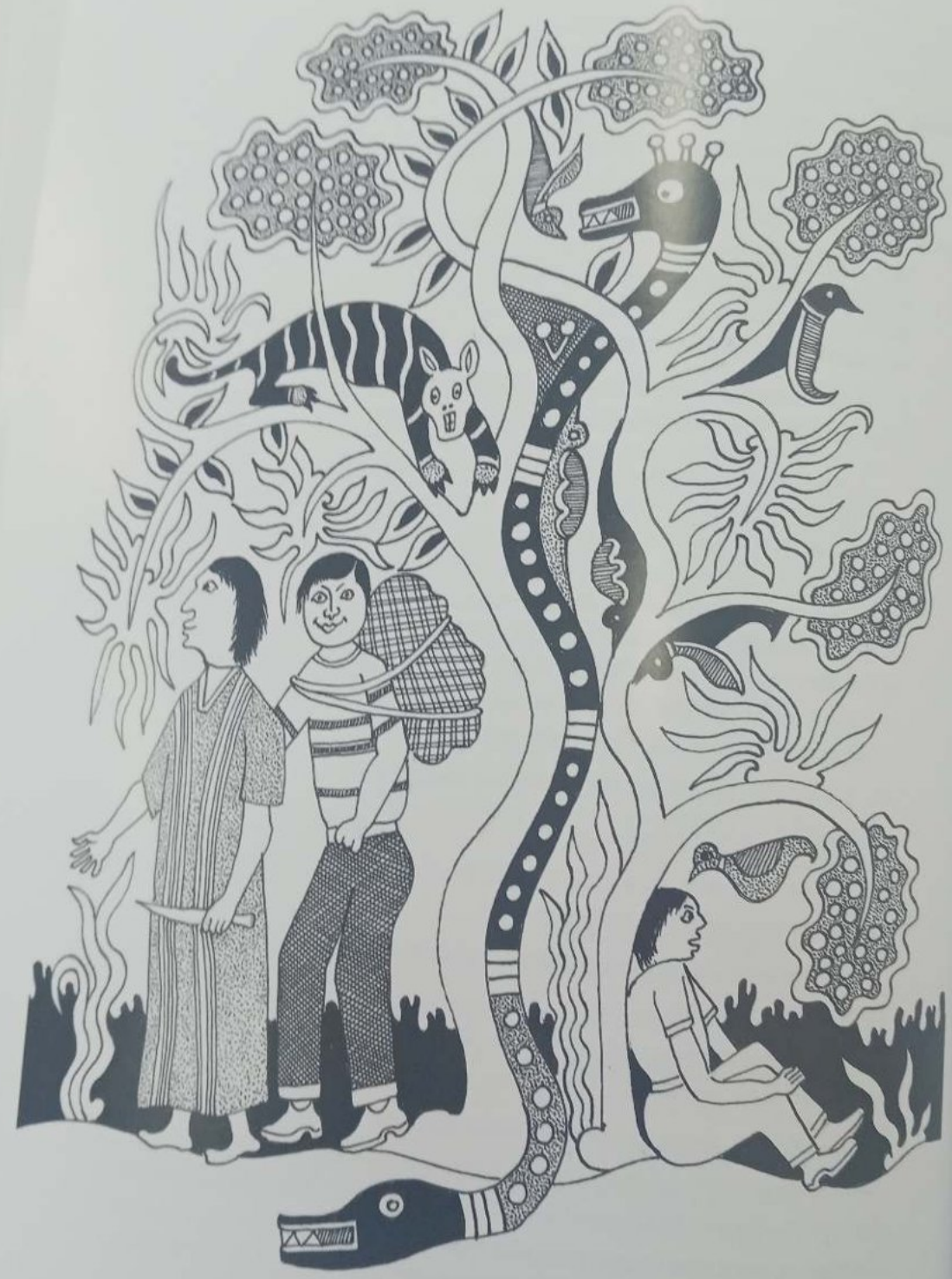
—"Entonces anda a traerme del río. No puedo perder de vista lo que estoy preparando, se quemaría".

—"Espere un momento, deseo terminar lo que estoy haciendo", respondió el yerno.

El suegro esperó algún tiempo. Sin embargo, como su sed iba en aumento y su yerno aún tenía para rato, insistió:

—"Yerno, anda, pues, a traerme agua del río. Me muero de sed".

—"¿Ah, sí?", replicó guasón el yerno. "¿Sabe lo que usted va a hacer? Escupa en sus manos y bébase su saliva. Con ella aguantará hasta que termine lo que estoy haciendo". Y el joven retomó su tarea con encarnizamiento. Pero al suegro lo devoraba la sed, ya insufrible.



del ri
E
tirani
mano
testíc
Es
primo
Di
bambu
delica
mezcla
ese qu
Su
cuenta
enseg
en mis
tengo s
Dur
como si
Sin emb
por su s
Cua
yerno hi
víveres q
remos en
la llevará
El su
sus flecha

—"Yerno", insistió nuevamente, "¿vas a ir a buscarme agua del río?"

Entonces el yerno estalló en cólera:

—"¡Deje, pues, que termine mi tarea! Me molesta usted, tiranizándome así todo el tiempo. Ya le he dicho de escupir en sus manos y beber su saliva si es que no soporta más la sed, ¡viejo de testículos enormes!"

Escuchando insultar tan gravemente a su tío, un hombre joven, primo del precedente, llamó al suegro y le dijo:

—"Tío, todavía tengo un poco de agua aquí. Bébala si desea".

Diciendo eso, le tendió su botella hecha de un segmento de bambú. El hombre aceptó, la llevó a sus labios y bebió un brebaje delicado y deliciosamente refrescante hasta terminarlo: era agua mezclada con miel de abejas. Después, devolvió la botella diciéndole:

—"Sobrino, a partir de hoy, te considero como yerno en lugar de ese que me ha faltado el respeto".

Su yerno verdadero, absorbido en su trabajo, no se había dado cuenta de lo sucedido. Cuando por fin terminó, fue al río; regresó enseguida con una calabaza llena y la ofreció a su suegro.

—"Bueno, ya puede usted refrescarse ahora".

—"No gracias", respondió el suegro. "Ya he bebido. He escupido en mis manos, tal como me lo habías dicho, y he bebido. Ahora ya no tengo sed. Bebe tú si quieres".

Durante el resto de la expedición, el suegro siguió, por supuesto, como si no hubiese pasado nada, dando órdenes a su yerno legítimo. Sin embargo, disimuladamente, se hacía prestar los mismos servicios por su sobrino que los cumplía con buena voluntad.

Cuando llegó el momento de emprender el viaje de regreso, el yerno hizo un solo paquete con su carne y la del suegro. Le dijo:

—"Mire, suegro. Cargue usted simplemente su hamaca, algunos víveres que comeremos en el transcurso del viaje y la olla que emplearemos en el campamento. Yo llevaré toda la carne hasta el pueblo".

—"No", respondió el suegro. "Da esa carne a tu primo. Él es quien la llevará. Tú, lleva las hamacas, los víveres y la olla".

El suegro se puso en marcha sin cargar nada más que su arco y sus flechas. El yerno seguía con lo que su suegro le había dicho. En

cuanto al sobrino, venía curvándose bajo el peso de una triple carga de carne: la suya y la doble que debiera haber llevado su primo. Sin embargo, y a pesar del tiempo perdido en reacomodar su cargamento, ¡llegó primero al lugar fijado para acampar!

Al día siguiente, volvió a llegar primero al pueblo, seguido por su tío. Depositó toda la carne en el hogar del suegro, mientras que el verdadero yerno arrastraba todavía su mal humor, lejos en el bosque.

El suegro explicó entonces todo el asunto a su mujer para hacerle comprender por qué deseaba repudiar a su yerno y reemplazarlo por este otro sobrino que lo trataba con respeto y afecto. Su mujer no hizo el menor reparo y asintió. Los dos convinieron en recomendar a su hija abandonar a su marido actual para ponerse en tratos con el nuevo que le proponían.

Entretanto, los demás cazadores, incluso el yerno repudiado (aunque todavía no sabía lo que se preparaba contra él) habían llegado del bosque. Todos parloteaban y se abandonaban a la alegría del reencuentro. Así, nadie prestó atención a que la hermana del futuro marido viniese a invitar a la joven esposa a comer con ella. La muchacha desapareció, pues, en esa dirección.

Cuando llegó la hora de la comida, el yerno irrespetuoso se acercó al fuego de su suegra, como de costumbre, para recibir su ración. Pero quedó petrificado de estupor al escuchar la voz de su suegro que ordenaba:

—"No mujer. No des nada a ese. Da más bien su parte a mi sobrino que está aquí".

Esta vez el yerno fue quien se estremeció bajo la brutalidad de la afrenta. No respondió nada a su suegro, pero gruñó un insulto a su primo:

—"¡Ah! Todavía estás aquí, tú con tu tórax parecido al de un mono *coto* macho".

Nadie le hizo caso. Para no ayunar, le fue menester mendigar sobras donde otros jóvenes.

Después de la comida, regresó a rondar alrededor del fuego de sus suegros. Buscaba a su mujer, pero no la encontraba. Ya sabemos dónde se había ido.

—"Suegro, ¿dónde está tu hija?". Preguntó al fin.

—"No sé".

El mozo siguió esperando, roído de inquietud. Como fue el único en no acostarse, preguntó de nuevo:

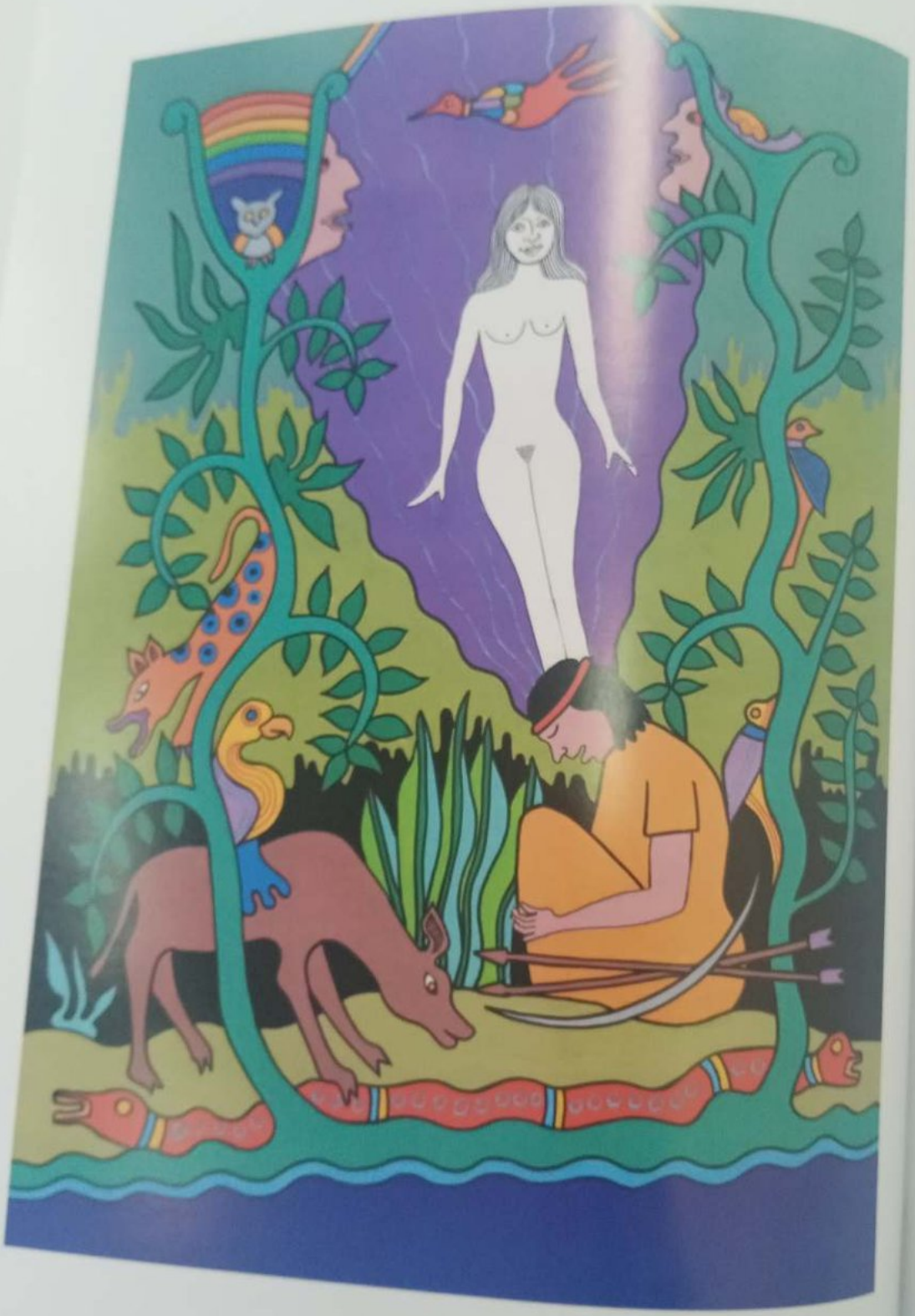
—"Suegro, ¿cuándo regresará tu hija?"

—"No sé", replicó filosóficamente el buen hombre, con cara de no importarle el asunto.

Entonces el yerno irrespetuoso comprendió que había sido repudiado. Su mujer no regresaría esa noche y no le pertenecería nunca más. Subió a la hamaca conyugal y se tendió por última vez. Había hecho una bola con todas las pampanillas de su esposa. Se adormeció con esa bola en los brazos después de haberla mecido largamente, murmurando palabras incomprensibles.

En la casa, un poco en todas partes susurraban:

—"¿Escuchan a ese bobo? Ha faltado el respeto a su suegro y él le ha retomado a su hija. Ella ya no será nunca más de él, pues la ha entregado a su otro sobrino que lo respeta y que lo quiere..."



D os cu
noch

Mañana
al acecho

Al dia
quedó so
se oscure
agravada

—"¡M

Imagi
debía esta
que grues

Cuand
un sabor s
como a un

—"Mi
fuerte. Su
haber dese
las habría
acercarse,
que apoyab
como en ur

Este in
cuando, ha
precipitacio
su cuñado

Al notar
su desfallec
quejumbros

—"No h
aseguró a su

Tanto s
verdadera oc

—"No te
remos, si ello

45. El cazador entristecido

Dos cuñados habían salido juntos a *mitayar* lejos del pueblo. Una noche, uno dijo al otro:

—"Hoy día encontré *huayos* semi comidos por los animales. Mañana temprano construiremos allá un *masaputo*. Tú te quedarás al acecho mientras yo voy a cazar bosque adentro.

Al día siguiente hicieron como habían planeado y el segundo se quedó solo en su refugio de ramas. Un poco más tarde, el tiempo se oscureció oprimiendo al solitario vigilante con una melancolía agravada por su aislamiento. Entonces, pensó en su joven esposa...

—"¡Mi esposa!...", murmuró.

Imaginó cuánta nostalgia —por ese tiempo lúgubre— ella también debía estar sintiendo por él, ausente ya varios días. Tanto se conmovió que gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Cuando las sintió llegar a la comisura de sus labios, donde dejaban un sabor salado, su tristeza no conoció límites. Estrechó sus flechas como a una muñeca y prorrumpió a gemir dolorosamente:

—"Mi esposa... mi esposa...", y seguía llorando, cada vez más fuerte. Su llanto era tan copioso y tan grandes sus lágrimas que de haber desembocado frente al *masaputo* una pareja de sachavacas, no las habría visto. Pero, ¿qué animal habría sido tan zonzo como para acercarse, si él mismo llenaba el bosque con sus lamentos? La mano que apoyaba contra el refugio sobresalía al exterior entre el follaje, como en un patético gesto de llamado.

Este insólito cuadro se ofreció a los ojos asombrados del cuñado cuando, hacia media tarde, regresó. Como la *garúa* —esas pequeñas precipitaciones tenaces que no tienen cuándo acabar— el llanto de su cuñado no daba señas de terminar.

Al notar la llegada de su cuñado, en un gran esfuerzo por disimular su desfallecimiento, trocó enseguida sus sollozos en una imitación quejumbrosa del canto de la paloma.

—"No he dejado de acechar y de lanzar llamados de animales", aseguró a su cuñado con voz aún temblorosa. "Pero no he visto nada".

Tanto su voz como sus ojos denunciaban cuál había sido su verdadera ocupación.

—"No te aflijas más; verás pronto a tu mujer. Mañana regresaremos, si ello te alegra..."

H

46. El galán furtivo

Hubo una vez un muchacho que, aprovechando el sueño de sus familiares, se deslizaba todas las noches en la hamaca de una jovencita por la cual moría. Hacia el alba, ganaba su propia hamaca. Gracias a sus constantes precauciones nadie había notado las relaciones que mantenían los dos jóvenes.

Una noche de tormenta, el joven se reunió con la muchacha, tal como había tomado por costumbre. A fin de gozar mejor de la dulzura de su cuerpo, le había hecho quitar la pampanilla, así quedaba completamente desnuda. En cierto momento la joven mujer tuvo que interrumpir un instante su amoroso entretenimiento: un deseo de orinar la obligaba a alejarse de su amigo. Pero, con el apuro de reunírsele cuanto antes, saltó sin ponerse la pampanilla y se acuclilló no lejos de la hamaca.

Acababa de orinar, cuando un relámpago formidable hendió la noche, iluminando toda la casa. Aterrorizada por la inesperada claridad, temerosa de que la hubiesen podido ver toda desnuda, la joven llegó a su hamaca de un salto. Al irrumpir así a ciegas, sin precaución y tan bruscamente, cayó con todo su peso sobre la pierna de su compañero, se la dobló con tanta fuerza que le dislocó la rodilla.

El pobre muchacho sofocó a duras penas el grito desgarrador que el dolor le provocó. Apretando los dientes, se suspendió con los brazos de las vigas de la casa y avanzó por ellas hasta llegar a su hamaca. Una vez aquí, el dolor insufrible venció sus precauciones y empezó a gemir pidiendo ayuda.

Sus familiares se despertaron. Le pusieron el hueso en su sitio; pero se vio obligado a confesar y explicar lo sucedido.

Desde entonces, y en esa forma, se acabó el secreto con que los jóvenes habían logrado rodear a sus amores.

A

trab
los t
Allí
en la
con
las m
la ca

abun

L
como
Ante
que l
con *m*
canas

B
a su m

—
tú ller

Ya
de cad
una de
un caz

Se
regocij
expedi

Vei
uno pa
dos ver

47. Yawaboshka Tontoron, el hombre colmado

Antes de partir a una expedición de caza, gustosos contamos la historia de Yawaboshka Tontoron. Era una especie de superhombre: nunca lo habían visto errar un tiro en la caza y como trabajador en la *chacra* era insuperable. A tal punto lo apasionaban los trabajos viriles que se había construido un tambito en la *chacra*. Allí vivía la mayor parte del tiempo con su esposa. Un día trabajaba en la *roza*; otro, se iba al bosque de donde regresaba siempre cargado con un rico botín. Esto no tardaba en saberse en el pueblo. Entonces las mujeres de los hombres menos esforzados o menos felices para la caza, se decían:

—"No es justo que la mujer de Yawaboshka Tontoron viva en la abundancia mientras aquí nosotras carecemos de lo indispensable".

Lo más frecuente era que dos de ellas, se dirigieran a la *chacra* como para visitar a su amiga, la esposa de Yawaboshka Tontoron. Ante ella, no tardaban en revelarle el verdadero motivo de su visita: que les prestara a su marido, cuestión de un momento, para llenar con *mitayo* esos *paneros* que habían traído. Naturalmente, eran unos canastones enormes.

Buena chica, la mujer de Yawaboshka Tontoron llamaba entonces a su marido y le decía:

—"Han venido dos amigas a pedir un poco de carne. ¿No podrías tú llenarles sus *paneros*?"

Yawaboshka Tontoron entonces tomaba solo cuatro flechas, una de cada clase: dos con punta de bambú y dos con punta de *chonta*, una de ellas con triple punta. No llevaba más pues, ustedes saben, un cazador verdaderamente bueno, no pierde ni rompe sus flechas.

Se internaba en el bosque seguido por las dos comadres, regocijadas de antemano al pensar en la cantidad de carne que esta expedición les iba a reportar.

Veían primero carpinteros. Yawaboshka Tontoron mataba dos, uno para cada mujer. Luego, dos ardillas; después dos perdices, dos venados, cuatro *huanganas* y dos *trompeteros*. Cada vez, llevaba

las piezas al lugar donde habían dejado los canastos. Todo era equitativamente repartido entre las dos mujeres. Enseguida Yawaboshka Tontoron, siempre silencioso y seguido como su sombra por las dos mujeres, descubría rastros de sachavaca, una pareja de sachavacas. Las mataba una después de otra, las despresaba, traía la carne al lugar de almacenamiento y luego les decía:

—"Ya está. Ya tienen ustedes su carne. Ahora hay que transportarla".

Entonces, él mismo, llevando una carga impresionante, acarreaba una buena parte, mientras las dos mujeres lo seguían con los canastos. Hacía un segundo viaje para traer el resto. Enseguida repetían la maniobra, acercándose progresivamente al pueblo.

Llegados a una de las paradas, él les decía:

—"Espérenme un momento. No lejos de aquí he reparado en una madriguera de *carachupa*. Quiero ver si está dentro, y de estar, la capturaré".

Una de las dos mujeres obedecía y quedaba cerca del enorme montón de carne. La otra salía tras Yawaboshka Tontoron y aprovechaba la soledad para hacer el amor con él.

En la parada siguiente él les decía:

—"Espérenme un momento. No lejos de aquí, creo que hay un lugar donde se pueden encontrar *motelos*".

Entonces era la segunda mujer la que se alejaba con él. Y así, tan equitativamente como había repartido su *mitayo*, igualmente se repartía entre las mujeres.

Por fin, a poca distancia del pueblo, depositando su carga por última vez, Yawaboshka Tontoron les decía:

—"Vayan a buscar a sus esposos ahora. Que vengan a ayudarlas a transportar todo esto hasta el pueblo".

Entonces ellas iban y regresaban con sus maridos. Mientras tanto, Yawaboshka Tontoron volvía a su solitario *tambo* en la *chacra*.

La llegada de los canastos de carne en el pueblo, nunca dejaba de causar sensación. Algunos se burlaban:

"¡Ah! Ya regresan las novias de Yawaboshka Tontoron. Miren, ya regresan las que han ido a mendigar carne..."

Sin embargo, no pasaba mucho tiempo cuando, nuevamente, otras dos comadres, iban como si se tratase de nada, a visitar a su amiga en la *chacra*. ¡Y nunca se olvidaban de llevar con ellas inmensos *paneros* vacíos!

La historia se repetía: la mujer de Yawaboshka Tontoron pedía a su marido de hacerles ese pequeño favor a sus amigas. Se dirigían al bosque donde Yawaboshka Tontoron acumulaba al comienzo, de dos en dos, piezas menores, coronando el montón con un par de sachavacas. A la vuelta las mujeres, agradecidas, no dejaban de hacerse amar por hombre tan extraordinario.

No es errado suponer que infaliblemente, todas las mujeres del pueblo llegasen alguna vez a entregarse a Yawaboshka Tontoron. Él, hombre feliz, colmado por la suerte, distribuía su tiempo entre los trabajos del campo y el ejercicio de la caza; y repartía el tesoro de su afecto entre su buena esposa y sus innumerables concubinas.

E

46. El eremita

Esta es la historia de un hombre a quien su mujer engañaba con otro hombre. Hasta aquí, dirán ustedes, nada de extraordinario. No es sorprendente tampoco que la cosa no le gustara nadita; pero menos banal resulta la forma como ese hombre zanjó el asunto. Bajo el golpe de la decepción, se internó un buen día en el bosque y no regresó jamás. Había decidido hacerse eremita y vivir solo en el monte, lejos de los demás hombres.

Como había llevado todo lo necesario para hacer chacra, aprovechó un claro natural formado por un gigantesco árbol caído. Al lado de su chacrita construyó su tambito y empezó a vivir a su gusto, cultivando, cazando y cocinando para él solo. En esta forma pasó mucho tiempo; tanto que sus cabellos, largamente crecidos, casi barrían el suelo.

Quiso la suerte que una mañana, un cazador de su grupo, se aventurara por los parajes donde el eremita transcurría apaciblemente sus días. Pronto, el cazador olfateó olor a fuego.

—"¿Qué podrá ser?" reflexionó. "¡Sin duda son unos Yaminahua!"

Intrigado, pero prudente, se acercó con cautela pues los Yaminahua son enemigos feroces. Aguarió: había un solo hombre que habiendo ahumado a una *carachupa* en su madriguera, estaba tratando de sacarla de allí. En un minuto, volteó la cara hacia el emboscado y éste se quedó pasmado de sorpresa al reconocerlo... ¡Allí, en carne y hueso, estaba el paisano que había desaparecido tiempo atrás!

Siempre escondido, siguió al ermitaño hasta su casa. Después se alejó a hurtadillas y regresó al pueblo. La noticia que trajo causó sensación. Decidieron ir y convencer al ermitaño de reanudar la vida en común. Un día, pues, todos los hombres rodearon el tambito del solitario y lo obligaron a explicar las razones de su conducta.

Supieron entonces que, agobiado por el mal paso de su mujer, había decidido aislarse para siempre. Procuraron persuadirlo de regresar: necesitaban de él, hacía falta en su pueblo; no debía venderse por tan poco.

¿A quién no le había sucedido una desventura igual?, ¿por qué dramatizar fruslerías?

Sin embargo, ninguno de estos argumentos pudo mudar la resolución del buen hombre. Permaneció en el fondo de su bosque; mejor aún, cambió de emplazamiento apenas vio marchar a sus amigos, desalentados por su resistencia. Así, en lo sucesivo, nadie podría dar con él.

Cuando los hombres llegaron al pueblo, propalaron la razón de la huida del eremita. Ahora bien, su mujer vivía sumida en una profunda aflicción. Había quedado inconsolable ante la pérdida de su esposo a quien, en verdad, amaba tiernamente. Apenas supo que su marido vivía y que a causa de ella había huido y que por ella, sin duda, rechazaba volver, acomodó provisiones y, a su vez, se fue al bosque.

Caminó día y noche, hasta que por fin lo encontró. Primero él la recibió muy mal. Pero ella insistió con tanta humildad y suplicó tan sinceramente que él consintió reiniciar vida común, siempre y cuando viviese con él allí, en la soledad del bosque. Como la mujer quería a su marido, aceptó.

Y desde entonces vivieron juntos allá, separados de todos los demás hombres.

Había una ve
mujer igual
vivían en r
separadas por
y asiduas visi
silenciosament
antes del alba.
mujer, a quien

El asunto
hombre no hu
encontró allí u
todos los famil
comer, comen
cuentos prolor

"¿Es que
clandestino.
inminentes y

Entonces
para acercarse
ocurrencia. Es
relámpago des
Un solo grito
creyendo que
corrieron a e
visitador clan
dirección inve
era sobre una

Esto acre
cada vez con
volvió a caer
mordió. Leva
para ir a apla
Rehaciéndose

49. El visitante clandestino

Había una vez un hombre casado que se había enamorado de una mujer igualmente casada. Lo particular de la situación era que vivían en *rozas* diferentes, distantes a varias horas de marcha y separadas por un río. Esto no impedía al hombre rendir puntuales y asiduas visitas a su elegida. Durante la noche, se deslizaba silenciosamente dentro de su hamaca. Solo regresaba a su pueblo antes del alba. Nadie advertía sus idas y venidas, excepto su propia mujer, a quien él había impuesto silencio.

El asunto este hubiese podido durar eternamente si un día el hombre no hubiera llegado demasiado temprano a la otra *roza*. Se encontró allí una hora después de la puesta del sol. Naturalmente, todos los familiares de la mujer estaban aún reunidos, terminando de comer, comentando las noticias del día. Como se pusieron a contar cuentos prolongaban la conversación.

"*¿Es* que nunca se van a ir a dormir?", gruñía el visitante clandestino. Su impaciencia aumentaba conforme notaba más inminentes y amenazadoras las señales inequívocas de lluvia.

Entonces cometió la imprudencia de salir de los matorrales para acercarse más a la casa en la oscuridad. En mala hora tuvo esa ocurrencia. Estando bien visible, de pie en el patio del pueblo, un relámpago desgarró la noche y todos vieron a un hombre, allí, de pie. Un solo grito de espanto resonó en el pueblo. Todos los hombres, creyendo que se trataba de un extranjero que venía a atacarlos, corrieron a esconderse detrás de la casa. Simultáneamente, el visitador clandestino también se echó a correr, presa de pánico, en la dirección inversa. A poco, tropezó contra una raíz y cayó cuan largo era sobre una tarántula que pasaba por allí y que lo picó cruelmente.

Esto acrecentó su enloquecimiento y sus accidentes: escapando cada vez con mayor ligereza, se enredó los pies entre una *soga* y volvió a caer como un fardo, aplastando a un escorpión que lo mordió. Levantándose, reemprendió enseguida su huida alocada para ir a aplastarse esta vez de lleno contra una palmera espinosa. Rehaciéndose, salió disparado; pero siguió cayendo extendido a cada

una
picó
por
otra

de la
que

las h
el al
acom

tal p

un c
parie
comp

cómo
a visi
había

instante. Cuando caía, lo hacía sobre un nuevo animal venenoso que
a picaba a más y mejor: serpientes, arañas y alacranes.

Por fin llegó al río. Su cuerpo, lastimosamente maltrecho, era
una sola llaga. Sin embargo, se arrojó al agua. Entonces, una *raya* le
picó cruelmente el vientre y sus entrañas comenzaron a escaparse
por la herida abierta. En un último esfuerzo pudo todavía ganar la
otra orilla. Apenas salió, expiró.

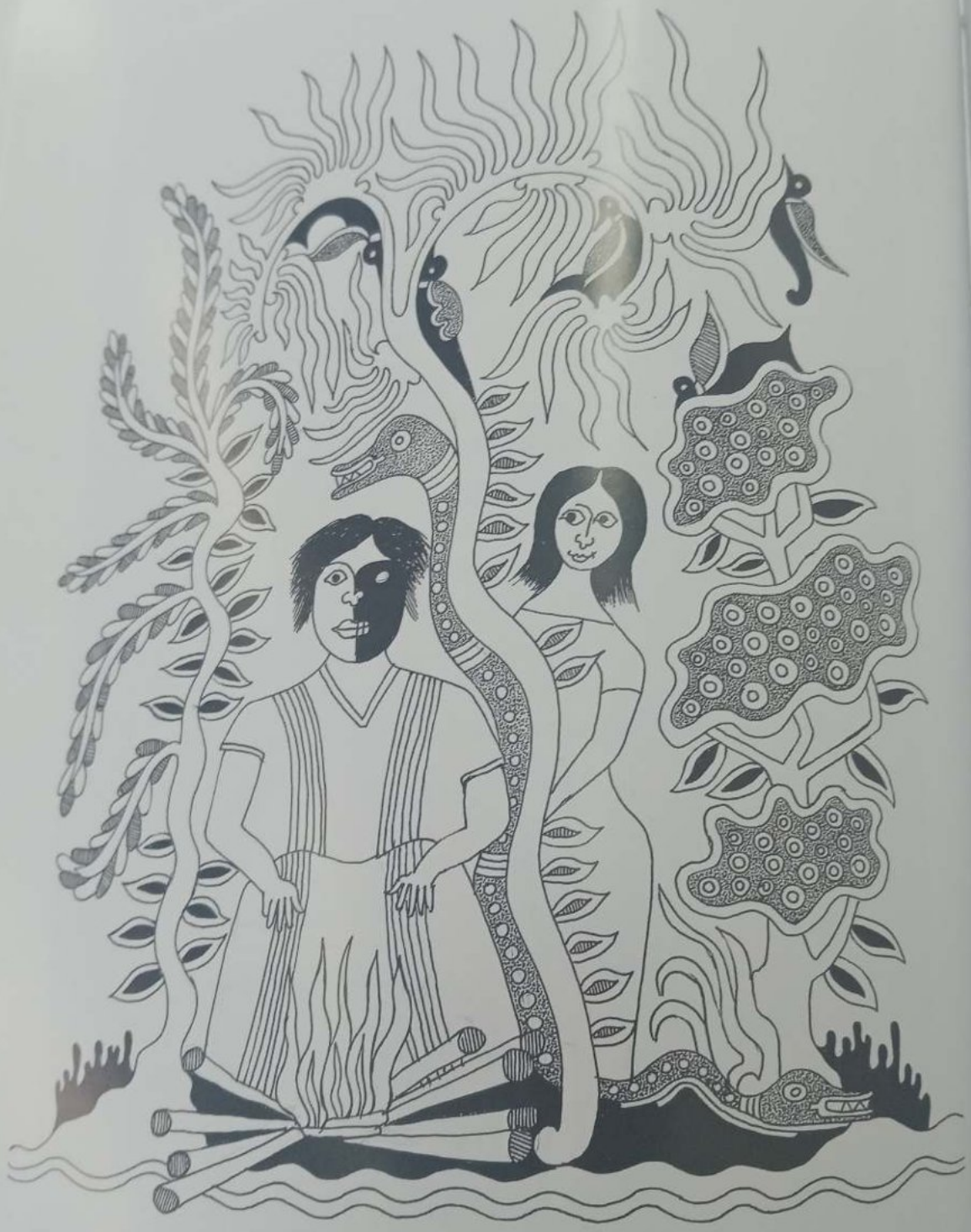
Al día siguiente, después de una noche de angustia, los hombres
de la otra *roza* se internaron en el bosque en busca de las huellas del
que tanto los había asustado la víspera.

Vieron con sorpresa que se trataba de un solo hombre. Siguiendo
las huellas, pudieron comprobar cómo había ido huyendo, sacándose
el alma en cada caída. Pronto encontraron rastros de sangre que
acompañaban a las huellas del hombre.

—"¿Quién podrá ser? ¿por qué habrá huido en esta forma, con
tal pánico?", se preguntaban ellos, completamente intrigados.

Cuando llegaron al río lo cruzaron y en la orilla descubrieron
un cadáver. Lo reconocieron. Entonces, fueron al pueblo de sus
parientes llevando la triste nueva y buscando explicación al extraño
comportamiento del difunto.

Al saber que su marido estaba muerto, su esposa explicó por fin
cómo, desde mucho tiempo atrás, su esposo iba todas las noches
a visitar a su amante. Todos comprendieron las razones de lo que
había sucedido.



C
ont
un
Un
una fie
enseña
fiestas,
cantos
quiene
privaci
Co
mitaya
en el t
Va
brillan
Lo cier
los vív
pasars
As
shapaj
a cocer
de las
se con
de mu
De
varita
forma
el más
En
quema
le per
chorr
escald

50. Iba Roa, el hombre de la boca quemada

Contaremos la historia de dos primos paralelos y los amores de uno de ellos llamado Iba Roa, con la esposa del otro.

Un buen día, el pueblo donde ambos vivían decidió organizar una fiesta Chirín. Obtuvieron la venia del jefe para que los sabios enseñaran los cantos de los iniciados. En efecto, es en ocasión de estas fiestas, y solo en esta circunstancia, cuando se puede escuchar los cantos sagrados en lengua secreta. Únicamente saben interpretarlos quienes los han estudiado al precio de largos esfuerzos e innumerables privaciones.

Convenidos ya todos sobre el asunto, los cazadores salieron a *mitayar*. Deberían traer grandes cantidades de carne que consumirían en el transcurso de la fiesta.

Varios días habían pasado y de seguro, o bien la caza no fue tan brillante como esperaban, o bien esos hombres no eran precavidos. Lo cierto es que, lejos aún de haber reunido todo el *mitayo* necesario, los víveres llegaron a faltarles y los cazadores se vieron obligados a pasarse con guayos o comer frutos del monte.

Así, una noche tenían por toda merienda, algunas semillas de shapaja. Un cuñado de Iba Roa, haciendo de cocinero, las había puesto a cocer bajo la ceniza. Los demás hombres estaban reunidos, en espera de las semillas asadas. La reunión transcurría alegre: se bromeaba, se contaba historias para hombres, es decir, esencialmente historias de mujeres.

De rato en rato, el cuñado de Iba Roa removía la ceniza. Con una varita sacaba una semilla ya a punto y la arrojaba en medio del círculo formado por sus amigos. El juego consistía entonces en ver quién sería el más rápido en asirla, pues las semillas no alcanzaría para todos.

En una de esas, Iba Roa se apoderó hábilmente de un fruto quemante. Enseguida le clavó el diente para hacer la incisión que le permitiría comenzar a pelar su semilla. Pero el fruto estalló. Un chorro de pulpa líquida y abrasadora bañó todo un lado de su cara, escaldando pavorosamente labios y encías.

Bajo este golpe, Roa no rió más ni tomó parte en las bromas que intercambiaban sus compañeros. Se acostó en silencio, preocupándose de no exteriorizar el dolor torturante de su quemadura. Al día siguiente, sin embargo, no cabía disimulo alguno: media cara de Roa estaba horriblemente hinchada, purulenta, gangrenada. Era simplemente espantoso verlo. Sus compañeros se dieron en buscar plantas medicinales. Lo curaron e Iba Roa quedó reposando mientras ellos seguían mitayando. Aprovechó todo ese tiempo para restablecerse. Pero al cicatrizar, sus dos labios se pegaron uno al otro y se soldaron. Una vez sano del todo, Roa no pudo sino murmurar indistintamente las palabras que deseaba pronunciar. Además, una tremenda cicatriz le deformaba el rostro.

Una vez reunida la cantidad de carne proyectada, la repartieron en los canastos que cada uno iba a llevar sobre la espalda. Así cargados, los cazadores, ausentes durante varias semanas, emprendieron alegres el camino de regreso a su pueblo. Iban lanzando bromas.

—"A nuestras mujeres que están a dieta por más de un mes, no les va a faltar apetito", decía uno.

—"¡Ey! ¡Ten cuidado de no hacer agotar la provisión de agua de la tuya!", replicaba otro, en medio de la hilaridad general.

Diciendo esto hacía alusión al hecho que nuestras mujeres no bajan a lavarse al río después de los contactos sexuales, por la noche. Efectúan su limpieza íntima en la casa, usando unas pequeñas vasijas de barro en forma de pera que ellas mismas hacen para ese fin. El agua la sacan de la que juntan para beber en cántaros y de ella guardan una buena provisión.

Todos los cazadores, pues, venían doblándose bajo sus pesadas cargas. Por el camino todavía mataron águilas. Utilizarían sus plumas para adornar y retocar los grandes vestidos de gala usados para danzar en la fiesta.

Habitualmente, al regresar de una gran expedición de caza, Iba Roa se las ingeniaba siempre para llegar uno de los primeros. Eso le daba tiempo de ver y de intercambiar algunas palabras con su amiga, antes de entrar donde su mujer legítima. Esta vez, por el contrario, se había dejado adelantar hasta quedar a la cola de la fila. Entró al pueblo al caer la noche y se encaminó directamente al fuego de su esposa.

La otra quedó ingratamente sorprendida; luego, muy inquieta por no verlo, terminó preguntando a su marido:

—"¿Qué le ha pasado a tu primo Iba Roa?"

—"En el transcurso de la caza, se enfermó gravemente; pero ahora ya está sano", le contestó.

Al día siguiente la fiesta comenzó. Los cantores entonaron sus cantos en lengua esotérica, interrumpiéndose solo para explicar a los profanos el significado de sus encantamientos. Cantan y explican así las cosas más importantes: quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos. Pero debo confesarles que no siempre comprendemos todo lo que dicen, aun cuando lo explican en lenguaje accesible. Algunas veces, los sabios discuten entre ellos sobre la interpretación de esos cantos. Las mujeres también toman parte en la ejecución de los cantos. Tienen sus cantoras. La amiga de Iba Roa era una de ellas: entonaba las estrofas del canto y sus compañeras las repetían después de ella.

Esa vez, la joven mujer no se concentraba en su trabajo, ¡había pasado todo un día y su amigo aún no había venido a visitarla! Estaba confundida. Deseaba saber más acerca de esa enfermedad que tanto lo abatía. Entonces, su marido le contó el incidente con la semilla de shapaja. Pero omitió decirle que Roa había quedado desfigurado y casi mudo.

Iba Roa por su parte, no había salido de su hamaca en todo el día, rumiando sombríos pensamientos. Llegada la noche, tomó un astil de flecha y fue a unirse a la fiesta. Es frecuente ver así a los hombres, con un tallo de flecha. Se la pasan por detrás de la nuca y cuelgan de allí sus manos. Cuestión de ponerlas en algún sitio; un poco como los blancos se las meten en los bolsillos de su pantalón. A ratos, juegan con esa fusta de flecha, la manipulan en el aire, trazan con ella dibujos en el suelo...

Al unirse con los de la fiesta, Roa procuró mantenerse siempre en el lugar opuesto al de su amiga. Se avergonzaba de su desfiguración. Su boca estropeada ya no le permitía participar como otras veces en las respuestas en coro de los estribillos del canto. Paseándose, debía contentarse con canturrear mascullando unos "¡Ensh! ¡Ensh!" sin poder articular las palabras.

De lejos, su amiga seguía su comportamiento, preguntándose por qué no hacía él ningún intento de reunírsele. Una vez más no pudo contenerse y preguntó a su marido:

—"¿Qué tiene tu primo?, ¿por qué se separa?"

Entonces su marido le contestó secamente:

—"¡Mi primo se quemó yendo a buscar dientes de mono y de otros animales para hacer un collar a su amante!"

Herida por el reproche y por el insulto, la mujer lloró, amargamente. Luego, se decidió a tomar la iniciativa. Disimuladamente, se acercó a Iba Roa y cuando lo encontró solo, lo cogió del brazo. Entonces él volteó hacia ella su rostro desfigurado. Sin embargo, ella soportó la visión sin desfallecer y tuvo el valor de preguntarle por qué le rehuía.

—"¡Ensh! ¡Ensh!", respondió él lastimosamente.

Ella lo llevó a su hamaca, se apiadó y lloró sobre él. Luego ella le hizo el amor. Después fue a buscar comida y trajo las mejores presas para su amante. Enseguida regresaron a retomar parte de la fiesta.

Unía a estos amantes un gran sentimiento. La deformidad misma de Iba Roa no fue obstáculo para la prosecución de su amor.

51. Inkanchasho y la virilidad

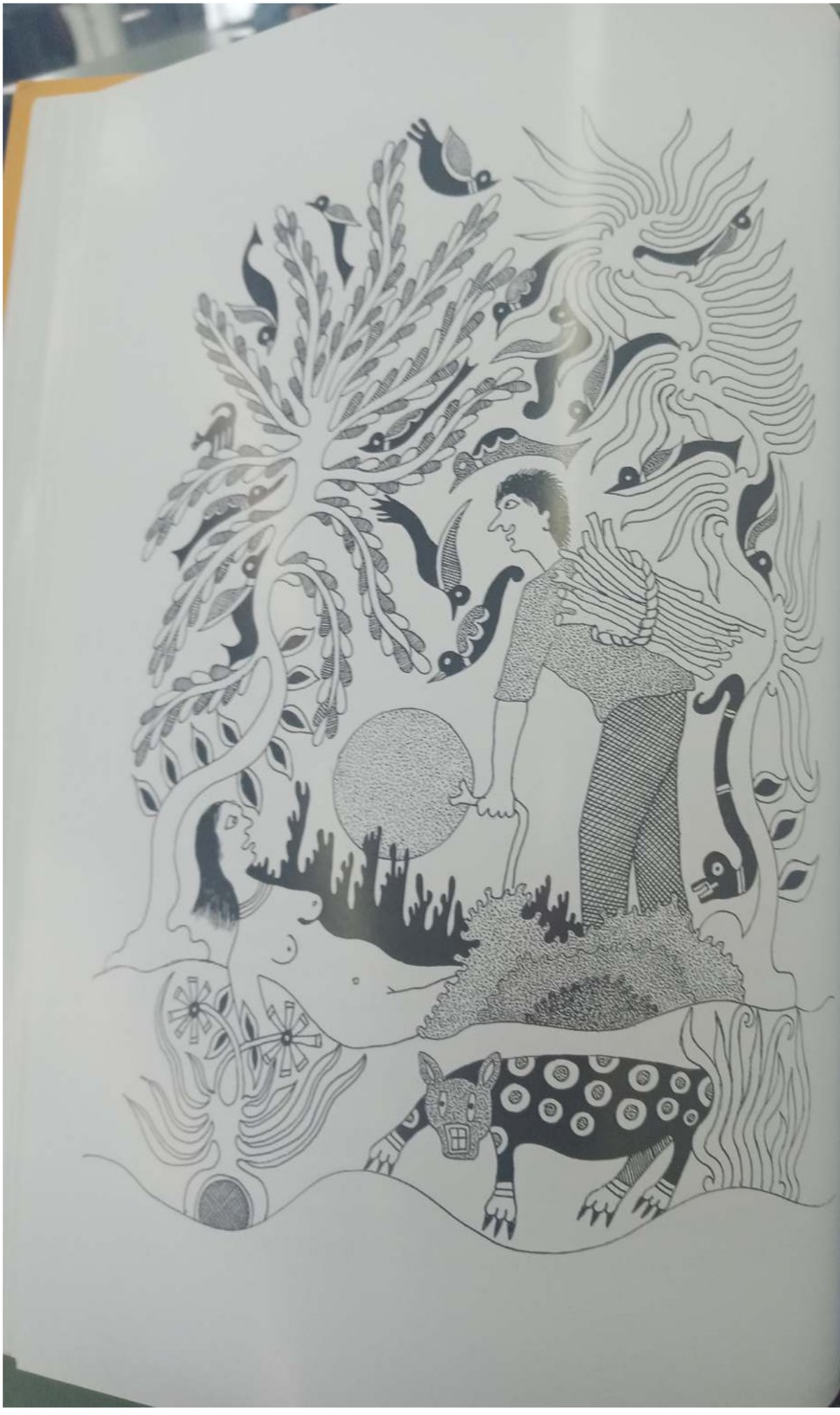
Aquí tienen la historia de Inkanchasho. Había nacido semi paralizado de la cadera y de las piernas, y no se mejoró con el tiempo. Podía tenerse de pie y caminar pero con pasitos cortos, arrastrando los pies, ya que estaba rígido de la cintura hasta las rodillas. No podía separar las piernas una de otra. Para colmo, como si eso no fuese suficiente, era también algo idiota y no hablaba. Únicamente emitía monosílabos: "¡Heu!", "¡heu!", y con ellos quería decir cualquier cosa: "tengo hambre", "bueno", o "déjenme en paz"...

Naturalmente, vivía más o menos a expensas de sus hermanos. Cuando estos salían a *mitayar* durante varios días y se llevaban víveres y hamacas, él se quedaba en el pueblo para cuidar a sus cuñadas y a su madre. No podía, mal hecho como estaba, acompañar a los rudos caminantes en sus excursiones.

Un día en que se había quedado solo —el único hombre en la *roza*— dos de sus cuñadas se habían ido a pescar a la quebrada. Notaron en el transcurso del camino, un sitio donde había guayos caídos sobre el suelo y aparecían semicomidos por los animales.

Hicieron partícipe de su descubrimiento a su cuñado. Él decidió arrastrarse hasta allí al día siguiente. Pensaba ponerse a cubierto y abatir a los animales cuando llegasen a continuar su festín con frutos silvestres. La nueva causó sensación, aunque no creyeron sino a medias: ¡nunca Inkanchasho había ido a cazar! Ni siquiera tenía armas. Pero con gestos y gruñidos, ordenó a sus cuñadas traerle cada una alguna pieza de sus útiles de tejer. Con una de las alargadas láminas de madera de palmera que sirve para asentar el tejido, se hizo un arco. Con los hilos de hamaca que le trajo su cuñada, hizo la cuerda del arco. Con otras piezas de los telares de sus otras cuñadas hizo el astil y las puntas de sus flechas y en esa forma, se encontró convenientemente armado para *mitayar*.

Esa misma tarde hizo un primer reconocimiento sobre el lugar de sus futuras hazañas. Las huellas de los animales, en efecto, eran muy numerosas. Construyó un *masaputo* y esa noche, para entrenar las manos y el pulso, abatió una perdiz que llevó a sus cuñadas.



Esto cau
dejaban de p
—"¡Qué
"Nuestros ho
que nosotras
tienen carne
bien cazar pa
considerand

Al día sig
suerte no ta
cría; después
siempre con
hizo compr
que fuera r
fuesen o no
murmuraba

Animad
de Inkancha
y durante to

Dos mu
lugar donde

—"¡Que
admiraron
cuñadas. Co

Inkanch
del malform

Las do
animadame

—"¿Y s

—"Sí, ¿

—"And

—"No,

—"Buen

Después
Inkanchash

—"Me v

Esto causó revuelo. Esa noche, cerca del fuego, las mujeres no dejaban de parlotear.

—"¡Qué suerte tienen las cuñadas de Inkanchasho!", murmuraban. "Nuestros hombres están de caza, comen carne todos los días, mientras que nosotras aquí ayunamos. Pero las cuñadas de Inkanchasho, ellas sí tienen carne desde ahora, gracias a su cuñado. El podría también muy bien cazar para todas nosotras, etc., etc." Y las lenguas no descansaban considerando aquel asunto.

Al día siguiente, pasito a paso, Inkanchasho ganó su *masaputo*. La suerte no tardó en serle favorable. Primero mató a un venado con su cría; después, a la larga, toda clase de animales. Por la noche regresó, siempre con sus pasitos arrastrados, pero no traía nada. Con señas hizo comprender que había dejado su *mitayo* en el sitio. Deseaba que fuera repartido proporcionalmente entre todas las mujeres, fuesen o no de su familia. Hubo un gran banquete esa noche. Y todas murmuraban, mientras comían, alabanzas para Inkanchasho.

Animadas por esa hermosa hazaña, al día siguiente, las cuñadas de Inkanchasho le rogaron fuese a cortarles leña. Empuñó un hacha y durante todo el día lo escucharon partir palos en la espesura.

Dos mujeres jóvenes, entre las más avispadas, se aproximaron al lugar donde trabajaba Inkanchasho.

—"¡Qué montón tan grande de leña has cortado hoy día!", se admiraron ellas: "Pero no es justo que este favor solo sea para tus cuñadas. Corta leña para nosotras también".

Inkanchasho se puso a cortarles leña. Ante sus ojos, el prestigio del malformado hombre subía como espuma.

Las dos mujeres se habían apartado un poco. Conversan animadamente a media voz.

—"¿Y si hacemos el amor con él?"

—"Sí, ¿por qué no, en efecto?, ¡buena idea".

—"Anda tú".

—"No, tú primero; ¡yo no me atrevo!"

—"Bueno, iré primero. Escucha lo que vas a hacer..."

Después del conciliábulo, una de las muchachas se aproximó a Inkanchasho y le dijo:

—"Me voy a llevar una de las cargas de leña a casa. ¡Hasta pronto!"

—"¡Heu!", respondió Inkanchasho.

Ella se fue cargada de su leña. Al quedarse sola con el hombre, la otra se acercó a él y lo invitó:

—"¡Hazme el amor, Inkanchasho!"

—"¡Heu, heu!", replicó el deforme, denegando con energía.

—"¡Pero sí, pero sí!", insistía ella. Y para más claridad, se acostó a sus pies y separó las piernas. El pobre daba saltitos alrededor de ella. Pero de haberlo querido (y después de todo, ¿lo deseaba él?) ¡no hubiese podido arrodillarse ni menos aún, hacer los movimientos que se deben hacer en esa circunstancia! Sin embargo, la mujer no se resignaba a convencerse que no había nada que hacer.

—"Vamos, ¡apúrate!", se impacientó ella. "No te quedes allí, brincando como un pajarito. ¡Ven! Mi compañera no tardará en volver".

Y como sus reproches quedaban en letra muerta, lo empuñó, lo zarandeó y jalándolo, lo apretó contra ella: pero esto era demasiado para Inkanchasho y se puso a pegar de berridos, de modo que ella no tuvo más remedio que soltarlo.

La compañera que regresaba, escuchó los gritos y apuró el paso.

—"¿Qué pasa?", preguntó al llegar.

—"Nada; justamente no pasa nada", repitió, su compañera decepcionada. "¡Fracaso completo!, ¡es inútil insistir!"

—"No habrás sabido comportarte. Déjame sola con él. Quiero ensayar esta vez".

—"¡Ah, bueno!, como quieras".

Y la primera muchacha se fue a su vez hacia el pueblo con una buena carga de leña. Pero la seducción de la segunda fue también inútil, para convencer a Inkanchasho de gozar de sus encantos...

El hecho es que esa noche en la velada, después que las cuñadas regresaron también de recoger leña, se apareció Inkanchasho. Tomándose su tiempo y concentrando todas las escasas fuerzas que tenía para juntar palabras, dijo a sus cuñadas en un supremo esfuerzo.

—"¿Quién tuvo la idea de enviarme esta tarde a esas dos mujeres? ¡Vinieron a fastidiarme insistiendo para que las tomase de su horrible boca barbuda!"

Escuchando esto, sus cuñadas se burlaron de él, de la ocasión que había desperdiciado. ¿cómo podía ser tan zopenco? ¡Qué pelmazo perdido, este Inkanchasho! y se reían a mandíbula batiente. Él se sintió vejado y confundido; empezó a mentir:

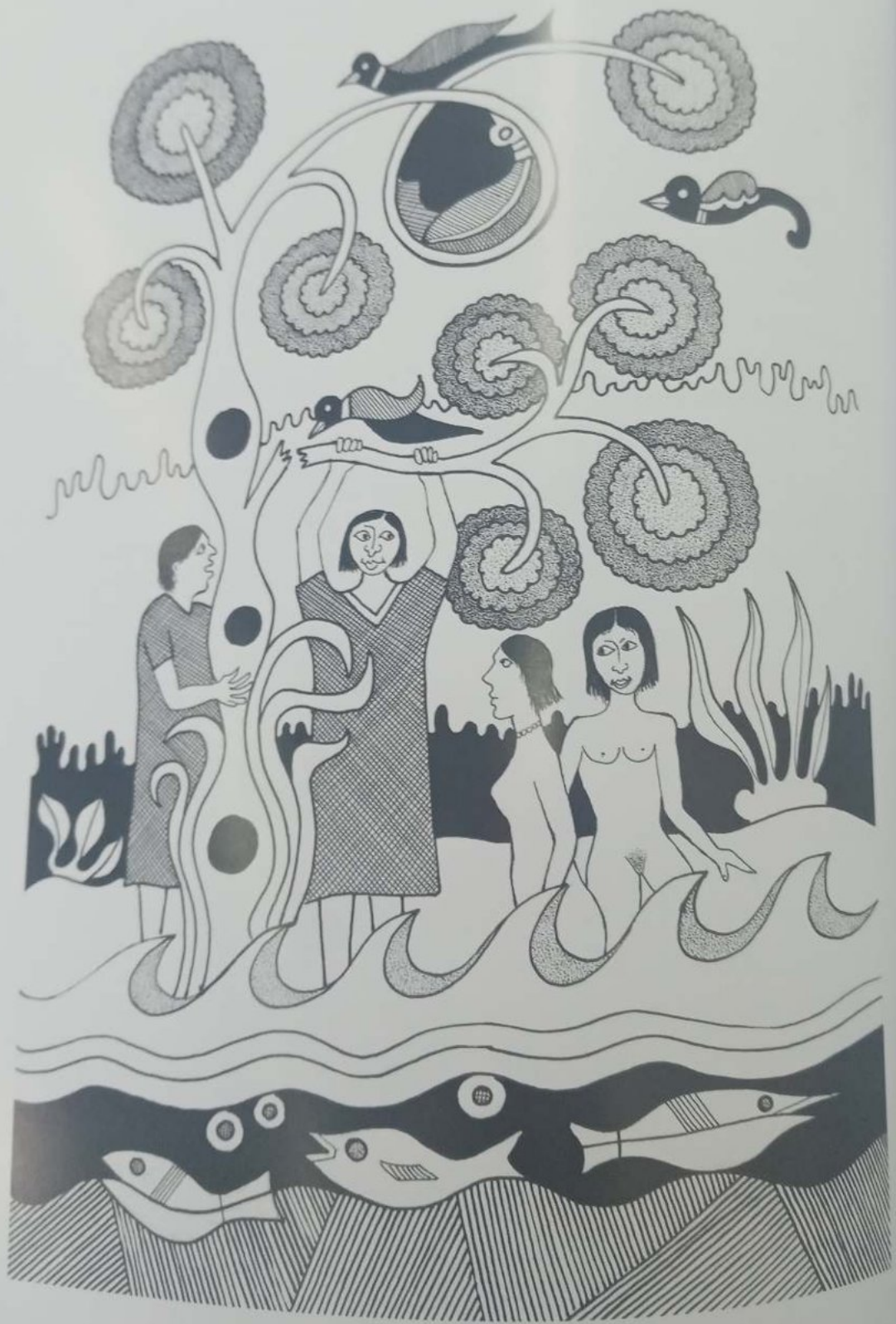
—"Pero no", dijo laboriosamente, "fueron ellas las que no quisieron. Cuando me aferré a ellas, gritaron, se debatieron y huyeron".

Las risas recomenzaron más fuertes y más alegres. Ninguna de las mujeres daba crédito a la doble versión de Inkanchasho.

Días después cuando llegaron los demás hombres de cazar, las mujeres no acababan de consumir el *mitayo* de Inkanchasho y seguían riéndose aparatosamente de él. En cada fogón, y con explosiones de risa, las mujeres contaron a sus maridos la malaventura de Inkanchasho. Pero la burla quedó trunca porque todos los hombres impusieron silencio a sus mujeres:

—"¡Cállense", les dijeron, "Inkanchasho es un verdadero hombre. ¡Qué nunca nadie se atreva a ponerlo en duda!"

Y desde entonces, en ausencia de sus hermanos, Inkanchasho siguió cazando y prestando a las mujeres de su familia, los servicios que todo hombre bien nacido debe prestar, tal como lo hemos visto a lo largo de este cuento.



He aquí
Saninw
El segu
un mono.
llamado M
instalado e
que podía
trabajos: si

Cuand
salir a *mita*
bosque. Pe
a su herma
irse al cam
a su cuñad
Mokani era
de Saninwa
rechazaba

Los día
el golpe, re
ardor dura
golosina. P
del cadáver
entregaba

—"Mu
Cuando es
comeremos

¡Y Ako
escuchaba
vez de "Cuñ
¡como si él
su comida

Ako Ro

52. Escenas de la vida de Ako Roa y de su hermano Saninwanka Banë

He aquí algunos hechos de la vida de dos hermanos, Ako Roa y Saninwanka Banë. El primero, alto y fuerte, era el jefe del pueblo. El segundo, el mayor de los dos, era bien bajito, pero astuto como un mono. Ako Roa estaba casado con Mokani y tenían un hijito llamado Maro. Saninwanka Banë se había quedado soltero y vivía instalado en el hogar de su hermano menor. Participaba lo mejor que podía en los quehaceres del hogar. Los dos se alternaban en los trabajos: si uno se quedaba a cultivar la *chacra*, el otro iba de cacería.

Cuando le tocaba el turno a Saninwanka Banë, el mayor, de salir a *mitayar*, se lo veía, de madrugadita, enrumbar alegre hacia el bosque. Pero no se alejaba. Se escondía no lejos de allí y observaba a su hermano menor tomar desayuno. Apenas dejaba plaza libre al irse al campo, Saninwanka Banë reaparecía. Se dedicaba a asediar a su cuñada sin cesar hasta hacer el amor con ella. Sin embargo Mokani era caprichosa. Unos días respondía con calor a los avances de Saninwanka Banë; otros, por el contrario, se mostraba rebelde y rechazaba ácidamente sus acometidas.

Los días en que había sido bien acogido, Saninwanka Banë, dado el golpe, reemprendía alegremente el camino al bosque. Cazaba con ardor durante todo el día y, al regreso, no se olvidaba de traer una golosina. Por ejemplo, huevos de *motelo*, cogidos del interior mismo del cadáver de la bestia. Esta golosina la preparaba en el bosque y la entregaba a su cuñada diciéndole:

—"Mujer, pon a cocinar esto que he preparado en el bosque. Cuando esté a punto, darás una porción a mi hermano. El resto, lo comeremos juntos".

¡Y Ako Roa estaba allí, presente! Pero él no ponía mala cara cuando escuchaba a su hermano interpelar a Mokani diciéndole "Mujer" en vez de "Cuñada". Tampoco, cuando veía que le separaban su alimento, ¡como si él hubiese sido el cuñado, mientras su mujer iba a compartir su comida con Saninwanka Banë, como si éste hubiese sido el esposo!

Ako Roa era un hermano y un esposo complaciente.

De tiempo en tiempo, el pueblo organizaba una gran expedición de pesca. Durante todo un día, majaban soga de *barbasco*, es decir veneno, que al día siguiente iban a diluir en el agua del río. Ese día, todos los hombres se ponían en marcha desde el alba. Saninwanka Banë, por el contrario, se demoraba y se las arreglaba para salir último. Seguía la fila durante cierto rato; de pronto se ponía a correr y remontaba todo el pelotón diciendo:

—"¡Quiero ser el primero en diluir mi veneno en el río hoy día!", y caminando a buen paso, rápidamente llegaba a la cabeza de la hilera de hombres. Pero, bruscamente, se detenía y se lamentaba:

—"¡Tsk! He olvidado mi red de pescar en la casa. ¿Cómo puedo ser tan distraído?"

Tenía la apariencia de estar realmente disgustado. Rehaciéndose enseguida, decía a sus compañeros:

—"¡No importa! Sigan sin mí. Voy a correr hasta la casa para recoger mi red y me les reuniré allá".

Remontaba, entonces, toda la fila en sentido inverso y regresaba a toda carrera a la casa. Aquí, Mokani estaba sola con su hijito. A veces, algunos hombres habían quedado en el pueblo. Entonces Saninwanka Banë se quedaba en el bosque y desde la trocha llamaba:

—"¡Mokani! ¡Mokani! ¡Tráeme mi red de pescar que me la he olvidado!"

Ella lo impacientaba diciéndole que no la encontraba, o bien cuando la encontraba le decía:

—"¡Ya la encontré! Voy a mandar a Maro a entregártela".

—"¡No!", replicaba Saninwanka Banë. "No mandes a ese pobre chiquito; puede pincharse los pies con espinas. ¡Ven a traérmela tú misma.

Finalmente, Mokani venía ella misma a su encuentro para darle el hilo. Pero al momento en que se lo alcanzaba, Saninwanka Banë la tomaba por el brazo, la jalaba entre los matorrales y allí se refocilaban hasta su completa satisfacción.

En otras ocasiones, cuando el pueblo había quedado desierto, Saninwanka Banë entraba directamente a la casa. Era entonces cuando él y Mokani disfrutaban más el placer de estar juntos. En lugar de levantarle toscamente la falda, Saninwanka Banë podía desnudar completamente a la joven mujer, y todos los sentidos se regocijaban, de la vista al tacto. Sabían mostrarse singularmente inventivos en

sus juegos eróticos
sobre el suelo, Sa
la tomaba en esa p
suspendida en un
de Saninwanka B
de la posesión am

Esas expedici
Saninwanka Ban
volaba en favor d
fin Saninwanka B
trocha hacia el rí
cargando sus can
de Saninwanka B
hecho nada y en e

Pero nadie ni
hecho el amor co
los lugares donde
contentaba, como
que flotaban; los
quedado acuñado
Enseguida, usand
a lo que había rec
forma, cuando reg
en viajes sucesivos
más voluminosa q

Ako Roa esper
leña que el uno hab
todo el pescado. V
hecho el amor co
razón, contamos g
con *barbasco*.

Hemos visto
iniciativas, Saninw

Pero, como ya l
Se mostraba remol
Banë andaba de ur

Un día, habién
Vagabundeó todo e
que la noche le cay

sus juegos eróticos. A veces, mientras Mokani conservaba las manos sobre el suelo, Saninwanka Banë, parado la levantaba de los muslos y la tomaba en esa posición. Otras veces, por el contrario, era ella quien, suspendida en una viga de la casa, abrazaba con sus piernas el cuerpo de Saninwanka Banë, y entonces ella misma hacía los movimientos de la posesión amorosa.

Esas expediciones de pesca significaban en todos los casos para Saninwanka Banë, ocasión de grandes satisfacciones. El tiempo volaba en favor de sus juegos sensuales. A tal punto que cuando al fin Saninwanka Banë reemprendía, corriendo y provisto de su red la trocha hacia el río, los primeros pescadores ya estaban de regreso, cargando sus canastos de pescado. Todos se burlaban de la pereza de Saninwanka Banë y le hacían ver que él era el único en no haber hecho nada y en estar aún con las manos vacías.

Pero nadie ni nada detenía a Saninwanka Banë cuando había hecho el amor con Mokani. Llegaba al río, se sumergía en todos los lugares donde sus compañeros habían empleado veneno. No se contentaba, como ellos, en recoger solamente los pescados muertos que flotaban; los desalojaba de sus propios agujeros donde habían quedado acuñados. Esto le proporcionaba una soberbia colecta. Enseguida, usando su veneno, lograba abundante pesca que sumaba a lo que había recuperado de la pesca de sus compañeros. En esta forma, cuando regresaba al pueblo, tarde en la noche, llevaba con él, en viajes sucesivos, una recolecta de peces por lo menos cuatro veces más voluminosa que la de cualquiera de sus compañeros.

Ako Roa esperaba a su hermano con antorchas. Ya juntos, sobre la leña que el uno había juntado mientras aguardaba al otro, ahumaban todo el pescado. Verdaderamente, Saninwanka Banë cuando había hecho el amor con Mokani, era un pescador inigualable. Por esta razón, contamos gustosos este cuento si organizamos una gran pesca con *barbasco*.

Hemos visto que cuando Mokani acogía favorablemente sus iniciativas, Saninwanka Banë era un formidable cazador.

Pero, como ya lo sabemos, Mokani podía también ser caprichosa. Se mostraba remolona y lo mandaba de paseo. Esos días, Saninwanka Banë andaba de un humor insoportable.

Un día, habiéndole sucedido esta malaventura, se fue al bosque. Vagabundeó todo el día lleno de resentimiento. No intentó cazar. Dejó que la noche le cayese encima. Hacia las ocho, dos horas después del

crepúsculo, su hermano menor comenzó a inquietarse por él, salió al patio y lo llamó a voces. Saninwanka Banë se encontraba muy cerca de allí; pero no respondió. Al cabo de un buen rato, Saninwanka Banë hizo eco al llamado de su hermano con un silbido apagado, imitando una señal venida de muy lejos. Entonces Ako Roa, creyendo que su hermano se había perdido, fue a su encuentro, con una brazada de antorchas en dirección de donde había provenido el silbo. Apenas vio acercarse a su hermano, Saninwanka Banë se internó más en el bosque guiándolo a su vez con respuestas intermitentes y cada vez más claras. Finalmente, bien tarde en la noche, se dejó encontrar, saliendo al encuentro de su hermano, como si realmente acabase de dar con la trocha.

—"¡Ah, hermano! Aquí estás!", lo saludó Ako Roa, feliz de haberlo encontrado.

—"¿A cuál hermano le hablas?", gruñó Saninwanka Banë, todavía lleno de amargura. "¡No hay ningún hermano tuyo aquí!"

Y prosiguió la trocha, derecho, sin ocuparse de su hermano. Ako Roa cayó en la cuenta que su hermano mayor vengaba sobre él los rigores de Mokani. Pero en tales casos, como era un hermano complaciente, no decía nada y silenciaba la acrimonia de Saninwanka Banë.

Otra broma pesada que jugaba Saninwanka Banë a Ako Roa para vengarse en él de Mokani consistía en irse al bosque. Allá, en lugar de cazar, se instalaba cómodamente en un frutal, un zapotal por ejemplo, y gastaba la mañana probando los frutos. Arrojaba al suelo no solamente las pepas, sino también frutos semi mordidos. Alrededor de ellos dibujaba, con una flecha de tres puntas, imitaciones de huellas de *añuje* y de otros animales. Enseguida, levantaba un *masaputo* cerca de ellas. Después, regresaba al pueblo con aire lúgubre.

Un día que había actuado así, mientras transcurría la velada, habló de su caza infructuosa. Explicó cómo, al regreso, había descubierto un lugar lleno de frutos semi comidos por los animales. Pensaba regresar al día siguiente.

—"No", le dijo entonces su hermano. "Me toca a mí ir de caza".

—"Pero no; iré yo mismo. Tú no encontrarías el sitio".

Sin embargo, Saninwanka Banë explicó a su hermano dónde se encontraba el *masaputo* y consintió en que fuese al día siguiente. No obstante, a la salida del sol, cuando Ako Roa abrió los ojos, ¡la

¡hamaca de su hermano mayor ya estaba vacía! Entonces, Ako Roa, muy disgustado, salió tras las huellas de Saninwanka Banë, se le reunió al pie del zapotal y lo reenvió al pueblo.

Evidentemente esto era lo que se proponía Saninwanka Banë. Llegado al pueblo, iba donde Mokani. Esperaba encontrarla en mejor disposición que la víspera; casi siempre era así, quizás para acabar con el malhumor del hermano mayor de su marido. En cuanto a Ako Roa, había acechado inútilmente durante todo el día animales inexistentes. Regresaba por la noche, muy malhumorado. Y cuando su esposa le preguntaba por qué volvía sin nada, él replicaba ceñudo, de mal genio:

—"Es que tu marido es un mentiroso perdido".

Decía "tu marido" en vez de "cuñado" refiriéndose a Saninwanka Banë. Este, en cambio, estaba de excelente humor. Habiendo sido colmado por Mokani, había trabajado alegremente todo el día en la *chacra*.

Y así todo se arreglaba sin drama. Los malos humores de Ako Roa, a diferencia de la aspereza de Saninwanka Banë, eran siempre de corta duración.

Un día las cosas tomaron mal cariz. Toda la familia se había ido a la *chacra* por varios días y allí acamparon. Una mañana, faltos de carne, Saninwanka Banë salió a cazar. Hacia mediodía había acumulado una buena cantidad de piezas. De pronto, se encontró frente a un árbol de *guanábanas* cargado de frutos maduros.

—"¡Ah! Con esto voy a tomarle el pelo a mi hermano", se dijo.

Hizo caer algunos frutos, los estropeó como hacen los animales al mordisquearlos, y alrededor dibujó simulacros de huellas. Luego, regresó al campamento y contó su pretendido descubrimiento. Inmediatamente su hermano, llevado por su pasión a la caza, se precipitó hacia el *masaputo* bajo el guanábano. Mientras, Mokani cocinaba la carne traída por Saninwanka Banë.

Astuto Saninwanka Banë hizo un pequeño arco y flechitas que, como buen tío: regaló al pequeño Maro.

—"Toma", le dijo. "Anda a jugar al bosque, allá por donde tu papá se ha ido. Y cuando regrese, no olvides de hacerle fiestas, lo más ruidosas que puedas. Lo acompañas hasta aquí cantando y gritando: "¡Mi papá está aquí! ¡Mi papá ha regresado!"

Libre así de Maro, Saninwanka Banë que estaba con humor libidinoso, se acercó a su cuñada, la desnudó y se abandonó con ella a sus más originales fantasías eróticas.

Entretanto, Ako Roa acabó encontrando las huellas de animales; pero le parecieron poco numerosas y, sobre todo, poco convincentes. Agachado, observaba buscando novedades, aunque sospechaba ya la supercheria. De pronto, mientras rebuscaba así, pegó la cabeza contra un nido de avispas que no había visto. Al instante, furiosos; salieron los insectos, lo atacaron y llenaron de picaduras. Ako Roa fue presa de una violenta cólera inusitada en él. Cortando camino, entró a la roza sin pasar por donde lo esperaba su hijo. Caminando, había desatado la cuerda de su arco y cuando llegó, sorprendió a su hermano y a su mujer en plena acción dentro de la hamaca. Rabioso, pegó un tremendo fuetazo sobre Saninwanka Banë quien huyó enseguida, abandonando a Mokani a manos de Ako Roa. La mujer recibió una tunda que recordaría por mucho tiempo. Mientras, Saninwanka Banë, acurrucado en el otro extremo del campamento, refunfuñaba con desaprobación:

—"¡Tstsk!, ¡el malvado hombre que fuetea a su esposa! ¡Qué vergüenza!"

Pero Ako Roa no soltó presa, cuanto más que por hacer el amor con Saninwanka Banë, Mokani había dejado quemar la comida.

Después, algo calmado, soltó a su mujer y la dejó en el sitio, gimiendo. Luego, retiró la carne del fuego, se sentó calmadamente y se puso a despachar todo lo que encontraba comible. Dejó solo huesos, pellejos, otros desperdicios y las partes quemadas. Enseguida, sin dirigirle la palabra, se instaló cómodamente en su hamaca, mientras que su esposa lloraba a mares y su hermano permanecía encogido al otro lado del campamento.

Sin duda, Saninwanka Banë era un tipo sinvergüenza. Sintiéndose con hambre, llamó a Mokani:

—"Deja de llorar, no vale la pena; más bien, tráeme de comer. Tengo hambre. No importa si no está bueno. No tiene remedio. ¡Vamos mujer!"

Finalmente, aún sacudida por los sollozos, Mokani juntó las sobras dejadas por su marido y las llevó a Saninwanka Banë quien las engulló sin complejos.

Verdaderamente, ese día Ako Roa se había enojado como nunca. Pero, como siempre, no le duró mucho. Al día siguiente, todo estaba olvidado y trabajaron, ese día y los siguientes, en buena armonía.

Algunos d
Ako Roa advir
—"Muy bi
nuestras herm
Antes de s
de sus herman
teñida por su b
hizo entrada
tullido, mientr
Sus herma
recogieron sem
les explicase la
—"¡Roa!, ¡
—"¿Por qu
—"Por Mok
A coro, las
y fortachón ese
la muerte ¡y toc
Saninwanka
las mujeres. Y su
por el agonizan
desaforadament
Los ecos de
Mokani. A su re
prestando atenc
lamentaciones.
—"¿Qué le h
Y se precipit
sus hermanas s
peores reproches
enseguida vio cla
—"¡Si no tien
estaba todavía en
si le he dado un g
Saninwanka

Algunos días más tarde, se acabaron las provisiones de carne. Ako Roa advirtió a su hermano que iría a cazar.

—"Muy bien", dijo. "Si vas de cacería, aprovecharé para visitar a nuestras hermanas".

Antes de salir, pidió *achiote* a Mokani. Al aproximarse a la *roza* de sus hermanas, masticó los granos rojos, dejando resbalar la saliva teñida por su barbilla. ¡parecía que estaba babeando sangre! Cuando hizo entrada en el patio, empezó a arrastrarse como si estuviera tullido, mientras gemía en una forma que partía el alma.

Sus hermanas, alarmadísimas, se precipitaron donde él, lo recogieron semidesfallecido, lo instalaron en una hamaca y buscaron les explicase la causa de su llegada en tal lamentable estado.

—"¡Roa!, ¡Roa!", articulaba penosamente entre gemidos.

—"¿Por qué te ha puesto así?", preguntaban ellas ansiosas.

—"Por Mokani", silbaba en un hilo de voz.

A coro, las hermanas reprobaron la manera de ser del grandote y fortachón ese que había puesto a este pobre pequeño al borde de la muerte ¡y todo por una simple historia de mujeres!

Saninwanka Banë, debemos confesarlo, conquistaba el corazón de las mujeres. Y sus hermanas, airadas contra Ako Roa y compungidas por el agonizante Saninwanka Banë, se dieron en vociferar y llorar desaforadamente en la *roza*.

Los ecos de este clamor llegaron hasta la *chacra* donde estaba Mokani. A su regreso del bosque, Ako Roa también lo escuchó y prestando atención, reconoció el nombre de su hermano entre las lamentaciones.

—"¿Qué le habrá pasado?", se preguntó muy inquieto.

Y se precipitó a toda carrera hacia el pueblo. Cuando llegó, todas sus hermanas se arrojaron sobre él, alborotadas, haciéndole los peores reproches, sin darle tiempo de preguntar y comprender. Pero enseguida vio claro.

—"¡Si no tiene nada!", dijo Ako Roa señalando a su hermano que estaba todavía en la hamaca" hundido en un silencio hosco. "¡Apenas si le he dado un golpe con la *soga* del arco, y hace tres días!"

Saninwanka Banë entonces, le dirigió la palabra con insolencia:

—"¿Qué vienes a hacer aquí? No te han llamado. ¡Nadie te ha pedido tu opinión!"

—"¡Ah, no! ¡Ya basta, ah!"

Y Ako Roa lo empuñó por el cuello y lo llevó de vuelta a la *chacra* donde se quedaron a trabajar los días siguientes.

Era un grandísimo teatrero ese Saninwanka Banë.

La vida continuaba así, alimentada con las bufonadas, a veces de gusto dudoso, que sin cesar estrenaba Saninwanka Banë. Por ejemplo, visitando a sus hermanas, decía a una:

—"Hermana, tengo muchos piojos, ven a sacármelos".

Y mientras su hermana, sentada detrás de él, lo despiojaba, Saninwanka Banë aprovechaba de la intimidad para confesarle en voz baja que estaba muy fatigado pues no podía cerrar los ojos toda la noche, a causa del escándalo que armaba su hermano. De la noche a la mañana, recalcaba él, ¡fornicaba ruidosamente con su mujer!

"¡Psht!", le imponía su hermana. "No se habla de esas cosas".

Inútil. Saninwanka Banë propalaba su fábula y esto provocaba risas y cuchicheos en los círculos de las mujeres.

Un día, sin embargo, Saninwanka Banë cayó enfermo de verdad. Tenía mucha fiebre. Mientras su hermano estaba de cacería, Mokani y un grupo de sus amigas le hacían compañía, lo asistían y cuidaban. Este Saninwanka Banë, ¡hasta enfermo era un tremendo latoso! Increíblemente exigente, quería que se ocupasen constantemente de él.

Por fin, llegó a dormirse.

—"¡Fiu! Aprovechemos para escabullimos al río a bañarnos y pescar un poco", dijeron las amigas de Mokani, arrastrándola con ellas.

Sin embargo, el pesado ese no iba a quedarse dormido por mucho tiempo. Pronto abrió los ojos, llamó, protestó... Como nadie respondía a sus llamadas, se levantó furioso y llegó donde sus hermanas, al otro extremo de la casa.

—"¿Dónde está Mokani?", preguntó.

—"No sabemos. Estaba allá hace un momento. Sin duda ha ido al río".

—"Ah, bueno", dijo Saninwanka Banë. "Precisamente, pensaba irme a bañar".

—"¿Estás loco?, ¡con la fiebre que tienes...! ¡quédate aquí!"

—"No. Además, tengo que ir al bosque a hacer del cuerpo".

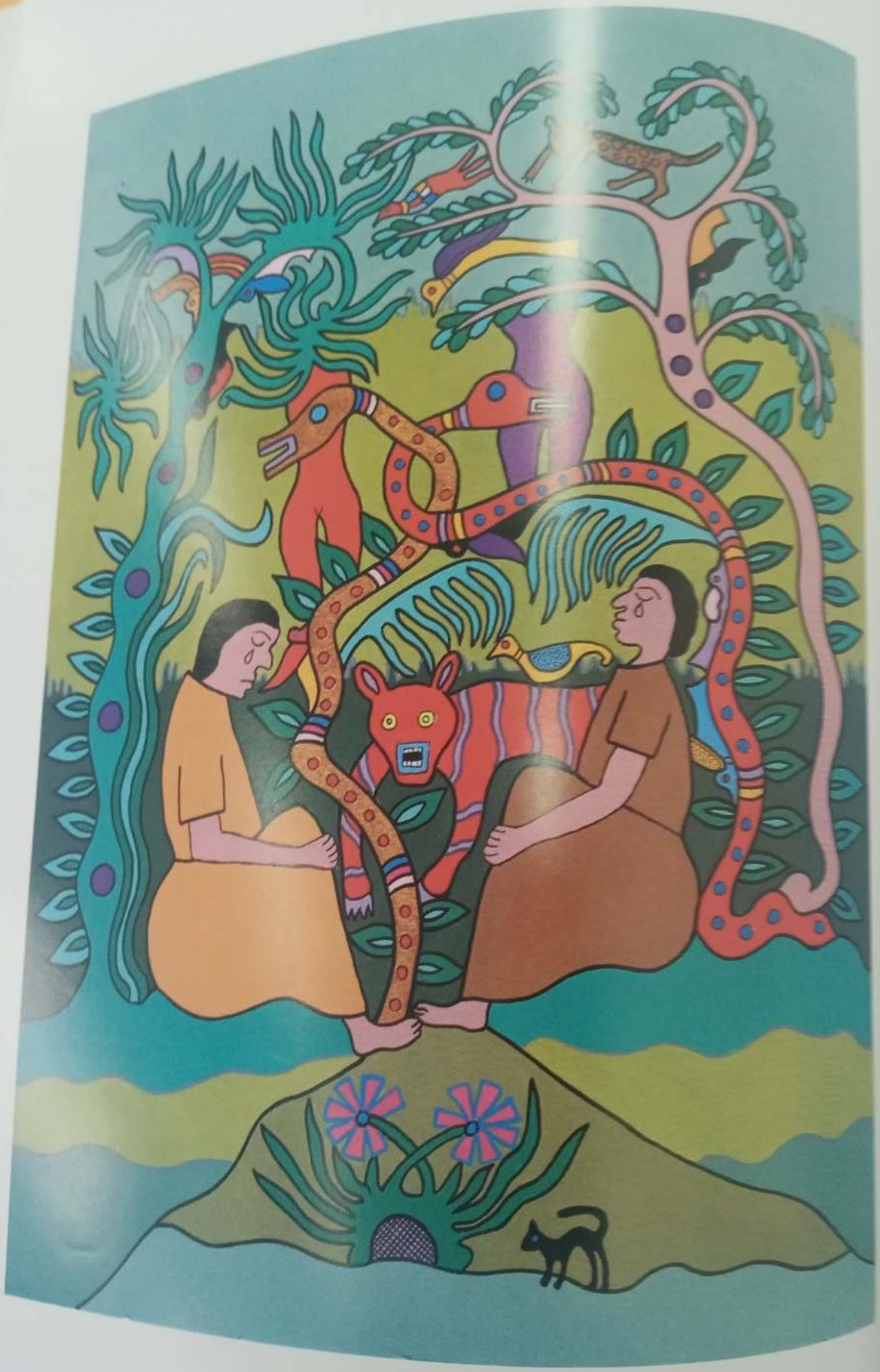
Nadie lo pudo retener. Se precipitó tan rápido como pudo hacia el río y oía la algazara de las mujeres. En ese lugar el río se deslizaba en la hoyada de un pequeño barranco. Saninwanka Banë se aproximó por encima y se apoyó sobre un tronco de árbol muerto para inclinarse y mirar hacia abajo, espiando a Mokani. Mala idea tuvo. El árbol se rompió y arrastró a Saninwanka Banë en su caída... ¡Pflock! se encontró en el agua. De inmediato las amigas de Mokani se precipitaron sobre él. Con grandes estallidos de risa, le hicieron cargamontón y hundiéndolo repetidas veces, lo hacían empanzarse de agua; le frotaban la cara con arena, obligándolo a tragarla por boca y nariz. Él gritaba y se debatía. Como todo buen bromista, tomaba muy mal las chanzas de otros.

Finalmente Mokani intervino:

—"¡Déjenlo! No le hagan eso. Saben que está enfermo. ¡Tontas! ¡Vayan, regresen al pueblo!"

Y cuando las jóvenes, siempre desternillándose de risa se alejaron, todavía se necesitó que Mokani le hiciera el amor para calmarlo y convencerlo de visitar su hamaca de enfermo.

Ese Saninwanka Banë, verdaderamente, era un grandísimo mañoso, un redomado comediante y un burlón incurable. Pero gracias a él, la vida transcurría placentera, sazonada con los incidentes que no cesaba en provocarlos.



¿Por
mie
tris
Un
de caza
alumnar
Esa
buen tie
Dejaron
carne, v
ambos l
precisas
más list
Haci
la espes
persistie
en el bos
se sintie
suspirar
—"¿
suspiró
tristeza
—"N
no estoy
—"Y
Y los
Para
—"D
o lampiñ
—"¡U
la cola de

53. La melancolía de los dos zonzos

¿Por qué el monte, cuando lo invade la sombra antes de la lluvia, mientras el trueno retumba a lo lejos, nos da una impresión de tristeza tan abrumadora?

Un día, todo un grupo de hombres había partido en expedición de caza. Habían matado un buen número de animales y estaban ahumando la carne.

Esa mañana, el cielo luminosamente claro, presagiaba un día de buen tiempo. Entonces, los cazadores retomaron la trocha del bosque. Dejaron en el campamento a dos hombres con la misión de cuidar la carne, volteándola regularmente a fin de que se cocinase pareja por ambos lados y no se quemase. Les habían hecho mil recomendaciones precisas pues esos dos que dejaban atrás, no eran precisamente los más listos del grupo.

Hacia las once, el cielo se cubrió densamente. La sombra invadió la espesura. Enmudecieron los cantos de los pájaros, y los que persistieron, de alegres que estaban, empezaron a resonar tristemente en el bosque. Entonces, los dos compañeros, sentados frente al fuego se sintieron invadidos por una negra melancolía y comenzaron a suspirar lúgubremente.

—"¿Qué estarán haciendo en este momento nuestras mujeres?", suspiró uno de ellos; haciendo pasar en su voz quebrada toda la tristeza del instante.

—"No sé", repuso el otro. "Solo sé que el alma se me parte porque no estoy cerca de la mía en este momento".

—"Yo me siento igual", coreó el otro. "Me hace falta cariño".

Y los dos, al unísono, suspiraron profundamente.

Para alegrar un poco el ambiente, uno de ellos retomó la palabra:

—"Dime, aquí entre nos, ¿cómo es el sexo de tu mujer: peludo o lampiño?"

—"¡Uf!" repuso el otro, "mi mujer tiene un sexo tan peludo como la cola del tamanduá". (El tamanduá es un gran hormiguero que los

peruanos llaman oso-bandera, precisamente a causa de su cola tupida y largos pelos).

—"¡Ah! Tienes suerte", dijo el otro. "Mi mujer, es completamente lisa, ¡sin el menor vello!", se desalentó.

—"¡Ah! ¡Es bien triste eso!", admitió el otro.

Y como esta conversación había terminado por arruinarles la moral, concluyó:

—"¡Lloremos, hermano!"

Entonces, al mismo tiempo que los primeros goterones del aguacero repiqueteaban lúgubremente sobre el follaje antes de caer al suelo, los dos hombres ganaron sus hamacas, se envolvieron completamente en ellas y comenzaron a sollozar gimiendo sentidamente.

Uno suspiraba: "¡Shaën, shaën!" llamando al hormiguero. El otro gimoteaba: "¡Puësmin, puësmin!" llamando a una pequeña planta que usamos a veces como veneno en la pesca. Pronto, mientras el aguacero arreciaba inundando todo, ellos también derramaron lágrimas torrenciales, sin dejar de repetir siempre la misma palabra en que habían resumido su pena.

Hacia las tres de la tarde, el grupo de cazadores ganó el campamento. Venían chorreando. Mientras se acercaban, escucharon de repente extraños lamentos que procedían del claro. Intrigados y alarmados, depositaron sus piezas y se aproximaron sigilosamente. Pudieron observar entonces, cómo esos dos, embutidos en sus hamacas, gemían hasta romper el alma.

Naturalmente, sobre el fuego casi apagado, la carne seguía achicharrándose, carbonizada por un lado y blanda e inflada por el otro.

Entonces, los hombres les gritaron:

—"¡Incapaces! ¡Más hubiera valido cuidar la carne que llorar como pajaritos por sus mujeres!"

—"Sus mujeres... ¡se la pasan bien sin ustedes!"

—"No faltan voluntarios para cumplir su oficio con ellas. ¡Incapaces!"

Algunos sacudían vigorosamente sus hamacas para hacerlos salir. Y todos se burlaban de ellos.

—"¡Vamos, arriba! ¡Basta de lloriqueos!"

Ellos, trataron de disimular el asunto asegurando que habían querido guarecerse de la lluvia y que estaban cantando. Pero sus ojos enrojecidos desmentían sus palabras.

Entonces cada uno de sus compañeros los escarneció a más y mejor.

A tal punto se volvieron el hazmerreír de los demás que aún hoy día, cuando observamos que alguien se vuelve melancólico ante la proximidad de la lluvia, le decimos:

—"¡Vamos, hombre! ¡No te vas a poner a decir shaën!"

Mitos históricos

54. De los hechos memorables de Basabo, el Cashinahua que venció al Inca

En aquel tiempo había un Inca que siempre visitaba a nuestros antepasados. Una mujer Cashinahua lo tenía fascinado. No cejó hasta que la hizo su esposa y la llevó a vivir a su pueblo, el de los Incas.

Transcurridos algunos meses, Basabo, hermano de la desposada con el Inca, decidió ir a visitarla y ver si se adaptaba a su nueva vida.

Los Incas le prodigaron el mejor de los recibimientos. Basabo regresó entusiasmado y no esperó mucho tiempo para repetir la visita. Como la primera vez, también lo acogieron muy simpáticamente; pero Basabo advirtió con horror que la carne del potaje que le ofrecían ¡era carne humana!, alimento favorito y habitual de los Incas.

Para evitar comer, Basabo inventó una excusa:

—"Cuñado", dijo al Inca casado con su hermana, "ayer en la noche he tomado *ayahuasca*. Debo seguir ayunando. No te preocupes por mí, come a tu gusto".

El Inca comprendió que no era esa la verdadera razón de la falta de apetito de su cuñado. Deseoso de verlo partir contento de su hospitalidad, envió a sus paisanos de cacería:

—"¡Compañeros! Para que mi cuñado pueda comer ¡vayan a matarle piojos del monte!"

"¡Piojos del monte!" Así llamaban los Incas al *mitayo*. Cuando los cazadores regresaron provistos de buena carne, Basabo se sirvió gustoso y comió a su regalada gana. Después, volvió a su casa.

Adquirió la costumbre de regresar frecuentemente donde los Incas con el pretexto de visitar a su hermana. Pero había otra razón más: él también se había enamorado locamente de una mujer Inca. Desgraciadamente, ella estaba casada; Basabo, no sabiendo cómo seducirla, se limitaba a admirarla, imponiendo silencio a su pasión.

Nuestro Basabo tenía un hermano menor llamado Shinobopata, deseosísimo de acompañarlo en uno de sus viajes donde los Incas. Sus continuas súplicas, sin embargo, se estrellaban contra la oposición

rotunda de Basabo. Este preveía las torpezas de su hermano, nada familiarizado con las costumbres de los Incas y las temía. Además, como ya lo sabemos, tenía sus buenas razones personales para ir solo al pueblo Inca.

A la larga, la insistencia latosa de su hermano le dificultó negarle por más tiempo el placer que significaba para él acompañarlo. Muchas veces le había advertido:

—"Más vale que no vayas. Te será imposible no meter una y otra vez la pata y entonces, ¡los incas te matarían y te comerían!"

Shinobopata, caprichoso, había seguido insistiendo a más y mejor. Finalmente, un día sorprendió a su hermano mayor alejándose en dirección al poblado inca. Lo siguió y alcanzándolo le dijo:

—"Te acompaño".

Basabo lanzó un suspiro de resignación.

—"Bueno, está bien. Pero cuídate de no ofender a nuestros anfitriones, cuyas costumbres desconoces. Por ejemplo, cuando te ofrezcan *chicha*, coge el gran *pate* en el que te servirán y apúralo de un tirón; sin tomar aliento. De lo contrario, tendrás problemas".

Shinobopata prometió seguir al pie de la letra los consejos de su hermano y le aseguró que no les sucedería nada desagradable. Solo entonces se pusieron en camino.

Por el camino, se toparon con un Inca solitario que seguía la misma ruta que ellos.

—"¡Recórcholis!, ¡conque así es un Inca!", exclamó Shinobopata no bien lo avistó.

—"¡Chitón! ¡Si el Inca te escucha, te come!", susurró Basabo mientras avanzaban a su encuentro.

—"Paisano, ¿quién es este?", preguntó vivamente el Inca a Basabo apenas estuvieron frente a frente.

—"Este es mi hermano menor", respondió Basabo.

—"¿Y qué dijo cuando me vio?", volvió a preguntar.

—"Dijo: ¡Ah! mira, ¡un Inca viene a nuestro encuentro!", mintió Basabo.

—"No", arguyó fríamente el Inca. "Eso no fue lo que dijo tu hermano. Dijo: ¡Recórcholis!, ¡conque así es un Inca!"

Estos Incas eran sin duda, formidables adivinos.

El incidente quedó allí y el Inca los acompañó. Se dirigían río abajo, a lo largo de la orilla. Los Cashinahua pescaron durante el recorrido, toda suerte de pescaditos que enseguida asaban. Cuando estaban a punto, los ofrecían al Inca. Él, una vez, echando mano a una carachama (esos pececillos que son un paquete de espinas) se la puso en la boca y ¡se la tragó entera, casi sin masticar y sin escupir la más pequeña espina!

—"¡Pucha! ¡se la ha tragado entera! Este Inca debe estar increíblemente privado de carne!", farfulló quedo Shinobopata a su hermano.

Inmediatamente, el Inca apostrofó a Basabo:

—"¿Qué acaba de decir tu hermano menor?"

Basabo, procurando nuevamente minimizar el incidente, mintió:

—"Me ha dicho: el Inca, come con buen apetito", explicó.

—"No es verdad", retrucó el Inca. "Ha dicho: ¡Pucha!, ¡se la ha tragado entera ¡Este Inca debe estar increíblemente privado de carne!"

Sin embargo, el Inca no hizo mayor historia. Olvidó la grosería de Shinobopata y prosiguió camino. De improviso, el Inca divisó dos ardillas rojizas.

—"Espérenme", habló a Basabo y a su hermano. "Iré tras ellas. Quédense aquí y no me llamen por ninguna razón. Regresaré cuando haya matado a esos monos".

¡Imagínense! El Inca no parecía notar la diferencia entre una ardilla y un mono.

Transcurrió un buen tiempo y Shinobopata se aburría de lo lindo. Después de haberse paseado de arriba abajo durante largo rato todavía, no conteniéndose más, refunfuñó:

—"Hermano mayor, ¿cuando se decidirá a regresar ese, tu Inca? Ya me llegó a la coronilla. ¡Vámonos y dejémoslo plantado!"

Como Basabo guardaba un silencio reprobador, Shinobopata suspiró exasperado. Luego, silbó ruidosamente en el vacío de sus manos, y mientras su silbido hendía el bosque con su eco, exclamó quejoso:

—"¡Qué demorón este Inca!"

Entonces, como por encanto, hizo entrada el Inca. Colgaban de su mano un par de ardillas rojas que había matado y amarrado por las colas.

—"¿Por qué, pues, me han llamado?", preguntó con evidente descontento. Al no obtener respuesta, apostrofó a Basabo:

—"Paisano, ¿qué acaba de decir tu hermano menor?"

—"Mi hermano se preguntaba cuándo regresarías", aseguró Basabo. Entonces dijo: "Sigamos esperándolo..."

—"No es verdad", interrumpió el Inca. No fue eso lo que dijo tu hermano. Dijo: ¿cuándo se decidirá a regresar ese tu Inca? Ya me llegó a la coronilla. ¡Vámonos y dejémoslo plantado! Enseguida silbó en el hueco de sus manos agregando: ¡Qué demorón este Inca!"

Sin embargo, el Inca no insistió más. Siguieron caminando. Llegados a cierto punto, el camino que seguían se bifurcó ante una encrucijada.

—"Su camino es por allá", les dijo el Inca. "Yo tomaré la otra dirección. Pero pongan atención: por donde van, encontrarán a uno de nuestros paisanos que ha ido a perdirizar al bosque. Hagan como si no lo ven y prosigan su camino sin decir nada".

"Perdirizar" en la lengua inca es algo así como "jugar". Los dos Cashinahua prometieron al Inca hacer como les recomendaba. Entonces se separaron y se internaron unos y otro por caminos diferentes.

Habían recorrido un buen trecho cuando, en efecto, encontraron a un Inca inusitadamente ocupado. Encaramado entre las hojas de una palmera shëbon, practicaba, feliz, cabriola y media.

—"¡Caracoles!", exclamó Shinobopata. "¡Se va a romper la crisma!"

—"¡Shit! ¡Cállate! Podría escucharnos", advirtió Basabo. ¡Demasiado tarde! El mal ya estaba hecho: la palmera se partió limpiamente; el Inca se descalabró y se rompió los huesos al estrellarse contra el suelo. Allí quedó seco.

Poco tiempo después, los Cashinahua ingresaron al pueblo Inca donde fueron acogidos cordialmente.

—"Compañeros" les preguntaron los Incas, "¿han visto a nuestro paisano que se había ido a perdirizar en el bosque?"

—"No", respondieron los Cashinahua. "No lo hemos visto".

—"Eso no es verdad", rectificaron gravemente los Incas. "Ustedes lo han visto y han dicho: ¡Caracoles! ¡se va a romper la crisma! Entonces se ha caído y ahora está muerto al estrellarse contra el suelo".

—"Pero no", dijeron los Cashinahua. "¡No le hemos dicho nada a su paisano!"

Con esta mentira creyeron haber engañado a los Incas. Estos, la verdad sea dicha, no les retiraron su cordialidad.

Les ofrecieron copiosamente de beber y de comer.

En una pausa, tendieron a Shinobopata un gran *pate de chicha*. Acercó los labios, bebió un poco y luego sentó el *pate* en tierra, a su lado. Los Incas lo miraron sombríamente.

—"Compañero, ¿quién es este?", preguntó uno de ellos a Basabo y él, tratando de evitar el incidente que se preparaba, dijo:

—"Es mi hermano menor, ¡mi verdadero hermano!"

—"¿Por qué no ha secado su calabaza de *chicha*?", preguntaron los Incas con una obstinación de mal augurio.

—"Ha comido tanto que debe estar repleto, al punto de no poder beber nada más", admitió Basabo.

Pero ya todos los Incas se habían levantado, habían atrapado a Shinobopata y lo sujetaban firmemente. Lo arrastraron hasta el inmenso recipiente donde habían preparado la *chicha* y lo hundieron. El infortunado Shinobopata se debatía como diablo mientras le mantenían dentro la cabeza, hasta hacerla pasar unos buenos tragos.

—"¡Déjenlo, déjenlo!", suplicaba Basabo. "¡Les repito que es mi hermano verdadero!"

Finalmente, los Incas cedieron ante las súplicas de Basabo y soltaron a Shinobopata, semiahogado en la *chicha*...

El resto de la visita se deslizó sin tropiezos. Entonces, los Incas hicieron a Basabo una propuesta que les martillaba en el cerebro *desde* mucho tiempo:

—"Paisano", le dijeron, "¿por qué no vienes a reunirte con nosotros trayendo a toda tu gente? Formaríamos un solo pueblo y, uniendo nuestros destinos, viviríamos juntos..."

Basabo aceptó. Cuando regresó a su pueblo, una delegación de Incas lo acompañaba. En ella figuraba el hombre casado con la mujer de la cual Basabo se había enamorado y ella también formaba parte de la comitiva.

Basabo no perdía de vista a la pareja. Notó que se habían rezagado y retrocediendo rápidamente, se les reunió. Apenas estuvo en presencia de ellos, desafió bruualmente al marido:

—"¡Vamos a ver si eres valiente al punto de soportar esto!", gritó aplicando al cuerpo del Inca una *bayuca*, esos gusanos urticantes cuyo contacto provoca dolorosas quemaduras.

Entonces, mientras el Inca soportaba estoicamente el dolor en silencio, Basabo empuñó a su esposa y se dispuso a desaparecer con ella.

Pero el Inca lo siguió. Encontró un escorpión, lo agarró, hizo de modo que picara a Basabo y rescató a su mujer; el otro desfallecía de dolor.

Reponiéndose, Basabo se lanzó en persecución del Inca y de su esposa. Cuando los alcanzó, picó al Inca con una tarántula, diciéndole:

—"¡Vamos a ver si eres valiente al punto de soportar esto!" Aprovechó el momentáneo desvanecimiento del Inca para retomar a la mujer y huir con ella.

Cuando el Inca volvió en sí, prosiguió la persecución. Atrapó a una araña venenosa, la hizo picar a su rival y enseguida le arrebató a su esposa. Apenas recobró el sentido, Basabo acometió nuevamente al Inca, haciéndolo picar por una *isula*. Esto le permitió retomar ventaja y recuperar a la mujer del Inca, provisoriamente sin embargo. En efecto, el Inca volvió a la carga, esta vez con una temible *shushupe* que mordió a Basabo, destilándole su poderoso veneno. El Inca recobró a su mujer y huyó con ella, pensando que, por fin había liquidado definitivamente a su rival. Era conocer mal a Basabo.

Nuestro antepasado dominó el terrible dolor que lo clavaba en el suelo. Reinició la persecución, atrapó al paso una *jergona*, la arrojó sobre el Inca y lo hizo morder.

Habiéndose excedido en el esfuerzo, Basabo también cayó medio muerto al lado de su rival. Los dos quedaron tendidos sobre el suelo, privados de sentido.

La mujer del Inca contempló al uno y al otro. Enseguida, se acercó; a Basabo y le murmuró con una ternura infinita:

—"Aunque es imposible que se convierta alguna vez en mi esposo, es a este y solo a este a quien deseo pintar..."

Tomando una espina de *huicungo*, comenzó a trazar dibujos regulares sobre todo el cuerpo de Basabo, siempre desvanecido. Gotitas de sangre perlaban el largo de las líneas que acababa de trazar. Luego, untó con *huito* todo el cuerpo del Cashinahua. La pintura penetró en los dibujos que ella había grabado en la piel y se tatuaron de manera indeleble. Desde entonces, llamaban a Basabo agregándole el sobrenombre de Këněya, es decir, "El Pintado".

Cuando la mujer hubo terminado su obra, el Inca recobró el sentido. Huyeron, abandonando al Cashinahua, siempre inconsciente. El hombre y la mujer alcanzaron al resto en el pueblo de los Cashinahua. Advirtieron a los paisanos de Basabo lo que le había sucedido y estos fueron en su búsqueda. Lo recogieron, lo curaron y lo sanaron.

Después, todos los Cashinahua emigraron; se fueron a establecer en comunidad con los Incas. Bajo la dirección de Basabo Kënëya, comenzaron a trabajar en las *chacras* de los Incas. Como no tenían *chacras* de ellos, los Cashinahua vivían dependientes de los Incas y de ellos recibían alimentos todos los días.

Un día, Basabo y su hermano estaban trabajando en una *chacra* de los Incas.

—"Hermano mayor", dijo de pronto Shinobopata. "Tengo sed. Voy a beber al río".

—"¡No vayas!", le advirtió Basabo. "Si los Incas te cogen mientras estás solo, son capaces de comerte".

—"Iré de todas maneras", insistió Shinobopata.

—"Como quieras", concedió Basabo. "Pero al menos no vayas a cometer ninguna imprudencia".

Shinobopata se lo prometió. Por desventura, en el transcurso del camino, vio a una mujer inca, sola, ocupada en desgranar maíz. La ocasión le pareció inmejorable. Él se acercó a hurtadillas, asió a la mujer y arremetiendo contra ella, la gozó. Para su mala suerte, el marido lo había visto acercarse y, suspicaz, lo siguió. Apareció en el peor momento. Ciego de rabia, despachó a Shinobopata de un solo golpe de *macana*.

Puestos al corriente de lo sucedido, los Incas se concertaron rápidamente. Disimularon el cuerpo de Shinobopata bajo uno de esos grandes recipientes en forma de canoa donde se preparaba grandes cantidades de *chicha* para las festividades.

Basabo, inquieto al no ver reaparecer a su hermano, salió a buscarlo.

—"¡Presiento que los Incas me lo han comido!", se dijo angustiado.

Buscó por todas partes pero no encontró a su hermano. Llegado al lugar del drama, percibió señales de sangre que los Incas todavía no habían tenido tiempo de disimular. Entonces comprendió que su

hermano estaba bien muerto. Sin embargo, tuvo la fuerza de ánimo de no dejar traslucir el dolor y la cólera que lo asfixiaban. Regresó a la *chacra* y retomó su trabajo, como si nada bubiese pasado.

Sólo más tarde comunicó la noticia a sus paisanos:

—"Los incas han matado a mi hermano para comerlo", les dijo. "La paz ya no es posible con ellos. Preparemos discretamente nuestras cosas y provisiones. ¡Huyamos después de haber cumplido nuestra venganza!"

Desde el día siguiente, las mujeres Cashinahua empezaban a desgranar maíz y maní. Los Incas se asombraron:

—"Paisanos,

—"Másanos, ¿por qué sus mujeres desgranaban tanto maíz y maní?" replicaron los Cashinahua.

—"Más vale tener provisiones en casa para que no vaya a faltar" replicaron los Cashinahua.

Y la respuesta satisfizo a los Incas.

Esa noche unos Cashinahua sigilosamente echaron sus canoas al agua y las cargaron de provisiones, mientras que la mayor parte de ellos se encontraba reunida a la vista de los Incas, conversando, bromeando, riendo y contando cuentos.

A la larga, los Incas se cansaron de tanto cuento y se fueron a dormir. Entonces, nuestros antepasados embarcaron a sus mujeres y niños, mandándoles surcar el río. En el pueblo Inca solo quedaron los hombres adultos y aptos. Hacia media noche, todos los Incas dormían como piedras. Nuestros antepasados penetraron en las casas y comenzaron a matarlos a macanazos, sistemáticamente, en el mayor silencio. Era un pueblo inmenso, con innumerables casas.

Los Cashinahua liquidaron así a un gran número de enemigos, incluso mujeres y niños. Ya no les faltaba sino dos casas por acometer para matar a todos sus habitantes, cuando sucedió algo inesperado. A fuerza de golpear cabezas enemigas con todo ahínco, la macana de un Cashinahua se le quebró en el momento mismo en que se estrellaba sobre el cráneo de un Inca. La fuerza del golpe se redujo y el Inca en vez de quedar descalabrado, solo fue herido. Lanzó, despertándose, un grito espantoso que despertó a todos sus compañeros.

Al verse descubiertos, los Cashinahua veloces se dieron a la fuga por el río. Mientras tanto, sus enemigos, recobrados de la sorpresa, se organizaban y emprendían la persecución en la oscuridad.

Cuando amaneció, nuestros antepasados se acercaron a la orilla con sus embarcaciones, las disimularon hábilmente y fueron a ocultarse en lo alto, entre los cogollos de palmeras shëbon. Los Incas los buscaron durante todo el día; pero los Cashinahua se habían camuflado tan astutamente que no pudieron descubrirlos.

Entonces los Incas terminaron por desanimarse y regresaron a su pueblo. Cumplieron los últimos deberes con sus paisanos muertos por los Cashinahua.

Durante dos días, los Cashinahua remontaron el curso de las aguas. Cuando se juzgaron lo suficientemente lejos de sus enemigos, se detuvieron y fundaron nuevos pueblos. Allí vivieron un buen tiempo hasta que los Incas, sedientos de venganza, hicieron nuevamente su aparición.

Atacaron de improviso a un pueblo Cashinahua. Poseían temibles armas, en especial sus flechas; ¡estaban hechas de tal modo que podían atravesar el techo de una casa y diezmar dentro a todos sus ocupantes! En esta forma, los Incas cobraron gran número de víctimas. Recogieron los cadáveres y los llevaron para comerlos.

Un Cashinahua que se libró de la masacre, corrió hasta la *roza* donde Basaba Kënëya había establecido su casa.

—"¡Los Incas han venido! ¡Nos han atacado! ¡Han matado a casi todos y se han llevado los cuerpos para comerlos!"

—"¡Así que están de regreso!", gruñó Basaba Kënëya. "Pues bien, ¡que vengan! ¡Van a encontrarse con quien hablar! Todos los que lleguen hasta aquí, ¡no volverán nunca más a su pueblo!"

Entonces Basaba Kënëya organizó la defensa de su pueblo. Lo hizo fortificar con altísimas *palizadas* que lo rodearon completamente. Tomadas estas medidas defensivas, Basabo Kënëya llevó consigo a los mejores guerreros y salió al encuentro de los enemigos. En el pueblo dejó una buena guarnición al cuidado de la casa fortificada.

Basabo Kënëya tendió una emboscada al ejército Inca que avanzaba hacia su pueblo. Lo atacó por sorpresa y lo venció. Desgraciadamente, no podía sospechar que un grupo separado de enemigos había cercado a su propio pueblo y lo estaba atacando. Al llegar allí, sin embargo, los Incas se dieron con la sorpresa de encontrarlo mucho mejor defendido que al que anteriormente habían atacado. Esta vez, fueron rechazados y sufrieron muchas bajas.

Cuando Basabo Kënëya regresó, cadáveres de Incas recubrían el suelo por todas partes. Sin embargo, viendo que había sido atacado por atrás, Basabo Kënëya montó en gran cólera. Se lanzó enseguida tras el diezmado ejército Inca que emprendía retirada hacia su territorio. Pronto les dio alcance. Hostigándolos continuamente, les infligió grandes pérdidas.

Entonces, los Incas vinieron a parlamentar:

—"Basabo Kënëya, te pedimos perdón. Eres verdaderamente demasiado valiente para nosotros".

Pero Basabo contestó fieramente:

—"¡Ah, con que esas tenemos! Ustedes que comieron a mi propio hermano... Ustedes que han venido a atacarnos en nuestro propio pueblo... ¡ahora vienen a pedir clemencia!... No soy yo el responsable de esta guerra. Ustedes la han provocado. ¡Sufran ahora todo el peso de mi cólera!"

55. Kaná

Hubo un h
hijo, algo

Un día, e
avisarle que
muchos *hua*
Kanáibari e
lugar. Haría
regresasen
suegro al sit

—"Buen
mi *masaput*
preparándo
su llegada"

Sin em
masaputo.
un pequeñ

—"Lis
a la casa p

Pero e
se instaló
quedarse
posición

Estab
en mano,
en el *mas*
Su nuera
El lugar e
de lleno
stículo
char

Ent
los

55. Kanáibari el antepasado que se fue a hacerse Extranjero

Hubo un hombre llamado Kanáibari que vivía en el hogar de su hijo, algo inusitado en nuestras costumbres.

Un día, estando su hijo de cacería, su nuera se allegó a él para avisarle que había encontrado bajo un árbol próximo en el monte muchos huayos semi comidos por animales. Inmediatamente, Kanáibari empuñó sus armas y pidió a su nuera le mostrase el lugar. Haría un masaputo y desde allí mataría a los animales que regresasen a comer los frutos caídos. La joven condujo, pues, a su suegro al sitio indicado.

—"Bueno", le dijo Kanáibari cuando llegaron. "Voy a *construir*", *mi masaputo*. Tú ahora regresa a casa y espera el regreso de mi hijo preparándole su comida. Tendrá seguramente mucha hambre a su llegada".

Sin embargo, la joven insistió en asistir a la construcción del *masaputo*. Vio cómo su suegro cortaba hojas de palmera y levantaba un pequeño refugio que lo disimularía de la vista de los animales.

—"Listo. Ya está", dijo Kanáibari al terminar su tarea. "Regresa", a la casa para esperar la vuelta de mi hijo", ordenó a su nuera.

Pero en lugar de obedecer, la joven mujer entró en el *masaputo* y se instaló en el fondo. Terca, se mantenía firme en su resolución de quedarse allí a esperar. Entonces Kanáibari dejó de insistir y tomó posición en el *masaputo*.

Estaba allí parado, ligeramente inclinado hacia adelante. Armas en mano, escrutaba los alrededores desde los intersticios practicados en el *masaputo*, por donde lanzaría sus flechas al momento oportuno. Su nuera, sentada detrás de él, jugueteaba con una espina de palmera. stio noeera se ule zose pitochata an liehnu zarrueutet enfokalo: El lugar era tan exiguo que cuando ella levantaba la cabeza, enfocaba de lleno el trasero de su suegro. Y más particularmente, un par de testículos que oscilaban al ritmo de los movimientos que él hacia al agacharse hacia las miraderas del masaputo.

Entonces la joven, con la espina, picó maliciosamente uno de los testículos que colgaban delante de su nariz. Kanáibari se

sobresaltó. Vivamente, dirigió la mano sobre lo que él pensaba era un zancudo. Después no pensó más. Algunos instantes más tarde, su nuera lo picó de nuevo, y él nuevamente lanzó al instante la mano sobre el hipotético zancudo. A la tercera vez, con su gesto vivo para cazar al insecto, asió una mano que la joven mujer no había podido retirar a tiempo.

Kanáibari se enojó:

—"¡Déjame tranquilo! Si me vas a molestar, mejor te vas a la casa y preparas la comida de mi hijo".

Pero como ella no manifestaba ninguna intención de obedecer, él, resignado, le ordenó permanecer tranquila donde estaba hasta que hubiese cazado.

No habían transcurrido aún ni tres minutos del altercado cuando la joven volvió a picar a Kanáibari.

—"¡Ah, no! ¡Basta ya!", gritó.

Esta vez, Kanáibari, verdaderamente se enfureció contra su nuera. Pero sus reproches caían en un absoluto vacío: su nuera no parecía preocuparse en lo más mínimo. Inmóvil, lo miraba fijamente sin decir nada. Y cuando su suegro terminó de reñirla, ella le dijo sin titubear:

—"Suegro, ¡hazme el amor! Tengo tanto deseo..."

Kanáibari quedó sobrecogido.

—"No digas esas cosas", le dijo. "¡Sabes muy bien que eso no se hace!".

—"No me importa", insistió su nuera. "¡Tómame que me muero de ganas!", y diciendo eso, lo provocaba.

Kanáibari no sabía qué partido tomar. Finalmente, le advirtió:

—"No puedo hacerte el amor. Tengo una pinga tan grande que si te uso, te voy a desfondar y morirás".

—"¡Vaya mentira!", lanzó la muchacha. "No hagas tanta historia... ¡tómame!"

Y enseguida, se levantó y abrazó a su suegro.

Entonces, Kanáibari no se contuvo más.

—"Tanto peor para ti. Tú lo has querido", dijo. Bruscamente, le levantó la pampanilla, la acostó sobre el suelo y la penetró con su enorme verga que comenzó a dislocar el vientre de la joven mujer. Pero ya nada podía detener la acción de Kanáibari ni siquiera

los estremecimientos convulsivos de la mujer que agonizaba. Cuando hubo eyaculado y calmado su exaltación, miró la cara de su nuera. Estaba pálida, con la boca abierta y los ojos en blanco, sin conocimiento. Y cuando Kanáibari se levantó de encima de ella, la sangre escapaba a grandes chorros de su vagina destrozada.

Aterrorizado por lo que había hecho, Kanáibari, sin detenerse, corrió al pueblo. Contó a sus compañeros lo que acababa de suceder.

—"Maldito seas", le contestaron. "Tu hijo va a volver de cacería y al saber lo sucedido, montará en cólera y te matará".

Escuchando eso, Kanáibari huyó por el desaguadero de la poza. Cuando el desaguadero se unió con la quebradita corrió a todo dar siguiendo su curso. Llegó a una quebrada, y de allí a una quebrada mayor. Pronto salió a un río, Caminó largo tiempo hasta que, a su vez, el río desembocó en un río grande con playas de arena fina. Kanáibari descendió todavía todo un día a lo largo de este río. Más tarde, llegó cerca de una playa realmente inmensa. Entonces, se detuvo y durmió allí.

En la mañana, tomó arcilla y esculpió un par de zapatos; los suspendió a un largo bastón que clavó en la arena de la playa. Después, reemprendió su viaje.

Al día siguiente, durmió nuevamente en una gran playa al borde del río. Al despertarse, agarró hojas de oreja de elefante cuya textura es bien fina, y hojas de *bijao* de textura más tosca. Con las primeras hizo una camisa; con las segundas, un pantalón. Al igual que la víspera, los colgó de una larga pica clavada en la arena.

Enseguida, siguió caminando. No por mucho tiempo porque, no lejos, divisó un lugar que le pareció ideal para vivir.

Tumbó árboles a fin de hacer *chacra*, la quemó y después la sembró. Luego, se construyó una casa. Cuando todo estuvo terminado, se instaló en su casa y comenzó a fabricar toda la quincallería de los blancos: radios, grabadoras, machetes, cuchillos, ropa, hachas de metal... todos esos objetos que no tenían nuestros antepasados.

Mientras tanto, en el pueblo, los acontecimientos habían tomado un curso inesperado. Al regresar, el hijo fue puesto al corriente de lo sucedido: que su padre había matado a su esposa haciéndole el amor y que luego había huido, temiendo la justa cólera de su hijo. Pero este, lejos de reaccionar como sus compañeros habían pronosticado, fue presa de una tristeza infinita:

—"Mujeres hay a montones", dijo. "No tendré dificultad en reemplazar a esa; pero... ¡un padre! ¡No tenemos sino un solo padre! ¡Y el mío se ha ido para siempre! No puedo soportar esta idea. Salgo enseguida a buscarlo".

Sin embargo, el hijo de Kanáibari no pudo remediar el atraso que llevaba. Siguió las huellas de desaguadero a quebradita; de quebradita a quebrada mayor, y de allí al río. Cuando, por fin, llegó al río grande, se asustó de encontrarse en lugar tan desconocido. Llorando, deshizo lo caminado. Estaba convencido que no vería nunca más a su padre. Ignoraba que si hubiese persistido todavía un día más de marcha a lo largo del río, ¡habría descubierto los zapatos que para él dejó su padre!

El hijo de Kanáibari vivió algún tiempo en el pueblo. Pero no lograba encontrar bienestar. Pensaba constantemente en su padre; lo echaba increíblemente de menos. Entonces, un buen día, decidió volver a partir tras sus huellas.

Esta vez, sí avanzó más adelante por el inmenso río. Al anochecer llegó a una gran playa y enseguida, una gran percha clavada sobre la arena, llamó su atención. Se acercó y vio dos zapatos suspendidos. Comprendió que su padre había dormido allí y había colgado ese regalo para él.

Al día siguiente, prosiguió todavía durante todo el día. En la noche descubrió, en la otra playa, la camisa y el pantalón que le había dejado su padre. Durmió en ese sitio, tal como lo había hecho su padre.

Tempranito, al ponerse nuevamente en camino, no tardó en olfatear olor a humo. Aproximándose, vio *chacras*; luego, el techo de una casa.

—"Mi padre vive aquí", pensó.

En efecto, descubrió huellas frescas, por todos sitios. Entonces, salió de los matorrales y se presentó en la *roza*.

Al centro, se erguía una hermosa casa con paredes, puertas, ventanas y con techo de calaminas. En el interior, su padre estaba sentado en una silla y sobre una mesa, trabajaba haciendo con sus manos ¡cosas de Extranjeros!

—"Aquí estás, hijo", le dijo a guisa de bienvenida.

—"Aquí estoy, padre".

Conversaron largamente, contándose cómo habían sido sus vidas desde la última vez que se vieron. Kanáibari enseñó a su

hijo el almacenamiento de mercaderías que había fabricado desde que se había instalado allí: un montón de radios, motores, palas, hachas, cuchillos, cubiertos, vasijas, telas, relojes, máquinas de coser, ¡qué sé yo!

Enseguida, el hijo de Kanáibari insistió para que su padre regresase al pueblo con él. Pero Kanáibari se negó: estaba acostumbrado a su nuevo hogar y no deseaba cambiar de morada. Además, era divertido hacer todos esos objetos y saber usarlos. No, verdaderamente no pensaba regresar más al pueblo, allá de donde descienden las aguas...

Para no disgustar a su padre, el hijo de Kanáibari aceptó quedarse a vivir un tiempo con él, y ayudarlo en la fabricación de objetos. Sin embargo, suspiraba constantemente acordándose de sus paisanos. Deseaba verlos y compartir con ellos su nueva existencia. Un día, ya no pudo más:

—"Padre, me pregunto cómo estarán los paisanos. Voy a visitarlos", le dijo.

—"Está bien, hijo. Haz como lo deseas. Anda a visitarlos. Yo me quedaré aquí; pero te voy a dar regalos para ellos".

Entonces Kanáibari sacó de sus reservas vestidos, zapatos de toda forma y tamaño; fusiles con municiones, paquetes de chaquira de vidrio multicolor, hatos de hachas y machetes, cuchillos, cubiertos, vajilla de porcelana adornada con flores desconocidas, radios, grabadoras con pilas para hacerlas funcionar, linternas eléctricas para ir a cazar lagartos, papel higiénico, relojes y máquinas de escribir... ¡Me olvido de más, seguro!

Enseguida Kanáibari hizo un gran bote a motor con un techo de hojas y embarcó toda esa quincallería. Encargó todo eso a su hijo, recomendándole llevara los objetos hasta el antiguo pueblo.

Entonces el hijo surcó las aguas, dejando tras sí un oleaje tumultuoso.

Cuando llegó al pueblo con toda esa abundancia de objetos, nuestros antepasados se maravillaron. Cada uno recibió su parte y pudo palpar y admirar todas esas novedades que Kanáibari hacía a orillas del gran río. El hijo de Kanáibari invitó a sus compañeros a seguirlo:

—"Vengan", les dijo. "Vayamos todos a reunirnos con mi padre que se ha transformado en Extranjero y ha aprendido a hacer todas

estas cosas. Vamos a vivir cerca de él a fin de compartir con él todas las riquezas de las que goza".

Así, todos los Cashinahua siguieron al hijo de Kanáibari y dejaron definitivamente la región de las fuentes para venir a establecerse sobre las orillas de un gran río. Aquí es donde vivimos hasta hoy. Y es desde entonces que poseemos todas esas cosas que no tenían nuestros antepasados.

Nota final

Un lluvioso día de junio de 1974, había terminado de redactar la introducción de este volumen. Víctima de las restricciones de gasolina que me impedían utilizar mi auto ese día, debí ir en ómnibus a Lima donde tenía precisamente una entrevista con los editores de Mosca Azul. Subí pues, a uno de esos increíbles carricoches, destartalados pero simpáticos, que aseguran el servicio de Huachipa a Lima. Pronto se llenó de campesinos con sus cargas de gallinas y legumbres.

En Vitarte, dos mujeres se instalaron frente a mí. Una de ellas, como rápidamente comprendí, era una mestiza de la selva inmigrada a Lima. Contaba a su vecina, una mujer de la sierra, maravilla y media sobre la naturaleza amazónica. Divertido, me hice todo oídos para escuchar describir en forma adornada, pero relativamente objetiva, el calor, los insectos, las lluvias y las estaciones, las plantas y los animales de la selva. Mi atención se volvió apasionadamente expectante cuando la escuché contar lo que sigue:

"En la selva también hay animales tremendos. Es así que había una serpiente como de cien hectáreas. Entonces, los petroleros llegaron, destruyendo todo a su paso, como de costumbre. Establecieron su campamento en una *roza* donde había por lo menos cien hombres; Entonces, una noche, toda esa gente notó que la tierra temblaba y que la selva se ponía en marcha. Es que, vea usted señora, sobre esa enorme serpiente inmóvil de cien hectáreas, el monte había brotado desde el tiempo que había estado inmóvil. Y fue en su mismo cuerpo donde los petroleros habían acampado. Y el *pozo* de petróleo... ¡pues señora, lo habían perforado en plena cabeza de la serpiente! Entonces, ese día, la serpiente se puso en marcha, y a los gringos los llevó todititos de regreso hasta su tierra. Y esto, ve usted señora, hasta el gobierno no lo sabe, porque se prohibió a los periodistas hablar sobre eso".

Ni una risa ni una sonrisa acompañó el relato por parte de la narradora ni la oyente. Enseguida, se embarcó en un discurso razonablemente objetivo, siempre sobre el tema de la selva.

Por mi parte estoy convencido que una investigación bien organizada, demostraría fácilmente, hasta en el corazón mismo de la Lima superpoblada, la sobrevivencia, la persistencia de una literatura oral rica en tesoros comparables a este que la casualidad me ofreció.

La ocasión me pareció tan buena, y el concurso de las circunstancias de tal manera excitante, que no resistí el deseo de hacer figurar aquí el mito del ómnibus Huachipa-Lima. Demuestra, si es necesario, que el mito responde, a una necesidad fundamental de la sensibilidad popular. No está restringido a las sociedades que se han creído encerradas sobre ellas mismas. Por el contrario, puede iniciar intersticios liberadores en las contradicciones tan tupidas de un mundo desorientado por la idea de lo que cree ser su progreso. Aunque ello sea tan solo una fuga hacia el porvenir, provocada por la incapacidad de asegurar a cada uno de nosotros las condiciones de su bienestar.

A.M.d'A.

Léxico de regionalismos

Achiote — *Bixa orellana*[1]. Pasta hecha de la semilla de la fruta del árbol del mismo nombre. Colorante rojo; sirve también de pintura corporal.

Aletas — Partes visibles y sobresalientes en forma de lámina de las raíces de varias especies de árboles.

Anaconda — *Eunectes murinus*. Nombre de la boa de agua.

Añuje — *Dasyprocta fuliginosa*. Roedor silvestre; el agutí de los brasileros.

Ayahuasca — *Banisteriopsis caapi*. Nombre de una liana. Cuando se machaca la raíz se extrae un jugo que cocinado con la hoja del *cahua** constituye un brebaje alucinógeno.

Ay-Ay-Mama — Ave nocturna que en las noches de luna hace escuchar su quejumbroso grito que es como "ay ay mama", llanto de un niño perdido.

Azulejo — *Thraupis palmarum*. Es un pajarito de color azul.

Bandear — Atravesar un río, pasar de un lado (banda) al otro.

Barbasco — *Schoenobiblus peruvianus*. Veneno vegetal que se echa, al agua para matar peces.

Bayuca — *Oruga del orden Lepidoptera*. Es un gusano urticante.

Bijao — *Calathea lutea*. Planta silvestre cuya hoja presenta características semejantes a la del plátano.

Cachuela — Partes torrentosas de los altos cursos de las quebradas.

Cahua — Palabra cashinahua sin traducción española. Designa a un arbusto cuya hoja se debe machucar y cocinar junto con la raíz de la *soga* o *ayahuasca* o para que el brebaje alucinógeno sea efectivo.

---

1 Los nombres científicos para esta edición han sido extraídos del libro *Diccionario Amazónico* de Alberto Chirif publicado el 2016 por el Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica y Lluvia Editores.

* Definiciones contenidas en este mismo repertorio.

Candela	Sinónimo de fuego; fogata.
Capirona	*Calycophyllum spruceanum*. Es un árbol de la Selva considerado como el que da mejor leña.
Carachupa	*Dasypus novemcinctus*. Se dice de varias especies de tatuejos medianos y grandes.
Carachupa-Mama	Representante más grande de los tatuejos*.
Chacra	Cualquier clase de extensión cultivada.
Chante	Hoja seca del tronco de la mata de plátano.
Chapo	Bebida-alimento: pasta de plátanos dulces cocidos y machucados.
Chicha	Alimento semilíquido entre los Cashinahua; consiste en una espesa sopa de maíz molido y cocido.
Chimbar	Pasar al otro lado de un río, vadeando o navegando.
Choclo	*Zea mays*. Maíz tierno.
Chonta	Es el nombre de la madera de palmera usada en múltiples objetos de los Cashinahua, como punta de flecha, palo de huso, *macanas*, etc.
Cocha. Laguna	En la selva las *cochas* son los brazos muertos de los ríos que han cambiado de curso.
Collpa	Sitios de tierra rojiza donde se reúnen los animales (mayormente toda clase de loros) que vienen a comer tal clase de tierra.
Congompe	*Megalobulimus maximus*. Caracol de tierra de tamaño gigante.
Copaiba	*Copaifera paupera*. Árbol alto de la Selva.
Copal	*Dacryodes peruviana*. Un árbol alto.
Cosho	Recipiente cavado en la parte barriguda del tronco de la palmera *pona**. Sirve generalmente para guardar *masato**.
Coto	*Alouatta seniculus*. Mono aullador, notable por la protuberancia que presenta en la garganta.
Cuica	Lombriz gigante.
Falán	Ave nocturna.
Friaje	En la Selva se conoce por *friaje* a esas épocas de bajas temperaturas que aparecen al comienzo de la estación de seca. Puede durar varios días y las temperaturas en la noche llegan a bajar hasta los 5° o 6°.
Gallinazo	*Coragyps atratus*. Es el buitre común; conocido por urubú en Brasil.
Garúa	Llovizna fina y persistente.
Guacamayo	*Ara ararauna* (Azul o escarlata), *Ara chloroptera* (rojo y verde), *Ara Militaris* (verde, rojo y blanco). Loros grandes de brillantes colores.

Guanábana *Annona muricata*. Árbol silvestre cuya fruta es muy parecida a la chirimoya (Anona).

Huamburusho *Leopardus wieddii*. Gato montés.

Huangana *Tayassu pecari*. Especie de jabalí, puerco salvaje o pecarí. Vive en manadas pudiendo incluir hasta cientos de ejemplares.

Huapo *Cacajao calvus*. Varias especies de monos de diferentes colores: hay *huapos* negros y colorados.

Huayo Fruta silvestre.

Huincungo *Astrocaryum chonta*. Una palmera notable por sus temibles espinas.

Huito *Genipa americana*. Savia del árbol del mismo nombre. Sirve como pintura corporal. Es de color azul oscuro.

Humita Pasta de *choclo*, envuelta en hojas de la mazorca

Intuto *Didelphis marsupialis*. Carnívoro marsupial que es como el zorro de la Amazonía.

Isa Pedúnculo de la flor de la cañabrava. Se utiliza para hacer tallos de flechas.

Ishpanera Una viga que se pone directamente sobre los horcones de la casa.

Isula *Dinoponera grandis* y *Paraponera clavata*. La más grande de las hormigas amazónicas. Su picadura es especialmente dolorosa.

Jergona *Bothrops atrox*. Es la víbora punta-de-lanza. Extremadamente venenosa.

Locrero *Crotophaga major*. Un pájaro negro que vive en las *chacras* y orillas de los ríos.

Lupuna *Chorisia pentandra*. Es el árbol más alto de la Selva.

Macana Es un arma de guerra de madera en forma de remo de bate de béisbol.

Mantona *Boa constrictor*. Nombre de la boa terrestre.

Maquisapa *Ateles belzebuth* (Maquisapa ceniza), *Ateles paniscus* (Maquisapa negro). Mono araña.

Masaputo Tambito* hecho de ramas en el que se disimula el cazador para acechar animales.

Masato Es una bebida-alimento: pasta fermentada de *yuca**.

Mitayar Cazar.

Mitayo Carne de caza.

Motelo *Geochelone denticulata*. Tortuga terrestre.

Otorongo *Pantera onca*. Jaguar.

Paca *Bambusa spp*. Bambú.

Paca-mama Rata silvestre nocturna.

Pajarobobo *Tessaria integrifolia*. Arbustito que crece espontáneamente en las orillas en la época de estiaje de los ríos.

Palizada Amontonamiento de troncos y ramas traídas por la creciente Amontonamiento de troncos y ramas traídas por la creciente en partes angostas o poco profundas de los ríos.

Panero Cesto de hojas de palmera que se hace para empaquetar algún bulto que se debe cargar.

Papa Se utiliza como sinónimo de tubérculo.

Papayillo *Momordica charantia*. Arbusto silvestre de características parecidas al papayo.

Patarashca Es una especialidad culinaria que consiste en cocinar al vapor alimentos envueltos en hojas de plátano o de bijao*.

Pate Vasija hecha de la mitad de la cáscara de una gran fruta silvestre esférica.

Paucar *Cacicus cela*. Nombre genérico de varias especies de pájaros que hacen sus nidos colgantes en las ramas de árboles aislados de claros y rozas*.

Paujil *Mitu tuberosum*. Ave del monte del tamaño de un gallo.

Picuro *Agouti paca*. Sinónimo de majás, gran roedor silvestre.

Pichico *Saguinus spp*. Mono pequeño.

Pijuayo *Bactris gasipaes*. Especie de palmera alta cuyo tronco está cubierto de grandes espinas.

Pona Tradicionalmente los pozos de los Cashinahua consistían en huecos que se acomodaban para recoger las aguas de filtración que emanaban de algunos barrancos. Dichos pozos se desaguaban por un riachuelito. No son, pues, pozos perforados sino propiamente la fuente acomodada de una quebradita.

Pozo En la Selva Amazónica del Perú también se conocen por pozos los lugares acomodados en las quebradas para que las mujeres saquen agua. También se llaman *pozos* a las partes naturalmente profundas de los ríos.

Pucacunga *Penelope jacquacu*. Una pava silvestre de cresta y barbas rojas.

Quirquincho *Dasypus sp*. Es una especie menor de tatú*.

Raya *Potamotrygon motoro*. Es un pez de los ríos amazónicos, idéntico a las rayas marinas. Es muy temida por las heridas que puede producir su aguijón venenoso.

Roza Claro hecho por el hombre en el bosque.

Rozar Eliminar el monte para hacer una roza*.

Sachacamote *Ipomoea squamosa*. Planta silvestre de características parecidas a la planta de camote.

Sachacuy Género *Proechimys*, familia *Echimyidae*. Una ratita silvestre.

Sachapapa *Dioscorea trifida*. Ñame. *Papa* silvestre.

Sajino *Tayassu tajacu*. Especie de jabalí, puerco salvaje o pecarí de pelo más oscuro que la *huangana* o, presenta como un collar de pelos blancuzcos. Anda por parejas.

Shebon *Attalea butyraceae*. Una Palmera.

Shipaca Pequeño pajarito pardo, semejante a un gorrión.

Shushupe *Lachesis muta*. Culebra cascabel. A menudo su veneno es mortal para el hombre.

Sitaracuy *Eciton burchelli*. Una especie de hormiga con impresionantes ganchos venenosos en la cabeza.

Soga Sinónimo a la vez de liana y de cuerda.

Surcar En la Selva peruana se emplea con el sentido específico de navegar aguas arriba, contra la corriente. El antónimo es bajar.

Taramandua Hormiguero (animal).

Tambo Refugio de ramas que se construye para pasar una noche o algunos días.

Tatuejo *Dasypus novemcinctus*. Cuadrúpedo desdentado, notable por la caparazón articulada que tiene en la espalda. Vive en huecos.

Tigre *Pantera onca*. Nombre genérico para felinos grandes. El jaguar suele llamarse "tigre", "tigre pintado" (porque tiene pintas) u *otorongo*. Como sinónimo de puma se utiliza "tigre colorado".

Tigrillo *Leopardus pardalis*. Ocelote.

Tinaja Recipiente de greda con cuello. Sirve para transportar y guardar agua.

Tohuayo Ave nocturna que todo el día descansa en los palos que emergen de la superficie del agua. Se camufla mediante un mimetismo que la hace parecer nacimientos de ramas rotas.

Trompeteros *Psophia crepitans* (Trompetero de ala gris), *Psophia leucoptera* (Trompetero de ala blanca) Es un ave corredora del tamaño de un pollo, de color oscuro, sin cola y con el posterior blanco.

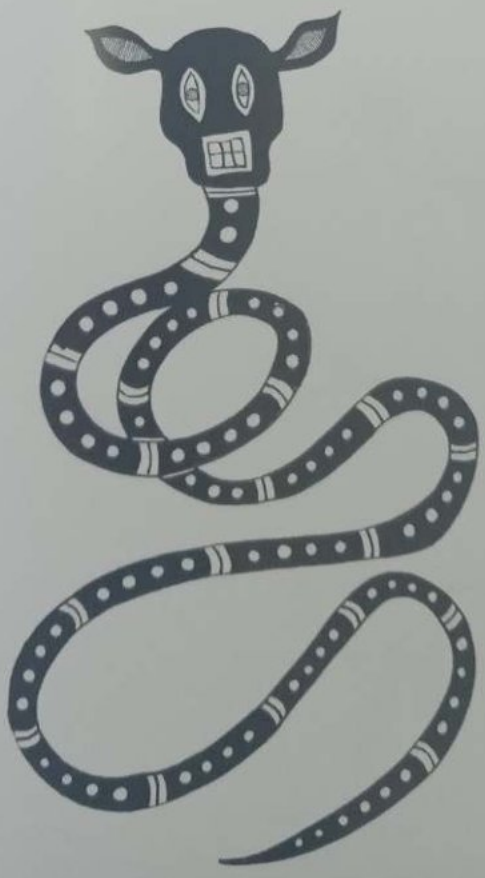
Uncucha Es la planta y tubérculo de la Colocacia.

Yarina *Phytelephas macrocarpa*. Es una especie de palmera.

Yuca *Manihot esculenta*. Mandioca.

Zapote *Quararibea cordata*. Árbol perteneciente a la familia Bombacaceae que alcanza hasta 45 m de altura y 90 cm de diámetro.

Epílogo



Los Cashinahua hoy

Frederica Barclay

El pueblo Cashinahua, que André Marcel d'Ans conoció a inicios de la década de 1970 en el lado peruano de la cuenca del río Purús, continúa viviendo en las cabeceras de este río, a orillas del Curanja y en el alto y medio Purús, así como en el Brasil, donde se les denomina Kaxinawá. En la actualidad la población total de este pueblo asciende a 13,291 habitantes.

Con una población de 2,473 habitantes en el lado peruano, las comunidades Cashinahua están ubicadas en la provincia de Purús de la Región Ucayali, donde son vecinos de varios otros pueblos como los Madija o Culina, los Sharanahua, Mastanahua, Amahuaca, Chaninahua, Yine, Asháninka y Ashéninka. Su territorio se ubica aguas arriba de la capital de la provincia, al suroeste de esta.

Hoy en día, los Cashinahua, o *Juni Kuin* ("gente verdadera") como se autodenominan, viven en el Perú en 19 asentamientos que hacen parte de 12 comunidades nativas reconocidas y 11 comunidades tituladas con un total de 60,624 hectáreas. Si bien dos de estas comunidades fueron tituladas en el año 1975, apenas promulgada la Ley de comunidades nativas N° 20653, la mayor parte de ellas logró su seguridad territorial en la década de 1990. En todas las comunidades Cashinahua existen escuelas de educación intercultural bilingüe, siendo que en estas comunidades se presentan los mayores niveles de educación escolarizada de la provincia.

En el año 2004 se creó el Parque Nacional del Alto Purús, al suroeste del territorio Cashinahua, con una extensión de 2'510,694.41 hectáreas, área natural protegida que ha contribuido a bloquear la tala ilegal de los ricos reductos de bosques de caoba de la provincia. Sin embargo, desde hace algunos años, existen fuertes presiones para que se autorice la construcción de una carretera que conecte la parte baja del río Purús con la carretera interoceánica de Madre de Dios

y la parte alta del Purús mediante un ferrocarril. Ambos proyectos ejercerán fuerte presión sobre los abundantes recursos de flora y fauna de las comunidades Cashinahua.

En el Brasil la aldeas Kaxinawá se ubican a orillas de los ríos Tarauacá, Jordão, Breu, Muru, Envira, Humaitá y Purús, en 5 territorios indígenas multiétnicos y 7 territorios Kaxinawá, en el estado de Acre, donde su población asciende a 10,818 habitantes.

En ambos países la población Juni Kuin ha logrado una importante recuperación demográfica después de las continuas epidemias que la asolaron en las décadas de 1940-1960. Pese a pérdidas importantes a nivel de conocimiento y prácticas rituales, debido a la muerte prematura de sus ancianos en las décadas pasadas y en razón la afiliación de las comunidades a credos cristianos, los Cashinahua conservan diversas tradiciones como los festivales de fertilidad. Mantienen también vigente un sistema de organización social que clasifica a todos las personas en dos mitades exogámicas y patrilineales. Asimismo, aunque emplean nombres de origen foráneo para su inscripción en los registros civiles, los Cashinahua conservan el sistema de asignación de nombres que ubican a cada persona perteneciente a una mitad en una sección matrimonial, los cuales se transmiten entre generaciones alternas.

El idioma Cashinahua, que pertenece a la familia lingüística pano, mantiene su vitalidad. Los Cashinahua conservan también la tradición de sus diseños geométricos característicos que se llevan como decoración facial y de los textiles y de los bancos rituales.

La historia y cultura Cashinahua han sido objeto de diversas publicaciones:

Deshayes, Patrick & Barbara Keifenheim. *Pensar el otro entre los HuniKuin de la*
s/f. *Amazonía Peruana*. Lima: IFEA / CAAAP.

ILV. *Diccionario Cashinahua*. Serie Lingüística Peruana N° 9, 2 tomos compilados
1981 por Susan Montag. Pucallpa: Instituto Lingüístico de Verano

Kensinger, Kenneth M. *How Real People ought to live. The Cashinahua of Eastern*
1995 *Peru*. Prospect Heights (Illinois): Waveland Press Inc.

Kensinger, Kenneth. "Los Cashinahua"; en F. Santos & F. Barclay (eds.) *Guía*
1998 *Etnográfica de la Alta Amazonía*, Vol. III, p. 1-124. Quito: IFEA / Ed. Abya Yala / STRI.

Lagrou, Elje Maria. "Kaxinawá"; en Instituto Socioambiental (ed.), *Enciclopedia dos povos indígenas*. www.socioambiental.org/
2004

McCallum, Cecilia. Gender, Personhood and Social Organization amongst the Cashinahua of Western Amazonia. Londres: University of London. Tesis doctoral.
1989

Montag, Richard. *Una historia del grupo de Pudicho. Narración que habla del contacto con los europeos en el siglo veinte*. Comunidades y Culturas Peruana Nº 30. Lima: Instituto Lingüístico de Verano. Disponible en http://www.sil.org/system/files/reapdata/16/88/02/168802302771775735618365034711539671123/ccp30.pdf
2006

A59
2017

Comunidades y anexos Cashinahua

Río Santa Rosa
Río Purus
Pikiniki
Nuevo Belen
San Francisco Pikiniki Bufeo
Bufeo
San Francisco
San José
Cashuera
San Martín
Conta
Cantagallo
Bethel
Nueva Esperanza
Nueva Luz
Curanjillo
Miguel Grau
Nueva Vida
El Triunfo
Colombiana
Santa Rey
Balta
Puerto Paz
Río Curanja
Río Purus
Brasil

Leyenda

- ▲ Comunidad nativa
- ● Anexos/Asentamientos
- ~ Ríos

Fuente: Análisis de situación de Salud de la provincia de Purús, Ucayali. MINSA 2009.

La verdadera biblia de los Cashinahua
de *André-Marcel d'Ans*
recogida del informante *Bishko Hinakënë*,
edición de Colección en tapa dura,
interiores impresos en papel couché de 115 gramos
con sobrecubierta a todo color en papel couché de 350 gramos
plastificada, sectorizada y con solapas,
se terminó de imprimir en el mes de abril del 2017,
en los Talleres Gráficos de Lluvia Editores de la
Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501. Lima - 1.
Tiene una tirada de mil ejemplares.